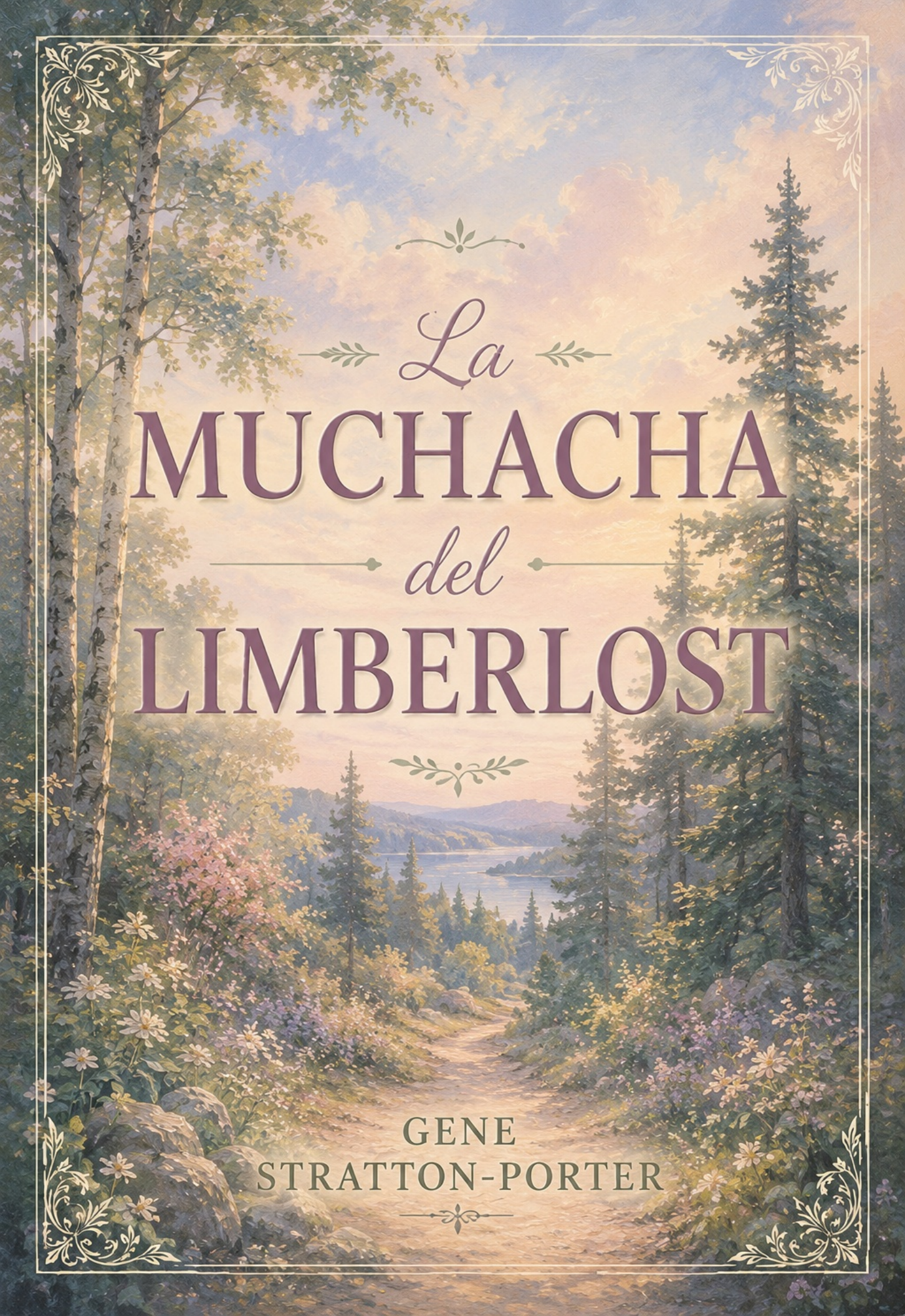
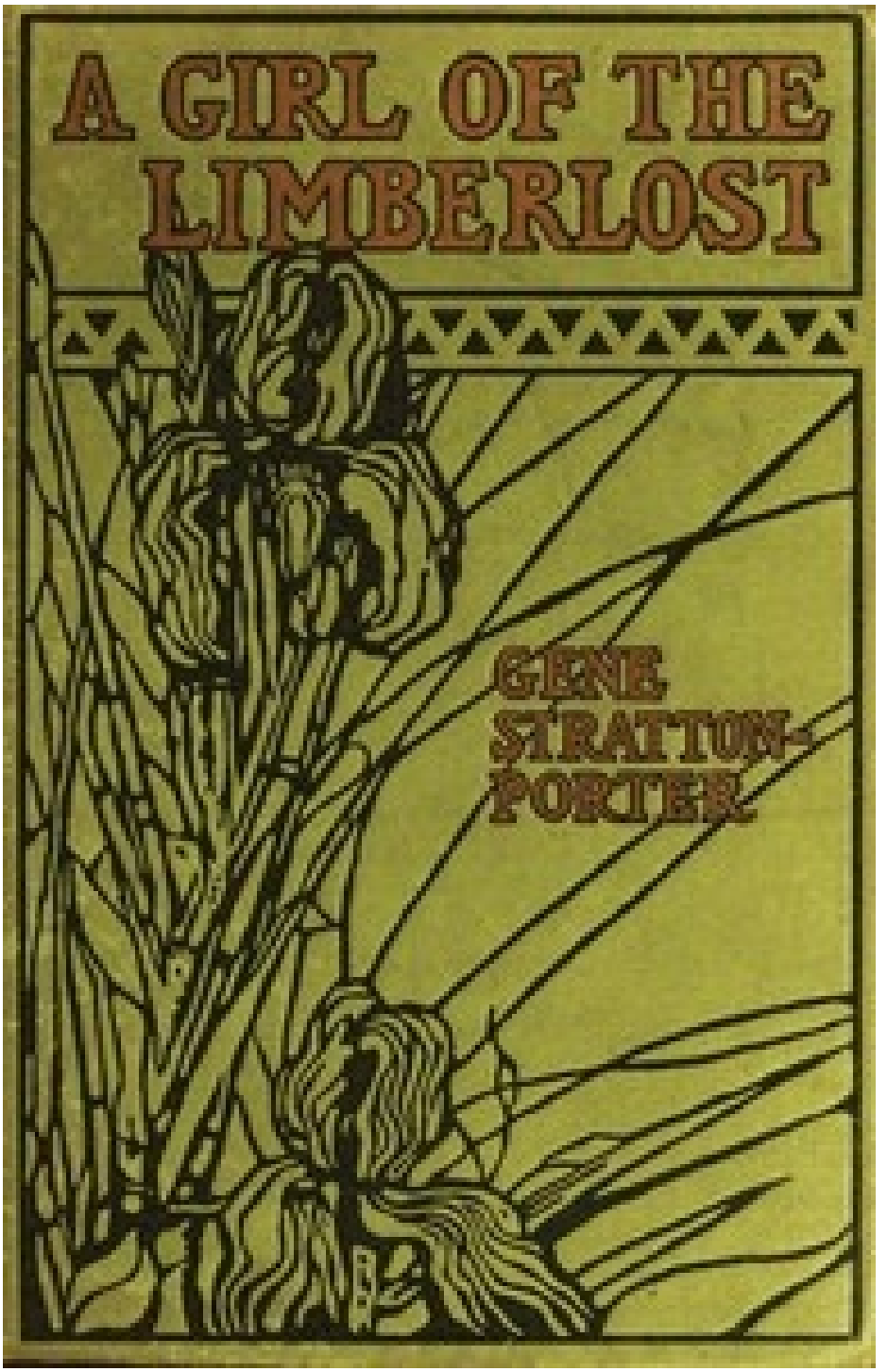

La
MUCHACHA
del
LIMBERLOST
GENE
STRATTON-PORTER

Sobre esta edición

Obra original: A Girl of the Limberlost – Gene Stratton-Porter, 1909.
Edición: Traducción y prefacio por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público en todo el mundo.
La portada de esta edición ha sido realizada parcialmente mediante IA.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.


A GIRL OF THE LIMBERLOST
GENE STRATTON-PORTER

Prefacio del traductor

Publicada en 1909, *La muchacha del Limberlost* surgió en una época en que gran parte de los humedales y bosques de Indiana, Estados Unidos, comenzaban a desaparecer debido al avance industrial y agrícola. Su autora, Gene Stratton-Porter, conocía profundamente aquellos paisajes porque pasó años explorándolos y estudiando su flora y fauna.

La novela refleja tanto la sensibilidad naturalista de comienzos del siglo XX como los cambios sociales de la época: la educación femenina, las diferencias de clase y la búsqueda de independencia personal. El Limberlost, inspirado en un pantano real de Indiana, terminó convirtiéndose en uno de los escenarios más recordados de la literatura estadounidense sobre la naturaleza.

En las bastas profundidades del Limberlost —un bosque pantanoso lleno de luz dorada, insectos raros y senderos ocultos— una joven llamada Elnora Comstock busca abrirse camino entre la pobreza, la soledad y el deseo de encontrar un lugar en el mundo. Mientras la naturaleza le enseña paciencia, fortaleza y belleza, Elnora descubre también los misterios del amor, el dolor y el crecimiento del alma.

La muchacha del Limberlost, de Gene Stratton-Porter, es una historia de transformación y esperanza donde el bosque hace de escenario escenario y poco a poco se vuelve un ser vivo que acompaña cada paso de sus personajes. Entre mariposas imperiales, senderos cubiertos de musgo y atardeceres silenciosos, la novela recuerda que incluso en los lugares más adversos puede florecer la ternura.

La novela fue adaptada al cine en varias ocasiones durante el siglo XX, especialmente en producciones estadounidenses de 1924, 1934 y 1990. Estas películas llevaron la historia de Elnora a nuevas generaciones, conservando el énfasis romántico y la atmósfera del bosque.

Capítulo 1

—Elnora Comstock, ¿has perdido el juicio? —exigió, con voz irritada, Katharine Comstock mientras fulminaba a su hija con la mirada.

—¡Pero, mamá…! —titubeó la joven.

—¡No me vengas con “pero, mamá”! —replicó la señora Comstock—. Sabes perfectamente a qué me refiero. No me has dado un momento de paz hasta conseguir esto de ir a la escuela; ya te he preparado lo suficiente y estás lista para empezar. Pero ninguna hija mía va a caminar por las calles de Onabasha con el aspecto de una actriz de teatro. Moja tu cabello, péinalo con modestia y decencia, y márchate de una vez, o no tendrás tiempo de encontrar tu lugar.

Elnora lanzó una mirada desesperada al rostro pálido que el pequeño espejo de la cocina le devolvía, enmarcado por una exuberante melena castaño-rojiza que le favorecía tanto. Luego desató la estrecha cinta negra, humedeció el peine y aplastó los rizos ondulados contra su cabeza, sujetándolos con firmeza. Se colocó el modesto sombrero negro y abrió la puerta trasera.

—Estás tan loca que hasta se te olvida tu comida —se burló su madre.

—No quiero comer nada —respondió Elnora.

—O llevas tu comida, o no das un paso. ¿Estás demente? Caminar casi cinco kilómetros sin probar bocado desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. ¡Menuda figura harías si te salieras con la tuya! Y después de que fui y te compré esta bonita lonchera nueva y la llené especialmente para hoy.

Elnora regresó, aún más pálida, y tomó la comida.

—Gracias, mamá. Adiós.

La señora Comstock no respondió. Observó a la joven recorrer el largo sendero hasta la reja y desaparecer en el camino, bajo el brillante sol del primer lunes de septiembre.

—Apuesto a que para la noche ya estará harta —murmuró.

Elnora caminaba casi por instinto, pues las lágrimas le nublaban la vista. Abandonó el camino cuando este giraba hacia el sur, en la esquina del

Limberlost; trepó una cerca rústica y siguió un sendero que sus propios pasos habían marcado. Esquivando ramas de sauce y encino bajo, llegó por fin al tenue rastro de un antiguo sendero, trazado en los días en que la valiosa madera del pantano era vigilada por hombres armados.

Siguió aquel camino hasta un espeso matorral. De los restos en el interior de un tronco hueco sacó una llave que abría un viejo y maltrecho cajón. Dentro había varios libros, un equipo para capturar mariposas y un pequeño espejo agrietado. Las paredes estaban cubiertas de mariposas, libélulas y polillas de vivos colores.

Colocó el espejo, se soltó el cabello y dejó que la brillante cabellera cayera sobre sus hombros, secándose al sol. Luego la arregló, la ató con más soltura y volvió a colocarse el sombrero. Tiró en vano del sencillo cuello de su vestido de algodón marrón y miró con desaliento la larga falda estrecha. La levantó como si quisiera cortarla. Eso dejó al descubierto unos pesados zapatos altos de cuero, cuya sola vista le produjo un gesto de disgusto, y dejó caer la falda de inmediato.

Abrió la lonchera, sacó la comida, la envolvió en una servilleta y la guardó en una pequeña caja de cartón. Cerró de nuevo el cajón, escondió la llave y se apresuró por el sendero.

Rodeó el extremo norte del pantano y tomó un camino que cruzaba una granja en dirección a las torres de la ciudad, al noreste. Volvió a trepar una cerca y salió al camino abierto. Por un instante se apoyó en ella, mirando al frente; luego se volvió.

Detrás quedaba la tierra donde había nacido para el trabajo duro y junto a una madre que nunca fingió amarla. Delante estaba la ciudad, cuyas escuelas representaban su esperanza de encontrar una salida, un camino hacia aquello que anhelaba.

Al pensar en su aspecto, se inclinó aún más sobre la cerca y dejó escapar un quejido; al pensar en regresar y vivir ignorante con aquella ropa toda su vida, apretó los dientes y avanzó con determinación hacia Onabasha.

Al llegar a un puente en las afueras, miró alrededor y, arrodillándose, ocultó la caja de comida entre los cimientos. Así, con las manos libres, se acercó al gran edificio de piedra de la preparatoria.

Entró con valentía y preguntó por la oficina del director. Allí le informaron que debía haber acudido la semana anterior para organizar sus clases. Había demasiados asuntos propios del inicio del ciclo escolar, y un solo hombre no podía atenderlos todos.

—¿Dónde estudiaste antes? —preguntó él, mientras daba indicaciones a distintos maestros y resolvía múltiples asuntos.

—Terminé la primavera pasada en la escuela de Brushwood, distrito número nueve —respondió Elnora—. He estado estudiando todo el verano. Estoy segura de que puedo con el primer año, si me dan unos días para adaptarme.

—Claro, claro —asintió el director—. Los estudiantes del campo suelen rendir bien. Puedes entrar al primer año; si resulta demasiado difícil, lo veremos pronto. Tus maestros te dirán qué libros necesitas. Ahora ven conmigo, te mostraré el auditorio. Es hora de la ceremonia de inicio. Siéntate donde encuentres lugar.

Elnora se detuvo en la entrada y contempló la sala más grande que había visto en su vida. El piso descendía hacia un escenario donde músicos afinaban sus instrumentos alrededor de un piano de cola.

Tuvo dos impresiones fugaces: que todo aquello debía ser un error —no era una escuela, sino un espectáculo deslumbrante—, y que estaba a punto de caer, incapaz de recordar cómo caminar.

Entonces, la música de la orquesta la sostuvo, mientras un grupo de jóvenes elegantemente vestidas, perfumadas como flores, la empujaban hacia adelante.

Se encontró avanzando lentamente por la parte trasera del auditorio, rezando por orientación, hasta hallar un asiento vacío.

A su paso, las demás encontraban lugares con facilidad. Amigos que se movían, gestos de invitación, susurros cómplices. Pero nadie prestó atención a la joven de rostro pálido que avanzaba casi a ciegas por el pasillo lateral.

Llegó hasta el final, frente al escenario. Nadie se movió. No tuvo valor para pasar entre otros hasta algunos asientos vacíos que veía más adelante.

Se detuvo, desesperada, mientras una multitud de rostros se volvía hacia ella.

De pronto, tomó plena conciencia de su ropa sencilla, de su pequeño sombrero, de sus pesados zapatos, de su ignorancia sobre qué hacer o adónde ir. Una sensación de mareo la invadió.

Entonces, entre la multitud, vio unos grandes ojos marrones. Eran los de un muchacho, a tres asientos de distancia. En ellos había un mensaje.

Sin moverse, él inclinó el cuerpo y con un lápiz tocó el respaldo del asiento frente a él.

Elnora dio un paso más… y llegó a una fila de asientos vacíos al frente.

Sintió risas a su espalda; el hecho de ser la única que llevaba sombrero en toda la sala le quemaba por dentro; cada detalle, importante o trivial, la hería como una punzada. No tenía libros. ¿Adónde debía ir cuando aquello terminara? ¡Cuánto habría dado por estar de nuevo en el sendero rumbo a casa! Un temblor nervioso la recorría cuando la música cesó y el director se levantó, avanzó hasta el frente del estrado adornado con flores, abrió una Biblia y comenzó a leer. Elnora no sabía qué leía, ni sentía que le importara. Desesperadamente, trataba de decidir si debía quedarse en su asiento cuando los demás salieran o seguirlos y preguntar a alguien adónde iban primero los de primer año.

En medio de esa lucha, una frase llegó a sus oídos:
"Escóndeme bajo la sombra de Tus alas."

Elnora comenzó a rezar con fervor:

—Escóndeme, Dios mío… escóndeme bajo la sombra de Tus alas.

Repitió esa súplica una y otra vez, y antes de darse cuenta, todos se habían levantado y la sala comenzaba a vaciarse con rapidez. Se apresuró tras la joven más cercana y, en medio del gentío, le tocó tímidamente la manga.

—¿Podrías decirme a dónde van los de primer año? —preguntó con voz débil.

La joven la miró con sorpresa y se apartó.

—Al mismo lugar que las “novatas” —respondió, y quienes estaban cerca rieron.

Elnora dejó de rezar de golpe y el rubor subió a su rostro.

—Apuesto a que serás la primera persona que vea cuando lo encuentre —dijo impulsivamente, pero se detuvo enseguida—. *No… eso no. ¡No debo hacer eso!* —pensó con angustia—. Hacerme una enemiga desde el primer momento… no.

Observó cómo los estudiantes se dispersaban por el pasillo: algunos subían escaleras, otros se internaban en corredores laterales, otros entraban por puertas contiguas. Vio a la joven alcanzar al muchacho de ojos marrones y hablarle; él miró hacia atrás con el ceño fruncido.

Y ella quedó sola.

Poco después, una puerta se abrió y una joven salió de un aula para entrar en otra. Elnora esperó a que regresara y se apresuró hacia ella.

—¿Podría decirme dónde están los de primer año? —preguntó, casi sin aliento.

—Sigue recto por el pasillo, tres puertas a la izquierda —respondió la joven mientras pasaba.

—Un momento, por favor… —rogó Elnora—. ¿Debo tocar o simplemente entrar?

—Entre y tome asiento —respondió la profesora.

—¿Y si no hay lugares? —preguntó Elnora, angustiada.

—Las aulas nunca están llenas. Habrá sitio —replicó.

Elnora se quitó el sombrero. No tenía dónde dejarlo, así que lo sostuvo en la mano. Sin él, su aspecto mejoraba notablemente. Tras varios intentos, por fin abrió la puerta y, al entrar, se encontró frente a una nueva y más intensa oleada de miradas.

—El director me envió. Cree que debo estar aquí —dijo al profesor, aunque nunca antes había oído su propia voz sonar así.

Mientras esperaba, la joven del pasillo pasó hacia el pizarrón, y unas risas contenidas le hicieron saber a Elnora que su comentario había sido repetido.

—Tome asiento —indicó el profesor. Luego, al notar su incomodidad, le prestó un libro y le preguntó si había estudiado álgebra. Ella respondió que un poco, aunque no con ese mismo texto. Él le preguntó si creía poder seguir el curso. Elnora dijo que sí.

Así fue como, apenas tres minutos después de entrar, le indicaron que se sentara junto a la joven que acababa de pasar al pizarrón, cuyo rostro enrojecido y mirada irritada evitaban encontrarse con la suya.

Al concentrarse en el ejercicio, Elnora se olvidó de sí misma. Cuando el profesor pidió que todos firmaran su trabajo, escribió con firmeza: **“**Elnora Comstock”.

Luego regresó a su asiento, con los labios pálidos y el cuerpo tembloroso, mientras uno a uno los estudiantes eran llamados a explicar sus soluciones… o a admitir su error. Estaba tan atenta a aprender cómo expresarse, que no apartó la vista del pizarrón hasta que escuchó claramente:

—Elnora Cornstock.

Aturdida, miró el pizarrón. Un pequeño trazo añadido había transformado su apellido en algo distinto. Sintió las risas contenidas a su alrededor. Una oleada de ira la sonrojó intensamente.

—Esta demostración es excelente, señorita Cornstalk —dijo el profesor—. Seguro puede explicarnos cómo lo hizo.

Ese elogio la salvó.

Podía hacer un buen trabajo. Ellas podían tener ropa elegante, amistades y hacerle la vida más difícil… pero ninguna sería mejor que ella en lo que dependía de sí misma.

Se levantó, alta, erguida, segura.

—Por supuesto que puedo explicar mi trabajo —dijo con naturalidad—. Lo que no puedo explicar es cómo fui tan descuidada como para escribir mal mi propio nombre. Debo haber estado nerviosa. Disculpe.

Se acercó al pizarrón, borró la firma de un solo trazo y la reescribió con claridad.

—Mi nombre es Comstock —dijo con firmeza.

Luego explicó su procedimiento siguiendo el mismo método que los demás.

Al volver a su asiento, el profesor la observó con atención.

—Me resulta curioso —dijo— cómo puede hacer una demostración tan clara y, al mismo tiempo, equivocarse en su propio nombre. ¿Está segura de que fue usted quien lo escribió así?

—Es imposible que haya sido otra persona —respondió Elnora.

—Me alegra oírlo —dijo él—. No quisiera comenzar el año pensando que alguien aquí sería capaz de algo así.

Cuando terminó la clase, los alumnos regresaron al salón de estudio y Elnora los siguió, sin saber qué más hacer. No podía estudiar: no tenía libros. Cuando volvieron a salir para otra clase, ella los siguió también. Si no pertenecía allí, al menos alguien se lo diría.

Al mediodía, salió con los demás. Se sentía tan expuesta que le parecía que todos la miraban y se burlaban. Al pasar junto al muchacho de ojos marrones, que caminaba con la joven, lo oyó decir:

—¿De verdad dejaste que esa chica desaliñada te superara?

Elnora apresuró el paso, dejando atrás la ciudad. Pensaba recoger su comida, comer bajo un árbol y decidir si regresaba o volvía a casa.

Pero al abrir su caja… estaba vacía.

Al menos, quien la tomó había dejado la servilleta. No tendría que dar explicaciones en casa. Tiró la caja y se sentó en el puente, intentando pensar.

—Quizá lo peor ya pasó —se dijo al fin—. Volveré. ¿Qué diría mamá si regreso ahora?

Regresó a la escuela. Dejó su sombrero, encontró el salón y continuó. Esa tarde, con dolor de cabeza y el estómago vacío, enfrentó a varios profesores. Una vez pasó desapercibida. La segunda, no.

—¿Ya ha elegido sus materias y conseguido sus libros? —preguntó un profesor.

—He elegido mis materias… pero no sé dónde pedir los libros —respondió Elnora.

—¿Pedir? —se sorprendió él.

—Pensé que los proporcionaban… —murmuró ella.

—Solo a quienes traen una orden del distrito —explicó.

—No… no puede ser —susurró Elnora—. Los tendré mañana.

Pero sabía que no era cierto.

Cuatro libros… ¿los compraría su madre?
No. Claro que no. Ni siquiera podría.

¿Acaso Elnora no conocía la historia de siempre? Había suficiente tierra, sí, pero no había quien la limpiara ni la trabajara. Los impuestos sobre todos esos acres, el nuevo impuesto por la carretera de grava, el costo de la vida… y solo el esfuerzo de dos mujeres para sostenerlo todo. Había sido una locura pensar que podía ir a la ciudad a estudiar. Su madre tenía razón.

La muchacha decidió que, si lograba llegar viva a casa, se quedaría allí y llevaría cualquier tipo de vida con tal de evitar más de esa tortura. Por mala que hubiera sido la vida de la que quería escapar, no se comparaba con esto. Jamás podría olvidar el murmullo que recorrió la clase cuando, sin querer, dejó ver que esperaba que los libros le fueran proporcionados. Su madre no se los conseguiría; eso resolvía todo.

Pero el final del sufrimiento nunca llega con prisa. Antes de que terminara el día, el director entró al aula y explicó que los estudiantes del campo debían pagar una matrícula de veinte dólares al año. Eso sí que fue definitivo. Antes, Elnora había imaginado una docena de maneras de conseguir el dinero para los libros, desde ofrecerse a lavar los platos del director hasta, en un arranque desesperado, pensar en robar un banco. Pero ese gasto adicional hacía que todos sus planes fueran absurdos. No le quedaba más que mantener la cabeza en alto hasta desaparecer de la vista de todos.

Por el largo pasillo, sola entre cientos; por la larga calle, sola entre miles; finalmente salió al campo. Cruzó la cerca, atravesó el terreno y siguió el viejo sendero, aquel que alguna vez había sido testigo del dolor de otro muchacho. Ahora era una chica de rostro pálido, con el corazón enfermo, la que avanzaba por él. Se dejó caer sobre un tronco y comenzó a sollozar, incapaz de contenerse. Al principio fue un desahogo físico; después, los pensamientos la invadieron.

¡Qué vergüenza, qué humillación! ¿Por qué no sabía lo de la matrícula? ¿Cómo se le ocurrió que en la ciudad daban los libros? Tal vez porque había leído que en algunos estados sí lo hacían. Pero ¿por qué no se informó? ¿Por qué su madre no fue con ella? Otras madres… pero ¿cuándo su madre había sido como las demás? Como nunca lo había sido, culparla ahora no tenía sentido. Elnora comprendió que debió haber ido a la ciudad la semana anterior, preguntar, enterarse por sí misma. También debió pensar en cómo se vería su ropa antes de usarla en público.

Ahora ya lo sabía. Y sus sueños se habían terminado. Tendría que volver a casa a alimentar gallinas, terneros y cerdos; usar telas baratas y zapatos toscos; y pasar toda su vida frente a una biblioteca con la cabeza baja. Volvió a llorar.

—Por el amor de Dios, niña, ¿qué te pasa? —preguntó la voz de su vecino más cercano, Wesley Sinton, sentándose a su lado—. Ya, ya… —añadió, tratando torpemente de secarle las lágrimas—. ¿Fue tan malo? Maggie ha estado desesperada todo el día por ti. Cada minuto se ponía más nerviosa. Decía que fue una tontería dejarte ir. Que tu ropa no era la adecuada, que no debías llevar ese balde de lata… que se iban a reír de ti. ¡Caray, veo que sí lo hicieron!

—Oh, tío Wesley —sollozó la chica—, ¿por qué no me lo dijo?

—Verás, Elnora, no quiso hacerlo. Tú tienes esa manera de levantar la cabeza y seguir adelante. Pensó que de algún modo lo lograrías. Pero luego empezó a darse cuenta de todo lo que debimos haber hecho. Me imagino que no habías llegado ni al edificio cuando recordó que tu falda debía ser plisada y no fruncida, que los zapatos debían ser bajos y más ligeros para el calor de septiembre… y que necesitabas un sombrero nuevo. ¿Tu ropa era adecuada, Elnora?

La chica estalló en una risa casi histérica.

—¿Adecuada? —repitió—. ¡Adecuada! ¡Tío Wesley, debiste verme entre ellos! Era un espectáculo. No me van a olvidar jamás. Bueno… tampoco tendrán oportunidad, porque mañana me verán otra vez.

—¡Eso sí que es carácter, Elnora! Puro coraje —dijo Wesley—. No dejes que se rían de ti hasta hacerte desistir. Has ayudado a Margaret y a mí durante años en

las cosechas y en las épocas difíciles. Lo que has ganado debe sumar bastante. Con eso puedes comprarte buena ropa.

—No mencione la ropa, tío Wesley —dijo ella entre lágrimas—. Ya no me importa cómo me vea. Si no regreso, todos sabrán que es porque soy demasiado pobre para comprar mis libros.

—No sé si seas tan condenadamente pobre —respondió Sinton pensativo—. Hay trescientas acres de buena tierra, con madera excelente.

—Todo lo que ganamos se va en impuestos, y mamá no cortaría un árbol ni por nada.

—Bueno, entonces quizá tenga que hacerlo yo por ella —sugirió Sinton—. Pero deja de atormentarte y dime: si no es la ropa, ¿qué es?

—Los libros… y la matrícula. Más de veinte dólares en total.

—¡Bah! Es la primera vez que te veo detenida por veinte dólares, Elnora —dijo él, dándole una palmada en la mano.

—Es la primera vez que necesito dinero —respondió ella—. Esto es diferente a todo lo que me ha pasado. ¿Cómo voy a conseguirlo, tío Wesley?

—Ven conmigo mañana al pueblo y lo saco del banco para ti. Te debo cada centavo.

—Usted sabe que no me debe nada —dijo Elnora con firmeza—. Y no tomaría ni un centavo, a menos que pudiera ganarlo. Por todo lo pasado, soy yo quien le debe a usted y a la tía Margaret por el hogar y el cariño que me han dado. Sé cuánto trabajan, y no voy a aceptar su dinero.

—Solo sería un préstamo, Elnora, un préstamo hasta que puedas devolverlo. Puedes ser orgullosa con el resto del mundo, pero entre nosotros no hay secretos, ¿verdad?

—No —dijo Elnora—, no los hay. Usted y la tía Margaret me han dado todo el amor que he conocido. Y por eso mismo no aceptaré caridad. ¿Que me dé dinero solo porque me ve llorando? Este sendero no es ajeno a las lágrimas ni al dolor. Todos conocemos esa historia. Freckles se mantuvo firme en lo que empezó… y triunfó. Yo también lo haré. Cuando Duncan se fue, me dejó todo lo que Freckles había dejado en el pantano, y si heredé su propiedad, tal vez

también herede su suerte. No aceptaré su dinero, pero encontraré la forma. Primero iré a casa e intentaré convencer a mamá. Tal vez pueda conseguir libros de segunda mano, y quizá la matrícula no tenga que pagarse toda de una vez… tal vez acepten pagos por partes. Pero, por favor, tío Wesley… usted y la tía Margaret no dejen de quererme. Me siento tan sola… y nadie más se preocupa por mí.

Las mandíbulas de Wesley Sinton se cerraron con un chasquido. Tragó saliva, conteniendo palabras amargas, y reconsideró tres veces lo que habría querido decir antes de lograr expresarse.

—Elnora —dijo al fin—, si no fuera por una cosa, habría intentado por la vía legal hacerte nuestra cuando tenías tres años. Maggie dijo entonces que no serviría de nada, pero yo nunca dejé de pensarlo. Verás, fui el primer hombre en llegar allí, niña… y hay cosas que uno ve que jamás puede hacer que otros entiendan. Ella lo amaba, Elnora… lo amaba hasta convertirlo en un ídolo. Ahí estaba ese pozo verdoso y viscoso, con la superficie rota y dos o tres grandes burbujas subiendo lentamente… el aliento de su cuerpo. Y ella, retorciéndose de dolor, con aquel pesado tronco al lado que había intentado lanzarle para salvarlo. Nunca podré perdonarle que se haya vuelto contra ti y haya arruinado tu infancia como lo ha hecho… pero tampoco podría permitir que nadie más la juzgara. Maggie no tiene compasión por ella, pero Maggie no vio lo que yo vi, y nunca he intentado explicárselo del todo. Para mí ha sido demasiado claro desde entonces. Cada vez que miro el rostro de tu madre, veo lo que ella vio… así que me quedo callado y me digo: “Dale un poco más de tiempo”. Algún día llegará. Ella te quiere, Elnora. Todos te quieren, niña. Solo que siente tanto… que no sabe cómo expresarlo. Sé paciente y espera un poco más. Al fin y al cabo, es tu madre… y tú eres todo lo que tiene, aparte de un recuerdo. Y tal vez le haría bien saber que estaba equivocada en eso.

—¡Eso la mataría! —exclamó la muchacha con rapidez—. ¡Tío Wesley, la mataría! ¿A qué se refiere?

—A nada —respondió él con suavidad—. A nada, hija. Solo fue una de esas tonterías que dice un hombre cuando intenta ser sabio. Verás, ella lo amaba profundamente, y llevaban apenas un año de casados. Lo que amaba… era lo

que creía que él era. En realidad, aún no lo conocía. Si hubiera pasado un año más, lo habría soportado, y tú habrías recibido justicia. Como era maestra, estaba mejor educada y era más sensible que nosotros. No puede aceptar que amaba un sueño. Por eso digo que quizá le haría bien que alguien que sabe la verdad se lo dijera… pero te juro que yo nunca podría. Durante dieciséis años la he oído ir al borde del pantano, en esos momentos de desesperación, llamándolo… suplicando al pantano que se lo devuelva. Más de una vez me he levantado en la noche, agotado, solo para asegurarme de que no se metiera ella misma o te hiciera daño. Lo que ella siente es demasiado profundo para mí. He aprendido a respetar su dolor… y no puedo ir contra eso. Ve a casa y habla con tu madre, con cariño, pídele que te ayude. Y si no quiere… tendrás que tragarte ese pequeño orgullo que llevas dentro y acudir a la tía Maggie, como lo has hecho toda tu vida.

—Se lo pediré a mamá… pero no puedo aceptar su dinero, tío Wesley, de verdad no puedo. Esperaré un año, trabajaré, y entraré el próximo.

—Hay algo que no estás considerando, Elnora —dijo él con seriedad—. Y es lo que tú significas para Maggie. Es un poco como tu madre. No se ha rendido, sigue luchando con valentía, pero cuando enterramos a nuestra segunda hija, la luz se apagó en sus ojos… y no ha vuelto. Solo la veo asomar cuando cree que ha hecho algo que te hace feliz. Así que no rechaces tan fácilmente lo que quiera hacer por ti. Hay momentos en la vida en que es nuestro deber olvidar nuestro orgullo y pensar en lo que puede ayudar a otros. Jovencita, tú nos debes a Maggie y a mí todo el consuelo que podamos recibir de ti. Tenemos dos hijas a las que ya no podemos dar nada. No permitas que ese orgullo mal entendido nos quite la poca alegría que aún tenemos.

—Tío Wesley… usted es un tesoro —dijo Elnora—. De verdad. Si no puedo conseguir ese dinero de ninguna otra forma, iré a pedírselo prestado… y se lo devolveré, aunque tenga que arrancar helechos del pantano y venderlos de puerta en puerta en la ciudad. Incluso los plantaré para que vuelvan a crecer en primavera. Hoy estuve como en shock, no podía pensar. Puedo recoger nueces y venderlas. Freckles vendía polillas y mariposas, y yo tengo muchas recolectadas. ¡Claro que voy a regresar mañana! Encontraré la manera de conseguir los libros. No se preocupe por mí. Estoy bien.

—¿Qué te parece eso? —dijo Wesley Sinton, como si hablara con el pantano entero—. ¡Nuestra Elnora ha vuelto! Con la cabeza en alto y firme como una roca. En tres minutos ya encontraste tres maneras de ganar diez dólares, que creo que te bastarían para empezar. ¡Vamos a cenar y deja de preocuparte!

Elnora abrió la caja, sacó el balde, guardó la servilleta, se soltó el listón del cabello y volvió a recogerlo con firmeza. Luego lo siguió hasta el camino. A lo lejos, pudo ver a su madre en la puerta. Parpadeó y trató de sonreír mientras respondía a Wesley Sinton… y, en efecto, se sentía mejor. Ahora sabía qué esperar, adónde ir y qué hacer. Tenía que conseguir los libros; y cuando los tuviera, les demostraría a esos chicos de la ciudad cómo estudiar y recitar lecciones, cómo caminar con valor. Ellos podrían enseñarle a vestir bien y a disfrutar la vida.

Cuando se acercó a la puerta, su madre tomó el balde.

—Olvidé decirte que trajeras las sobras para las gallinas —dijo.

Elnora entró.

—No había sobras… y tengo tanta hambre como nunca en mi vida.

—Lo imaginé —respondió la señora Comstock—, así que ya preparé la cena. Comeremos primero y luego trabajaremos. ¿Por qué tardaste tanto? Te esperaba hace una hora.

Elnora miró el rostro de su madre y sonrió. Era una sonrisa extraña, pequeña… pero cualquier madre normal habría sentido su profundidad.

—Veo que has estado llorando —dijo la señora Comstock—. Ya sabía que no tardarías en hartarte. Por eso no quise gastar de más. Si queremos evitar el asilo de pobres, tenemos que apretarnos el cinturón. Ese nuevo impuesto del camino nos va a quitar todo lo que hemos ahorrado. No sé de dónde saldrá el dinero para el impuesto de la tierra. Cada año es más alto. Si vuelven a drenar el pantano, tendrán que quedarse con la tierra para pagar. Yo no puedo más, eso es todo. Mañana nos levantaremos temprano a desgranar los frijoles para el invierno, y luego pasaremos el resto del día escardando los nabos.

Elnora volvió a esbozar aquella sonrisa triste.

—¿Cree que yo no sabía que iba a parecer ridícula… y que se iban a reír de mí? —preguntó.

—¿Ridícula? —exclamó la señora Comstock con dureza—.

—¡Sí, ridícula! ¡Una verdadera caricatura! —respondió Elnora—. Nadie más llevaba tela barata, ni una sola persona. Nadie más usaba esos zapatos altos y pesados, ni uno. Nadie tenía un sombrerito tan anticuado como el mío; mi cabello no estaba bien arreglado, mi listón era invisible comparado con el de las demás, no sabía adónde ir ni qué hacer… y no tenía libros. ¡Qué espectáculo les ofrecí!

Elnora soltó una risa nerviosa al imaginarse a sí misma.

—Pero siempre hay dos lados —añadió—. El profesor dijo en la clase de álgebra que nunca había visto una solución y una explicación mejores que la mía del problema que me puso. Eso me dio un punto a favor, a pesar de mi ropa.

—Bueno, yo no presumiría tanto —respondió su madre.

—Sí, fue de mal gusto —admitió Elnora—. Pero, verá, es como silbar para darse valor. Me di cuenta de que me habría visto igual de bien que los demás si hubiera estado vestida como ellos. No podemos permitirnos eso, así que tengo que encontrar otra forma de sostenerme. Fue bastante duro, madre.

—¡Me alegra que hayas tenido suficiente de eso!

—Oh, pero no ha sido suficiente —se apresuró a decir Elnora—. Apenas estoy empezando. Lo más difícil ya pasó. Mañana no se sorprenderán. Ya sabrán qué esperar. Siento lo del drenaje… ¿de verdad van a hacerlo?

—Sí. Hoy recibí el aviso. El impuesto será enorme. No sé si pueda prescindir de ti, incluso si estás dispuesta a convertirte en la burla del pueblo.

Con cada bocado, el ánimo de Elnora regresaba, pues era una joven fuerte y sana.

—Ha oído eso de hacer el mal para que venga un bien —dijo—. Bueno, madre, en mi caso es algo parecido. Estoy dispuesta a soportar lo difícil para pagar lo que voy a aprender. Ya elegí incluso la escuela donde quiero enseñar dentro de unos cuatro años. Voy a pedir un salón orientado al sur, para que las flores y las polillas que lleve del pantano para mostrárselas a los niños crezcan bien.

—¡Pequeña tonta! —dijo la señora Comstock—. ¿Y cómo piensas pagar todo eso?

—Justamente eso iba a preguntarle —respondió Elnora—. Verá, hoy recibí dos noticias bastante impactantes. No sabía que necesitaría dinero. Pensé que en la ciudad proporcionaban los libros… y además hay una matrícula para los de fuera. Necesito diez dólares mañana. ¿Podría dármelos?

—¡Diez dólares! —exclamó la señora Comstock—. ¡Diez dólares! ¿Por qué no pides cien de una vez? Me sería igual de fácil conseguir uno que otro. ¡Te lo dije! Te dije que no podía conseguir ni un centavo. Cada año los gastos son más grandes. ¡Te dije que no me pidieras dinero!

—Nunca pensé hacerlo —respondió Elnora—. Creí que solo necesitaba ropa, y eso podía soportarlo. Nunca supe lo de comprar libros ni pagar matrícula.

—¡Pues yo sí! —replicó su madre—. ¡Sabía en lo que te estabas metiendo! Pero eres tan terca, tan obstinada, que pensé que lo mejor era dejarte probar un poco el mundo y ver cómo te iba.

Elnora empujó su silla hacia atrás y miró fijamente a su madre.

—¿Está diciendo —exigió— que usted sabía, cuando me dejó ir a ese salón en la ciudad y exponer delante de todos que esperaba que me dieran los libros… que sabía que tenía que pagarlos?

La señora Comstock evitó responder directamente.

—Cualquiera que no fuera una tonta soñadora perdida en libros o perdiendo el tiempo en el bosque habría sabido que hay que pagar. Todo el mundo paga por todo. La vida es pagar, pagar y pagar. ¡Siempre es pagar! Si no pagas de una forma, pagas de otra. Claro que sabía que tenías que pagar. Claro que sabía que volverías llorando. ¡Pero no te daré ni un centavo! No tengo dinero, ni puedo conseguirlo. Haz lo que quieras si estás decidida, pero creo que encontrarás el camino bastante difícil.

—Pantanoso, querrá decir, madre —corrigió Elnora.

Se puso de pie, pálida y temblorosa.

—Quizá algún día Dios me enseñe a entenderla. Él sabe que ahora no puedo. Usted no puede imaginar lo que me hizo pasar hoy, ni cómo me dejó ir… pero

le diré algo: entiende lo suficiente como para que, aunque tuviera el dinero y me lo ofreciera ahora, yo no lo aceptaría. Y le diré algo más: lo conseguiré por mi cuenta. Lo reuniré de alguna forma honesta. Voy a volver mañana, pasado mañana… y el siguiente día también. No hace falta que usted salga; yo haré el trabajo de la noche… y escardaré los nabos.

Eran las diez cuando terminaron de alimentar a las gallinas, los cerdos y el ganado, escardar los nabos y apilar un montón de plantas de frijol junto a la puerta trasera.

CAPÍTULO 2

Wesley Sinton caminó por el camino principal durante media milla antes de doblar hacia el sendero que llevaba a su casa. Tenía el corazón ardiendo de indignación. Le había dicho a Elnora que no culpaba a su madre, pero sí la culpaba.

Su esposa lo recibió en la puerta.

—¿Viste a Elnora? —preguntó.

—Demasiado, Maggie —respondió él—. ¿Qué dices de ir al pueblo? Hay algunas cosas que necesitamos conseguir de inmediato.

—¿Dónde la viste, Wesley?

—En el viejo sendero del Limberlost, hecha pedazos, llorando desconsoladamente. Siempre ha tenido mucho valor, pero lo que enfrentó hoy fue demasiado para ella. Debimos saber que no podíamos dejarla ir así. No era solo la ropa; también estaban los libros, las cuotas para los estudiantes de fuera, cosas de las que ni siquiera sabía. Y además, seguro hubo burlas, susurros y risas. Maggie, siento como si hubiera traicionado a nuestras niñas. Debí haber ido yo mismo a averiguar todo sobre esa escuela. No llores, Maggie. Prepárame algo de cenar y engancharé el carruaje para ver qué podemos hacer ahora.

—¿Y qué podemos hacer, Wesley?

—No lo sé con exactitud. Pero tenemos que hacer algo. Kate Comstock será difícil de tratar, y Elnora todavía más, pero entre los dos debemos procurar que la muchacha no tenga que sufrir tanto por dinero y que al menos vaya vestida de forma digna. Nos ha ahorrado el trabajo de una empleada durante años. ¿No podrías hacerle algunos vestidos decentes?

—No soy precisamente una experta —admitió Margaret—, pero coso mucho mejor que Kate Comstock. Sé que las faldas deben ir plisadas a la cintura y no fruncidas, que deben tener suficiente amplitud para sentarse cómodamente y ser lo bastante cortas para caminar. Podría intentarlo. Venden patrones en las tiendas. Vamos ahora mismo, Wesley.

—Sírveme algo rápido mientras preparo el caballo.

Margaret encendió el fuego, preparó café y frió jamón con huevos. Sacó pastel y pay, y cuando el carruaje estuvo listo había servido suficiente comida para un hombre hambriento, aunque ella no tenía apetito. Mientras Wesley cenaba, Margaret se vistió; mientras él se cambiaba, ella recogió la mesa. Después partieron rumbo a la ciudad, atravesando la hermosa tarde de septiembre, planeando todo lo que harían por Elnora.

El problema no era si podían pagar lo que necesitaba, sino si Elnora aceptaría su ayuda… y qué diría su madre.

Entraron a una tienda de telas y ropa. Cuando un dependiente les preguntó qué deseaban ver, ninguno de los dos supo qué responder, así que se apartaron para hablar en voz baja.

—¿Qué deberíamos comprar, Wesley?

—Vestidos —respondió él de inmediato.

—Sí, pero ¿cuántos vestidos? ¿Y de qué tipo?

—Ni idea —dijo Wesley—. Pensé que tú sabrías eso. Yo solo sé algunas cosas que pienso comprarle.

En ese instante varias chicas de preparatoria entraron a la tienda y pasaron cerca de ellos.

—¡Mira! —exclamó Wesley, casi sin aliento—. ¡Mira, Maggie! ¡Así! ¡Eso necesita Elnora! ¡Compra lo que ellas usan!

Margaret las observó desconcertada. ¿Qué llevaban puesto exactamente? Todo parecía tan rápido, tan elegante, tan abundante, que no lograba decidirse. Antes de darse cuenta, ya estaba frente a ellas.

—Disculpen, ¿podrían esperar un momento? —preguntó.

Las muchachas se detuvieron, sorprendidas.

—Es su ropa —explicó Margaret—. Me parecen hermosas. Exactamente así me habría gustado ver a mis hijas. Las dos murieron de difteria cuando eran pequeñas, pero tenían el cabello rubio, ojos oscuros y mejillas rosadas, y todos

decían que eran preciosas. Si hubieran vivido, tendrían más o menos su edad… y yo querría que lucieran como ustedes.

Los rostros de las chicas se llenaron de compasión.

—Muchas gracias —dijo una de ellas—. Lo sentimos mucho.

—Claro que sí —respondió Margaret—. Todos lo han sentido siempre. Y como nunca podré vivir la alegría de elegir ropa bonita para mis hijas, solo me queda hacer algo por una niña que no tiene una madre que piense en ella. Conozco a una chica que sería tan bonita como cualquiera de ustedes si tuviera la ropa adecuada, pero su madre no se ocupa de ella… así que yo intento hacerlo un poco.

—Debe ser muy afortunada —comentó otra.

—Y yo la quiero muchísimo —dijo Margaret—. Quiero que se vea igual que ustedes. Por favor, háblenme de su ropa. ¿Estos vestidos y sombreros son los que usan para ir a la escuela? ¿Qué telas son? ¿Dónde los compran?

Las muchachas comenzaron a reír y se reunieron alrededor de Margaret. Wesley avanzó por la tienda con la cabeza en alto, orgulloso de ella, aunque el recuerdo de las pequeñas tumbas bajo la tierra de Brushwood le apretaba el corazón. Preguntó dónde estaba la sección de zapatos.

—Casi todas usamos vestidos de lino o gingham —explicaron las chicas—. Son ropa sencilla para la escuela.

Durante varios minutos se mezclaron voces alegres explicándole a Margaret que los vestidos escolares debían ser alegres y bonitos, pero simples y prácticos, y que mientras el clima siguiera cálido debían poder lavarse fácilmente.

—Ya sé —dijo Ellen Brownlee—. Mi padre es dueño de esta tienda y conozco a todos los empleados. La llevaré con la señorita Hartley. Usted solo dígale cuánto quiere gastar y qué necesita, y ella sabrá cómo aprovechar mejor su dinero. He oído decir a mi padre que es la mejor vendedora para ayudar a quienes no saben exactamente lo que buscan.

—Eso es justo lo que necesitamos —dijo Margaret.

Luego añadió:

—Pero antes, díganme algo sobre su cabello. El cabello de Elnora es brillante y ondulado, pero el de ustedes cae suave y sedoso. ¿Cómo lo arreglan?

—¿Elnora? —preguntaron cuatro muchachas al mismo tiempo.

—Sí, así se llama la chica para la que estoy comprando todo esto.

—¿Fue hoy a la preparatoria? —preguntó una.

—¿Está en sus clases? —preguntó Margaret.

Las cuatro se quedaron calladas por un instante.

Pensaron rápidamente. Sí, había habido una muchacha nueva en clase… una chica del campo. ¿La habían ignorado porque estaba demasiado mal vestida? Si hubiera llegado luciendo mejor que ellas, ¿la habrían tratado igual?

—Hoy hubo una chica nueva del campo en la clase de primer año —dijo Ellen Brownlee—. Y se llamaba Elnora.

—Es ella —respondió Margaret.

—¿Su familia es muy pobre? —preguntó Ellen.

—No exactamente —contestó Margaret—. Es una situación complicada. La señora Comstock sufrió una gran tragedia y eso cambió por completo su vida. Antes era una mujer encantadora; ahora vive obsesionada con ahorrar y aterrada por la idea de terminar en la pobreza. Pero tienen una gran propiedad llena de buena madera. Los impuestos son muy altos para dos mujeres solas que no pueden trabajar toda esa tierra. Con un poco de sentido común, podrían vivir cómodamente toda la vida. Pero nadie nunca le enseñó nada a Kate Comstock… y tampoco escucha a nadie. Se pasa el día apagada y la mitad de las noches caminando por el borde del pantano, descuidando a Elnora. Si ustedes pudieran hacerle la vida un poco más fácil, sería una de las cosas más hermosas que podrían hacer.

Todas prometieron intentarlo.

—Y ahora sí, háblenme del cabello —insistió Margaret Sinton.

Las muchachas la llevaron a un mostrador de tocador, donde compró el jabón adecuado para el cabello, una lima de uñas y crema para las manos, para usar después de los días ventosos.

Después la dejaron con la experimentada señorita Hartley. Cuando Wesley finalmente volvió a encontrarla, Margaret estaba rodeada de paquetes y en sus hermosos ojos brillaba una alegría que él no veía desde hacía años. Wesley también cargaba varias cajas.

—¿Compraste medias? —preguntó en voz baja.

—No —respondió ella—. Estaba tan entretenida viendo vestidos, listones para el cabello y… un sombrero…

Vaciló y miró a Wesley.

—¡Claro que un sombrero! —dijo él—. Yo fui quien olvidó esos horribles zapatos. Necesita zapatos decentes, Wesley.

—Por supuesto —respondió él—. Ya los tiene. Pero el vendedor dijo que también necesitaba medias cafés. Mira esto.

Wesley abrió una caja y mostró un par de zapatos cafés, bajos, de suela gruesa y perfectamente formados.

Margaret soltó una exclamación de alegría.

—Pero… ¿y si no son de su talla, Wesley? ¿Qué número compraste?

—Solo dije que eran para una chica de dieciséis años y de pie delgado.

—Bueno, es lo más cercano que pude calcular. Si no le quedan cuando se los pruebe, volvemos enseguida a cambiarlos. Ahora sí, vámonos a casa.

Durante todo el camino hablaron de cómo entregarían las compras a Elnora y de cómo reaccionaría la señora Comstock.

—Tengo miedo de que se enoje muchísimo —dijo Margaret.

—¡Se va a poner furiosa! —respondió Wesley gráficamente—. Pero si quiere dejar la crianza de su hija en manos de los vecinos, entonces no debería molestarse cuando esos vecinos se toman en serio hacer bien el trabajo. Desde ahora te digo que Elnora irá a la escuela; y tendrá toda la ropa y todos los libros que necesite, aunque tenga que entrar por la parte trasera del terreno de Kate Comstock y cortar un árbol, o vender un becerro para pagarlos. Margaret, un solo árbol de los que ella tiene podría mantener a Elnora feliz durante un año entero. No es justo. Legalmente, una tercera parte de esas tierras le pertenece a

Elnora, y si Kate arma un escándalo, se lo voy a decir claramente y me aseguraré de que la muchacha reciba lo que le corresponde. Tú ve a ver a Kate mañana por la mañana, y yo iré contigo. Dile que necesitas tomarle las medidas a Elnora porque quieres hacerle un vestido por habernos ayudado tanto. Y deja caer algunas indirectas sobre las demás cosas. Si Kate se opone, entonces intervendré yo. Iré a los tribunales si hace falta para asegurar la parte de Elnora y vender suficiente tierra para educarla.

—¡Wesley Sinton, estás completamente fuera de ti!

—¡No lo estoy! ¿Nunca has pensado que casos así son tan comunes que existen leyes para proteger a los hijos? Puedo llevar esto ante un juez y obligar a Kate a educar a Elnora, además de alimentarla y vestirla hasta que sea mayor de edad. Después podrá recibir su parte de la propiedad.

—¡Wesley, Kate se volvería loca!

—Ya está loca. Tener una hija tan dulce como Elnora y dejarla sufrir hasta encontrarla llorando como si estuviera en un funeral… eso me llena de rabia. Todo esto podría evitarse. No tiene ningún sentido. Le he ofrecido una y otra vez ayudarla a limpiar la tierra y trabajar los campos. Bastaría con vender un buen árbol o algunas hectáreas. Algo tiene que hacerse, y ahora mismo. Elnora había sido relativamente feliz hasta ahora, pero arruinarle la vida escolar con la que ha soñado es arruinarle la vida entera. ¡No voy a permitirlo! Y si Elnora no acepta estas cosas, entonces le diré cuánto vale realmente y le prestaré el dinero. Que me lo pague cuando sea mayor de edad. Mañana mismo hablaré seriamente con Kate Comstock. Ya llegamos. Tú abre lo que compraste mientras guardo los caballos, y luego te enseño lo mío.

Cuando Wesley volvió del establo, Margaret tenía extendidas cuatro piezas de tela gingham recién compradas: una azul claro, una rosa, una gris con rayas verdes y otra de cuadros café y azul intenso. Sobre cada tela descansaba metro y medio de listón ancho a juego. También había pañuelos y un cinturón de cuero café.

En las manos sostenía un sombrero de paja color arena, de ala ancha y copa alta, adornado con cintas de terciopelo sujetas con pequeñas hebillas doradas.

—Ahora se ve un poco vacío —explicó—. Tenía tres plumas aquí.

—¿Las quitaste? —preguntó Wesley.

—Sí. El sombrero costaba dos dólares y medio, y esas plumas valían dólar y medio cada una. No podía pagarlas.

—Sí parece bastante dinero —admitió Wesley—. Pero… ¿se verá bien sin ellas?

—¡No, claro que no! —dijo Margaret—. Va a tener plumas. ¿Recuerdas aquellas hermosas plumas de pavo real que me regaló Phoebe Simms? Tres de ellas irán justo donde estaban las otras, y nadie notará la diferencia. Le quedan perfectas al sombrero; incluso son más largas y bonitas que las originales. Estaba pensando si coserlas esta misma noche mientras aún recuerdo cómo iban colocadas o esperar hasta mañana.

—¡Ni se te ocurra esperar! —exclamó Wesley con ansiedad—. ¡Cóselas ahora mismo!

—Abre tus paquetes mientras busco hilo —dijo Margaret.

Wesley desenvolvió los zapatos. Margaret los tomó entre sus manos, apretó suavemente el cuero y los acarició.

—¡Qué hermosos son! —exclamó.

Wesley tomó uno y lo giró lentamente entre sus grandes manos. Miró su propio pie y luego el pequeño zapato.

—Es tan pequeño, Margaret —dijo en voz baja—. Capaz que tengamos que cambiarlo. Parece imposible que pueda quedarle.

—Más le vale quedar perfecto —respondió Margaret—. Es un zapato afortunado por tener la oportunidad de llevar a una chica tan maravillosa como Elnora a la preparatoria. Ahora, ¿qué hay en la otra caja?

Wesley la miró con cierta duda.

—Bueno… —dijo—. Ya sabes que habrá días de lluvia, y esas cosas que tiene ahora no sirven más que para arrear vacas…

—¡Wesley! ¿También compraste zapatos altos?

—¡Claro que los necesita! El vendedor dijo que me los dejaría más baratos si llevaba ambos pares.

Margaret soltó una carcajada.

—Con esos tendrá hasta después de Navidad —dijo feliz—. ¿Qué más compraste?

—Pues verás —respondió Wesley—, hoy entendí algo. Tú me contaste sobre la lonchera de hojalata que Kate le compró a Elnora para llevar a la escuela, y dijiste que era una vergüenza. Bueno, creo que Elnora sí sintió vergüenza, porque esta noche pasó por aquella vieja caja que Duncan le dejó y guardó allí la lonchera, donde había permanecido todo el día, y solo metió la servilleta dentro. De regreso confesó que casi se moría de hambre porque escondió su comida bajo un puente y algún vagabundo se la robó. No había probado un solo bocado en todo el día. Y aun así no se quejó; estaba feliz de no haber perdido la servilleta. Así que busqué por todas partes hasta encontrar esto, y creo que es justo lo que necesita.

Wesley abrió el paquete y colocó sobre la mesa una elegante lonchera de cuero café.

—Podría parecer una caja para libros o herramientas de dibujo… o cualquier cosa fina y respetable. Mira cómo se abre.

La abrió. Dentro había compartimentos para sándwiches, un pequeño recipiente de porcelana para carne fría o pollo frito, otro para ensalada, un vaso de vidrio con tapa de rosca para natilla o mermelada, un termo para leche o té, además de un hermoso cuchillo, tenedor y cuchara sujetos en pequeños soportes, y un espacio especial para la servilleta.

Margaret estuvo a punto de llorar.

—Cómo me gustaría llenarla… —susurró.

—Hazlo mañana, aunque sea una sola vez, solo para mostrarle a Kate Comstock lo que significa el cariño —dijo Wesley—. Levántate temprano y empieza uno de esos vestidos mañana mismo. ¿No puedes hacer un vestido sencillo de gingham en un día? Yo desplumaré un pollo, tú lo fríes, preparas una pequeña natilla para el vasito y dejas todo perfecto. Vamos, Maggie, hazlo.

—Jamás terminaría —dijo Margaret—. Soy lentísima para coser, y además estos no van a ser vestidos simples. Llevarán bordes de tela lisa verde, rosa y

café en tiras al bies, además de pliegues y tablones alrededor de la cintura, cinturones bonitos y cuellos elegantes… y todo eso toma tiempo.

—Entonces Kate Comstock tendrá que ayudar —declaró Wesley—. ¿Entre las dos podrían terminar uno y preparar el almuerzo para mañana?

—Claro que sí… pero ella jamás aceptará.

—Ya veremos si no —dijo Wesley—. Tú levántate temprano y corta el patrón. Apenas Elnora se vaya, yo mismo iré por Kate. A solas tomará mejor lo que tengo que decirle. Pero irá, y ayudará a coser el vestido. Las demás cosas serán nuestros regalos de Navidad adelantados para Elnora. Probablemente ahora las necesita más que en diciembre, así que da igual entregárselas desde hoy. Esto es tuyo, y aquello mío… o como quieras repartirlo.

Wesley abrió entonces un paraguas café resistente y desplegó un largo impermeable del mismo color.

Margaret dejó el sombrero, se levantó y tomó el abrigo. Se lo probó, acarició la tela, soltó pequeños murmullos de alegría y lo combinó con el paraguas.

—¿Parecía que iba a llover esta noche? —preguntó con tanta preocupación que Wesley terminó riéndose.

—¿Y este último paquete? —preguntó ella, volviendo a sentarse sin quitarse el impermeable.

—No podía comprar tantas cosas para otra mujer y nada para la mía —respondió Wesley—. También es Navidad para ti, Margaret.

Desdobló lentamente una suave tela gris satinada que resaltaría maravillosamente sobre las mejillas rosadas y el cabello ya encanecido de Margaret.

—¡Ay, viejo querido! —exclamó ella, corriendo hacia sus brazos mientras rompía en llanto.

Pero pronto se secó las lágrimas, avivó las brasas de la estufa y puso a hervir uno de los patrones de vestido en agua con sal durante media hora. Wesley sostuvo la lámpara mientras ella tendía las telas para secarlas. Luego Margaret dejó las planchas sobre la estufa para que estuvieran calientes desde temprano a la mañana siguiente.

CAPÍTULO 3

A las cuatro de la mañana del día siguiente, Elnora ya estaba desgranando frijoles. A las seis alimentó a las gallinas y a los cerdos, barrió dos habitaciones de la cabaña, encendió el fuego y puso la tetera para el desayuno. Después subió por la estrecha escalera hasta el ático que ocupaba desde que era muy pequeña, se vistió con los odiados zapatos y el vestido de percal marrón, aplastó sus rizos rebeldes, desayunó lo poco que pudo y, tras colocarse el sombrero, partió rumbo a la ciudad.

—No tiene sentido que salgas todavía; falta una hora —dijo su madre.

—Tengo que encontrar la manera de conseguir dinero para esos libros —respondió Elnora—. Estoy completamente segura de que no aparecerán tirados al borde del camino, envueltos en papel seda y con mi nombre escrito encima.

Avanzó hacia la ciudad igual que el día anterior. La preocupación por el dinero de la colegiatura y los libros era aún peor, pero ya no se sentía tan abatida. Nunca más tendría que enfrentarse a todo aquello por primera vez. El día anterior hubo momentos en los que había rezado para desaparecer o para morir allí mismo… y ninguna de las dos cosas ocurrió.

—Creo que la mejor forma de conseguir respuesta a una oración es trabajar por ella —murmuró Elnora con firmeza.

De nuevo siguió el sendero hacia el pantano, acomodó su cabello y dejó escondida la lonchera de hojalata. Esta vez envolvió un par de sándwiches en la servilleta y los ató cuidadosamente en un pequeño paquete de papel claro que llevaba en la mano. Luego apresuró el paso hacia Onabasha y encontró una librería.

Allí preguntó el precio de los libros que necesitaba y descubrió que seis dólares no alcanzarían para comprarlos todos. Preguntó ansiosamente si tenían libros usados, pero le dijeron que solo podrían conseguirse a través de alumnos de segundo año que hubieran cursado primero el ciclo anterior.

En ese instante, Elnora sintió que no podría acercarse jamás a ninguno de aquellos estudiantes —a quienes suponía mucho más sofisticados que ella—

para pedirles sus viejos libros. La única manera de aliviar la humillación del día anterior era llegar esa mañana con un juego de libros nuevos bajo el brazo.

—¿Los quiere llevar? —preguntó el empleado con prisa, pues la tienda comenzaba a llenarse de estudiantes que pedían desde diccionarios hasta plumas.

—Sí —respondió Elnora ahogada—. ¡Claro que sí! Pero no puedo pagarlos ahora mismo. Por favor, déjeme llevarlos y le pagaré el viernes… o los devolveré exactamente como están. Por favor, confíe en mí solo unos días.

—Iré a preguntarle al dueño —dijo el empleado.

Cuando regresó, Elnora supo la respuesta antes de escucharlo.

—Lo siento —dijo—, pero el señor Hann no reconoce su apellido. Usted no es clienta nuestra y no cree conveniente correr el riesgo.

Elnora salió de la tienda arrastrando los pies. El golpe pesado de sus zapatos sobre el suelo resonaba en su cabeza como un martillo. Intentó en otras dos librerías y obtuvo exactamente la misma respuesta.

Desesperada, volvió a la calle.

¿Qué podía hacer? Estaba demasiado asustada para pensar con claridad. ¿Debía faltar a clases y recorrer las casas más elegantes ofreciendo helechos silvestres, como le había sugerido Wesley Sinton? ¿Cuánto podría cobrar por plantar un grupo de helechos? ¿Cómo los transportaría? ¿La gente realmente los compraría?

Caminó lentamente frente al hotel y miró alrededor buscando un reloj, porque estaba segura de que todos aquellos jóvenes que pasaban a su lado iban camino a la escuela.

Entonces lo vio.

En la ventana de un banco, escrito con enormes letras negras, había un anuncio que parecía mirarla directamente a ella:

SE COMPRAN: ORUGAS, CAPULLOS, CRISÁLIDAS, ENVOLTURAS DE PUPA, MARIPOSAS, POLILLAS Y RELIQUIAS INDÍGENAS DE TODO TIPO. SE PAGA EN EFECTIVO AL MEJOR PRECIO.

Elnora se aferró a la ventanilla del cajero con ambas manos para sostenerse.

—¿Quién quiere comprar capullos, mariposas y polillas? —preguntó jadeando.

—La Mujer de los Pájaros —respondió el cajero—. ¿Tiene algunos para vender?

—Tengo algunos… aunque no sé si serán de los que ella busca.

—Entonces debería verla —dijo el hombre—. ¿Sabe dónde vive?

—Sí —contestó Elnora—. ¿Podría decirme la hora?

—Las ocho con veintiún minutos.

Le quedaban nueve minutos para llegar al auditorio antes de llegar tarde. ¿Ir a la escuela… o buscar a la Mujer de los Pájaros?

Varias muchachas pasaron junto a ella apresuradamente y reconoció sus rostros. Iban a la escuela. Elnora sintió el impulso de seguirlas.

Vería a la Mujer de los Pájaros al mediodía.

Álgebra era la primera clase, y el profesor había sido amable. Quizá podría pedirle al director un libro prestado para la siguiente lección y, a la hora del almuerzo…

—Oh, Dios, por favor, haz que funcione —rezó Elnora.

Tal vez al mediodía podría vender algunas de aquellas maravillosas criaturas de alas brillantes que llevaba toda la vida recolectando en los bordes del Limberlost.

Mientras avanzaba por el largo corredor, vio al profesor de matemáticas de pie en la puerta del salón. Cuando pasó frente a él, el hombre sonrió y le habló.

—La estaba esperando —dijo.

Elnora se detuvo desconcertada.

—¿A mí?

—Sí. Entre un momento.

Ella lo siguió hasta el aula y cerró la puerta detrás de ambos.

—Anoche, durante la reunión de maestros, uno de los profesores comentó que una alumna había dado a entender en clase que esperaba que la ciudad le proporcionara los libros. Pensé que quizá se trataba de usted. ¿Era así?

—Sí —susurró Elnora.

—Entonces imaginé que tal vez necesitaría un poco de tiempo para conseguirlos —continuó el profesor Henley—. Y sería una lástima que una alumna tan buena para las matemáticas se atrasara por falta de materiales. Así que llamé por teléfono a una estudiante de segundo año y le pedí que trajera hoy sus libros del año pasado. Lamento decir que están bastante usados, pero el contenido está completo. Puede quedárselos por dos dólares y pagarlos cuando le sea posible. ¿Le interesan?

Elnora se sentó de golpe. No habría soportado permanecer un segundo más de pie.

Extendió ambas manos hacia los libros… y no pudo pronunciar una sola palabra.

El profesor tampoco habló.

Finalmente, Elnora se levantó abrazando aquellos libros contra el pecho como una madre abraza a su hijo.

—Una cosa más —añadió el profesor—. Puede pagar la colegiatura por trimestres. No necesita preocuparse por el primer pago este mes. Cualquier momento de octubre estará bien.

El suspiro de alivio de Elnora pareció llegar hasta las suelas de sus zapatos.

—¿Alguna vez le han dicho lo maravilloso que es usted? —exclamó.

Como el profesor Henley era alto, desgarbado, de cabello pajizo y tan miope que observaba a sus alumnos a través de gruesos lentes, nadie se lo había dicho jamás.

—No —respondió él—. Llevo bastante tiempo esperando escuchar algo así, así que lo apreciaré aún más. Ahora venga, o llegaremos tarde a la ceremonia de apertura.

Y así, Elnora entró al auditorio por segunda vez.

Su rostro brillaba como el amanecer más luminoso que hubiera aparecido sobre el Limberlost.

Ya no importaban los zapatos torpes ni el vestido pobre. No importaba nada. Tenía los libros.

Podría llevárselos a casa. Podría memorizarlos en el ático, si era necesario. Podría demostrar que la ropa no lo era todo.

Y si la Mujer de los Pájaros no quería sus especímenes, ahora estaba segura de que podría vender helechos, nueces y muchas otras cosas.

Además, esa mañana una chica le había guardado un asiento, y varias personas le habían sonreído y saludado.

Elnora olvidó todo excepto sus libros y el hecho de estar, por fin, en un lugar donde podía usarlos de verdad.

Bueno… casi todo.

Había una pequeña espina escondida en el fondo de su mente:

su madre sabía lo de los libros y la colegiatura… y aun así nunca se lo dijo.

—Me temo que la estoy molestando sin motivo y abusando de su amabilidad —dijo—. Esa palabra, “coleccionado”, me intimida. Yo solo los he reunido. Siempre amé todo lo que vive al aire libre, así que terminé haciéndolos mis amigos y compañeros de juegos. Y cuando descubrí que las polillas viven tan poco, empecé a conservarlas, porque no me parecía algo cruel.

—Yo he pensado exactamente lo mismo —respondió la Mujer de los Pájaros con tono alentador.

Y como notó que la muchacha no podía probar bocado hasta saber qué valor tenían sus polillas, le preguntó si conocía las especies que había reunido.

—No todas —contestó Elnora—. Antes de que el señor Duncan se mudara, solía verme cerca del borde del pantano y un día me mostró la caja que había preparado para Freckles. También me dio la llave. Había libros y varias cosas allí dentro, así que desde entonces estudié y traté de preparar las polillas correctamente… aunque temo que quizá no sean las que usted busca.

—¿Son de las grandes, las que vuelan sobre todo en las noches de junio? —preguntó la Mujer de los Pájaros.

—Sí. Unas grises con marcas rojizas, otras azul verdoso pálido, amarillas con lavanda… y unas rojizas y amarillas.

—¿Qué quieres decir con “rojizas y amarillas”? —preguntó la mujer tan rápido que Elnora casi se sobresaltó.

—No exactamente rojas —aclaró Elnora con voz temblorosa—. Más bien marrón rojizo y amarillo, con manchas color canario y líneas grises en las alas.

—¿Cuántas?

La pregunta llegó igual de rápida.

—Tenía más de doscientos huevos —dijo Elnora—, pero algunos no nacieron y varias orugas murieron… aunque debe haber al menos cien ejemplares perfectos.

—¿Perfectos? ¿Qué tan perfectos? —exclamó la Mujer de los Pájaros.

—Quiero decir… con las alas completas, sin perder escamas, y con todas sus patas y antenas —respondió Elnora insegura.

—Jovencita, esa es la polilla más rara de América —dijo solemnemente la Mujer de los Pájaros—. Si realmente tienes cien, según mi lista valen cien dólares. Puedo usar todas las que no estén dañadas.

—¿Y si no están montadas correctamente? —preguntó Elnora con voz quebradiza.

—Si están completas, eso no importa en absoluto. Sé cómo ablandarlas para acomodarlas como quiera. ¿Dónde las tienes? ¿Cuándo puedo verlas?

—Están en la vieja caja de Freckles, en el Limberlost —respondió Elnora—. No pude traer muchas por miedo a romperlas, pero podría llevar algunas después de clases.

—Ven aquí a las cuatro —dijo la Mujer de los Pájaros—. Iremos juntas con cajas especiales y una lista de precios para ver qué tienes para vender. ¿Son realmente tuyas? ¿Puedes disponer de ellas libremente?

—Son mías —afirmó Elnora—. Nadie, excepto Dios, sabe que las tengo. El señor Duncan me dio los libros y la caja. Le habló a Freckles de mí, y Freckles le dijo que me dejara todo lo que quedara allí. Me dijo que permaneciera junto al pantano y fuera valiente, que mi momento llegaría… ¡y llegó! Sé que la mayoría están en buen estado y… oh, de verdad necesito el dinero.

—¿Podrías contarme por qué? —preguntó suavemente la Mujer de los Pájaros.

—Es que el pantano y los campos que lo rodean me hacían sentir cada día más pequeña —explicó Elnora—. Y mientras más pequeña me sentía, más quería aprender. Hasta que terminé desesperada, igual que Freckles. Pero yo estoy mejor que él, porque tengo sus libros… y tengo una madre. Aunque no me quiera como las madres quieren a otras chicas, sigue siendo mejor que no tener a nadie.

La mirada de la Mujer de los Pájaros se suavizó, porque Elnora no era consciente de cuánto estaba revelando. La joven tenía los ojos fijos en un jarrón negro lleno de varas de oro en el centro de la mesa y hablaba simplemente desde el corazón.

—Mientras pude ir a la escuela de Brushwood fui feliz, pero justo cuando todo empezaba a ponerse interesante ya no pude continuar. Entonces decidí que iría a la preparatoria, aunque mamá no quería. Hay mucha tierra, pero mi padre murió ahogado cuando yo era un bebé, y mamá y yo no sabemos ganar dinero como los hombres. Los impuestos aumentan cada año y ella decía que estudiar era demasiado caro. No dejé de insistir hasta que al final me compró este vestido y estos zapatos… y vine. Fue horrible.

—¿Vives en esa hermosa cabaña del extremo noroeste del pantano? —preguntó la Mujer de los Pájaros.

—Sí.

—Ahora recuerdo la casa y la historia que cuentan sobre ella. ¿Entraste ayer a la preparatoria?

—Sí.

—¿Fue tan malo?

—¿“Tan malo”? —repitió Elnora.

La Mujer de los Pájaros soltó una risa suave.

—No puedes contarme nada que yo no conozca —dijo—. Una vez entré a una escuela de ciudad directamente desde el campo. También llevaba un vestido de percal marrón… y zapatos pesados.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Elnora.

—¿Ellos…? —balbuceó.

—Sí, lo hicieron —respondió la mujer—. Todo. Estoy segura de que no dejaron pasar ni el detalle más pequeño.

Entonces ella misma se secó unas lágrimas que habían comenzado a descender por su rostro… mientras reía al mismo tiempo.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Elnora de pronto.

—Dispersos por todas partes. Ninguno llegó tan lejos como parecía. Algunos de los ricos terminaron pobres, y algunos de los pobres se hicieron ricos. Algunos de los más brillantes murieron perdiendo la razón, mientras que varios de los más torpes alcanzaron puestos importantes. Algunos de los que más daño hacían desaparecieron, y todavía tengo noticias de otros. Y aquí estoy yo, capaz de recordar todo eso y mezclar risas con lo que antes solo eran lágrimas. Porque cada día tengo mi hermoso trabajo… y casi todos los días Dios me envía a alguien como tú para ayudarme. ¿Cómo te llamas, niña?

—Elnora Comstock —respondió ella—. Ayer, en el pizarrón, alguien convirtió mi apellido en “Cornstock”, y por un momento pensé que iba a morirme… pero ahora ya puedo reírme de eso.

La Mujer de los Pájaros se levantó y la besó en la frente.

—Termina tu almuerzo —dijo—. Voy a traer mis listas de precios y anotaré lo que crees tener para saber cuántas cajas preparar. Y recuerda esto: lo que eres depende de ti. Si eres perezosa y aceptas tu destino, vivirás atrapada en él. Pero si estás dispuesta a trabajar, podrás escribir tu nombre donde quieras, junto a aquellos que siguen vivos incluso después de morir: quienes escriben libros que ayudan, crean música hermosa, esculpen estatuas, pintan cuadros o trabajan por los demás. No te preocupes por el vestido de percal ni por los zapatos toscos. Dedícate a estudiar y, antes de mucho tiempo, escucharás a quienes hoy se

burlan presumir que alguna vez fueron tus compañeros de clase. “Podría contarte una historia…”

Riendo, salió de la habitación y Elnora se quedó pensando hasta recordar cuánta hambre tenía. Entonces terminó de comer, bebió el chocolate caliente y empezó a sentirse mejor.

Poco después la Mujer de los Pájaros regresó y le mostró una larga hoja impresa con precios para polillas, mariposas y libélulas.

—¡¿También quiere libélulas?! —exclamó Elnora—. Tengo algunas y puedo conseguir miles, con todos los colores imaginables en las alas.

—Sí —respondió la Mujer de los Pájaros—. También compraré las grandes orugas de polilla que ahora aparecen por todas partes y los capullos que empezarán a tejer justo en esta temporada. Tengo la sospecha de que el misterio, la maravilla y la pura belleza de estas criaturas terminarán obligándome a ilustrarlas y escribir un libro para que todo el mundo pueda conocerlas. Nosotros, la gente del Limberlost, no debemos ser egoístas con las maravillas que Dios nos ha dado. Debemos compartirlas con esas pobres personas encerradas en las ciudades. Y enviarles un hermoso libro… esa es la mejor manera, ¿no crees, pequeña amiga mía?

—¡Sí, claro que sí! —respondió Elnora—. Y ojalá Dios les enseñe también cómo conseguir dinero para comprar libros, igual que yo conseguí los que necesitaba desesperadamente.

—Pagaré buenos precios por todas las polillas que puedas encontrar —dijo la Mujer de los Pájaros—, porque las intercambio con coleccionistas extranjeros. Quiero reunir una colección completa de polillas americanas para cambiarla con un científico alemán, otra con un hombre de la India y otra con alguien en Brasil. También puedo intercambiar algunas con coleccionistas nacionales para obtener especies de California y Canadá. Así que puedo usar todo lo que logres criar o encontrar. Además, el banquero compra hachas de piedra, puntas de flecha y pipas indígenas. Hoy vino una maestra de las escuelas de la ciudad buscando especímenes para las aulas. Hay un fondo destinado a eso. Yo te ayudaré a contactarlos. Necesitan hojas de distintos árboles, flores, hierbas, polillas, insectos, nidos y cualquier cosa relacionada con aves.

Los ojos de Elnora brillaban intensamente.

—¿Será mejor volver a la escuela… o abrir una cuenta bancaria y empezar a hacerme millonaria? Wesley y yo tenemos un costal lleno de puntas de flecha, varias hachas, pipas, herramientas para curtir pieles, tubos y morteros. No sé cómo voy a soportar esperar tres horas.

—Debes irte o llegarás tarde —dijo la Mujer de los Pájaros—. Yo estaré lista a las cuatro.

Cuando terminaron las clases, Elnora fue con la Mujer de los Pájaros hasta la vieja habitación de Freckles en el Limberlost.

Una por una, las enormes y hermosas polillas fueron retiradas del interior de la vieja caja negra.

Esa noche apenas pudieron mover una cuarta parte de la colección y ya estaba oscureciendo cuando cerraron la última caja, calcularon el total y la Mujer de los Pájaros depositó cincuenta y nueve dólares con dieciséis centavos en las manos temblorosas de Elnora.

La muchacha apretó el dinero contra su pecho.

—¡Cosas hermosas! —exclamó—. Ustedes van a comprar mis libros, pagar la colegiatura… y llevarme a la preparatoria.

Y luego, porque era una mujer, se sentó sobre un tronco y miró sus zapatos.

Mucho después de que la Mujer de los Pájaros se marchara, Elnora permaneció allí.

Tenía un problema… y era grande.

Si le contaba a su madre, ¿tomaría el dinero para pagar los impuestos?
Y si no le decía nada, ¿cómo explicaría los libros y todas las cosas que compraría?

Al final, separó la cantidad necesaria para el día siguiente, escondió el resto en el rincón más profundo de la caja y cerró el candado.

Después llenó la parte delantera de su falda con puntas de flecha que había debajo de la caja… y emprendió el camino de regreso a casa.

CAPÍTULO 4

Con la primera franja roja sobre el Limberlost, Margaret Sinton ya estaba ocupada con la tela de cuadros y el complicado patrón de papel que había comprado. Wesley preparó el desayuno y trabajó hasta creer que Elnora ya se habría ido; entonces salió a buscar a su madre.

—Ahora ten mucho cuidado —le advirtió Margaret—. No sé cómo lo vaya a tomar.

—Yo tampoco —dijo Wesley filosóficamente—, pero tendrá que tomarlo de alguna manera. Ese vestido tiene que estar terminado antes de que empiece la escuela mañana.

Wesley no había dormido bien aquella noche. Había pasado tanto tiempo preparando discursos diplomáticos para decirle a la señora Comstock, que el sueño apenas tuvo oportunidad de alcanzarlo. Con cada paso que daba hacia la casa, su posición le parecía menos envidiable. Para cuando llegó a la verja delantera y comenzó a caminar por el sendero entre las filas de ásteres y zapatillas de dama, estaba sudando, y todos los discursos plausibles y convincentes habían huido de su cabeza. La señora Comstock lo ayudó. Lo recibió en la puerta.

—Buenos días —dijo—. ¿Margaret te mandó por algo?

—Sí —respondió Wesley—. Tiene un trabajo demasiado grande para ella sola, y quiere que la ayudes.

—Claro que lo haré —dijo la señora Comstock. No era asunto de nadie lo sola que se había sentido el día anterior, ni lo interminables que se presentaban las horas del presente—. ¿Qué está haciendo con tanta prisa?

Aquella era su oportunidad.

—Está haciendo un vestido para Elnora —respondió Wesley.

Vio cómo el cuerpo de la señora Comstock se erguía y cómo se endurecía su rostro, así que continuó apresuradamente:

—Verás, Elnora nos ha ayudado durante años en las cosechas, la matanza y cuando llegan visitas inesperadas. Hemos calculado que nos ha ahorrado bastante dinero y, como nunca quiso aceptar pago alguno, anoche fuimos al pueblo y compramos algunas cosas que pensamos que la arreglarían un poco para la preparatoria. Necesitamos terminar un vestido hoy mismo, pero Margaret es lenta para coser y no podrá acabar sola, así que vine por ti.

—Y es un asunto tan simple, tan fácil; tan entre viejos amigos, que ni siquiera puedes mirarme a los ojos mientras lo explicas —se burló la señora Comstock —. Wesley Sinton, ¿qué te hizo pensar que Elnora aceptaría cosas compradas con dinero, cuando no quiso aceptar el dinero mismo?

Entonces Sinton levantó la vista directamente.

—Encontrarla anoche en el sendero llorando como he visto llorar a la gente en un funeral. No se estaba quejando, pero ha venido a mí toda su vida con sus pequeñas heridas, y no pudo ocultar cómo se habían burlado de ella, cómo la habían ridiculizado, y cómo se encontró de golpe con el asunto de los libros y la colegiatura, cosas inesperadas; y jamás lograrás convencerme de que tú no sabías eso, Kate Comstock.

—Si tienes dudas sobre eso, claro que lo sabía. Estaba tan ansiosa por probar el mundo, que pensé dejar que recibiera algunos golpes y ver cómo le gustaban.

—¡Como si hubiera recibido otra cosa aparte de golpes en toda su vida! —exclamó Wesley Sinton—. Kate Comstock, eres una mujer egoísta y sin corazón. Nunca le has mostrado verdadero amor a Elnora. Si algún día descubre aquello, la perderás, y bien merecido lo tendrás.

—Ya lo sabe —dijo la señora Comstock fríamente—, y esta noche volverá a casa como siempre.

—Pues eres una mujer valiente si te atreviste a hacer pasar a una muchacha como Elnora por lo que sufrió ayer, y por lo que sufrirá otra vez hoy, y además dejarle saber que fue a propósito. Admiro tu sangre fría. Pero he observado todo esto desde que Elnora nació, y ya tuve suficiente. Las cosas han llegado a un punto en que o mejoran para ella, o intervengo.

—¡Como si hubieras hecho otra cosa más que entrometerte toda su vida! ¿Crees que no los he observado? ¿Crees que yo, con el corazón en carne viva y

demasiado entumecida para protestar abiertamente, no he visto cómo tú y Maggie Sinton intentaban poner a Elnora en mi contra día tras día? ¿Cuándo le dijiste lo que su padre significaba para mí? ¿Cuándo trataste de hacerle ver la ruina de mi vida y lo que he sufrido? ¡Claro que no! Siempre era “la pobre y pequeña Elnora maltratada”, pasteles, besos, ropa extra y animarla a correr hacia ustedes con una carita triste cada vez que yo intentaba hacer de ella una mujer.

—Kate Comstock, eso es injusto —exclamó Sinton—. Apenas anoche traté de mostrarle la imagen que vi el día en que nació. Le rogué que viniera contigo y te dijera amablemente lo que necesitaba, y que te pidiera lo que sé perfectamente que puedes darte el lujo de darle.

—¡No puedo! —gritó la señora Comstock—. ¡Sabes que no puedo!

—¡Entonces haz algo para poder! —replicó Wesley Sinton—. El día que quieras, puedes vender fácilmente seis mil dólares en madera valiosa de esta propiedad. Yo me encargaré de limpiar y trabajar los campos casi gratis, por Elnora. Puedo comprarte más ganado para engordar. ¡Todo lo que tienes que hacer es firmar un contrato para sacar miles de dólares en petróleo, como estamos haciendo todos los demás a tu alrededor!

—¡¿Cortar los árboles de Robert?! —chilló la señora Comstock—. ¡¿Destrozar su tierra?! ¡¿Cubrirlo todo con ese horrible petróleo grasiento?! ¡Antes me muero!

—Quieres decir que prefieres que Elnora vaya como una mendiga, herida y humillada más allá de lo soportable. He llegado al punto en que voy a decirte claramente lo que pienso hacer. Maggie y yo fuimos al pueblo anoche y compramos las cosas que Elnora necesita con más urgencia para parecerse un poco al resto de las chicas de la preparatoria. Así que aquí está, en palabras sencillas: puedes ayudarnos a preparar estas cosas y dejarnos dárselas como queremos…

—¡No las tocará! —gritó la señora Comstock.

—Entonces puedes pagárnoslas y ella podrá aceptarlas como algo que le corresponde…

—¡No lo haré!

—Entonces le diré a Elnora exactamente cuánto vales, cuánto puedes permitirte, y cuánto de todo esto le pertenece a ella. Le prestaré el dinero para comprar libros y ropa decente, y cuando sea mayor de edad podrá vender su parte y pagarme.

La señora Comstock se aferró al respaldo de una silla y abrió los labios, pero no salió ninguna palabra.

—Y además —continuó Sinton—, si es tan parecida a ti que tampoco acepta eso, iré a la cabecera del condado y presentaré una denuncia contra ti como su tutora ante el juez. Juraré cuánto vales y cómo la estás criando, y lograré que te retiren la tutela, o que el juez nombre a algún hombre que se asegure de que esté cómoda, educada y presentada decentemente.

—Tú… tú no harías eso —jadeó Kate Comstock.

—¡No tendré que hacerlo, Kate! —dijo Sinton, suavizándose en cuanto pronunció aquellas duras palabras—. No lo demuestras, ¡pero sí amas a Elnora! ¡No puedes evitarlo! Debes ver cuánto necesita estas cosas; ven y ayúdanos a prepararlas, y seamos amigos. Maggie y yo no podríamos vivir sin ella, y tú tampoco. Tienes que amar a una muchacha tan buena como ella; ¡deja que se note un poco!

—Difícilmente puedes esperar que la ame —dijo la señora Comstock con frialdad—. De no ser por ella, ahora habría un hombre a mi lado que te sacaría el aire del cuerpo por la cobarde amenaza que me haces. Después de todo lo que he sufrido, me arrastrarías a los tribunales y me obligarías a destruir la propiedad de Robert. Si alguna vez salgo de aquí, será porque me llevan. Si tocan un solo árbol, o ponen uno solo de esos pozos grasientos, todo terminará sobre cualquier cosa que pueda disparar, antes de que empiecen. Ahora, veamos qué tan rápido puedes largarte de aquí.

—¿No vas a venir a ayudar a Maggie con el vestido?

Como respuesta, la señora Comstock miró rápidamente alrededor buscando algún objeto que pudiera lanzar. Conociendo su temperamento, Wesley Sinton salió tan rápido como le permitió la dignidad. Pero no regresó a casa. Cruzó un campo y, una hora después, volvió con otra vecina hábil con la aguja. Margaret los vio venir con el corazón encogido.

—Kate está demasiado ocupada para ayudar hoy; no podrá coser antes de mañana —dijo Wesley alegremente al entrar.

Eso calmó un poco las preocupaciones de Margaret, aunque aún tenía sus dudas. Wesley preparó el almuerzo y, para las cuatro de la tarde, el vestido estaba tan terminado como podía estarlo antes de probárselo a Elnora. Si eso no requería demasiado trabajo, podrían acabarlo en dos horas.

Entonces Margaret acomodó las compras en la gran canasta del mercado. Wesley tomó el sombrero, el paraguas y el impermeable, y fueron a casa de la señora Comstock. Cuando llegaron al escalón, Margaret saludó cordialmente a la señora Comstock, que estaba sentada leyendo justo dentro de la puerta, pero ella no respondió y deliberadamente pasó una página sin levantar la vista.

Wesley Sinton abrió la puerta y entró, seguido de Margaret.

—Kate —dijo—, no tienes por qué descargar tu enojo por nuestra pequeña discusión sobre Maggie. No le he contado una sola palabra de lo que te dije, ni de lo que tú me dijiste. No es muy fuerte, y ha cosido desde las cuatro de la mañana para tener listo este vestido para mañana. Ya está hecho y vinimos a probárselo a Elnora.

—¿Eso es verdad, Mag Sinton? —preguntó la señora Comstock.

—Escuchaste a Wesley decirlo —afirmó orgullosamente Margaret.

—Quiero proponerte algo —dijo Wesley—. Esperemos a que llegue Elnora. Entonces le mostraremos las cosas y veremos qué dice.

—¿Y qué tal si vemos lo que dice sin sobornarla? —se burló la señora Comstock.

—Si pudo soportar lo de ayer, y lo de hoy, podrá soportar casi cualquier cosa —dijo Wesley—. Guarda la ropa si quieres, hasta que le hablemos.

—Bueno, esta blusa en la que estoy trabajando no la guardes —dijo Margaret —, porque todavía tengo que hilvanar las mangas y poner el cuello. El resto sí puedes esconderlo si quieres.

La señora Comstock tomó la canasta y los paquetes, los metió en su habitación y cerró la puerta.

Margaret enhebró la aguja y comenzó a coser. La señora Comstock volvió a su libro, mientras Wesley se movía inquieto y hervía por dentro. Podía ver que Margaret estaba nerviosa y casi llorando, pero las líneas del rostro impasible de la señora Comstock permanecían rígidas y frías. Así se quedaron mientras el reloj marcaba el paso del tiempo: una hora, dos, llegó el anochecer, y Elnora no aparecía.

Justo cuando Margaret y Wesley discutían si no sería mejor que él fuera al pueblo a buscarla, la oyeron subir por el sendero. Wesley dejó caer la silla inclinada y se enderezó. Margaret apretó la costura entre las manos y volvió unos ojos suplicantes hacia la puerta. La señora Comstock cerró su libro y sonrió sombríamente.

—¡Madre, por favor abre la puerta! —llamó Elnora.

La señora Comstock se levantó y apartó la puerta de tela metálica. Elnora entró a su lado, inclinada casi hasta doblarse por la mitad, con toda la parte delantera del vestido recogida formando una especie de bolsa llena de una pesada carga, y un brazo cargado de libros hasta arriba. En la penumbra no vio a los Sinton.

—Por favor pásame el cubo vacío de la cocina, madre —dijo—. Simplemente tenía que traer estas puntas de flecha a casa, pero tengo miedo de haber arruinado mi vestido y de tener que lavarlo. Debo limpiarlas y llevarlas al banquero mañana, y ¡oh, madre!, he vendido suficientes cosas para pagar mis libros, mi matrícula y quizá también un vestido y unos zapatos más ligeros. ¡Oh, madre, estoy tan feliz! ¡Toma los libros y trae el cubo!

Entonces vio a Margaret y a Wesley.

—¡Oh, gloria! —exclamó radiante—. ¡Justo estaba preguntándome cómo iba a aguantarme sin contarles, y aquí están ustedes! ¡Es demasiado maravillosamente perfecto para ser verdad!

—Cuéntanos, Elnora —dijo Sinton.

—Bueno, señor —dijo Elnora, dejándose caer al suelo y extendiendo su falda —, ponga el cubo aquí, madre. Estas puntas son frágiles y deben colocarse una por una. Si se astillan, no podré venderlas. ¡Bueno! ¡He pasado por tantas cosas! Ya saben que tenía que conseguir libros. Fui a tres tiendas y no quisieron

fiarme, ni siquiera por tres días; no sabía qué podía hacer en este mundo con la suficiente rapidez. Justo cuando estaba casi desesperada vi un letrero en la ventana de un banco pidiendo orugas, capullos, mariposas, puntas de flecha y de todo. Entré y resulta que esta Mujer Pájaro quiere los insectos, y el banquero quiere las piedras. Luego tuve que ir a la escuela, pero, si pueden creerlo…

Elnora sonrió a todos mientras hablaba y sacaba las puntas de flecha de su vestido para ponerlas en el cubo.

—…si pueden creerlo, aunque apenas lo harán hasta que vean los libros, allí estaba el profesor de matemáticas esperándome en la puerta, y tenía un juego de libros para mí que había pedido por teléfono a una alumna de segundo año que trajera.

—¿Y cómo se le ocurrió hacer eso, Elnora? —interrumpió Sinton.

Elnora se sonrojó.

—Fue una tontería que cometí ayer al pensar que simplemente repartían los libros a cualquiera. Anoche hubo reunión de maestros y el profesor de historia habló de eso. El profesor Henley pensó en mí. Ya les dije lo que dijo sobre mi álgebra, madre. ¡Qué bueno que estudié algo por mi cuenta este verano! Así que llamó por teléfono y una muchacha trajo los libros. Como están rayados y algo maltratados, me dejan todo el conjunto por dos dólares. Puedo borrar la mayoría de las marcas, pegar las cubiertas y arreglarlos para que se vean mejor. Pero debo llegar a la parte alegre. No me detuve a comer al mediodía; simplemente corrí a casa de la Mujer Pájaro y almorcé con ella. Había ensalada, chocolate caliente y cosas deliciosas, y quiere comprar casi todos los viejos pedazos que he recogido. Quiere libélulas, polillas, mariposas y él —el banquero, quiero decir— quiere todo lo indígena. Esta misma noche vino conmigo al pantano y se llevó suficientes cosas para pagar los libros y la matrícula, y mañana comprará más.

Elnora dejó la última punta de flecha en el cubo y se levantó, sacudiéndose hojas y pedazos de tierra seca del vestido. Metió la mano en el bolsillo, sacó el dinero y lo agitó ante sus ojos asombrados.

—¡Y esa es la parte alegre! —exclamó—. Guárdalo en el reloj hasta mañana, madre. Eso paga los libros y la matrícula y…

Elnora vaciló, porque vio la manera nerviosa en que los dedos de su madre se cerraban sobre los billetes. Entonces continuó, más lentamente y pensando antes de hablar.

—Lo que consiga mañana pagará más libros y matrícula, y quizá algunas, solo algunas, cosas para vestir. Estos zapatos son terriblemente pesados y calientes, y hacen muchísimo ruido sobre el piso. No hay otro vestido de percal en todo el edificio, ni entre cientos de nosotras. Pero… ¿qué es eso? Tía Margaret, ¿qué estás escondiendo en tu regazo?

Le arrebató el corpiño y lo sacudió desplegándolo, y su rostro resplandeció.

—¿Desde cuándo usas blusas tan elegantes y abotonadas por detrás? ¡Apuesto a que esta es mía!

—Yo también lo apuesto —dijo Margaret Sinton—. Quítate la ropa enseguida y pruébatela, y si te queda bien estará lista para mañana. ¡También hay unos zapatos bajos!

Elnora comenzó a bailar.

—¡Oh, queridos míos! —gritó—. ¡Puedo pagarlos mañana por la noche! ¿No es demasiado maravilloso? Justamente venía pensando de regreso que sin duda tendría que conseguir zapatos más frescos para más adelante, y me preguntaba qué haría cuando empezaran las lluvias de otoño.

—Pensaba comprarte unas faldas gruesas y un abrigo entonces —dijo la señora Comstock.

—¡Ya sé que lo dijiste! —exclamó Elnora—. ¡Pero ya no hace falta! Puedo comprar yo misma cada sola puntada que necesite. El próximo verano puedo recoger muchas más cosas, y también durante todo el invierno camino a la escuela. Estoy segura de que puedo vender helechos; sé que puedo vender nueces, y la Mujer Pájaro dice que las aulas de primaria quieren hojas, hierbas, nidos de pájaros y capullos. ¡Oh, este mundo es maravilloso! ¡Después ayudaré con los impuestos, madre!

Elnora agitó el corpiño y se dirigió al dormitorio. Cuando abrió la puerta lanzó un pequeño grito.

—¿Qué han estado haciendo ustedes? —preguntó—. Nunca había visto tantos paquetes interesantes en toda mi vida. Estoy “muertita” de miedo de no poder pagarlos y tener que renunciar a algo.

—¿No los aceptarías si no pudieras pagarlos, Elnora? —preguntó inmediatamente su madre.

—Pues no, a menos que tú lo hicieras —respondió Elnora—. La gente no tiene derecho a usar cosas que no puede pagar, ¿verdad?

—¡Pero viniendo de amigos tan antiguos como Maggie y Wesley! —La voz de la señora Comstock rebosaba triunfo untuoso.

—¡De ellos menos que de nadie! —declaró Elnora con firmeza—. Antes lo aceptaría de un extraño que de ellos, a quienes ya debo muchísimo más de lo que jamás podré devolver.

—Bueno, no tienes que hacerlo —dijo la señora Comstock—. Maggie simplemente escogió estas cosas porque está más en contacto con el mundo y tiene tan buen gusto. Puedes pagar mientras te alcance el dinero, y si hace falta más, quizá pueda venderle un ternero al carnicero, o si las cosas son demasiado costosas para nosotras, claro está, pueden devolverlas. Ponte ahora el corpiño y luego podrás revisar el resto y ver si son adecuados y qué quieres.

Elnora entró en la habitación contigua y cerró la puerta. La señora Comstock tomó el cubo y salió hacia el pozo con él. Al llegar al dormitorio se detuvo.

—Elnora, ¿ibas a lavar estas puntas de flecha?

—Sí. La Mujer Pájaro dice que se venden mejor si están limpias, para que se vea que no tienen defectos.

—Claro —dijo la señora Comstock—. Algunas parecen bastante endurecidas. ¿Quieres que las deje en remojo? ¿Piensas llevártelas por la mañana?

—Sí —respondió Elnora—. Si tan solo llenaras el cubo con agua.

La señora Comstock salió de la habitación.

Wesley Sinton estaba sentado de espaldas a la ventana del extremo oeste de la cabaña, la que daba al pozo. Un sonido reprimido detrás de él hizo que se volviera rápidamente. Entonces se levantó y se inclinó hacia Margaret.

—¡Está ahí afuera riéndose como un mono condenado! —susurró indignado.

—¡Bueno, no puede evitarlo! —exclamó Margaret.

—¡Me voy a casa! —dijo Wesley.

—¡Oh, no, no lo harás! —replicó Margaret—. Estás perdiendo de vista lo importante. Lo importante no es cómo te ves ni cómo te sientes. Lo importante es lograr que estas cosas queden en posesión de Elnora sin discusión posible. Si te vas ahora, mañana Elnora volverá a usar percal y Kate Comstock devolverá todas estas cosas. Yo me quedo aquí hasta que todo lo que compramos sea de Elnora.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Wesley.

—Todavía no lo sé ni yo misma —respondió Margaret.

Entonces se levantó y miró por la ventana. Junto al borde del pozo estaba Katharine Comstock. La tensión del día estaba encontrando salida. Tenía la barbilla levantada; jadeaba, temblaba y se ahogaba intentando reprimir cualquier sonido. La palabra que se escapó de los labios de Margaret Sinton sorprendió tanto a Wesley que cayó de nuevo sobre la silla y eso la hizo volver en sí. Ya estaba bastante compuesta cuando se volvió hacia Elnora y comenzó a ajustarle la prenda.

Cuando terminó de pellizcar, tirar y acomodar la tela, llamó:

—Ven a ver si crees que esto le queda bien, Kate.

La señora Comstock había rodeado la casa hasta la puerta trasera y respondió desde la cocina:

—Tú sabes más de eso que yo. ¡Sigue adelante! Estoy preparando la cena. ¡No olvides dejar espacio para lo que encogerá al lavarse!

—Fijé los colores y lavé la tela anoche; puede hacerse a la medida ahora mismo —contestó Margaret.

Cuando ya no encontró nada más que arreglar, le dijo a Elnora que calentara un poco de agua. Después de hacerlo, la muchacha comenzó a abrir los paquetes.

El sombrero salió primero.

—¡Madre! —gritó Elnora—. Madre, claro que ya viste esto, pero no me lo has visto puesto. Tengo que probármelo.

—Ni se te ocurra ponerte eso en la cabeza hasta que te laves el cabello y te lo peines correctamente —dijo Margaret.

—¡Oh! —exclamó Elnora—. ¿Esa agua es para lavarme el cabello? Yo pensé que era para fijar el color de otro vestido.

—Pues pensaste mal —dijo Margaret sencillamente—. Vamos a lavarte y cepillarte el cabello hasta que brille como cobre. Mientras se seca puedes cenar, y este vestido quedará terminado. Luego podrás ponerte tu listón nuevo y el sombrero. Puedes probarte ahora los zapatos, y si no te quedan, Wesley y tú pueden ir al pueblo a cambiarlos. Ese bultito redondo encima de la canasta son tus medias.

Margaret se sentó y comenzó a coser rápidamente, y un poco después abrió la máquina y pasó varias costuras largas.

Elnora regresó a los pocos minutos, levantándose las faldas y caminando delicadamente con los zapatos nuevos.

—No los ensucies, cariño, porque entonces seguro que sí te quedan —advirtió Wesley.

—Parece que me quedan apenas un poquito grandes, quizá —dijo Elnora dudosa, y Wesley se arrodilló para tocarlos. Él y Margaret pensaron que le quedaban bien, y entonces Elnora recurrió a su madre. La señora Comstock apareció secándose las manos en el delantal. Examinó críticamente los zapatos.

—Parece que sí le quedan —dijo—, pero son demasiado finos para caminar por caminos de campo.

—Yo también lo creo —dijo Elnora al instante—. Será mejor devolver éstos y conseguir un par más barato.

—Oh, déjalos pasar esta vez —dijo la señora Comstock—. Son tan bonitos que odiaría desprenderme de ellos. Más adelante puedes conseguir unos más baratos.

Wesley y Margaret apenas respiraron durante un buen rato.

Cuando Wesley salió a alimentar a los animales, Elnora puso la mesa. Cuando el agua estuvo caliente, Margaret sujetó una toalla grande alrededor de los hombros de Elnora y le lavó y secó el hermoso cabello según las instrucciones que había recibido la noche anterior. A medida que el cabello empezó a secarse, se esponjó en un brillo resplandeciente que atrapaba la luz y relucía y destellaba.

—Ahora, la idea es dejarlo caer naturalmente, justo como se formen los rizos. No vayas a hacer ninguno de esos horribles enredos descuidados, Elnora —advirtió Margaret—. Lávalo así cada dos semanas mientras estés en la escuela, sacúdelo y déjalo secar. Luego hazte la raya en medio y aparta un cuarto delantero de cada lado de tu rostro. Te amarras la parte de atrás en la nuca con una cinta —así—, y el listón va en un moño grande y suelto. Mira, te enseñaré.

Una tras otra, Margaret Sinton fue atando las cintas, arrugando cada una de ellas para que ya no pudieran devolverse, mientras explicaba que intentaba descubrir cuál color le favorecía más. Luego sacó el impermeable, lo que hizo que Elnora casi se desbordara de entusiasmo.

La señora Comstock objetó:

—Eso no será lo bastante abrigador para el clima frío, y no puedes costear eso y además un abrigo.

—Les diré lo que pensé —dijo Elnora—. Venía planeándolo de camino a casa. Estos impermeables son buenos porque te mantienen seca. Pensé que podría conseguir uno y un suéter grueso para usar debajo en los días fríos. Así siempre estaría seca y caliente. El suéter sólo cuesta tres dólares, así que podría conseguirlo y el impermeable por la mitad de lo que costaría un abrigo grueso de tela.

—Tienes razón en eso —dijo la señora Comstock—. Además puedes adaptarte mejor al clima. Quédate con el impermeable, Elnora.

—Póntelo mientras pruebas el sombrero —dijo Margaret—. Tendrá que servir hasta que el vestido esté terminado.

Elnora tomó el sombrero con duda.

—Madre, ¿puedo llevar el cabello así como está ahora? —preguntó.

—Déjame verte bien —dijo Katharine Comstock.

Sólo el cielo sabe lo que vio. Para Wesley y Margaret, el joven y brillante rostro de Elnora, con sus tonos rosados, sus espesas cejas oscuras, sus luminosos ojos azul grisáceo y el marco de cabello castaño rojizo y rizado, era la vista más dulce del mundo; y en ese instante Elnora irradiaba felicidad.

—Mientras sea tu propio cabello, y esté peinado hacia atrás lo más sencillo posible, supongo que no importa mucho si está un poco más apretado o más suelto —concedió la señora Comstock—. Si te quedas exactamente así, puedes dejarlo de ese modo.

Elnora se colocó el sombrero. No era más que un sombrero ancho de paja color canela con tres exquisitas plumas de pavo real a un lado. Margaret Sinton soltó una exclamación, Wesley se dio una palmada en la rodilla y suspiró profundamente, mientras la señora Comstock permanecía muda un instante.

—Ojalá hubieras preguntado el precio antes de ponerte eso —dijo impaciente —. Nunca podremos permitírnoslo.

—No cuesta tanto como cree —dijo Margaret—. ¿No ve lo que hice? Hice que quitaran las plumas y puse algunas de las que Phoebe Simms me regaló de sus pavos reales. El sombrero sólo costará dólar y medio.

Evitó la mirada de Wesley y miró directamente a la señora Comstock. Elnora se quitó el sombrero para examinarlo.

—¡Pero si son esas plumas café rojizas suyas! —exclamó—. ¡Madre, mire qué hermosamente están colocadas! Mucho más quisiera tener ésas que las de la tienda.

—Yo también —dijo la señora Comstock—. Si Margaret quiere desprenderse de ellas, eso te hará un sombrero precioso; ¡y baratísimo, además! Debes pasar por casa de la señora Simms y enseñárselo. Le agradará verlas.

Elnora se dejó caer en una silla y contempló la punta de su zapato.

—¡Caray, sí que soy una reina! —murmuró—. ¿Qué más tengo?

—Sólo un cinturón, unos pañuelos y un par de zapatos altos para los días de lluvia y el clima más frío —dijo Margaret.

—Sobre esos zapatos altos, ésa fue idea mía —dijo Wesley—. Apenas llueva, los bajos no servirán, y llevando dos pares juntos pude conseguirlos más baratos. Los bajos cuestan dos dólares y los altos dos cincuenta; juntos, tres setenta y cinco. ¿No es barato?

—Eso sí es una ganga —dijo la señora Comstock—, si son buenos zapatos, y lo parecen.

—Esto —dijo Wesley, sacando el último paquete— es tu regalo de Navidad de parte de la tía Maggie. Yo también compré el mío, pero está en casa. Lo traeré mañana por la mañana.

Le entregó el paraguas a Margaret, y ella se lo pasó a Elnora, quien lo abrió y se sentó riendo bajo su resguardo. Luego besó a ambos. Trajo un lápiz y un pedazo de papel para anotar los precios que le dieron de todo lo que habían traído excepto el paraguas, sumó el total y dijo riendo:

—¿Me esperarían hasta mañana para el dinero? Entonces lo tendré, seguro.

—Elnora —dijo Wesley Sinton—. ¿No querrías…?

—¡Elnora, ven aquí un momento! —llamó la señora Comstock desde la cocina —. ¡Te necesito!

—Un segundo, madre —respondió Elnora, quitándose el impermeable y el sombrero, y cerrando el paraguas mientras corría.

Había varios mandados que hacer deprisa, y luego la cena. Elnora charlaba sin parar, Wesley y Margaret hablaban todo lo que podían, mientras la señora Comstock decía una palabra de vez en cuando, que era todo lo que hacía siempre. Pero Wesley Sinton la observaba, y una y otra vez veía un extraño pequeño gesto alrededor de su boca. Supo que por primera vez en dieciséis años ella realmente se estaba riendo de algo. Apenas podía conservar su acostumbrado semblante serio. Wesley sabía lo que ella estaba pensando.

Después de cenar, terminaron el vestido, discutieron el patrón del siguiente y luego los Sinton se marcharon a casa. Elnora recogió sus tesoros. Cuando empezó a subir las escaleras se detuvo.

—¿Puedo darle un beso de buenas noches, madre? —preguntó alegremente.

—Nada de baboseos —dijo la señora Comstock—. Ya deberías haber vivido conmigo suficiente tiempo para saber que no me gustan esas cosas.

—Bueno, me encantaría mostrarle de alguna manera lo feliz que soy y cuánto se lo agradezco.

—Me pregunto por qué —dijo la señora Comstock—. Maggie Sinton escogió esas cosas y las trajo aquí, y tú las pagas.

—Sí, pero usted parecía dispuesta a dejarme tenerlas, y dijo que me ayudaría si no podía pagarlo todo.

—Puede ser que lo dijera —respondió la señora Comstock—. Puede ser. Pensaba comprarte unas faldas gruesas para vestidos cerca del Día de Acción de Gracias, y todavía puedo hacerlo. Ve a dormir, y por lo que más quieras no empieces a suspirar frente al espejo y hacer el ridículo.

La señora Comstock recogió varios papeles y apagó la luz de la cocina. Permaneció un rato de pie en medio de la sala y luego entró a su habitación y cerró la puerta. Sentada en el borde de la cama, pensó unos minutos y después enterró de repente el rostro en la almohada y volvió a estremecerse de risa.

Por el camino avanzaban lentamente Margaret y Wesley Sinton. Ninguno de los dos tenía palabras para expresar el pensamiento que compartían.

—¡Nos ganó! —silbó Wesley por fin—. ¡Nos ganó por completo! ¿Alguna vez te has sentido como un burro floreado y condenado? ¿Cómo demonios hizo esa mujer eso?

—¡Ella no lo hizo! —exclamó Margaret entre sollozos—. Ella no hizo nada. Confió en la nobleza de Elnora para salir adelante, y como en el fondo tenía razón, las cosas resultaron así. ¡Es un encanto, Wesley! Pero le espera un tiempo difícil. ¿Viste cómo Kate Comstock arrebató ese dinero? Antes de seis meses la verás recorriendo el Limberlost en busca de insectos y puntas de flecha para ayudar a pagar los impuestos. La conozco bien.

—¡Pues yo no! —exclamó Sinton—. Es demasiado para mí. ¡Pero parece que todavía le queda algo de sentido del humor! No pensé que fuera así. Te apuesto un dólar a que, si pudiéramos verla en este preciso momento, se estaría burlando de cómo nos dejó fuera de la jugada.

Ambos se detuvieron en el camino y miraron hacia atrás.

—Ahí está la luz de la habitación de Elnora —dijo Margaret—. La pobre niña sentirá el peso de esa ropa y se quedará estudiando sus libros hasta el amanecer; pero, al menos, irá a la escuela con un aspecto decente. Ningún precio es demasiado alto por eso.

—Sí, siempre y cuando Kate la deje usarla. ¡Seguro la obliga a terminar la semana con esos trapos viejos!

—No, no lo hará —aseguró Margaret—. No se atrevería. Kate cedió en algunas cosas, y fueron concesiones grandes para alguien como ella, aunque al final se salió con la suya. Cedió un poco, y si Elnora demuestra que puede salir con las manos vacías por la mañana y regresar con tanto dinero en el bolsillo, un montón de libros y un atuendo como ese, probará que es alguien que merece consideración. Kate es lo bastante lista; lo pensará dos veces antes de impedirlo. Elnora no volverá a usar un vestido de percal en la preparatoria. Ya lo verás. Quizás tenga la mejor ropa posible por el menor precio, pero no lo sabrá hasta que intente comprar mercancía ella misma a esos costos. Wesley, ¿qué pasó con esos precios? ¿No se redujeron considerablemente?

—Tú empezaste —dijo Wesley—. Esos precios estaban bien. No dijimos cuánto nos costaron a nosotros, sino cuánto le costarían a ella. Seguramente se equivoca al pensar que podrá pagar todo eso. ¿Acaso puede recoger cosas de tal valor en el Limberlost? ¿No será que la Mujer de los Pájaros notó su angustia y simplemente le dio el dinero?

—No lo creo —respondió Margaret—. Me parece haber oído que ella paga, o se ofrece a pagar a quienes aceptan el dinero, por insectos y mariposas; y conozco personas que le vendieron antigüedades indígenas a aquel banquero. Una vez escuché que su colección de pipas superaba a la del Gobierno en el Centenario de Filadelfia. Esas cosas han cobrado valor.

—Bueno, en el cobertizo hay como un costal de esos objetos valiosos que le pertenecen a Elnora. Al menos, yo los recogí porque ella dijo que los quería. Qué extraño que le diera por juntar piedras, bichos y mariposas. Ahora eso le va a dar lo que más desea. ¡Vaya que este es un mundo curioso cuando uno se pone a analizarlo! Parece que nada ocurre por accidente. Da la impresión de que hay un plan detrás, y alguien al mando que conoce el camino y sabe cómo llevar las riendas. Sea como sea, Elnora va en el carruaje, y cuando salgo de noche y la

oscuridad me rodea, al ver las estrellas, no me siento tan insignificante. Maggie, ¿cómo rayos hizo eso Kate Comstock?

—Sigues insistiendo, Wesley. Te dije que ella no lo hizo. ¡Fue Elnora! Ella llegó y tomó las riendas de la situación. Todo lo que hizo Kate fue disfrutar que las cosas salieran a su modo, y fue lo bastante astuta para hacer algunas preguntas que guiaron a Elnora. Pero no lo sé, Wesley. Esto también me pone a pensar. Supongamos que hubiéramos tomado a Elnora desde bebé y le hubiéramos dado todo el amor que no pudimos darle a los nuestros; que la hubiéramos consentido, mimado y protegido... ¿se habría convertido en la mujer que es hoy tras vivir sola, aprendiendo a valerse por sí misma y soportando todos los golpes que Kate Comstock le dio?

—¡Claro que sí! —exclamó Wesley con fervor—. Amar a alguien no le hace daño. Nosotros no habríamos hecho más que amarla. No puedes lastimar a un niño por darle amor. Habría aprendido a trabajar y a estudiar, y habría crecido con nosotros sin sufrir como un pobre perro callejero.

—Pero no entiendes el punto, Wesley. Habría sido una excelente mujer con nosotros; pero, tal como la habríamos criado, ¿habría comprendido su corazón al mundo como lo hace ahora? ¿Qué angustia existe, Wesley, que esa niña no pueda comprender? Ver lo que ha visto en su madre no la ha endurecido. Puede entender el dolor de cualquier madre. Vivir la vida desde el lado difícil solo la ha hecho más madura. ¿Qué joven, abrumado por la vergüenza o luchando por encontrar un camino, cruzará por la vida de Elnora sin recibir su ayuda? Ella ha recibido los golpes, pero nunca tendrá eso que llaman "falso orgullo". Creo que es mejor no intervenir. Quizás Kate Comstock sepa lo que hace. Te lo aseguro: Elnora ha crecido más con los golpes de lo que habría crecido con amor.

—Supongo que nunca ha habido un punto sutil que yo no haya pasado por alto —dijo Wesley—, porque soy tosco, rudo y no tengo mucha educación formal. Ahora que lo pones en palabras, entiendo lo que quieres decir, pero aun así es muy duro para Elnora. Y no me quedaré al margen; vigilaré más de cerca que nunca. Recibí mi golpe, pero si no me equivoco, Kate Comstock aprendió su lección, igual que yo. Aprendió que hablo en serio, que la llevaría a los tribunales si no cedía un poco, y cederá. Ya lo verás. Quizás le cueste y las bisagras rechinen, pero de ahora en adelante vestirá a Elnora con decencia, a menos que la niña demuestre que puede hacerlo por sí misma. En cuanto a mí, descubrí que lo que hacía era tanto por mí como por ella. Quería que aceptara esas cosas de nosotros y que nos amara por dárselas. No funcionó y, de no ser

por ti, habría arruinado todo y me habría quedado atascado. Pero me ayudaste; Elnora tiene su ropa y, por la mañana, tal vez ya no le guarde rencor a Kate por la única alegría que ha tenido en dieciséis años. Me has estado mostrando el camino por mucho tiempo, ¿verdad, Maggie?

En su ático, Elnora encendió dos velas, las puso en su pequeña mesa, apiló los libros y guardó su preciada ropa. Con qué cariño colgó el sombrero y la sombrilla, dobló el impermeable y extendió el vestido nuevo sobre una silla. Acarició las cintas e intentó alisar sus pliegues. Guardó las medias cuidadosamente dobladas, tocó los pañuelos y se probó el cinturón. Luego se puso su camisón blanco, se soltó el cabello para que se secara bien, colocó una silla frente a la mesa y abrió uno de los libros con reverencia. Una fuerte ráfaga de aire recorrió el ático, pues este abarcaba todo el largo de la cabaña y tenía una ventana en cada extremo. Elnora se levantó y fue a cerrar la ventana del este. Se quedó un momento mirando las estrellas, el cielo y la silueta oscura de los árboles del Limberlost, que rápidamente perdía sus hojas. Cerca de donde guardaba su estuche, un pequeño punto de luz brilló y desapareció. Elnora se enderezó, inquieta. ¿Era prudente dejar su preciado dinero allí? La luz brilló una vez más, vaciló unos segundos y se extinguió. La joven esperó. Al no verla de nuevo, regresó a sus libros.

En el Limberlost, la figura robusta de un hombre se escabullía por el sendero.

—La Mujer de los Pájaros estuvo en la habitación de Freckles esta tarde —murmuró—. ¿Para qué habrá sido?

Dejó el sendero, entró al claro cuyo contorno aún se distinguía con claridad y se acercó a la caseta. El primer destello de luz brilló desde la pequeña lámpara eléctrica en su chaleco. Sacó una llave duplicada del bolsillo, buscó el candado y lo abrió. La puerta se abrió de par en par. La luz destelló por segunda vez. Su mirada recorrió rápidamente el interior.

—Como una cuarta parte de sus polillas ya no está. Elnora debió venir con la Mujer de los Pájaros y entregárselas.

Entonces se quedó rígido. Sus ojos agudos descubrieron el rollo de billetes escondido apresuradamente en el fondo de la caseta. Lo arrebató, apagó la luz, volvió a cerrar el candado al tacto y bajó velozmente por el sendero. Cada pocos

segundos se detenía y escuchaba atentamente. Justo cuando llegó al camino, una segunda figura se acercó a él.

—¿Eres tú, Pete? —preguntó una voz en susurro.

—Sí —dijo el primer hombre.

—Iba bajando para echar un vistazo cuando vi tu destello —dijo el otro—. Escuché que la Mujer de los Pájaros estuvo hoy en la caseta. ¿Hay algo interesante?

—Nada de nada —dijo Pete—. Sólo se llevó como una cuarta parte de las polillas. Probablemente la chica Comstock se las estaba consiguiendo. Oí que andaban juntas. Seguro mañana se lleva el resto. ¿No se está poniendo escasa la recolección estos días?

—¡Y tanto que sí! —dijo el segundo hombre, dándose la vuelta con disgusto—. ¿Ya vas para casa?

—No, voy por este lado —respondió Pete, porque sus ojos habían captado el resplandor que salía de la ventana de la cabaña Comstock y deseaba averiguar por qué el ático de Elnora seguía iluminado a esas horas.

Avanzó encorvado por el camino, palpando de vez en cuando el tamaño del rollo que no había tenido tiempo de contar.

El ático era demasiado largo, la luz estaba demasiado cerca del otro extremo y la cabaña quedaba demasiado retirada del camino. No pudo ver nada, aunque escaló la cerca y caminó hasta quedar frente a la ventana. Sabía que probablemente la señora Comstock seguía despierta y que a veces iba al pantano detrás de la casa por las noches. En ocasiones se alzaba desde allí un grito que paralizaba a cualquiera cercano o hacía que huyera como si le fuera la vida en ello. No le apetecía cruzar por detrás de la cabaña. Regresó al camino, pasó de largo y volvió a trepar la cerca. Frente a la ventana oeste pudo ver a Elnora. Estaba sentada ante una pequeña mesa leyendo un libro entre dos velas. El cabello le caía alrededor como un resplandor brillante y, mientras estudiaba, con una mano lo sacudía y agitaba ligeramente. El hombre permaneció en la oscuridad observándola.

Durante largo rato las páginas se volvieron de vez en cuando y el secado del cabello continuó. El hombre se acercó más. La imagen se volvía más hermosa a medida que avanzaba. No podía verla tan bien como deseaba, porque la ventana estaba cubierta con una malla blanca contra mosquitos, y aquello lo irritaba. Se deslizó con cautela aún más cerca. La inclinación del terreno le cortó la vista. Entonces recordó el gran sauce que daba sombra al pozo y cuyas ramas alcanzaban la ventana del extremo oeste de la cabaña. Desde niña, Elnora había pasado del alféizar a una rama y se había deslizado por el tronco inclinado del árbol. Él llegó hasta allí y silenciosamente se encaramó. A tres pasos sobre la gran rama, el hombre se estremeció. Estaba a pocos pies de la muchacha.

Podía ver el latido de su pecho bajo la delgada tela y percibir la fragancia del cabello ondulante. Veía la estrecha cama con su colcha de retazos de percal, las paredes encaladas adornadas con alegres litografías y cada rendija llena de ramitas con capullos colgando. Había perchas para la poca ropa, el viejo baúl, la mesita, las dos sillas y el piso desigual cubierto con tapetes de trapo y trenzas de hoja de maíz. Pero nada merecía una mirada salvo el perfecto rostro y la figura que tenía al alcance de un salto a través de la podrida tela mosquitera. Se aferró a la rama sobre la que estaba, se humedeció los labios y respiró por la garganta para asegurarse de no hacer ruido. Elnora cerró el libro y lo dejó a un lado. Tomó una toalla y, reuniendo las puntas del cabello, las frotó sobre ella; luego dejó caer la toalla en su regazo y volvió a sacudir el cabello. Después quedó sumida en profundos pensamientos. Poco a poco comenzaron a surgir palabras en voz baja. Tan cerca como estaba, el hombre no pudo oírlas al principio. Se inclinó más y escuchó atentamente.

—…jamás podría ser tan feliz —murmuró la suave voz—. El vestido es tan bonito, los zapatos, el abrigo y todo lo demás. Ya no tendré que avergonzarme otra vez, nunca más, porque el Limberlost está lleno de polillas valiosas y siempre podré recolectarlas. La Mujer de los Pájaros comprará más mañana, y pasado mañana, y el siguiente día. Cuando se acaben todas, podré dedicar cada minuto a reunir capullos y buscar otras cosas que pueda vender. Oh, gracias a Dios por mi precioso, precioso dinero. ¡Vaya, al final no recé en vano! Pensé, cuando le pedí al Señor que me escondiera allí en ese gran salón, que no lo estaba haciendo porque no desaparecí de la vista en ese instante. Pero ahora estoy escondida, eso siento.

Elnora levantó los ojos hacia las vigas sobre ella.

—No sé mucho sobre cómo rezar correctamente —murmuró—, pero sí le doy gracias, Señor, por esconderme a su tiempo y a su manera.

Su rostro era tan luminoso que parecía irradiar una claridad blanca. Dos grandes lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas sonrientes.

—Oh, sí siento que me ha escondido —susurró.

Luego apagó las luces y la pequeña cama de madera crujió bajo su peso.

Pete Corson se dejó caer de la rama y encontró el camino de regreso al sendero. Permaneció quieto largo rato y luego volvió hacia el Limberlost. Un diminuto punto de luz brilló en la zona de la caseta. Se detuvo soltando una maldición.

—Otro sabueso tratando de robarle a una muchacha —exclamó—. Aunque seguramente piensa, como pensé yo, que si consigue algo será de una mujer que puede permitírselo.

Continuó avanzando, pero pegado a las cercas y con mucha cautela.

—El pantano parece estar vivo esta noche —murmuró—. Ya somos tres afuera.

Entró en una hondonada en la esquina noroeste, se sentó en el suelo y, sacando un lápiz del bolsillo, arrancó una hoja de una pequeña libreta y escribió trabajosamente unas líneas a la luz que llevaba consigo. Después regresó a la zona de la caseta y esperó. Ante sus ojos seguía apareciendo la visión de aquella esbelta criatura vestida de blanco con el cabello agitado. Sonrió y la adoró en silencio hasta que un gallo lejano anunció débilmente el amanecer.

Entonces abrió otra vez la caseta, devolvió el dinero, dejó la nota encima y regresó a esconderse, donde permaneció hasta que Elnora bajó por el sendero a la mañana siguiente, luciendo muy hermosa con su vestido y sombrero nuevos.

CAPÍTULO 5

Habría sido difícil describir lo feliz que estaba Elnora aquella mañana mientras se apresuraba con sus tareas, se bañaba y se ponía el limpio y delicado vestido de cuadros y los zapatos color canela. Tuvo una lucha con su cabello. Se ondulaba, se esponjaba y brillaba, y no podía evitar ver el hermoso marco que hacía alrededor de su rostro. Pero, por consideración a los sentimientos de su madre, la muchacha apretó los dientes y sujetó el cabello firmemente a la cabeza con una agujeta de zapato.

—No voy a cambiarlo en la caja —se dijo.

No se dio cuenta de que su madre la observaba. Justo cuando tomó el hermoso listón marrón, la señora Comstock habló.

—Será mejor que me dejes atarlo. No puedes alcanzar detrás de ti y hacerlo bien.

Elnora soltó un pequeño jadeo. Su madre jamás antes se había ofrecido a hacer por la muchacha algo que pudiera hacer por sí misma. El corazón le tembló al pensar en cómo arreglaría su madre aquel moño, pero Elnora no se atrevió a rechazar la oferta. Era demasiado preciosa. Tal vez nunca volvería a repetirse.

—¡Oh, gracias! —dijo la muchacha, y sentándose le tendió el listón.

Su madre retrocedió y la observó críticamente.

—No lo tienes como Mag Sinton lo arregló anoche —anunció—. ¡Pequeña tonta! Has tratado de aplastarlo para complacerme, y lo echaste a perder. Me gustó mucho más como Mag lo dejó, después de verlo bien. No parecías tan pelada.

—¡Oh madre, madre! —rió Elnora, con un medio sollozo en la voz.

—¿Quieres quedarte quieta? —exclamó la señora Comstock—. Vas a llegar tarde y todavía no he preparado tu comida.

Desató la cuerda y soltó el cabello. Se elevó cargado de electricidad y se pegó a sus dedos y manos. La señora Comstock se apartó de un salto, como si la

hubieran mordido. Conocía aquel tacto. Su rostro se puso blanco y sus ojos se endurecieron.

—Átatelo tú misma —dijo secamente—, y luego pondré el listón. Pero enróllalo flojo, como hizo Mag. Se veía tan bonito así.

Casi desmayándose, Elnora se colocó frente al espejo, separó las partes delanteras de su cabello y las enrolló como había hecho la señora Sinton; lo ató en la nuca y luego se sentó mientras su madre acomodaba el listón.

—Si lo jalo hasta que quede apretado en esos pliegues donde ella lo tenía, quedará perfecto, ¿verdad? —preguntó la señora Comstock.

Y la asombrada Elnora tartamudeó:

—Sí.

Cuando se miró en el espejo, el moño estaba perfectamente hecho, y el tono dorado del marrón combinaba maravillosamente con el brillo del cabello reluciente.

—Eso se ve bonito —comentó el alma de la señora Comstock, aunque sus labios rígidos ya habían dicho todo lo que podían forzarse a decir por una vez.

Justo entonces Wesley Sinton apareció en la puerta.

—¡Buenos días! —exclamó cordialmente—. ¡Elnora, pareces una pintura! ¡Pero qué linda estás! Si alguno de esos chicos de la ciudad se pone insolente, díselo a tu tío Wesley y le daré una buena paliza. Aquí está tu regalo de Navidad de mi parte.

Le entregó a Elnora la lonchera de cuero, con su nombre grabado artísticamente en la correa.

—¡Oh, tío Wesley! —fue todo lo que Elnora pudo decir.

—Tu tía Maggie la llenó por mí para empezar —dijo él—. Ahora, si estás lista, voy a pasar por tu camino y puedes ir conmigo casi hasta Onabasha, y así ahorras un poco esos zapatos nuevos.

Elnora contemplaba fijamente la caja.

—Oh, espero que no sea una grosería abrirla delante de usted —dijo—. Siento que debo ver qué hay dentro.

—¡No te pongas ceremoniosa con los vecinos! —rió Sinton—. ¡Mira tu caja si quieres!

Elnora soltó la correa y levantó la tapa.

Dentro encontró el cuchillo, el tenedor, la servilleta y la cuchara, el frasco para leche, y el interior lleno de delicados emparedados envueltos en papel de seda, además de pequeños compartimentos para carne, ensalada y el vasito de natillas.

—¡Oh, madre! —exclamó Elnora—. ¡Oh madre, qué hermoso es! ¿Cómo se le ocurrió, tío Wesley? ¿Cómo podré agradecerle alguna vez? Nadie tendrá una lonchera mejor que la mía. ¡Oh, sí le doy las gracias! Es el regalo más bonito que he tenido. ¡Cómo adoro la Navidad en septiembre!

—Es una cosa muy práctica —asintió la señora Comstock, observando cada detalle con mirada aguda—. Supongo que ahora te alegras de haber ido a ayudar a Mag y Wesley cuando podías, ¿verdad, Elnora?

—¡Claro que sí! —rió Elnora—, ¡y volveré la próxima vez que tengan mucho trabajo, aunque tenga que faltar a la escuela!

—¡No harás tal cosa! —dijo Sinton encantado—. ¡Vamos ya, si vienes!

—Si voy con usted, ¿puede darme tiempo de entrar un momento al pantano, a mi caja? —preguntó Elnora.

La luz que había visto la noche anterior todavía la inquietaba.

—Claro —dijo Wesley generosamente.

Y partieron, dejando a una mujer de rostro pálido observándolos desde la puerta, con el corazón un poco más dolorido de lo habitual.

—¡Daría cualquier cosa por oír lo que le dirá! —comentó amargamente—. Siempre metiéndose, siempre haciendo cosas que yo jamás podría costear. ¿Dónde demonios consiguió esa cosa y cuánto le costó?

Luego entró en la cabaña y comenzó el trabajo del día; pero mezclada con la amargura sombría de su alma estaba la visión de un dulce rostro juvenil, alegre con una alegría nunca antes vista en él, y una y otra vez repetía:

—¡Me pregunto qué le dirá!

Lo que él dijo fue que se veía fresca y dulce como una flor, y que tuviera cuidado de no pisar el barro ni raspar sus zapatos cuando fuera a la caja.

Elnora encontró su llave y abrió la puerta. No donde lo había dejado, sino claramente visible al frente, estaba su pequeño montón de billetes, y junto a él una nota escrita torpemente. Elnora la recogió con asombro.

QUERIDA ELNORY,

el señor todopoderoso si te esta escondiendo bien no dudes nunca de eso este dinero tuyo fue agarrado por un rato anoche pero te lo devuelven con intereses por el amor de dios no vengas nunca al pantano de noche ni tarde ni temprano ni te metas lejos nunca algo peor de lo que sabes podria agarrarte

UN AMIGO.

Elnora comenzó a temblar. Miró rápidamente alrededor. La tierra húmeda frente a la caja estaba pisoteada por grandes pies con zapatos toscos. Tomó el dinero y la nota, los metió apresuradamente dentro de su blusa, cerró la caja con llave y corrió hacia el camino.

Estaba tan sin aliento y tan pálida que Sinton lo notó.

—¿Qué demonios pasa, Elnora? —preguntó.

—¡Tengo mucho miedo! —jadeó ella.

—¡Vamos, vamos, niña! —dijo Wesley Sinton—. No hay nada en el mundo de qué asustarse. ¿Qué pasó?

—Tío Wesley —dijo Elnora—, anoche tenía más dinero del que llevé a casa, y lo dejé en mi caja. Alguien estuvo allí. El suelo está todo pisoteado, y dejaron esta nota.

—Y apuesto a que se llevaron tu dinero —dijo Sinton con enojo.

—No —respondió Elnora—. Lea la nota y, oh tío Wesley, ¡dígame qué significa!

El rostro de Sinton era digno de estudio.

—No sé qué significa —dijo—. Sólo una cosa está clara. Significa que alguna bestia que en realidad no quiere hacerte daño te ha puesto los ojos encima, y te está diciendo tan claramente como puede que no le des oportunidad. Tienes que mantenerte en los caminos, a campo abierto, y no dejar que la polilla más grande que haya volado jamás te atraiga fuera del alcance de nosotros o de tu madre. Eso significa, claro y directo.

—¡Justo ahora que puedo venderlas! ¡Justo ahora que todo es tan hermoso gracias a ellas! ¡No puedo! ¡No puedo mantenerme alejada del pantano! El Limberlost va a comprar los libros, la ropa, pagar la matrícula y hasta empezar un fondo para la universidad. ¡Simplemente no puedo!

—Tienes que hacerlo —dijo Sinton—. Esto está bastante claro. Te adentras en el pantano bajo tu propio riesgo, incluso de día.

—Tío Wesley —dijo la muchacha—, anoche antes de dormir estaba tan feliz que traté de rezar, y le di gracias a Dios por esconderme “bajo la sombra de Sus alas”. Pero ¿cómo podría saberlo alguien?

El corazón de Wesley Sinton dio un vuelco. Su rostro estaba más blanco que el de la muchacha.

—¿Estabas rezando en voz alta, cariño? —susurró casi.

—Tal vez dije algunas palabras —respondió Elnora—. Sé que a veces lo hago. Nunca he tenido a nadie con quien hablar, y toda mi vida he jugado y hablado sola. Usted me ha sorprendido muchas veces, pero a mamá siempre le molesta cuando me oye. Dice que es una tontería. Lo olvido y lo hago cuando estoy sola. Pero tío Wesley, si dije algo anoche, sabe que debió haber sido apenas un susurro, porque habría tenido muchísimo miedo de despertar a mamá. ¿No lo entiende? Me quedé despierta hasta tarde estudiando dos lecciones.

Sinton trató de serenarse.

—Me detendré a examinar la caja cuando vuelva —dijo—. Tal vez encuentre alguna pista. Lo otro... eso fue casualidad. Es una expresión común. Todos los predicadores la usan. Si yo intentara rezar, sería lo primero que diría.

El color regresó al rostro de Elnora.

—¿Le dijiste a tu madre lo del dinero, Elnora? —preguntó él.

—No —respondió Elnora—. Es terrible no hacerlo, pero tenía miedo. Verá, están desmontando el pantano tan rápido... Cada año es más difícil encontrar cosas, y los objetos indios son más escasos. Quiero graduarme, y eso son cuatro años, a menos que adelante materias. Eso significa veinte dólares de matrícula cada año, además de libros nuevos y ropa. Nunca volverá a haber tanto dinero de una sola vez, lo sé. Tengo que aferrarme a él. Temía decírselo porque quizá lo quisiera para los impuestos, y realmente debe vender un árbol o algo de ganado para eso, ¿verdad, tío Wesley?

—¡Claro que sí! —dijo Wesley—. Tú mete tu pequeño montón de dinero al banco y no le digas nada a nadie. No parece correcto, pero tu caso es especial. Todo lo que dices es verdad. Cada año encontrarás menos cosas en el pantano, y todo será más escaso. Si alguna vez logras ahorrar unos cuantos dólares, eso puede empezar tu fondo universitario. ¡Porque tú vas a la universidad, Elnora!

—Por supuesto que sí —dijo Elnora—. Lo decidí en cuanto supe lo que era una universidad. Pondré todo mi dinero en el banco, excepto lo que le debo a usted. Eso se lo pagaré ahora.

—Si tus puntas de flecha pesan mucho —dijo Wesley—, te llevaré hasta Onabasha.

—Pero no pesan. La mitad se dañó, y esta cajita contiene sólo las buenas. Es sorprendente cuántas se estropean cuando las lavas.

—¿Cuánto paga?

—Diez centavos por cualquier punta común perfecta, cincuenta por las de forma de revólver, un dólar por las de obsidiana, y lo que sea justo por las enormes.

—Bueno, eso parece justo —dijo Sinton—. Puedes venir el sábado a lavar las cosas en nuestra casa, y yo las llevaré cuando vayamos al mercado por la tarde.

Elnora saltó del carruaje. Pronto descubrió que, con sus libros, su lonchera y las puntas de flecha, llevaba una carga pesada. Ya casi había llegado al puente que cruzaba la alcantarilla cuando oyó los gritos angustiados de un niño. Desde un huerto en las afueras venía corriendo un chiquillo, perseguido por un perro grande, alentado por un hombre al fondo.

El corazón de Elnora estaba del lado de la pequeña figura fugitiva, ocurriera lo que ocurriera. Dejó su carga sobre el puente y, con mano experta, lanzó una piedra al perro. La bestia se encogió aullando. El niño alcanzó la cerca y Elnora estuvo allí para ayudarlo a pasar. Apenas tocó la parte superior, ella lo bajó al suelo, pero él se aferró a ella, abrazándola con fuerza y sollozando de miedo.

Elnora lo ayudó hasta el puente y se sentó con él en brazos. Durante un rato sus respuestas a las preguntas de ella fueron indistintas, pero al fin se calmó un poco y pudo entenderlo.

Era un niñito diminuto, nada más que huesos cubiertos de piel; el rostro quemado por el sol y lleno de pecas convertido en una mezcla de lágrimas y polvo; la ropa indescriptiblemente sucia; un dedo gordo del pie convertido en una llaga infectada por una uña rota; y heridas por todas las partes visibles de su pequeño cuerpo.

—¡No va a dejar que ese viejo maldito me eche el perro encima! —gimió.

—Claro que no —dijo Elnora, estrechándolo contra sí.

—Usted no le echaría un perro a un niño sólo por agarrar unas cuantas manzanas viejas cuando todos los días se las dan a los puercos con una pala, ¿verdad?

—No, no lo haría —dijo Elnora con indignación.

—Usted le daría a un niño todas las manzanas que quisiera, si no hubiera desayunado y tuviera tanta hambre que le retorciera las tripas, ¿verdad?

—Sí, sí lo haría —respondió Elnora.

—Si tuviera algo de comer me daría un poco ahorita mismo, ¿verdad?

—Sí —dijo Elnora—. En el paquete no hay más que piedras. Pero mi comida está en esa caja. Con gusto la compartiré.

Abrió la lonchera. El niño hambriento soltó un gritito y extendió ambas manos. Elnora se las apartó suavemente.

—¿Cenaste anoche?

—No.

—¿Comiste ayer al mediodía?

—Una manzana y unas uvas que me robé.

—¿De quién eres hijo?

—Del viejo Tom Billings.

—¿Por qué tu padre no te consigue algo de comer?

—Casi todos los días lo hace, pero ahorita está borracho.

—¡Shhh, no debes decir eso! —exclamó Elnora—. ¡Es tu padre!

—También se gastó todo el dinero en emborracharse —dijo el niño—, y Jimmy y Belle están llorando porque no han desayunado. Yo hubiera escapado bien con una manzana para mí, pero traté de agarrar unas para ellos y el perro se acercó demasiado. Oiga, usted sí sabe tirar piedras, ¿verdad?

—Sí —admitió Elnora.

Vertió la mitad de la leche en la taza.

—Bebe esto —dijo, sosteniéndola para él.

El niño tragó la leche y soltó una palabrota de alegría, aferrando la taza con dedos temblorosos.

—¡Silencio! —exclamó Elnora—. ¡Eso es horrible!

—¿Qué es horrible?

—Decir palabras tan feas.

—¡Bah! Mi pa dice peores a cada respiro.

Elnora vio entonces que el niño era mayor de lo que había pensado. Por la dureza y falta de inocencia de su expresión, podría haber parecido un hombre de cuarenta años.

—¿Quieres ser como tu padre?

—No, quiero ser como usted. Ni un ángel podría ser más bonito que usted. ¿Me da más leche?

Elnora vació el frasco. El niño se bebió hasta la última gota. Luego soltó un suspiro satisfecho mientras contemplaba el rostro de ella.

—Usted no se iría y abandonaría a su hijito, ¿verdad? —preguntó.

—¿Alguien se fue y te dejó?

—Sí, mi mamá se fue y me dejó, y también dejó a Jimmy y a Belle —dijo el niño—. Usted no dejaría a su hijito, ¿verdad?

—No.

El niño miró ansiosamente la caja. Elnora levantó un emparedado y descubrió el pollo frito. El niño jadeó de felicidad.

—Oiga, podría comerme lo que está en el vidrio y en la otra cajita, y llevarles el pan y el pollo a Jimmy y Belle —propuso.

Elnora destapó en silencio las natillas con cerezas en conserva encima y le entregó la taza y la cuchara al niño. Nunca desapareció comida más rápido. Luego siguieron la ensalada, un emparedado y media pechuga de pollo.

—Será mejor dejar lo demás para Jimmy y Belle —dijo—. Están muertos de hambre.

Elnora le dio el resto de la comida cuidadosamente preparada. El niño la aferró y salió corriendo con brincos de lado, como un animalito salvaje.

Ella cubrió los recipientes y la taza, limpió la cuchara, la guardó y cerró la caja. Luego soltó una risa temblorosa.

—Si la tía Margaret supiera esto, jamás me lo perdonaría —dijo—. Parece como si el secreto se me impusiera a la fuerza, y odio eso. ¿Qué haré para almorzar? Tendré que vender mis puntas y guardar suficiente dinero para un emparedado en el restaurante.

Así que caminó apresuradamente hacia la ciudad, vendió sus puntas a buen precio, depositó su dinero y salió de allí con una pequeña y pulcra libreta bancaria y la nota del Limberlost cuidadosamente doblada dentro.

Aquella mañana Elnora atravesó el pasillo y nadie le prestó la menor atención. La verdad era que se veía tan parecida a las demás que pasaba completamente desapercibida. Pero en el guardarropa estaban varias muchachas de su clase. Seguramente ninguna lo hizo a propósito, pero el susurro fue demasiado fuerte.

—¡Miren a la chica del Limberlost con la ropa que le dio esa mujer!

Elnora se volvió hacia ellas.

—Perdonen —dijo con voz insegura—, ¡no pude evitar oír eso! Nadie me regaló esta ropa. Yo misma la pagué.

Alguien murmuró:

—Perdón.

Pero los rostros incrédulos seguían allí.

Elnora se sintió acorralada.

—La tía Margaret la escogió y pensaba regalármela —explicó—, pero yo no quise aceptarla. Yo misma pagué mi ropa.

Hubo silencio.

—¿No me creen? —jadeó Elnora.

—En realidad no es asunto nuestro —dijo otra muchacha—. Vamos.

Elnora se interpuso frente a la chica que había hablado.

—Ustedes hicieron que fuera asunto suyo —dijo—, porque dijeron algo que no es verdad. Nadie me regaló lo que llevo puesto. Yo pagué mi ropa con dinero que gané vendiendo polillas a la Mujer de los Pájaros. Acabo de venir del banco donde deposité lo que no gasté. Aquí está mi comprobante.

Elnora sacó y les mostró la pequeña libreta roja.

—Seguramente creerán esto —dijo.

—Pues claro —respondió la primera muchacha que había hablado—. Conocimos a una señora encantadora en la tienda de Brownlee y nos dijo que quería nuestra ayuda para comprar algunas cosas para una muchacha, y así fue como lo supimos.

—Querida tía Margaret —dijo Elnora—, muy propio de ella pedirles ayuda. ¿No es maravillosa?

—¡Sí que lo es! —respondieron las muchachas a coro.

Elnora dejó la lonchera y los libros, se quitó el sombrero y lo colgó junto a los demás; luego tomó sus libros y fue a guardar la caja en su lugar, pero se le cayó. Con un pequeño grito trató de atraparla y alcanzó la correa de arriba. Eso soltó el cierre; la tapa se abrió, la caja cayó cuanto pudo, dos tapas de porcelana

repiquetearon en el suelo y el único emparedado rodó por el cuarto como una rueda.

Elnora levantó un rostro lívido.

Por una vez nadie se rió.

Permaneció inmóvil un instante, mirándolos.

—Parece ser mi destino quedar crucificada en todos los puntos cardinales —dijo al fin—. Los primeros dos días pensaron que era una mendiga; ahora creerán que soy una impostora. Todos ustedes van a creer que compré una caja costosa y luego fui demasiado pobre para poner dentro otra cosa que no fuera un emparedado de restaurante. Tendrán que esperar hasta que les demuestre que no es así.

Elnora recogió las tapas y empujó el emparedado hacia un rincón con el pie.

—Había leche en esa botella, ¿ven? Y natillas en la taza. Había ensalada en la cajita, pollo frito en la grande y emparedados de nuez en la bandeja. Pueden ver las migas de todo eso. Un hombre soltó un perro contra un niño que estaba tan hambriento que robaba manzanas. Hablé con él y pensé que yo podía soportar mejor el hambre; era tan pequeño y estaba tan necesitado, que le di mi comida y compré el emparedado en el restaurante.

Elnora les mostró la caja.

Para entonces las muchachas ya se estaban riendo.

—¡Qué gansa! —dijo una—. ¿Por qué no le diste el dinero y te quedabas con tu comida?

—Era tan pequeño, y realmente tenía hambre —dijo Elnora—. Yo muchas veces paso el mediodía sin comer nada en los campos y los bosques, y ni siquiera pienso en ello.

Cerró la caja y la colocó junto a las loncheras de otros alumnos del campo.

Mientras tenía la espalda vuelta, entró en el cuarto la muchacha con la que se había encontrado el primer día; caminó hasta el perchero y, con una exclamación de aprobación, tomó el sombrero de Elnora.

—¡Justo lo que he estado buscando! —dijo—. Nunca vi plumas tan hermosas en toda mi vida. Combinan perfectamente con mi nuevo vestido de paño. Tengo que conseguir unas iguales para mi sombrero. ¡Jamás vi nada parecido! ¿De quién es y de dónde salió?

Nadie dijo una palabra, porque la pregunta de Elnora, la respuesta y su réplica ya se habían repetido. Todos sabían que la muchacha del Limberlost había salido vencedora y que Sadie Reed no había sido precisamente amable cuando añadió aquel pequeño adorno al nombre de Elnora en la clase de álgebra.

La rápida mirada de Elnora fue conmovedora, pero nadie acudió en su ayuda. Sadie Reed miró del sombrero a los rostros que la rodeaban y se preguntó qué ocurría.

—Pero si ésta es la sección de primer año, ¿de quién es este sombrero? —preguntó de nuevo, esta vez con impaciencia.

—Es la borla del maizal —dijo Elnora con una risa forzada.

La reacción fue inmediata y sincera. Todas estallaron en carcajadas. Sadie Reed se sonrojó, aunque también se rio.

—Bueno, es precioso —dijo—, especialmente las plumas. Son exactamente lo que quiero. Sé que no merezco ninguna amabilidad de tu parte, pero realmente quisiera que me dijeras en qué tienda encontraste esas plumas.

—¡Con mucho gusto! —respondió Elnora—. No puedes comprar plumas como ésas en una tienda. Son de un ave viva. Phoebe Simms las recoge en su huerto cuando sus pavos reales las mudan. Son plumas de las alas de los machos.

Entonces se hizo un silencio absoluto. ¿Cómo iba a saber Elnora que ninguna de las muchachas allí presentes habría dicho eso?

—No tengo duda de que puedo conseguirte algunas —ofreció—. Phoebe le dio a la tía Margaret un gran manojo, y ésas son parte de ellas. Estoy casi segura de que tiene más y de que podría darte algunas.

Sadie Reed soltó una risa seca.

—No necesitas molestarte —dijo—. Me equivoqué. Creí que eran plumas caras. Las quería para un sombrerito de terciopelo de veinte dólares que combina con mi traje nuevo. Si de verdad se recogen del suelo, no podría usarlas.

—¡Pero sólo en ciertos lugares! —dijo Elnora—. No es como si cubrieran toda la tierra. Los pavos reales de Phoebe Simms son los únicos que hay a kilómetros de Onabasha, y mudan las plumas sólo una vez al año. Si tu sombrero costó apenas veinte dólares, difícilmente es lo bastante bueno para esas plumas. Verás, el Todopoderoso las hizo y las coloreó Él mismo; y pone la misma clase de plumas en los pavos reales de Phoebe Simms que puso en el jefe de toda la familia allá en las selvas de Ceilán, desde el principio de los tiempos. Cualquier pluma vieja fabricada en Nueva York o Chicago bastará para tu pequeño sombrero de veinte dólares. Necesitarías algo infinitamente mejor para ser digna de plumas hechas por el Creador.

¡Cómo se rieron aquellas muchachas! Una de ellas caminó con Elnora hasta el auditorio, se sentó a su lado durante los ejercicios y trató de hablarle siempre que se atrevía, para evitar que Elnora notara las miradas curiosas y admirativas dirigidas hacia ella.

Porque el muchacho de ojos castaños silbó, y durante todo aquel día hubo gestos y pantomimas de toda clase a espaldas de Elnora. Feliz con sus libros, nadie sabía cuánto veía, y por la manera en que se absorbía en sus estudios era evidente que le importaba demasiado poco como para prestar atención.

Después de clases volvió a casa de la Mujer de los Pájaros y juntas visitaron el pantano y se llevaron más especímenes. Esta vez Elnora le pidió que guardara el dinero hasta el mediodía del día siguiente, cuando pasaría a recogerlo para añadirlo a su cuenta bancaria.

Regresó caminando lentamente a casa, porque la visita al pantano había traído de vuelta con toda su fuerza la experiencia de aquella mañana. Una y otra vez examinó la torpe notita, porque no entendía lo que significaba, aunque despertaba en ella un miedo indefinido.

La única persona de la que Elnora sabía que realmente tenía miedo era de su madre; cuando, con los ojos desorbitados y los oídos sordos a las súplicas infantiles, a veces perdía el dominio de sí misma durante la noche y visitaba el estanque donde su marido se había hundido ante ella, llamando su nombre con tonos sobrenaturales y rogándole al pantano que le devolviera a su muerto.

CAPÍTULO 6

Fue Wesley Sinton quien realmente se quebró la cabeza con el problema de Elnora mientras iba de un lado a otro atendiendo sus asuntos. No necesitaba preguntarse qué significaba aquello; lo sabía. La vieja pandilla de los Corson seguía unida. Los miembros mayores que habían escapado de la ley se habían juntado con un hermano menor de Jack, y se reunían en los rincones más espesos de los pocos lugares inaccesibles que quedaban en el pantano para beber, apostar y holgazanear. Y luego, de pronto, había un robo en alguna casa de campo donde un granjero había vendido trigo o maíz ese día y no había pasado por el banco; o en alguna aldea vecina.

La casa de la señora Comstock y Elnora lindaba con el pantano. La tierra de Sinton estaba enseguida, y no había otra vivienda ni hombre cerca a quien acudir fácilmente en caso de problemas. Quienquiera que hubiese escrito aquella nota tenía algo de humanidad en el pecho, pero el hecho quedaba claro: temía lo que podría hacer si Elnora caía en sus manos. ¿Dónde había estado la noche anterior cuando oyó aquella oración? ¿Era la primera vez que había estado tan cerca? Sinton azuzó el caballo, porque quería llegar al pantano antes de que Elnora y la Mujer de los Pájaros entraran allí.

Casi a las cuatro llegó a la caja y, dejándose caer de rodillas, estudió el suelo con todos los sentidos alerta. Encontró dos o tres pequeñas huellas de tacón. Ésas las habían dejado Elnora o la Mujer de los Pájaros. Lo que Sinton quería averiguar era si todas las demás huellas pertenecían a un solo hombre. Era fácil ver que no. Había pisadas profundas y parejas hechas por zapatos bastante nuevos, y otras donde un tacón gastado se hundía más por dentro que por el borde exterior. Sin duda algunos de la vieja banda de Corson vigilaban la caja y las visitas de las mujeres.

No había peligro de que alguien atacara a la Mujer de los Pájaros. Nunca iba al pantano de noche y, en sus excursiones diurnas, todo el mundo sabía que llevaba un revólver, sabía usarlo y trabajaba sin miedo.

Elnora, vagando por el pantano y dejándose atraer hacia el interior por el vuelo de polillas y mariposas; Elnora, sin padre, sin dinero y sin más amigo que él

para defenderla… Elnora era otra cosa muy distinta. Que aquello ocurriera justo cuando el Limberlost estaba concediéndole el deseo de su corazón era demasiado cruel.

Sinton temía por ella; pero no quería añadir el peso del miedo a las preocupaciones de Katharine Comstock, ni apagar la alegría de Elnora en su trabajo. Se detuvo frente a la cabaña y avanzó lentamente por el sendero. La señora Comstock estaba sentada en los escalones delanteros con una costura. A Sinton le pareció que quizá estuviera haciendo un pliegue en una enagua. Pensó en cómo Margaret había acortado el vestido de Elnora hasta el largo aceptado para muchachas de su edad, y tomó nota mental de la ocupación de la señora Comstock.

Ella dejó la labor en el regazo, puso las manos encima y lo miró con una sonrisa burlona.

—No dejaste que creciera la hierba bajo tus pies —dijo.

Sinton vio su rostro blanco y demacrado, y comprendió.

—Fui a pagar una deuda y a averiguar lo del desagüe, Kate.

—Dijiste que ibas a denunciarme.

—¡Por Dios santo, Kate! —exclamó Sinton—. ¿Eso es lo que has estado pensando todo el día? Antes de irme ayer te dije que no tendría necesidad de hacerlo. ¡Y no la tendré! No podemos darnos el lujo de pelearnos por Elnora. Es todo lo que tenemos. Ahora que ha demostrado que, si tú no haces exactamente lo que yo creo que deberías hacer en cuestión de ropa y escuela, ella puede arreglárselas sola, me he quitado eso de la cabeza. Vine a verte por un susto que me llevé hoy. Quiero preguntarte si has visto algo en el pantano que te haga pensar que la vieja pandilla de Corson sigue activa.

—No puedo decir que sí —respondió la señora Comstock—. A veces se ven luces raras por ahí, pero pensé que serían personas pasando por el camino con linternas. La gente de por aquí no siente mucho cariño por el pantano. Yo lo odio como a la muerte. No he pasado una sola noche aquí sin el revólver de Robert, limpio y cargado, bajo la almohada, y la escopeta en las mismas condiciones junto a la cama. No puedo decir que tenga miedo aquí en casa. No lo tengo. Puedo cuidarme sola. ¡Pero nada de pantanos para mí!

—Bueno, me alegra que no tengas miedo, Kate, porque debo decirte algo. Elnora pasó por la caja esta mañana y alguien había estado allí durante la noche.

—¿Forzaron el candado?

—No. Usaron una llave duplicada. Hoy oí que hubo un hombre aquí anoche. Quiero husmear un poco.

Sinton fue al extremo oriental de la cabaña y miró hacia la ventana. No había forma de que alguien hubiera llegado hasta allí sin una escalera, porque los troncos estaban labrados y las grietas rellenas de argamasa. Luego fue al extremo occidental, y el sauce apareció frente a él al doblar la esquina. Examinó cuidadosamente el tronco. No había duda de que pequeños restos de barro negro del pantano se adherían a los lados del árbol. Alcanzó las ramas bajas y trepó al sauce. Había tierra sobre la gran rama que cruzaba frente a la ventana de Elnora. Se colocó sobre ella, sosteniéndose como lo había hecho el hombre la noche anterior, y miró al interior del cuarto. Apenas podía ver, pero sabía que, si afuera hubiese estado oscuro y adentro hubiera habido suficiente luz para que Elnora estudiara, la habría visto perfectamente. Acercó el rostro a la malla del mosquitero y distinguió la cama con la cabecera hacia el este; a sus pies, la mesa con las velas y la silla delante. Entonces comprendió dónde había estado el hombre que escuchó la oración de Elnora.

La señora Comstock había seguido rodeando la esquina y estaba observándolo.

—¿Crees que algún desgraciado andaba ahí arriba espiando a Elnora? —preguntó indignada.

—Hay barro en el tronco y bastante en la rama —respondió Sinton—. ¿No sería mejor traer una sierra y dejarme cortar esta rama?

—No, no lo sería —dijo la señora Comstock—. Primero, Elnora ha trepado desde esa ventana hasta esa rama toda su vida, y le pertenece. Segundo, nadie me toma ventaja después de haberme advertido. Cualquier cuervo que vuelva a posarse en ese lugar perderá unas cuantas plumas. Mira junto a la cerca y ve si encuentras por dónde entró.

El lugar fue fácil de hallar, así como un rastro que se dirigía un buen trecho hacia el oeste de la cabaña.

—Vete a casa y deja de preocuparte —dijo la señora Comstock—. Yo me encargaré de esto. Si alguna vez oyes sonar la campana de la comida en mitad de la noche, baja enseguida. Pero yo no diría nada a Elnora. Será mejor que mantenga la mente en sus estudios, si va a seguir yendo a la escuela.

Cuando terminó el trabajo aquella noche, Elnora tomó sus libros y subió a su cuarto para preparar unas lecciones; pero cada pocos minutos miraba hacia el pantano para ver si había luces cerca de la caja. La señora Comstock juntó las brasas en la cocina, sacó la caja del almuerzo y, sentándose, la estudió con expresión sombría. Al fin se levantó.

—Me pregunto cómo quedaría enseñarle algunos adornitos a Mag Sinton —murmuró.

Entró en su cuarto, se arrodilló frente a un gran arcón de nogal negro y revolvió su contenido hasta encontrar un viejo libro de cocina. Atendía el fuego mientras leía y pronto se puso manos a la obra. Primero cortó un extremo de un jamón aromático, jugoso y curado con azúcar, y lo puso a cocer. Luego puso a hervir un par de huevos y, después de mucha vacilación, comenzó a batir mantequilla y azúcar en una vasija. Una hora más tarde, el olor del jamón mezclado con algunas de las especias más ricas de la “feliz Arabia”, en una combinación que sólo podía significar pastel de especias, subió hasta Elnora con tal intensidad que la muchacha levantó la cabeza y aspiró el aire, asombrada. Habría dado todo su precioso dinero por bajar y rodear el cuello de su madre con los brazos; pero no se atrevió a moverse.

La señora Comstock se levantó temprano y, sin decir palabra, entregó a Elnora la caja cuando ésta salió a la mañana siguiente.

—Gracias, madre —dijo Elnora, y siguió su camino.

Avanzó por el camino mirando al frente hasta llegar a la esquina donde acostumbraba entrar al pantano. Allí se detuvo, miró hacia ese lado y sonrió. Luego se volvió para mirar atrás. No venía nadie por ningún lado. Continuó por el camino hasta doblar bien la curva; entonces se sentó sobre un pedazo de hierba, dejó los libros a un lado y abrió la caja del almuerzo.

Los olores de la noche anterior la habían preparado un poco para lo que iba a ver, pero no lo suficiente. Apenas podía creerlo. La mitad del compartimento del

pan estaba lleno de delicados sándwiches de pan con mantequilla espolvoreados con yema de huevo, y el resto contenía tres grandes rebanadas del pastel de especias más fragante imaginable. El recipiente de carne tenía finas lonchas de jamón frío cuya calidad ella conocía bien; la ensalada era de tomate y apio; y la taza contenía pera en conserva, transparente como ámbar. Había leche en la botella, dos pepinillos envueltos en papel de seda dentro del vaso plegable y una servilleta limpia en el aro.

Jamás hubo un almuerzo más delicado ni apetitoso; de eso Elnora estaba completamente segura. ¡Y su madre lo había preparado para ella!

—¡Sí me quiere! —exclamó la muchacha feliz—. ¡Tan cierto como que naciste, sí me quiere; sólo que todavía no se ha dado cuenta!

Tocó los papeles con cuidado y sonrió a la caja como si fuera algo vivo. Cuando empezó a cerrarla, una brisa levantó el envoltorio del pastel. Parecía una invitación, y faltaban varias horas para el desayuno. Elnora tomó un pedazo y lo comió. Aquel pastel sabía aún mejor de lo que parecía. Luego probó un sándwich. ¿Cómo se le habría ocurrido a su madre prepararlos así? Nunca habían hecho algo semejante en casa. Sacó el tenedor, probó la ensalada y un cuarto de pera. Después cerró la caja y siguió caminando por el camino, mordisqueando uno de los pepinillos y tratando de decidir exactamente cuán feliz era; pero no encontraba una medida suficientemente alta.

Después de la escuela debía ir a casa de la Mujer de los Pájaros por la última carga de la caja. El sábado llevaría las puntas de flecha y los especímenes al banco. Eso agotaría sus provisiones actuales y le dejaría suficiente dinero adelantado para pagar libros, matrícula y ropa durante al menos dos años. Trabajaría desde temprano hasta tarde recogiendo nueces. En octubre vendería todos los helechos que pudiera encontrar. Debía recolectar hojas de todos los árboles antes de que cayeran, reunir nidos y capullos más adelante, y mantener bien abiertos los ojos para cualquier cosa que pudiera servir en las clases inferiores. Esa misma noche hablaría con el superintendente sobre vender especímenes a las escuelas del distrito. Debía adelantarse a cualquier otro si quería proveer esas cosas.

Así llegó al puente.

Que estaba ocupado podía verse desde lejos. Al acercarse encontró al pequeño muchacho del día anterior esperándola con una sonrisa confiada.

—¡Le trajimos algo! —anunció sin saludar—. Éstos son Jimmy y Belle… y le trajimos un regalo.

Le ofreció un paquete envuelto en papel café.

—¡Pero qué amables son! —dijo Elnora—. Creí que se habían olvidado de mí cuando salieron corriendo tan deprisa ayer.

—¡Nah, no me olvidé! —dijo el niño—. ¡Nunca me olvidaría de usted, jamás! Lo que pasa es que iba apurándome para llevarles esas cosas a Jimmy y Belle. ¡Caray, cómo se alegraron!

Elnora miró a los niños. Estaban sentados en el borde del puente, vistiendo evidentemente una sola prenda cada uno, sucios y descuidados; un niño y una niña de unos siete y nueve años. A Elnora le empezó a doler el corazón.

—Oiga —dijo el muchacho—. ¿No va a ver lo que le dimos?

—Pensé que no era educado mirar antes de la gente —respondió Elnora—. Claro que lo haré, si quieren que lo haga.

Elnora abrió el paquete. Le habían regalado un cuarto de un pan viejo de panadería y un gran pedazo de mortadela reseca y añeja.

—¿Pero no quieren esto para ustedes? —preguntó sorprendida.

—¡Claro que no! Bueno… quiero decir, claro que no —dijo el niño—. Siempre tenemos de eso. Hoy conseguimos montones. Papá ya se compuso y está tan arrepentido que consiguió más de lo que podremos comer nunca. ¿Usted ya había probado esto antes?

—No —dijo Elnora—. ¡Nunca!

Los ojos del muchacho se iluminaron y la niña se movió inquieta.

—Pensamos que quizá no —dijo el niño—. La primera vez que uno lo prueba le gusta muchísimo; pero cuando no tienes otra cosa durante mucho tiempo, años y años, te cansas tanto…

Se acomodó el cordel que sostenía sus pantalones y miró a Elnora con expresión calculadora.

—Supongo que no cambiaría lo que trae en esa caja por este pan viejo y la mortadela, ¿verdad? ¡Tal vez le gustaría! Y yo sé, yo sí sé, que lo que usted trae les sabría al cielo a Jimmy y Belle. ¡Nunca han probado algo así! Ni siquiera Belle, ¡y ya casi tiene diez años! No señora, nunca han probado cosas como las que usted trae.

En el corazón de Elnora había gratitud incluso por probar algo de aquello a su debido tiempo, mientras se arrodillaba sobre el puente, abría la caja y dividía su almuerzo en tres partes iguales, quedándose el niño menor con la mayor parte de la leche. Luego les dijo que ya era hora de ir a la escuela y debía marcharse.

—¿Por qué no pone su pan y su mortadela en la caja bonita? —preguntó el muchacho.

—Claro —dijo Elnora—. No se me ocurrió.

Cuando la caja quedó arreglada a satisfacción de los niños, todos acompañaron a Elnora hasta la esquina donde ella doblaba hacia la preparatoria.

—Billy —dijo Elnora—, me gustarías mucho más si estuvieras más limpio. Seguro que tienen agua. ¿No pueden conseguir jabón y lavarse? Los caballeros nunca andan sucios. Tú quieres ser un caballero, ¿verdad?

—¿Con estar limpio ya basta para ser un caballero?

—No —respondió Elnora—. Tampoco debes decir malas palabras, y debes ser amable y educado con tu hermana.

—¿Y Belle tiene que ser amable y educada conmigo o tampoco es una dama?

—Sí.

—¡Entonces Belle no es ninguna dama! —dijo Billy secamente.

Elnora no pudo decir nada más en ese momento, así que se despidió de ellos y los mandó de vuelta a casa.

—¡Pobrecitos! —pensó—. Creo que el Todopoderoso los puso en mi camino para mostrarme lo que son los verdaderos problemas. No voy a pasar mucho tiempo compadeciéndome mientras pueda verlos a ellos.

Miró la caja del almuerzo.

—¿Para qué demonios cargo esto? ¡Nunca tuve nada tan estrictamente ornamental! Hay algo seguro: no puedo llevar esta comida a la preparatoria. Nunca se sabe exactamente qué puede pasar mientras uno está allí.

Como si quisiera ofrecerle una salida a su problema, un perro grande se levantó de un jardín y vino hacia la reja moviendo la cola.

—Si esos niños pudieron comer esto, no puede matar al perro —pensó Elnora.

Así que le ofreció la mortadela. El perro la aceptó amablemente y, siendo un animal de raza, trotó hacia un porche lateral y dejó la mortadela frente a su dueña. La mujer la arrebató lanzando un grito:

—¡Vengan rápido! ¡Alguien intenta envenenar a Pedro!

Su hija salió corriendo de la casa.

—¡Ve a ver quién anda en la calle! ¡Rápido! —gritó la madre alterada.

Ellen Brownlee salió corriendo y miró. Elnora estaba a media cuadra y no había nadie más cerca. Ellen la llamó en voz alta y Elnora se detuvo. Ellen corrió hacia ella.

—¿Viste a alguien darle algo a nuestro perro? —preguntó al acercarse.

Elnora no vio escapatoria.

—Yo misma le di un pedazo de mortadela —dijo—. Era buena para comer. No le haría daño al perro.

Ellen se quedó mirándola.

—Claro que no sabía que era su perro —explicó Elnora—. Tenía algo que quería darle a algún perro, y ése parecía lo bastante grande para soportarlo.

Ellen ya había llegado a sus conclusiones.

—Pásame esa caja del almuerzo —ordenó.

—¡No lo haré! —dijo Elnora.

—Entonces haré que te arresten por intentar envenenar a nuestro perro —rió la muchacha mientras tomaba la caja.

—Un pedazo de pan duro, medio kilómetro de mortadela antiquísima destinada a comida de perro; restos de pastel, ensalada y conservas en una caja de almuerzo por lo demás vacía. Ayer, un sándwich de jamón. Creo que es maravilloso que tengas la caja. ¿Quién se comió tu almuerzo hoy?

—Los mismos —confesó Elnora—, pero esta vez eran tres.

—Espera mientras corro a decirle a mamá lo del perro y recojo mis libros.

Elnora esperó. Aquella mañana caminó por el pasillo y entró al auditorio junto a una de las muchachas más agradables de Onabasha, y apenas era el cuarto día. Pero la sorpresa llegó al mediodía, cuando Ellen insistió en que Elnora almorzara en casa de los Brownlee, hizo reír hasta las lágrimas a sus padres y a toda la familia, y dejó a Elnora completamente avergonzada con una historia enormemente exagerada, aunque moderadamente exacta, sobre su caja de almuerzo.

—¡Caray, pero qué caja, papá! —exclamó la muchacha riendo—. Es de cuero labrado y se cierra con una correa que tiene grabado su nombre. Por dentro tiene compartimentos para todo, completísimos, y da evidencia de haber contenido comida deliciosa; pero Elnora nunca se queda con nada. Ya lleva dos días cargándola y las dos veces ha llegado vacía a la escuela. ¿No es para morirse de risa?

—Lo es, Ellen, en más de un sentido. Ninguna muchacha va a desayunar a las seis, caminar tres millas y hacer buen trabajo sin su almuerzo. No necesitas contarme nada sobre esa caja. Yo se la vendí el lunes por la noche a Wesley Sinton, uno de mis buenos clientes del campo. Me dijo que era un regalo para una muchacha que lo merecía, y veo que tenía razón.

—Es tan bueno conmigo —dijo Elnora—. A veces lo miro y me pregunto: si un vecino puede ser tan amable con una, ¿cómo será un verdadero padre? Envidio indeciblemente a cualquier muchacha que tenga padre.

—Tienes motivos —dijo Ellen Brownlee—. Un padre es la persona más querida de todo el mundo… excepto una madre, que también es un amor.

La muchacha, al disponerse a elogiar a su padre, vio que debía incluir a su madre, y dijo aquello antes de recordar lo que la señora Sinton les había contado

en la tienda. Se detuvo horrorizada. El rostro de Elnora palideció un poco, pero sonrió valientemente.

—Entonces tengo suerte de tener madre —dijo.

El señor Brownlee permaneció un rato más en la mesa después de que las muchachas se disculparon y regresaron a la escuela.

—Esa es una muchacha de la que Ellen no puede tener demasiada compañía, en mi opinión —dijo—. Es toda una dama, y no hay ni una tontería en sus ideas o acciones. No entiendo qué combinación de circunstancias produjo una chica así en estos tiempos.

—Ha sido, entre otras cosas, un caso extraordinario de represión. Atiende a sus mayores y piensa antes de hablar —dijo la señora Brownlee.

—Es muy bonita. Se ve sana y natural, y está bien vestida.

—Ellen dice que los dos primeros días parecía un espanto. Un vestido largo de percal café casi rozando el suelo y unos zapatos enormes y pesados. Los Sinton le compraron la ropa. Ellen estaba en la tienda y aquella mujer detuvo a las muchachas para preguntarles sobre sus vestidos. Dijo que la chica no era pobre, pero que su madre era egoísta y no se preocupaba por ella. Pero al día siguiente Elnora mostró una libreta bancaria y aseguró que ella misma pagó las cosas, así que los Sinton sólo debieron escogerlas. Hay algo extraño en todo esto, pero estoy segura de que no hay nada malo. Voy a animar a Ellen a que la invite otra vez.

—Desde luego, sobre todo si va a seguir regalando su almuerzo.

—Un día de esta semana almorzó con la Mujer de los Pájaros.

—¡¿Lo hizo?!

—Sí, vive allá, cerca del Limberlost. Ya sabes que la Mujer de los Pájaros trabaja mucho allí y probablemente la conoce por eso. Creo que la muchacha le reúne especímenes. Ellen dice que sabe más que los maestros sobre cualquier cuestión de naturaleza que surja, y que les ganará a todos en matemáticas y los hará esforzarse en cualquier materia.

Cuando Elnora entró al guardarropa después de haber almorzado con Ellen Brownlee, había tal diferencia en el ambiente que podía sentirla.

—Casi lamento tener esta ropa —le dijo a Ellen.

—¡Por el amor de Dios, por qué! —exclamó la muchacha, sorprendida.

—Todos son tan amables conmigo cuando la llevo puesta, que me hace preguntarme si con el tiempo habría logrado que fueran igual de amistosos conmigo usando la otra.

Ellen la observó pensativamente.

—Creo que sí lo habrías conseguido —declaró por fin—. Pero te habría costado tiempo y sufrimiento, y tu mente habría estado menos libre para concentrarse en tus estudios. Nadie es feliz sin amigos, y sencillamente yo no puedo estudiar cuando soy infeliz.

Aquella noche la Mujer de los Pájaros hizo el último viaje al pantano. Había comprado a buen precio todos los especímenes que podía utilizar, y se habían hecho tres depósitos más en la libreta bancaria, llevando el total a un poco más de doscientos dólares. Todavía quedaban las reliquias indígenas por vender el sábado, y Elnora había conseguido el encargo de suministrar materiales para las clases de naturaleza de los grados inferiores.

La vida se volvió de pronto muy plena. Había un trabajo interesantísimo para cada hora del día, y ese trabajo iba a pagar los gastos de la preparatoria y comenzar el fondo universitario.

Había, sin embargo, una pequeña grieta en su felicidad. Todo habría sido mucho mejor si hubiera podido contárselo a su madre y poner el dinero en sus manos; pero la lucha por comenzar había sido tan terrible que Elnora tenía miedo de correr el riesgo.

Cuando llegó a casa, sólo le dijo a su madre que aquella tarde se había vendido lo último de las cosas.

—Creo —dijo la señora Comstock— que deberíamos pedirle a Wesley que trajera esa caja aquí, detrás del jardín, para ti. Allá corres el riesgo de internarte más en el pantano de lo que pretendes y podrías atascarte o algo parecido. Debería haber las mismas cosas en nuestros bosques y en las zonas pantanosas de aquí que en el Limberlost. ¿No puedes buscar tus cosas aquí?

—Puedo intentarlo —dijo Elnora—. No sabré lo que puedo encontrar hasta que lo haga. Nuestros bosques están intactos y existe la posibilidad de que sean incluso mejores para buscar que el pantano. Pero no movería la caja de Freckles por nada del mundo. Puede que algún día regrese y no le guste. He tratado de conservar su habitación lo mejor posible, y sacar la caja dejaría un gran hueco en un lado. Las cajas de almacén no cuestan mucho. Haré que el tío Wesley me compre una y la colocaré donde parezca mejor buscar, al comienzo de la primavera. Me sentiría más segura en casa.

—¿Hacemos el trabajo o cenamos primero?

—Hagamos el trabajo —dijo Elnora—. No puedo decir que tenga hambre ahora. Parece como si nunca volviera a poder tener hambre después de un almuerzo así. Estoy segura de que nadie llevó cosas más deliciosas para comer que yo.

La señora Comstock pareció complacida.

—Puse un buen trozo de pastel. ¿Lo compartiste con alguien?

—Pues sí —admitió Elnora.

—¿Con quién?

La situación comenzaba a volverse incómoda.

—Yo me comí el pedazo más grande —dijo Elnora—, y el resto se lo di a un par de niños llamados Jimmy y Billy y a una niña llamada Belle. Dijeron que era el mejor pastel que habían probado en toda su vida.

La señora Comstock se enderezó.

—Antes era una maestra haciendo pastel de especias —presumió—. Pero estoy un poco fuera de práctica. Tendré que volver a ponerme a ello. Con las malezas creciendo más altas que nuestras cabezas, deberíamos producir suficiente comida buena en esta tierra, aunque no podamos permitirnos otra cosa más que los impuestos.

Elnora rio y subió apresuradamente a cambiarse el vestido. Aquella noche Margaret Sinton llegó trayendo uno azul precioso para reemplazarlo y se llevó el otro para lavarlo.

—¿Quieres decir que esos vestidos deben lavarse cada dos días? —preguntó la señora Comstock.

—Tienen que hacerlo, para verse frescos —respondió Margaret—. Queremos que nuestra muchacha sea dulce como una rosa.

—¡Bueno, esto sí que es el colmo! —exclamó la señora Comstock—. ¡Cada dos días! Cualquier muchacha que no pueda mantener limpio un vestido más tiempo que eso es una muchacha sucia. Van a desgastar la tela y desteñir los colores con tanto lavado.

—Pero tendremos una muchacha limpia, de todos modos.

—Bueno, si te gusta el trabajo, puedes quedártelo —dijo la señora Comstock—. A mí no me molesta lavar, pero soy muy torpe con la plancha.

Elnora se quedó despierta hasta tarde aquella noche trabajando en sus lecciones. A la mañana siguiente se puso el vestido azul y la cinta, y con ellos parecía una imagen. La señora Comstock contuvo el aliento al sentir una extraña agitación alrededor del corazón y miró dos veces para asegurarse de lo que veía.

Mientras Elnora reunía sus libros, su madre le entregó silenciosamente la lonchera.

—Se siente pesada —dijo Elnora alegremente—. ¡Y huele! Seguro que me tocará compartir otra vez.

—¡Pues comparte! —dijo la señora Comstock—. Comer es la única cosa en la que no tenemos que economizar, Elnora. A pesar de todo lo que hago, la comida se desperdicia en esta tierra todos los días. Si puedes darles a algunos de esos niños de ciudad un sabor de lo auténtico, bueno, no seas egoísta.

Elnora bajó por el camino pensando en los niños de ciudad con quienes probablemente compartiría. Por supuesto, el puente volvería a estar ocupado. Así que se detuvo y abrió la caja.

—No quiero ser egoísta —murmuró Elnora—, pero realmente siento como si no pudiera regalar este almuerzo. Si mamá no puso amor en él, entonces sustituyó algo que seguramente me engañará haciéndomelo creer.

Casi sintió que sus pasos se hacían más lentos al acercarse al puente. Un perro muy hambriento se había añadido al trío de niños. Elnora amaba a todos los

perros y, como de costumbre, éste se acercó amistosamente. Los niños dijeron "¡Buenos días!" con entusiasmo, y otro paquete de papel estaba colocado de forma muy visible.

—¿Cómo están esta mañana? —preguntó Elnora.

—¡Muy bien! —gritaron los tres, mientras el perro olfateaba vorazmente la lonchera y golpeaba el suelo con la cola como si marcara un tamborileo perfecto.

—¿Qué te pareció la mortadela? —preguntó Billy con ansiedad.

—Una de las muchachas me llevó ayer a almorzar a su casa —respondió Elnora.

La alegría amaneció hermosamente en el rostro sucio de Billy. Tomó el paquete y se lo tendió a Elnora.

—¡Entonces quizá quieras probar hoy la mortadela!

El perro dio un salto, feliz ante la expectativa de algo, y Belle se puso rápidamente de pie y avanzó un paso. La expresión de hambre desesperada en sus ojos era más de lo que Elnora podía soportar.

No era que le importara tanto la comida. Había tenido abundancia de cosas buenas para comer toda su vida. Lo que deseaba con aquel almuerzo era tratar de absorber lo que sentía debía de ser alguna clase de expresión por parte de su madre, y si no era una manifestación de amor, no sabía qué pensar de ello.

Pero había sido su madre quien dijo: "sé generosa".

Se arrodilló sobre el puente.

—¡Aparten al perro! —advirtió al niño mayor.

Abrió la caja y dividió la leche entre Billy y la niña. Le dio a cada uno un trozo de pastel, dejando uno y un emparedado. Billy se adelantó ansiosamente, con una amarga decepción en el rostro, y el muchacho mayor olvidó su encargo.

—¡Ah! Yo creí que sería carne —lamentó Billy.

Elnora no pudo soportarlo.

—¡La hay! —dijo alegremente—. Hay un pichoncito. Yo quiero un pedacito diminuto de la pechuga, como una especie de recuerdo, sólo un bocado, y ustedes pueden repartirse el resto.

Elnora sacó el cuchillo de su funda y cortó la espoleta. Luego, sostuvo el ave hacia la niña.

—Tú puedes dividirla —dijo. El perro dio un salto, atrapó el pichón, brincó desde el puente y corrió por su vida. La niña y el niño se apresuraron tras él. Con los ojos desencajados, Billy se quedó mirando y empezó a maldecir con furia. Elnora lo alcanzó y le tapó la boquita con la mano. Una camioneta de reparto bajó a toda velocidad por la calle; el caballo, que iba a galope tendido, pasó junto al perro que huía con los niños en su búsqueda y se detuvo en el puente. De todas partes empezaron a bajar estudiantes de la preparatoria.

—¡Al rescate! ¡Al rescate! —gritaban.

Eran Ellen Brownlee y su grupo; cada una de ellas cargaba un paquete grande. Al acercarse, captaron la escena de inmediato. El perro que huía con algo en el hocico y los niños semidesnudos persiguiéndolo contaban toda la historia. Las jóvenes estallaron en carcajadas mientras observaban la persecución.

—¡Menos mal que salvé la espoleta! —dijo Elnora—. Como de costumbre, puedo demostrar que hubo un ave. —Se giró hacia la caja. Billy había aprovechado el tiempo: tenía el último trozo de pastel en una mano, mientras que el último bocado de ensalada desaparecía de un gran trago. Las chicas gritaron de risa nuevamente.

—Probemos nosotras también —sugirió una. Tomó la caja y repartió el sándwich que quedaba. Otra joven lo dividió en trozos de poco más de dos centímetros y luego levantó la tapa del recipiente para colocar una fresa en conserva sobre cada bocado—. ¡Uno, dos, tres, todas juntas ahora! —exclamó.

—¡Qué malas son! —chilló Billy.

En un instante, el niño bajó al camino y empezó a lanzarles puñados de tierra. Las jóvenes se dispersaron para evitarlo.

—¡Billy! —gritó Elnora—. ¡Billy! ¡No volveré a darte ni un bocado si le tiras tierra a alguien!

Entonces Billy soltó la tierra, se frotó los ojos con ambos puños y huyó sollozando para esconderse en la falda azul de Elnora. Ella se inclinó hacia él y comenzó a consolarlo. Las jóvenes seguían riendo; gritaban y festejaban tanto que el pequeño puente vibraba.

—Mañana bien podría ser un día despejado —dijo Ellen, mientras repartía las fresas restantes a las chicas cuando lograban calmarse lo suficiente para comerlas—. Billy, admiro más tu gusto que tu carácter.

Elnora levantó la vista.
—El pobrecito no es más que piel y huesos —dijo—. Yo nunca he sentido hambre de verdad; ¿alguna de ustedes sí?

—¡Vaya que sí! —exclamó una joven robusta y de mejillas rosadas—. Estoy famélica ahora mismo. ¡Desayunemos de inmediato!

—¡Primero tenemos que rellenar esta caja! —dijo Ellen Brownlee—. ¿Quién tiene la mantequilla? Una joven se adelantó con una bandeja de madera.

—Ponla en el recipiente de las conservas; un poco de sabor a fresa no le hará daño. ¡Siguiente! —llamó Ellen.

Apareció una hogaza de pan y Ellen cortó un trozo que llenó el compartimento de los sándwiches.

—¡Siguiente! —Desenvolvieron un frasco de aceitunas. El repartidor, que estaba esperando, lo abrió y Ellen llenó el plato de la ensalada—. ¡Siguiente!

Sacaron una bolsa de macarrones y llenaron el espacio del pastel.

—¡Siguiente!

—No creo que esto sirva para alimentar a un perro tan bien como un ave —rio una joven, sosteniendo una bolsa de jamón rebanado mientras Ellen llenaba el plato de la carne.

—¡Siguiente!

Le entregaron una caja de dulces y ella rellenó cada rincón de la lonchera con

chocolates y turrones. Luego la cerró y se la entregó formalmente a Elnora. Cada una de las jóvenes tomó dulces y aceitunas, y le dio el resto de la comida a Billy. Él probó un bocado de jamón y dio su aprobación. Belle y Jimmy habían dejado de perseguir al perro y, enojados y avergonzados, esperaban a media cuadra de distancia.

—¡Vuelvan! —gritó Billy—. ¡Grandes tontos, vuelvan! Hay un nuevo tipo de carne, y pastel, y dulces.

El niño dudó, pero la niña se unió a Billy. Ellen se limpió los dedos, se subió al pilar de cemento y comenzó a recitar "¡Horacio en el puente!", sustituyendo el nombre del héroe por el de Elnora en cada verso.

Elnora recogió las bolsas y se las dio a Belle, diciéndole que llevara la comida a casa, que cortara y untara el pan, que pusiera la mesa y que comieran con propiedad.

Luego, Elnora subió a la camioneta con las jóvenes y partieron a toda prisa hacia la preparatoria. Mientras avanzaban, cantaban una canción que decía:

"Elnora, por favor, dame un sándwich.
¡Me da pena pedirte pastel!".

Elnora no lo sabía, pero aquella era su iniciación. Ya pertenecía al "grupo". Ella solo sabía que era feliz, y se preguntaba vagamente qué habrían dicho su madre y su tía Margaret sobre todo lo ocurrido.

CAPÍTULO 7

La mañana del sábado Elnora ayudó a su madre con el trabajo. Cuando terminó, la señora Comstock le dijo que fuera a casa de los Sinton y lavara sus reliquias indígenas, para estar lista para acompañar a Wesley al pueblo por la tarde. Elnora bajó apresuradamente por el camino y pronto estuvo junto a la cisterna, lavando afanosamente puntas de flecha, hachas de piedra, tubos, pipas e instrumentos para curtir pieles.

Luego volvió a casa, se cambió de ropa y estaba esperando cuando el carruaje llegó a la entrada. Se detuvo en el banco con la caja, y Sinton fue a hacer las compras del mercado y algunos encargos para su esposa.

En la tienda de telas el señor Brownlee lo llamó:

—¡Hola, Sinton! ¿Qué te parece el destino de tu caja de almuerzo?

Y comenzó a reírse.

—Siempre odio ver a un hombre riéndose solo —dijo Sinton—. ¡Parece tan egoísta! Cuéntame el chiste y déjame ayudarte.

El señor Brownlee se secó los ojos.

—Supuse que ya lo sabías, pero veo que ella no te lo contó.

Entonces repitió la historia de los tres días de la caja de almuerzo, con detalles que incluían al perro.

—¡Ahora ríete! —concluyó Brownlee.

—¡Bendito sea si le encuentro algo gracioso! —respondió Wesley Sinton—. Y si tú hubieras comprado esa caja y preparado uno de esos almuerzos, tampoco te reirías. ¡Yo llamo vergüenza a algo así! Voy a ponerle fin.

—Alguien tiene que hacerlo. Son unas sanguijuelas. Su padre gana lo suficiente para mantenerlos, pero no tienen madre y andan salvajes. Supongo que están desesperados por comida cocinada. Pero sí es gracioso, y cuando lo pienses bien lo verás, aunque ahora no.

—¿Y por dónde podría encontrar uno a ese padre? —preguntó Wesley Sinton sombríamente.

Brownlee se lo indicó y él partió, localizando la casa sin dificultad. Casa era la palabra correcta, porque no había señal alguna de hogar. Sólo una casita vacía con tres niños descuidados correteando dentro y alrededor. La niña y el muchacho mayor se quedaron atrás, pero el pequeño Billy, mugriento, saludó a Sinton diciendo:

—¿Qué quiere aquí?

—Quiero ver a tu padre —dijo Sinton.

—Pues está dormido —respondió Billy.

—¿Dónde?

—En la casa —contestó Billy—, y no puede despertarlo.

—Bueno, voy a intentarlo —dijo Wesley.

Billy lo condujo adentro.

—¡Ahí está! —dijo—. Está borracho otra vez.

Sobre un colchón sucio en un rincón yacía un hombre que parecía fuerte y sano. Billy tenía razón. No se le podía despertar. Había llegado al límite, y un poco más allá.

Ahora estaba frente a la eternidad.

Sinton salió y cerró la puerta.

—Tu padre está enfermo y necesita ayuda —dijo—. Quédense aquí y mandaré a un hombre para que lo vea.

—Si lo deja tranquilo, se le pasa durmiendo —comentó Billy—. Está así todo el tiempo, pero luego despierta y nos consigue algo de comer. Sólo que esperar le retuerce a uno las tripas bien feo.

El muchacho no tenía aire de queja. Simplemente decía los hechos.

Wesley Sinton miró atentamente a Billy.

—¿Y ahora tienes las tripas retorcidas? —preguntó.

Billy se puso una mano mugrienta sobre el estómago y la cintura sucia se hundió casi hasta la columna.

—Apuesto la vida, jefe —dijo alegremente.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —preguntó Sinton.

Billy acudió a los otros.

—¿Cuándo fue que tuvimos las cosas del puente?

—Ayer en la mañana —dijo la niña.

—¿Y ya se acabó todo? —preguntó Sinton.

—Ella nos dijo que lo lleváramos a casa —explicó Billy tristemente—, y porque ella lo dijo, lo llevamos. Pa había vuelto, estaba tomando más, y se comió mucho... casi todo. Y le cayó malísimo y luego lo vomitó todo. Después volvió a emborracharse y ahora está dormido otra vez. Casi no nos tocó nada.

—Siéntense en los escalones hasta que llegue el hombre —dijo Sinton—. Les mandaré algo de comer con él. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Billy —contestó el niño.

—Bueno, Billy, creo que será mejor que vengas conmigo. Yo cuidaré de ellos —prometió a los otros.

Le tendió la mano a Billy.

—No soy un bebé, ¡soy un niño! —dijo Billy mientras avanzaba arrastrando los pies junto a Sinton, dándole patadas a todo objeto movible sin importarle los dedos maltrechos.

Una vez pasaron junto a un gran danés que caminaba tras su amo, y Billy se trepó a Sinton como si fuera un árbol y se aferró a él con manos temblorosas y calientes.

—No le tengo miedo a ese perro —se burló Billy cuando volvieron a bajarlo—, pero una vez me agarró por una rata o algo así y me clavó los dientes en la espalda. Si hubiera sabido, le habría echado la ley encima.

Sinton miró el pequeño rostro indignado. El niño era despierto, tenía buena cabeza, pero ¡qué cuerpo tan miserable!

—Ya me estoy cansando de los perros —dijo Billy—. Antes me gustaban, pero ya me hartaron bastante. Debió haber visto la tunda que Jimmy, Belle y yo le dimos al nuestro cuando lo agarramos por comerse el pajarito que ella nos dio. Esperamos hasta que estuviera dormido y le pusimos una tabla encima y los tres nos subimos de golpe. Se le oía aullar a una milla. Belle dijo que quizá podríamos sacarle el pájaro apretándolo. ¡Pero nada! Estaba tan vacío como nosotros, y ese pájaro se perdió mucho antes de llegarle al estómago. Además era bien chiquito. Belle dijo que ni mordida alcanzaba para los tres de todos modos, y el perro se lo tragó entero. Tampoco nos tocó mucha carne. Pa se comió casi todo. Parece que los padres y los perros se quedan con todo.

Billy soltó una risa desdichada.

Involuntariamente Wesley Sinton extendió la mano. Estaban entrando en la parte comercial de Onabasha y las calles estaban llenas. Billy entendió que podía perder a su compañero y se aferró fuerte.

Aquella manita caliente apretando la suya, los pies lastimados arrastrándose sin cuidado por la acera, el niño hambriento jadeando para seguirle el paso, el alma valiente bromeando frente a la desgracia... todo eso tocó en Sinton un lugar tierno y vacío.

—Oye, hijo —dijo—. ¿Qué te parecería que te lavaran bien limpio, comer toda la cena que pudiera aguantar tu pellejo y dormir en una buena cama?

—¡Ah, caray! —dijo Billy—. ¡Todavía no me muero! Esas cosas son del cielo. Los pobres no pueden tenerlas. Pa lo decía.

—Pues tú puedes tenerlas si quieres venir conmigo —prometió Sinton.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

—¿Lo jura?

—Sí —dijo Sinton.

—¿Puedo llevarles algo a Jimmy y Belle?

—Si vienes conmigo y eres mi hijo, me aseguraré de que ellos tengan bastante.

—¿Y qué va a decir pa?

—Tu pa está en ese sueño del que ya no se despierta, Billy —dijo Sinton—. Estoy bastante seguro de que la ley te dará a mí, si quieres venir.

—Cuando la gente ya no despierta es porque está muerta —declaró Billy—. ¿Mi pa está muerto?

—Sí —respondió Sinton.

—¿Y también cuidará de Jimmy y Belle?

—No puedo adoptar a los tres —dijo Sinton—. Te llevaré a ti y me aseguraré de que ellos estén bien cuidados. ¿Vienes?

—Sí, voy —dijo Billy—. Pero primero vamos a comer.

—Muy bien —aceptó Sinton—. Entra a este restaurante.

Le ayudó a subir al mostrador y ordenó al dependiente que le diera todos los vasos de leche que quisiera y un bizcocho.

—Creo que cuando lleguemos a casa habrá pollo frito, Billy —dijo—, así que por ahora sólo engaña al hambre y llena el resto más tarde.

Mientras Billy almorzaba, Sinton llamó a distintos departamentos y notificó a las autoridades correspondientes, terminando con la Asociación de Auxilio para Mujeres. Envió una canasta de comida a Belle y Jimmy, compró a Billy un pantalón y una camisa, y fue a buscar a Elnora.

—¡Pero tío Wesley! —exclamó la muchacha—. ¿Dónde encontró a Billy?

—Lo adopté por el momento, y quizá por más tiempo —respondió Wesley Sinton.

—¿Dónde lo consiguió?

—Bueno, jovencita —dijo Wesley Sinton—, el señor Brownlee me contó la historia de tu caja de almuerzo. No me pareció tan graciosa como a los demás; así que fui a buscar al padre de la familia de Billy y obligarlo a hacerse cargo de ellos, o permitir que la ley lo hiciera. Tendrá que hacerlo la ley.

—¡Está más muerto que nada! —interrumpió Billy—. Ya nunca más podrá comerse toda la carne.

—¡Billy! —jadeó Elnora.

—¡No le hagas caso! —dijo Sinton—. Un niño no habla así de un padre que lo quiso y lo crió bien. Cuando pasa algo así, la culpa es sólo del padre. No oirás a Billy hablar así de mí cuando yo cruce al otro lado.

—¡No querrá decir que piensa llevárselo para criarlo!

—Pronto necesitaré ayuda —dijo Wesley—. Billy servirá justo dentro de unos diez años, y si yo lo crío, lo tendré como quiero.

—Pero a la tía Margaret no le gustan los niños —objetó Elnora.

—Bueno, le gusto yo, y yo también fui niño alguna vez. Además, según recuerdo, en nuestra casa ella ha hecho siempre exactamente lo que ha querido desde que nos casamos. Esta vez yo voy a darme el gusto con Billy. ¿No ha hecho ella siempre lo que quiso, hasta donde sabes? ¡Honestamente, Elnora!

—¡Honestamente! —respondió Elnora—. Usted es maravilloso con todos nosotros, tío Wesley; pero a la tía Margaret no le va a gustar Billy. No lo va a querer en su casa.

—En nuestra casa —corrigió Wesley.

—¿Qué le hace quererlo? —se maravilló Elnora.

—Sólo Dios lo sabe —dijo Sinton—. Billy no es muy bonito y tampoco muy listo, creo; supongo que es porque es tan humano. Mi corazón se inclina hacia él.

—El mío también —dijo Elnora—. Lo quiero mucho. Preferiría verlo comer mi almuerzo que comérmelo yo misma cualquier día.

—¿Y por qué te gusta tanto? —preguntó Wesley.

—Pues no lo sé —reflexionó Elnora—. Es tan pequeño, necesita tanto, tiene un valor tan magnífico y es completamente desinteresado con su hermano y su hermana. Pero debemos lavarlo antes de que la tía Margaret lo vea. Me pregunto si mamá...

—No hace falta. Voy a llevarlo a casa tal como está —dijo Sinton—. Quiero que Maggie vea lo peor del asunto.

—Temo que... —empezó Elnora.

—Yo también —dijo Wesley—, pero no voy a dejarlo. Se me ha agarrado al corazón de alguna manera. Siempre he estado loco por tener un hijo. No dejes que nos oiga.

—¡No deje que lo maten! —gritó Elnora.

Durante la conversación Billy se había alejado hasta el borde de la acera y apenas escapó de las ruedas de un automóvil que pasaba, mientras intentaba atrapar un gatito callejero que parecía estar en peligro.

Wesley atrajo a Billy de nuevo hacia la acera y le sujetó firmemente la mano.

—¿Estás lista, Elnora?

—Sí; tardó mucho tiempo —dijo ella.

Wesley miró el paquete que llevaba.

—¿Necesitabas otro libro? —preguntó.

—No, esto lo compré para mamá. He tenido tanta suerte vendiendo mis especímenes que no me parecía correcto quedarme con todo el dinero para mí sola, así que aparté lo suficiente de las reliquias indígenas para comprar unas cuantas cosas que quería. Me habría gustado comprarle un vestido, pero no me atreví, así que me conformé con un libro.

—¿Qué escogiste, Elnora? —preguntó Wesley con curiosidad.

—Bueno —dijo ella—, he notado que a mamá siempre le interesaba cualquier cosa que Mark Twain escribiera en los periódicos, y pensé que eso podría animarla un poco, así que le compré *Inocentes en el extranjero*. Yo no lo he leído, pero he oído hablar de él toda mi vida, y los críticos dicen que es realmente divertido.

—¡Bien! —exclamó Sinton—. ¡Muy bien! Has hecho una elección magnífica. Eso le quitará bastante la mente de encima de sí misma. Pero te regañará.

—Claro —admitió Elnora—. Pero quizá lo lea y se sienta mejor. Voy a hacerle una pequeña trampa. Lo esconderé hasta el lunes y lo pondré en su repisita de libros justo antes de irme. Debe conocerse todos los que tiene de memoria. Cuando vea uno nuevo no podrá evitar alegrarse, porque le encanta leer, y si

pasa todo el día interesándose en él, tal vez le guste tanto que no me regañe demasiado.

—Los dos nos meteremos en problemas, pero supongo que estamos preparados. No sé qué dirá Margaret, pero voy a llevar a Billy a casa y veremos. Tal vez pueda conquistarla, igual que nos conquistó a nosotros.

Elnora tenía sus dudas, pero no dijo nada más.

Cuando emprendieron el regreso, Billy se sentó en el asiento delantero. Conducía con la correa de amarre atada a la barandilla del tablero, agitaba el látigo y gritaba de alegría. Al principio Sinton reía con él, pero para cuando dejó a Elnora con varios paquetes en la entrada de su casa, ya tenía un aspecto bastante serio.

Margaret estaba en la puerta cuando entraron por el sendero. Wesley dejó a Billy en el carruaje, ató los caballos y fue a explicarle la situación. No había llegado hasta ella cuando Margaret gritó:

—¡Mira, Wesley, ese niño! ¡Va a provocar que se desboquen!

Wesley miró y salió corriendo. Billy estaba de pie en el carruaje azotando a los fogosos caballos con el látigo.

—¡Miren cómo los hago correr! —gritó mientras el látigo caía por segunda vez.

Y sí los hizo correr.

Se llevaron el poste de amarre y algunas tablas de la cerca, que rasparon la pintura de una rueda. Sinton falló al agarrar las riendas en el primer intento, pero el poste arrastrándose dificultó a los caballos y pronto consiguió detenerlos. Los condujo hasta el establo y ordenó a Billy quedarse en el carruaje mientras desenganchaba. Luego, llevando a Billy y cargando los paquetes, entró al patio.

—Ve a jugar unos minutos, Billy —dijo—. Quiero hablar con la amable señora.

La amable señora tenía un aspecto bastante aturdido cuando Wesley se acercó.

—¿Dónde, en nombre del sentido común, encontraste a ese espantoso niño? —preguntó.

—Es un joven caballero que ha estado deteniendo a Elnora y comiéndose su almuerzo todos los días, parte del tiempo con ayuda de su hermano y su hermana, mientras nuestra muchacha pasaba hambre. Brownlee me lo contó en la tienda. Lleva ocurriendo tres días seguidos. La primera vez ella se quedó sin comer nada; la segunda, la hija de Brownlee la invitó a almorzar; y la tercera, un grupo de muchachas de secundaria compró un montón de cosas y se reunió con ellos en el puente. Los pequeños parecían pensar que podían robarle todos los días, así que fui a ver a su padre para ponerle fin a eso.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Margaret.

—Eran tres, Margaret —dijo Wesley—, ese pequeño…

—Hiena, querrás decir —interrumpió Margaret.

—Hiena —corrigió Wesley solemnemente—, y otro niño y una niña, todos igualmente sucios y hambrientos. El hombre estaba muerto. Ellos creían que dormía una borrachera, pero estaba completamente muerto. Me traje conmigo al niño pequeño y envié oficiales y ayuda a la casa. Está medio muerto de hambre. Quiero bañarlo, ponerle ropa limpia y darle de cenar.

—¿Tienes algo para vestirlo?

—Sí.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Lo compré. No es mucho. Todo lo que compré no costó ni un dólar.

—Un dólar es mucho dinero cuando uno trabaja y ahorra como nosotros.

—Bueno, no conozco un lugar mejor donde gastarlo. ¿Tienes agua caliente? Voy a usar esta tina junto a la cisterna. Por favor, dame jabón y toallas.

Pero Margaret pasó junto a él dando un grito.

Billy había estado jugando: sacó una cuerda del bolsillo y, después de atar las colas de los gatitos blancos de Margaret, se había subido a una caja y los había colgado sobre el tendedero. Enloquecidos de miedo, los gatitos se arañaban mutuamente casi hasta matarse, y el aire estaba lleno de pelos blancos. La cuerda se había enredado y las pobres criaturas asustadas ya no podían reconocerse entre sí.

Margaret retrocedió con las manos sangrando. Sinton cortó la cuerda con su cuchillo y los pobres gatitos huyeron debajo de la casa, ensangrentados y desfigurados. Blanca de ira, Margaret enfrentó a Wesley.

—Si no enganchas el carruaje y devuelves a ese animal al pueblo —dijo—, lo haré yo.

Billy se dejó caer sobre el césped y comenzó a gritar.

—¡Usted dijo que iba a cenar pollo frito! —gimoteó—. ¡Usted dijo que ella era una señora amable!

Wesley lo levantó, y algo en la manera en que trataba al niño enfureció a Margaret. Su contacto era tan suave…

Ella agarró a Billy por detrás del cuello de la camisa. La mano de Wesley cubrió la suya.

—Con cuidado, mujer —dijo—. Este cuerpecito está lleno de llagas.

—¡Llagas! —exclamó—. ¿Llagas? ¿Qué clase de llagas?

—Oh, podrían ser moretones hechos por puños o puntapiés, o podrían ser sangre enferma por mala alimentación, o simplemente pura suciedad. ¿Me das unas toallas?

—¡No, no lo haré! —dijo Margaret.

—Entonces dame algunos trapos.

Margaret terminó cediendo unos pedazos de mantel viejo.

Wesley llevó a Billy hasta la cisterna, bombeó agua fría en la tina, añadió una olla de agua caliente y, comenzando por la cabeza, empezó a restregarlo. El niño apretó sus pequeños dientes y no dijo una sola palabra, aunque a veces se retorcía cuando el jabón tocaba alguna herida viva.

Margaret observaba el proceso desde la ventana con asombro y una ira cada vez mayor. ¿Dónde había aprendido Wesley eso? ¿Cómo podían unas manos tan grandes ser tan suaves?

Él se acercó a la puerta.

—¿Tienes agua oxigenada? —preguntó.

—Un poco —respondió ella secamente.

—Bueno, necesito como medio litro, pero empezaré con lo que haya.

Margaret le entregó la botella. Wesley tomó una taza, rebajó el líquido y dijo a Billy:

—Hombrecito, estas llagas tuyas tienen que sanar. Luego debes comer comida adecuada para niños pequeños. Voy a ponerte una medicina, y va a arder como fuego. Si solo se escurre, no usaré más. Pero si hace espuma, significa que hay veneno en esas heridas, y habrá que curarlas, medicarlas todos los días, y tendrás que bañarte y mantenerte muy limpio. Ahora quédate quieto, porque voy a ponerla.

—Creo que la de mi pierna es la peor —dijo el intrépido Billy, mostrando una llaga abierta.

Sinton vertió el líquido. El cuerpo de Billy se retorció, pero no huyó.

—¡Caray, mire cómo hace espuma! —gritó—. Creo que sí hay veneno. Tendrá que ponerlo en todas.

Los dientes de Wesley estaban apretados mientras observaba el rostro del niño. Vertió el medicamento, lo bastante fuerte para hacer efecto, sobre una docena de heridas de aquel pequeño cuerpo y vendó todas las que pudo.

Los labios de Billy temblaban a veces y la barbilla le daba pequeños saltos, pero no derramó una lágrima ni emitió un sonido, salvo para interesarse profundamente en la espuma.

Mientras Wesley le ponía la pequeña camisa y le ajustaba el pantalón, el niño ya estaba listo para volver a colocar el poste de amarre y arreglar la cerca sin decir palabra.

—¿Ahora ya estoy limpio? —preguntó Billy.

—Sí, estás limpio por fuera —dijo Wesley—. Hay sangre sucia en tu cuerpo y malas palabras en tu boca que también debemos sacar, pero eso toma tiempo. Si ponemos comida adecuada en tu estómago, esas llagas desaparecerán; y si sabes que no me gustan las malas palabras, no las dirás más de lo necesario, ¿verdad, Billy?

Billy se recargó en Wesley con aparente indiferencia.

—¡Quiero verme! —exigió.

Wesley condujo al niño dentro de la casa y lo levantó frente a un espejo.

—¡Vaya, sí que soy bastante guapo! —presumió Billy.

Luego, cuando Wesley se inclinó para bajarlo al suelo, los labios del niño pasaron cerca del oído del hombre y susurró apresuradamente un vehemente:

—¡No!

Y salió corriendo hacia la puerta.

—¿Cuánto falta para la cena, Margaret? —preguntó Wesley mientras iba tras él.

—¿Piensas dejarlo quedarse a cenar? —preguntó ella.

—¡Claro! —dijo Wesley—. Para eso lo traje. Probablemente jamás ha comido una comida completa y decente en toda su vida. Está muerto de hambre.

Margaret se levantó deliberadamente, quitó el mantel blanco de la mesa de la cena y lo sustituyó por uno rojo viejo que usaba para envolver el pan. Guardó los platos bonitos que solían usar y puso la mesa con platos viejos para pay y utensilios de cocina. Pero sí frió el pollo, y fue generosa con la leche y la miel, el pan blanco como nieve, la salsa, las papas y la fruta.

Wesley repintó la rueda raspada. Reparó la cerca, con Billy sosteniéndole los clavos y pasándole las tablas. Luego rellenó el hoyo viejo, cavó uno nuevo y colocó el poste para amarrar caballos.

Billy brincaba en un pie mientras sostenía el poste firme mientras apisonaban la tierra alrededor. No había ni la sombra de una preocupación en su carita pecosa.

Sinton echó piedras y compactó la tierra alrededor del poste. El sonido de un sollozo ahogado atrajo su atención hacia Billy. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Si hubiera sabido que tendría que meterse en un hoyo y trabajar tan duro, no les habría pegado a los caballos —dijo.

—No te preocupes por eso, Billy —dijo Wesley—. La próxima vez ya lo sabrás, y podrás pensarlo antes y decidir si de verdad quieres hacerlo antes de golpear.

Wesley fue al granero a guardar las herramientas. Creía que Billy venía detrás de él, pero el niño se retrasó en el camino. Un gran pavo blanco macho se molestó por el pequeño intruso en sus dominios y, con la cola desplegada y las alas arrastrando, avanzó hacia él amenazadoramente. Si aquel pavo hubiera sabido la clase de cosas contra las que Billy estaba acostumbrado a defenderse, jamás habría lanzado el desafío. Billy lo aceptó al instante. Bailó alrededor con los brazos rígidos a los lados e imitó al pavo. Entonces llegó su oportunidad, y saltó sobre el lomo del enorme animal.

Wesley escuchó el grito de Margaret justo a tiempo para ver el salto y admirar su destreza. El pavo recogió la cola y salió disparado. Billy resbaló de su espalda y, al caer, se aferró desesperadamente; atrapó la cola doblada y, por instinto, se sujetó de ella. El pavo lanzó un chillido y relajó los músculos. Luego huyó derrotado y desfigurado hacia el pajar. Billy se levantó sosteniendo la cola, con los ojos desorbitados.

—¡Pues la condenada cosa vieja se salió! —dijo a Wesley, extendiéndole la cola con asombro.

El hombre, tomado por sorpresa, olvidó todo y soltó una carcajada. Al ver eso, Billy consideró la cola del pavo poca cosa y la lanzó al aire con una risa salvaje e infantil mientras las plumas se dispersaban y caían.

Margaret, observando, comenzó a llorar. Wesley se había vuelto loco. Por primera vez en su vida de casada quiso ir a contárselo a su madre. Cuando Wesley esperó hasta tener tanta hambre que no pudo esperar más, invadió la cocina y encontró la cena ya cocinada calentándose atrás de la estufa, mientras Margaret, con los ojos rojos, atendía a un par de gatitos blancos desmoralizados.

—¿Está lista la cena? —preguntó.

—Lo ha estado desde hace una hora —respondió Margaret.

—¿Por qué no nos llamaste?

Ese “nos” tenía demasiado compañerismo. Irritó a Margaret.

—Supuse que tardarías aún más en arreglar todo otra vez. En cuanto a mi pavo y mis pobres gatitos, supongo que no importan.

—Siento muchísimo lo de ellos, Margaret, lo sabes. Billy es muy listo y pronto aprenderá…

—¿Pronto aprenderá? —exclamó Margaret—. ¡Wesley Sinton, no querrás decir que piensas quedarte con esa criatura aquí algún tiempo!

—No, pienso quedarme con un niño pequeño bien educado.

Margaret puso la cena sobre la mesa. Al ver el viejo mantel rojo, Wesley la miró asombrado. Entonces comprendió. Billy daba brincos de alegría.

—¿No está bonito? —exclamó—. Ojalá Jimmy y Belle pudieran verlo. Nosotros… nosotros comemos con las manos o sobre una caja vieja de tienda, y cuando nos arreglamos mucho usamos periódico. Nunca habíamos tenido un mantel rojo bonito como este.

Wesley miró fijamente a Margaret con tanta intensidad que ella apartó la vista, sonrojándose. Apiló el diccionario y la geografía del mundo sobre una silla y levantó a Billy para sentarlo a su lado. Le sirvió un plato abundante, cortó la comida, puso un tenedor en el pequeño puño de Billy y le hizo comer despacio y correctamente.

Billy hacía su mejor esfuerzo. A veces la avidez lo vencía y usaba la mano izquierda para meterse un bocado a la boca con los dedos. Wesley pasaba por alto esos deslices con paciencia y continuaba con sus instrucciones generales. Por suerte Billy no derramó nada sobre su ropa ni sobre el mantel.

Después de cenar Wesley lo llevó al granero mientras terminaba el trabajo nocturno. Luego fue y se sentó junto a Margaret en el porche delantero. Billy se apropió de la hamaca y se balanceaba jalando una cuerda atada a un árbol. La energía misma con la que se impulsaba impresionó a Wesley.

—Cielos, pero qué cuerpecito tan activo —dijo—. No tiene ni un hueso perezoso. Mira cómo trabaja para pagarse su diversión.

—¡Ya rompió la hamaca con el pie! —gritó Margaret—. ¡Wesley, no permitiré que arruine mi hamaca!

—¡Claro que no! —dijo Wesley—. Espera, Billy, déjame enseñarte.

Entonces le explicó a Billy que las damas con hermosos vestidos blancos se sentaban en las hamacas, así que los niños pequeños no debían poner en ellas

sus pies polvorientos. Billy inmediatamente se sentó y dejó que sus pies colgaran.

—Margaret —dijo Wesley después de un largo silencio en el porche—, ¿no es cierto que si Billy hubiera sido un gato hambriento y lleno de llagas, un perro o cualquier animal, lo habrías compadecido y ayudado a cuidar, y te habría alegrado verme disfrutar de él?

—Sí —respondió Margaret fríamente.

—Pero porque traje a un niño con alma inmortal, no hay bienvenida.

—Eso no es un niño, es un animal.

—Acabas de decir que recibirías bien a un animal.

—No a uno salvaje. Me refería a uno domesticado.

—¡Billy no es un animal! —dijo Wesley con enojo—. Es un niño muy querido. Margaret, tú siempre has sido quien va a la iglesia y lee la Biblia en esta familia. ¿Cómo reconcilias aquello de “Dejad que los niños vengan a mí” con la manera en que tratas a Billy?

Margaret se levantó.

—Yo no he tratado a ese niño. Solo lo he dejado en paz. Apenas puedo contenerme. ¡Lo que necesita es una buena paliza!

—Si hubieras querido mirar su cuerpo, sabrías que no encontrarías un lugar donde golpear sin abrir una llaga —dijo Wesley—. Además, Billy no ha hecho nada por lo que un niño deba ser castigado. Solo está lleno de vida, sin educación y con el gusto de un muchacho por las travesuras. Sí maltrató a tus gatitos, pero hace una hora lo vi arriesgar la vida para salvar uno de ser atropellado. Obedece cuando se le dice algo y no hace lo que se le prohíbe. Piensa enseguida en su hermano y su hermana cuando algo le gusta. Aguantó esa medicina ardiente con el valor de un bulldog. Es un muchachito extraordinario, y lo quiero.

—¡Ay, Dios santo! —exclamó Margaret entrando en la casa.

Sinton permaneció sentado. Al final Billy se cansó de la hamaca, vino hacia él y apoyó su pequeño cuerpo contra su gran rodilla.

—¿Voy a dormir aquí? —preguntó.

—¡Claro que sí! —respondió Sinton.

Billy balanceó los pies mientras se acomodaba sobre la rodilla de Wesley.

—Ven —dijo Wesley—. Tengo que limpiarte para dormir.

—Aquí hay que estar bien limpio —anunció Billy—. Me gusta estar limpio, uno se siente tan bien después de que pasa el dolor.

Sinton registró aquel comentario y trabajó con especial ternura mientras volvía a vendar las llagas y lavaba el polvo de las manos y los pies de Billy.

—¿Dónde puede dormir? —preguntó a Margaret.

—No tengo idea —respondió ella.

—Oh, yo puedo dormir en cualquier parte —dijo Billy—. En el piso o donde sea. En casa duermo sobre el abrigo de pa encima de una caja de tienda, y Jimmy y Belle duermen también en la caja. Yo duermo entre ellos para no rodarme y romperme la cabeza. ¿No tienen una caja y un abrigo viejo?

Wesley se levantó y abrió un sofá plegable. Luego trajo un montón de mantas limpias para caballos desde un armario.

—No parecen la bonita cama blanca que un niño debería tener, Billy —dijo—, pero servirán. Esto le gana por mucho a una caja de tienda.

Billy dio un gran salto hacia el sofá. Cuando descubrió que rebotaba, se puso a brincar hasta cansarse. Para entonces las mantas tuvieron que doblarse otra vez. Wesley hizo que Billy tomara un extremo y ayudara, y ambos parecieron disfrutar el trabajo.

Luego Billy se acostó y se acurrucó vestido, como un perrito pequeño. Pero el sueño no llegaba.

Finalmente se sentó. Miró alrededor inquieto. Después se levantó, fue hacia Wesley y se apoyó contra su rodilla. Wesley lo levantó y lo envolvió con sus brazos. Billy suspiró con extasiada satisfacción.

—Esa cama se siente tan… perdida —dijo—. Jimmy siempre me picaba de un lado, y Belle del otro, y así sabía que estaba allí. ¿Sabes dónde están ellos?

—Están con gente amable que les dio una buena cena, una cama limpia y siempre cuidará bien de ellos.

—Ojalá yo estuviera… —Billy vaciló y miró atentamente a Wesley—. Quiero decir, ojalá ellos estuvieran aquí.

—Tú ya eres todo lo que puedo manejar, Billy —dijo Wesley.

Billy se sentó derecho.

—¿Ella no puede encargarse de nada? —preguntó señalando hacia Margaret.

—Claro que sí —dijo Wesley—. Me ha manejado a mí durante veinte años.

—¡Caray, pero sí que lo dejó bonito! —dijo Billy—. Yo lo quiero mucho. Ojalá ella tomara a Jimmy y Belle y los dejara tan bonitos como usted.

—No es lo bastante fuerte para hacer eso, Billy. Ellos crecerán y serán buenos donde están.

Billy se deslizó de los brazos de Wesley y caminó hacia Margaret hasta llegar a la mitad de la habitación. Entonces se detuvo y finalmente se sentó en el suelo. Al final se acostó y cerró los ojos.

—Esto se siente más como mi cama; si tan solo Jimmy y Belle estuvieran aquí para apretarse un poquito, para que no se sintiera tan solo.

—¿No te sirvo yo, Billy? —preguntó Wesley con voz ronca.

Billy se movió inquieto.

—Parece que… parece que ya en la noche como que uno se siente medio solo por una mujer… como ella.

Billy señaló a Margaret y luego cerró los ojos con tanta fuerza que su pequeña cara se arrugó.

Pronto volvió a levantarse.

—Ojalá tuviera a Snap —dijo—. ¡Oh, cuánto quisiera tener a Snap!

—Pensé que le pusieron una tabla encima a Snap y saltaron sobre ella —dijo Wesley.

—¡Sí lo hicimos! —gritó Billy—. ¡Oh, debió haber oído cómo chillaba!

Billy soltó una fuerte carcajada, pero luego su rostro se ensombreció.

—Pero ahora quiero tanto que Snap se acueste junto a mí… que si estuviera aquí le daría un pedazo de mi pollo antes de comer yo. ¿Le gustan los perros?

—Sí, sí me gustan —dijo Wesley.

Billy se incorporó de inmediato.

—¿Le gustaría Snap?

—Estoy seguro de que sí —dijo Wesley.

—¿Y a ella? —Billy señaló a Margaret. Y luego respondió su propia pregunta —. Pero claro que no, porque le gustan los gatos, y los perros persiguen gatos. Ay, caray, por un minuto pensé que tal vez Snap podría venir aquí.

Billy se acostó y cerró los ojos con determinación.

De pronto los abrió de golpe.

—¿Duele morirse? —preguntó.

—Nada duele después de que uno está muerto, Billy —dijo Wesley.

—Sí, pero quiero decir… ¿duele cuando uno se está muriendo?

—A veces sí. Pero a tu padre no le dolió, Billy. Le llegó suavemente mientras dormía.

—¿Le llegó suavemente?

—Sí.

—Pues… medio quisiera que no estuviera muerto —dijo Billy—. Claro que me gusta quedarme con usted, y el pollo frito, y la cama suave y bonita, y… y todo eso, y me gusta estar limpio, pero él nos llevaba al espectáculo, nos compraba chicle, y nunca nos hacía daño cuando no estaba borracho.

Billy respiró hondo y cerró los ojos con fuerza. Pero muy pronto volvió a abrirlos. Entonces se sentó. Miró a Wesley con tristeza y luego volteó hacia Margaret.

—A usted no le gustan los niños, ¿verdad? —preguntó.

—Me gustan los niños buenos —dijo Margaret.

Billy estuvo junto a sus rodillas al instante.

—¡Pues oiga, yo soy un niño bueno! —anunció alegremente.

—No creo que los niños que lastiman gatitos indefensos y arrancan colas de pavos sean buenos niños.

—Sí, pero yo no lastimé a los gatitos —explicó Billy—. Ellos se enojaron por un poquito de diversión y se arañaron entre ellos. Yo no pensé que fueran a actuar así. Y yo no le arranqué la cola al pavo. Solo me agarré de lo primero que alcancé, y el pavo jaló. De veras, fue el pavo el que jaló.

Volteó hacia Wesley.

—¡Dígale usted! ¿A poco no fue el pavo el que jaló? Yo no sabía que la cola estaba floja, ¿verdad?

—No creo que lo supieras, Billy —dijo Wesley.

Billy miró fijamente el rostro frío de Margaret.

—A veces en la noche Belle se sienta en el piso y yo pongo mi cabeza en su regazo. Yo podría acercar una silla y poner mi cabeza en su regazo. Así, mire.

Billy acercó una silla, se subió y recostó la cabeza en el regazo de Margaret. Luego volvió a cerrar los ojos. Margaret difícilmente habría podido verse más repelida si él hubiera sido una serpiente. Billy pronto volvió a levantarse.

—Caray, pero su regazo está duro —dijo—. ¡Y además está mucho más gordita que Belle!

Se deslizó de la silla y regresó al centro de la habitación.

—¡Ay, pero cómo quisiera que no estuviera muerto! —gritó.

Entonces todo se desbordó y Billy comenzó a llorar desesperadamente.

Desde la noche entró de pronto una figura joven, cálida y suave. Atravesó la puerta y de un movimiento lo tomó en brazos. Se dejó caer en una silla, lo estrechó contra sí, inclinó su fragante cabeza castaña sobre la pequeña cabeza rojiza de ojos redondos de Billy, y comenzó a mecerlo suavemente mientras le canturreaba—

—Billy, muchacho, ¿dónde has estado?
—Oh, he ido a buscar esposa,
ella es la alegría de mi vida,
¡pero es muy joven y no puede dejar a su mamita!

Billy se aferró a ella frenéticamente. Elnora le secó los ojos, besó su rostro, se balanceó y siguió cantando.

—¿Por qué no estás dormido? —preguntó por fin.

—No sé —dijo Billy—. Lo intenté. Lo intenté bien fuerte porque pensé que él quería que lo hiciera, pero simplemente no llegaba. Por favor dígale que sí intenté.

Miró suplicante a Margaret.

—Sí intentó dormirse —admitió Margaret.

—Tal vez no puede dormir con la ropa puesta —sugirió Elnora—. ¿No tiene una bata vieja? Yo puedo doblarle las mangas.

Margaret trajo una bata vieja y Elnora se la puso a Billy. Luego trajo una palangana con agua y le lavó el rostro y la cabeza. Lo recogió otra vez y volvió a mecerlo.

—¿Tú tienes papá? —preguntó Billy.

—No —dijo Elnora.

—¿Está muerto como el mío?

—Sí.

—¿Le dolió morirse?

—No lo sé.

Billy volvió a despertarse por completo.

—A mi pa no le dolió —presumió—; simplemente se murió mientras dormía. Ni siquiera supo que venía.

—Me alegra escuchar eso —dijo Elnora, apretando otra vez la pequeña cabeza contra su pecho.

Billy escapó de su mano y se sentó.

—Creo que mejor no me voy a dormir —dijo—. Puede que venga "suavemente" y me lleve.

—No te va a llevar, Billy —dijo Elnora, meciéndolo y cantando entre frases—. No se lleva a los niños pequeños. Solo se lleva a la gente grande que está enferma.

—¿Mi pa estaba enfermo?

—Sí —dijo Elnora—. Tenía una enfermedad terrible dentro de él, una que le quemaba por dentro y lo hacía beber cosas. Por eso olvidaba a sus niños y a su niña. Si hubiera estado sano, les habría conseguido buena comida, ropa limpia y se habría divertido muchísimo con ustedes.

Billy se apoyó en ella y cerró los ojos, y Elnora lo meció esperanzada.

—Si yo estuviera muerto, ¿usted lloraría? —preguntó, incorporándose otra vez.

—Sí, lloraría —dijo Elnora, abrazándolo tan fuerte que Billy casi chilló.

—¿Me quiere así de fuerte? —preguntó lleno de felicidad.

—Sí, montones y montones —dijo Elnora—. Más que a cualquier niño pequeño del mundo entero.

Billy miró a Margaret.

—¡Ella no! —dijo—. Ella estaría feliz si eso me llevara "suavemente" ahorita mismo. No me quiere aquí para nada.

Elnora le ocultó el rostro contra el pecho y siguió meciéndolo.

—¿Tú sí me quieres, verdad?

—Te querré si te duermes.

—Todos los días me va a dar su comida a cambio de la mortadela, ¿verdad? —dijo Billy.

—Sí, te la daré —respondió Elnora—. Pero de ahora en adelante tendrás un almuerzo tan bueno como el mío. Tendrás leche, huevos, pollo, toda clase de cosas buenas, pastelitos y quizá pasteles.

Billy negó con la cabeza.

—Voy a volver a casa en cuanto amanezca —dijo—. Ella no me quiere. Cree que soy un niño malo. Me va a pegar… si él la deja. Ella lo dijo. Yo la escuché. ¡Ay, cómo quisiera que él no se hubiera muerto! Quiero irme a casa.

Billy volvió a soltar un grito desesperado.

La señora Comstock había empezado a caminar lentamente hacia donde estaba Elnora. La muchacha había tardado tanto que su madre llegó hasta la entrada de los Sinton y siguió el sendero hasta que la escena dentro de la casa se volvió visible. Elnora le había contado que Wesley había llevado a Billy a su hogar. La señora Comstock sentía cierta curiosidad por ver cómo Margaret soportaba aquella inesperada incorporación a la familia. La voz de Billy, elevada por la excitación, se escuchaba claramente. Podía ver a Elnora sosteniéndolo y oír su llanto alterado. El rostro de Wesley estaba cansado y demacrado, y el de Margaret rígido y desafiante. Un auténtico demonio de perversidad entró en el pecho de la señora Comstock.

—¡Vaya, vaya! —dijo ella mientras aparecía de repente en la puerta—. ¡Me condenaría si alguna vez hubiera escuchado a un hombre hacer ruidos semejantes!

Billy se calló de golpe. La señora Comstock era alta, angulosa y su cabello era prematuramente blanco. Tenía solo treinta y seis años, aunque aparentaba cincuenta. Pero había una expresión en su rostro, usualmente frío, que resultaba atractiva en ese momento, y Billy andaba en busca de atracciones.

—¿Me quedé hasta muy tarde, madre? —preguntó Elnora ansiosa—. De verdad tenía la intención de volver directo, pero pensé que podría arrullar a Billy para que se durmiera primero. Todo es extraño para él y está muy nervioso.

—¿Ella es tu mamá? —quiso saber Billy.
—Sí.
—¿Te quiere?
—¡Claro que sí!

—Mi mamá no me quería —dijo Billy—. Se fue y me dejó, y nunca volvió. No le importa lo que me pase. Tú no te irías y dejarías a tu niña, ¿verdad? —preguntó Billy.

—No —dijo Katharine Comstock—, y tampoco dejaría a un niño pequeño.

Billy comenzó a deslizarse de las rodillas de Elnora.
—¿Te gustan los niños? —preguntó.
—Si hay algo que amo, es a un niño —dijo la señora Comstock con seguridad.
Billy ya estaba en el suelo.
—¿Te gustan los perros?
—Sí. Casi tanto como los niños. Voy a comprar un perro tan pronto como encuentre uno bueno.

Billy se abalanzó hacia ella con un grito de alegría.
—¿Quieres a un niño? —gritó.
Katharine Comstock extendió sus brazos y lo estrechó contra ella.
—¡Claro que quiero a un niño! —exclamó con júbilo.
—¿Tal vez te gustaría tenerme a mí? —ofreció Billy.
—Seguro que sí —triunfó la señora Comstock—. A cualquiera le gustaría tenerte. Eres un niño de verdad, Billy.
—¿Te quedarás con Snap?
—Me gustaría tener a Snap casi tanto como a ti.

—¡Madre! —susurró Elnora implorante—. ¡No! ¡Oh, no lo hagas! ¡Él cree que lo dices en serio!

—Y es que lo digo en serio —dijo la señora Comstock—. Me lo llevaría en un santiamén. Todos los días tiro comida suficiente como para alimentar a un pequeño como él. Sus charlas serían una gran compañía mientras tú no estás. Su sangre se purificaría pronto con buena comida y baños, y en cuanto a Snap, pensaba comprar un bulldog, pero posiblemente Snap sirva igual de bien. Todo lo que le pido a un perro es que ladre en el momento justo. Yo haré el resto. ¿Te gustaría venir y ser mi niño, Billy?

Billy se apoyó contra la señora Comstock, rodeó su cuello con los brazos y la sujetó con todas sus pocas fuerzas.
—Puedes pegarme todo lo que quieras —dijo—. No haré ni un ruido.
La señora Comstock lo abrazó con fuerza y su rostro endurecido se estaba suavizando; de eso no cabía duda.
—Ahora, ¿por qué alguien le pegaría a un niño tan lindo como tú? —preguntó ella con asombro.

—Ella —Billy señaló desde su refugio hacia Margaret—, ella me iba a pegar porque sus gatos se pelearon cuando les até las colas y los colgué en el tendedero para que se secaran. ¿Cómo iba yo a saber que sus viejos gatos se pelearían?

La señora Comstock comenzó a reír de repente y, por más que lo intentó, no pudo detenerse tan pronto como deseaba. Billy la observaba con atención.
—¿Tienes pavos? —preguntó él.
—Sí, bandadas de ellos —dijo la señora Comstock, luchando en vano por reprimir su risa y recuperar la compostura habitual de su rostro.
—¿Sus colas están bien sujetas? —quiso saber Billy.
—Pues, creo que sí —se asombró la señora Comstock.

—¡Las de ella no! —dijo Billy con ese gesto hacia Margaret que se estaba volviendo familiar—. Su pavo tiró y la cola se le salió completa. Ella me va a pegar si él la deja. Yo no sabía que el pavo tiraría. No sabía que la cola se le saldría. No volveré a tocar uno nunca más, ¿verdad que no?

—Claro que no lo harás —dijo la señora Comstock—. ¡Y es más, no me importa si lo haces! Prefiero tener a un caballerito como tú que a todos los pavos del país. Que pierdan sus viejas colas si quieren, y que los gatos se peleen. Los gatos y los pavos no se comparan con los niños, que algún día serán hombres grandes y fuertes.

Entonces Billy y la señora Comstock se abrazaron con entusiasmo, mientras los presentes miraban en silencio y con asombro.
—¡Te gustan los niños! —exultó Billy, y su cabeza cayó sobre la señora Comstock con una satisfacción indescriptible.

—Sí, y a menos que tenga que cargarte todo el camino a casa, debemos irnos ahora mismo —dijo la señora Comstock—. Te vas a quedar dormido antes de que te des cuenta.
Billy abrió los ojos y se enderezó.
—Puedo caminar —dijo con orgullo.
—Muy bien, hay que marcharse. ¡Vamos, Elnora! ¡Buenas noches a todos! —La señora Comstock puso a Billy en el suelo y se levantó sujetando su mano—. Tú toma el otro lado, Elnora, y lo ayudaremos tanto como podamos —dijo.

Elnora miró con lástima a Margaret, luego a Wesley, y se levantó pálida y desconcertada.

—Billy, ¿te vas a ir sin siquiera despedirte de mí? —preguntó Wesley, conteniendo un sollozo.
Billy se aferró con fuerza a la señora Comstock y a Elnora.
—¡Adiós! —dijo con indiferencia—. Vendré a verte algún día.

Wesley Sinton soltó un sollozo ahogado y salió de la habitación.
La señora Comstock se dirigió hacia la puerta, llevando de la mano a Billy mientras Elnora intentaba retroceder, pero la señora Sinton se puso frente a ellas con los ojos centellando.
—Kate Comstock, te crees muy lista, ¿verdad? —gritó.

—Al menos no estoy en el manicomio, que es donde tú perteneces —dijo la señora Comstock—. Soy lo bastante lista para reconocer a un niño excelente cuando lo veo, y me alegra mucho tenerlo conmigo. ¡Me encantará tenerlo!

—¡Pues no lo tendrás! —exclamó Margaret Sinton—. ¡Ese niño es de Wesley! Él lo encontró y lo trajo aquí. ¡No puedes venir y llevártelo así como así! ¡Suéltalo!

—¡Ni hablar! —gritó la señora Comstock—. ¡Dejar a esta pobre y enferma criatura aquí para que tú le pegues porque no supo cómo manejar las cosas! Por supuesto que cometerá errores. ¡Necesita que le enseñen mucho, pero no del modo en que tú lo harías! ¡Quítate de mi camino!

—Suelta a nuestro niño —ordenó Margaret.
—¿Por qué? ¿Quieres pegarle antes de que se duerma? —se burló la señora Comstock.
—¡No, no quiero! —dijo Margaret—. Es de Wesley, y nadie lo tocará. ¡Wesley!

Wesley Sinton apareció detrás de Margaret en la puerta, y ella se volvió hacia él.
—¡Haz que Kate Comstock suelte a nuestro niño! —le exigió.

—Billy, ella te quiere ahora —dijo Wesley Sinton—. No te pegará ni dejará que nadie más lo haga. Podrás tener montones de cosas ricas para comer, pasear en el carruaje y pasarla muy bien. ¿No quieres quedarte con nosotros?

Billy se soltó de la señora Comstock y de Elnora.
Se enfrentó a Margaret, con sus ojos astutos con una sabiduría impropia de un niño. La necesidad le había enseñado a aprovechar el momento y a negociar

duro.
—¿Puede Snap vivir aquí siempre? —preguntó.
—Sí, puedes tener todos los perros que quieras —dijo Margaret Sinton.
—¿Puedo dormir lo bastante cerca para tocarte?
—Sí, puedes acercar tu sofá para que puedas tomar mi mano —dijo Margaret.
—¿Me quieres ahora? —cuestionó Billy.
—Trataré de quererte si eres un buen niño —respondió Margaret.
—Entonces creo que me quedaré —dijo Billy, caminando hacia ella.

Afuera en la noche, Elnora y su madre bajaban por el camino bajo la luz de la luna; cada tanto, la señora Comstock soltaba una carcajada.
—Madre, no te entiendo —sollozó Elnora.
—Bueno, tal vez cuando lleves más tiempo en la preparatoria lo hagas —dijo la señora Comstock—. De todos modos, viste cómo hice que Mag Sinton recobrara el juicio, ¿verdad?
—Sí, lo vi —contestó Elnora—, pero pensé que hablabas en serio. Billy también lo creyó, y el tío Wesley y la tía Margaret.
—Bueno, ¿y no era así? —preguntó la señora Comstock.
—¡Pero acabas de decir que hiciste reaccionar a la tía Margaret!
—Bueno, ¿y no lo hice?
—No te entiendo.
—¡Esa es la razón por la que te recomiendo estudiar más!

Elnora tomó su vela y se fue a acostar. La señora Comstock se sentía demasiado bien como para dormir. Últimamente, en dos ocasiones, realmente se había divertido por primera vez en dieciséis años, y la avidez por repetir esa sensación se filtraba en su sangre como una intoxicación. Mientras se sentaba a reflexionar a solas, reconoció la verdad. Le habría encantado quedarse con Billy. No le habrían importado sus travesuras, sus charlas ni su perro. Él habría sido la distracción de sí misma que tanto necesitaba; incluso era sincera respecto al perro. Tenía la intención de pedirle a Wesley que le comprara uno en la primera oportunidad. Su último pensamiento fue para Billy. Se rio suavemente para sus adentros, pues no era una santa, y ahora sabía cómo saldar una vieja cuenta con Margaret y Wesley de una manera que llenaría su alma de una lúgubre satisfacción.

CAPÍTULO 8

Inmediatamente después de la comida del domingo, Wesley Sinton se detuvo frente al portón de los Comstock para preguntar si Elnora quería ir al pueblo con ellos. Billy iba sentado a su lado y no parecía en absoluto un niño camino a un funeral. Elnora dijo que tenía que estudiar y no podía ir, pero sugirió que su madre ocupara su lugar. La señora Comstock se puso el sombrero y fue enseguida, lo cual sorprendió a Elnora. Ella no sabía que su madre deseaba una oportunidad para hablar a solas con Sinton. Elnora sí sabía por qué le repetían constantemente que no debía abandonar sus tierras si iba a buscar especímenes.

Estudió durante dos horas y quedó varias lecciones adelantada respecto a sus clases. No tenía sentido seguir. Decidió dar un paseo y ver si podía reunir algunas orugas o encontrar capullos recién hilados. Revisó los arbustos y los árboles bajos detrás del jardín y alrededor del borde del bosque de sus tierras, y al no tener mucho éxito, finalmente llegó al camino. Casi el primer espino que examinó le dio un capullo de Polifemo. Elnora levantó la cabeza con el instinto de un cazador siguiendo una presa y se puso a trabajar. Llegó al pantano antes de darse cuenta, llevando cinco hermosos capullos de distintas especies como recompensa. Echó el cabello hacia atrás y miró alrededor con anhelo. Unos cuantos metros adentro creyó ver capullos en un arbusto, así que fue hacia él y encontró varios. La sensación de cautela desaparecía rápidamente; estaba a punto de olvidarlo todo y adentrarse en el pantano cuando creyó oír pasos bajando por el sendero. Retrocedió y salió casi de frente con Pete Corson.

Eso terminó con su dilema. Lo conocía desde la infancia. Cuando ella se sentaba en el primer banco de la escuela de Brushwood, Pete era uno de los muchachos grandes del fondo del salón. Había sido rudo y salvaje, pero nunca le había dado miedo y muchas veces le había regalado cosas bonitas del pantano.

—¡Qué suerte! —exclamó—. Le prometí a mamá que no entraría sola al pantano, ¡y mira los capullos que encontré! Hay más que parecen estar gritándome que vaya por ellos, porque las hojas caerán con la primera helada y entonces los arrendajos y los cuervos comenzarán a abrirlos. No tengo mucho

tiempo, ya que estoy yendo a la escuela. ¡Tienes que venir conmigo, Pete! ¡Por favor, di que sí! ¡Solo un poquito!

—¿Qué son esas cosas? —preguntó el hombre, clavando en ella sus penetrantes ojos negros.

—Son los estuches que estas grandes orugas hilan para pasar el invierno, y en primavera salen de ellos enormes polillas nocturnas, y puedo venderlas. Oh, Pete, puedo venderlas por suficiente dinero para terminar la preparatoria y vestir como las demás chicas para no parecer diferente, y si tengo mucha suerte quizá pueda ahorrar algo para la universidad. Pete, ¿quieres venir conmigo?

—¿Y por qué no vas como siempre lo has hecho?

—Bueno, la verdad es que tuve un pequeño susto —dijo Elnora—. Nunca tuve intención de ir sola; a veces simplemente me internaba más de lo que pensaba persiguiendo cosas. Ya sabes que Duncan me dio los libros de Freckles, y he estado reuniendo polillas como él hacía. Últimamente descubrí que puedo venderlas. Si logro completar una colección, puedo obtener trescientos dólares por ella. Tres colecciones así casi me pagarían la universidad, y aún tengo cuatro años de preparatoria por delante. Eso es mucho tiempo. Tal vez pueda reunirlas.

—¿Todas las especies pueden encontrarse aquí?

—No, no todas, pero cuando tenga más de una especie de la que necesito, puedo cambiarlas con coleccionistas del norte y del oeste para completar los juegos. Es la única forma que veo de ganar el dinero. Mira lo que ya tengo. De este tipo salen las grandes Cecropias grises; de aquel, los Polifemos marrones; y de estos, las Lunas verdes. ¡No estás trabajando en domingo! ¡Ven conmigo solo una hora, Pete!

El hombre la observó detenidamente. Era joven, sana y hermosa. Era inocente, intensamente sincera, y necesitaba el dinero; eso él lo sabía.

—No me dijiste qué fue lo que te asustó —dijo.

—¡Oh, creí que sí! Ya sabes que tenía la caja de Freckles llena de polillas y especímenes, y una noche le vendí algunos a la Mujer de los Pájaros. A la mañana siguiente encontré una nota diciéndome que no era seguro entrar sola al

pantano. Eso me asustó un poco. Creo que preferiría ir sola antes que perder la oportunidad, pero sería tan feliz si tú me cuidaras. Entonces podría ir donde quisiera, porque si me hundiera en el barro podrías sacarme. ¿Me cuidarás, Pete?

—Sí, te cuidaré —prometió Pete Corson.

—¡Qué bien! —dijo Elnora—. ¡Vamos rápido! Y Pete, mira estos de cerca, y cuando estés cazando o caminando por el camino, si uno te cuelga delante de la nariz, corta la ramita y guárdamelo, ¿sí?

—Sí, te guardaré todos los que vea —prometió Pete.

Se acomodó el sombrero hacia atrás y siguió a Elnora. Ella se lanzó sin miedo entre arbustos, sobre maleza y troncos caídos. Un momento gritaba emocionada que había encontrado uno grande, y al siguiente se estiraba para alcanzar una rama sobre su cabeza o se arrodillaba levantando hojas secas bajo un nogal o un roble, o apartaba con las manos desnudas el lodo negro mientras buscaba pupas enterradas. Durante la primera hora Pete apartó ramas y la siguió, cargando lo que Elnora encontraba. Luego encontró uno él mismo.

—¿Es esto lo que buscas? —preguntó tímidamente mientras le mostraba una ramita de cerezo silvestre.

—¡Oh, Pete, es un Promethea! Ni siquiera esperaba encontrar uno.

—¿Cómo es el bicho? —preguntó Pete.

—Tiene alas casi negras —dijo Elnora—, con bordes color arcilla y el más maravilloso tono vino en la parte inferior si es macho, y un color vino más intenso arriba y abajo si es hembra. ¡Oh, qué feliz soy!

—¿Qué tal si hacemos un montón con todo esto y lo dejamos aquí para volver luego por ello?

—Eso estaría bien.

Libre ya de la carga, Pete comenzó a trabajar en serio. Primero examinó cuidadosamente los capullos que Elnora había encontrado. Le preguntó cómo serían otras especies. Empezó a usar los ojos de un cazador y hombre del bosque entrenado en beneficio de ella. Veía varios con tanta facilidad y se movía por el bosque con tanta suavidad, que Elnora olvidó las polillas mientras

lo observaba. Poco después ella era quien llevaba los especímenes, mientras él hacía recorridos de exploración para distinguir entre un capullo y una hoja enrollada, o se arrodillaba cavando alrededor de los tocones. Mientras trabajaba seguía haciendo preguntas. Qué tipo de troncos eran mejores para buscar, bajo qué árboles era más probable hallar pupas, en qué arbustos hilaban las orugas con mayor frecuencia. El tiempo pasó, como siempre pasa cuando una ocupación absorbe por completo.

Cuando los Sinton llevaron a la señora Comstock de regreso a casa, se detuvieron para ver a Elnora. Ella no estaba allí. La señora Comstock llamó desde el borde de sus bosques y no recibió respuesta. Entonces Wesley se volvió y condujo de regreso al Limberlost. Dejó a Margaret y a la señora Comstock sujetando el carruaje y entreteniendo a Billy mientras él entraba al pantano.

Elnora y Pete habían dejado un sendero muy visible tras de sí. Antes de que Sinton pensara siquiera en llamar, oyó voces y se acercó con cierta cautela. Pronto vio a Elnora, con el rostro encendido de emoción mientras se inclinaba con un brazo lleno de ramas y hablaba con un hombre arrodillado.

—¡Ahora busca con cuidado! —decía ella—. Estoy segurísima de que encontraremos un Imperialis aquí. Es exactamente el tipo de lugar que les gusta. ¡Ahí! ¿Qué te dije? ¿No es maravilloso? ¡Oh, estoy tan contenta de que hayas venido conmigo!

Wesley se quedó mirándolos, mudo de asombro, porque el hombre se había levantado, limpiado la tierra de las manos y extendía hacia Elnora una pequeña y brillante pupa oscura. Cuando su rostro quedó visible, Sinton casi gritó, pues era el único hombre de todos los que conocía del que más temía por la seguridad de Elnora. Ella lo tenía de rodillas cavando pupas para ella en el pantano.

—¡Elnora! —llamó Sinton—. ¡Elnora!

—¡Oh, tío Wesley! —gritó la muchacha—. ¡Mira qué suerte hemos tenido! Sé que tenemos por lo menos dieciocho capullos y además tres pupas. Es mucho más difícil conseguir las pupas porque hay que cavar para encontrarlas y no se puede ver dónde buscar. ¡Pero Pete es excelente para eso! Él encontró tres, y dice que vigilará los caminos y el bosque mientras caza. ¿No es maravilloso de

su parte? Tío Wesley, allá, en el borde occidental del pantano, hay una universidad. Si miras bien, puedes ver la gran cúpula entre las nubes.

—Diría que sí han tenido suerte —dijo Wesley, esforzándose por sonar natural —. Pero creí que no ibas a venir al pantano.

—Bueno, no iba a hacerlo —dijo Elnora—, pero honestamente no encontraba muchos en ninguna otra parte, y en cuanto llegué al borde empecé a verlos aquí. Cumplí mi promesa. No vine sola. Pete vino conmigo. Es tan fuerte que no le teme a nada, y es maravilloso encontrando capullos. Él halló la mitad de estos. Vamos, Pete, ya está oscureciendo y tenemos que irnos.

Comenzaron a dirigirse al sendero, con Pete cargando los capullos. Los dejó en la caja, mientras Elnora y Wesley siguieron juntos hacia el carruaje.

—Elnora Comstock, ¿qué significa esto? —exigió su madre.

—Todo está bien, uno de los vecinos estaba con ella y consiguió varios dólares en cosas —intervino Wesley.

—¡Debieron ver a mi pa! —gritó Billy—. Estaba todo blanco y quieto como una piedra. Lo enterraron bien profundo bajo tierra.

—¡Billy! —gimió Margaret largamente.

—Jimmy y Belle van a estar juntos en un lugar bonito. Vendrán a verme, y Snap está aquí abajo junto a la rueda. ¡Ven, Snap! ¡Cómo se pondrá de feliz cuando le den algo de comer! Está casi tan retorcido de hambre como yo. A ellos también les dieron ropa nueva y toda la comida que quieran, pero me van a extrañar. No habrían podido arreglárselas sin mí. Yo los cuidaba. Muchas veces me daban cosas porque era el más pequeño, y siempre compartía con ellos. Pero ahora ya no me necesitarán.

Cuando bajó del carruaje, la señora Comstock estrechó solemnemente la mano de Billy.

—Recuerda —le dijo—, yo adoro a los niños y adoro a los perros. Cuando no la pases bien allá arriba, toma a tu perro y ven directamente conmigo para ser mi niño. Nos divertiremos muchísimo. Deberías oír los silbidos que sé hacer. Si no te tratan bien, vienes enseguida conmigo.

Billy asintió con gravedad.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo.

—Mamá, ¿cómo pudiste? —preguntó Elnora mientras caminaban por el sendero.

—¿Cómo pude, niña? Más bien deberías preguntar cómo no pude. ¡Simplemente no pude evitarlo! ¡Ni por todo lo que pago de impuestos del camino! ¡Ni aunque me devolvieran también el impuesto del drenaje!

—La tía Margaret siempre ha sido encantadora conmigo, y no creo que sea justo preocuparla.

—Pues yo elijo ser encantadora con Billy y dejar que ella se las arregle con sus propias preocupaciones, igual que ella me ha hecho a mí estos dieciséis años. No hay nada en este mundo tan bueno para la gente como probar su propia medicina. La diferencia es que yo soy honesta. Yo lo digo claramente: “si no te tratan bien, ven conmigo”. Ellos solo lo han dicho con actos e insinuaciones. Quiero enseñarle a Maggie Sinton cómo sabe su propia medicina, pero empieza a atragantarse antes de que siquiera le acerque la cuchara a los labios. ¡Ya verás!

—Cuando pienso en todo lo que le debo… —comenzó Elnora.

—Bueno, gracias al cielo, yo no le debo nada, y por eso soy completamente libre de hacer lo que quiera. Vamos, ayúdame a preparar la cena. ¡Tengo tanta hambre como Billy!

Margaret Sinton se mecía lentamente en su silla. Sobre su pecho descansaba la cabeza pelirroja de Billy; una de sus manos aferraba convulsivamente el frente de su vestido incluso después de quedarse dormido.

—No debes empezar con eso, Margaret —dijo Sinton—. Ya pesa demasiado. Y no le hace bien. Estará mejor acostado y durmiendo solo.

—Es muy ligero, Wesley. Tiembla y se sobresalta tanto… Tiene que ponerse más fuerte de lo que está ahora antes de poder dormir profundamente.

CAPÍTULO 9

Elnora extrañó la pequeña figura en el puente la mañana siguiente. Caminó lentamente por la calle y entró por la amplia entrada de los terrenos de la escuela. Apenas podía comprender que solo una semana antes había ido allí sin amigos, sola y con el corazón tan enfermo de tristeza que se sentía físicamente mal. Hoy tenía ropa decente, libros, amigos, y su mente estaba tranquila para concentrarse en los estudios.

Cuando se acercó a casa aquella noche, la muchacha se detuvo asombrada. Su madre tenía visita… y estaba riéndose. Elnora entró silenciosamente a la cocina y miró hacia la sala. La señora Comstock estaba sentada en su silla sosteniendo un libro, y cada pocos segundos una suave risita terminaba convirtiéndose en una carcajada verdadera. Mark Twain estaba haciendo su trabajo; y la señora Comstock no carecía precisamente de sentido del humor. Elnora entró en la habitación antes de que su madre la viera. La señora Comstock levantó la vista con el rostro sonrojado.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó.

—Lo compré —dijo Elnora.

—¿Comprado? ¡Con todos los impuestos que debemos!

—Lo pagué con el dinero de las reliquias indias, mamá —dijo Elnora—. No soportaba gastar tanto en mí y nada en ti. Me habría gustado comprarte el vestido que quería, pero no me atreví, así que me conformé con un libro.

—¡Bueno! —exclamó la señora Comstock—. ¡Es la mayor tontería que he leído en toda mi vida! He estado riéndome todo el día desde que lo encontré. Hasta pensé salir y leerles partes a las vacas para ver si ellas también se reían.

—Si te hizo reír, entonces es un libro sabio —dijo Elnora.

—¿Sabio? —gritó la señora Comstock—. ¡Claro que es sabio! Hace falta el hombre más inteligente del mundo para escribir este tipo de disparates.

Y volvió a reírse.

Elnora, profundamente satisfecha con su compra, fue a su habitación y se puso la ropa de trabajo. Después de eso se aseguró de traer cada semana de la biblioteca un libro que creyera que podría interesarle a su madre y dejarlo sobre la mesa de la sala. Cada noche llevaba a casa al menos dos libros escolares y estudiaba hasta dominar por completo las lecciones. Cumplía fielmente con su parte del trabajo, y cada minuto libre lo dedicaba a los campos buscando capullos, pues las polillas prometían convertirse en su mayor fuente de ingresos.

Recolectaba canastas llenas de nidos, flores, musgos, insectos y toda clase de especímenes de historia natural y los vendía a las maestras de primaria. Al principio intentó explicarles a esas maestras qué debían enseñarles a los alumnos acerca de los especímenes; pero al darse cuenta de cuánto más sabía ella que ellas, una tras otra le pidieron que estudiara en casa y utilizara sus horas libres en la escuela para exhibir y explicar temas de naturaleza a los niños. A Elnora le encantaba ese trabajo, y necesitaba el dinero, porque cada pocos días surgía algún gasto inesperado.

Desde la primera semana había sido aceptada e incluida entre el grupo de chicas de su clase, y tenían la costumbre, al pasar por la parte comercial de la ciudad, de detenerse en las confiterías y turnarse para invitar caramelos caros, sodas con helado, chocolate caliente o lo que se les antojara. La primera vez que invitaron a Elnora, ella aceptó sin comprender bien. La segunda vez fue porque rara vez había probado esas cosas y eran tan deliciosas que no pudo resistirse. Después de eso siguió yendo porque ya entendía cómo funcionaba todo… y había decidido hacerlo.

Había pasado media hora sentada sobre un tronco junto al sendero pensando profundamente y había llegado a sus conclusiones. Trabajó más duro de lo habitual durante la semana siguiente, pero parecía prosperar gracias al trabajo. Era octubre y las hojas rojas caían cuando llegó su primer turno para invitar.

Mientras el grupo avanzaba por el amplio sendero aquella tarde, Elnora llamó:

—¡Chicas, hoy invito yo! ¡Vamos!

Las condujo por la ciudad hasta la tienda de comestibles donde solían comprar cuando hacían pequeñas meriendas y, tras entrar, salió con una canasta que llevó hasta el puente del camino a su casa. Allí acomodó a las chicas en dos filas sobre los bloques de cemento y, abriendo la canasta, ofreció solemnemente a

cada una una exquisita cestita de corteza, forrada con hojas rojas; en un extremo descansaba una gran manzana roja y jugosa, y en el otro una rosquilla especiada recién salida, hacía menos de una hora, de la sartén de Margaret Sinton.

Otra vez llevó grandes bolas de palomitas pegadas con azúcar de maple y generosamente espolvoreadas con trozos de nuez de haya. En otra ocasión fueron nueces de nogal glaseadas con azúcar; otra vez, dulces de maple; y una vez, una canasta de pays de calabaza calientes. Nunca se disculpaba ni daba explicaciones. Simplemente ofrecía lo que podía pagar, y el cambio resultaba tan agradable para aquellas muchachas de ciudad acostumbradas a las sodas y a los caramelos franceses, como lo eran esas mismas cosas para Elnora, ya cansada de palomitas y pays.

En su habitación tenía una pequeña hoja donde llevaba el registro de las semanas del año escolar, las veces que le tocaría invitar y las fechas correspondientes, junto con varias sugerencias para cada ocasión. Una vez las muchachas casi pelearon por una canasta forrada con hojas amarillas y llena de espinos rojos, maduros y carnosos. A finales de octubre hubo un auténtico alboroto por otra forrada con hojas rojas y llena de grandes pawpaws fragantes, perfectamente tocados por la helada. Luego maduraron las avellanas y también las llevó una vez.

Un día, completamente sin ideas, Elnora le explicó a su madre que las muchachas le habían dado cosas y ella quería corresponderles. La señora Comstock, con su característica obstinación, dijo que le dejaría una canasta en la tienda, pero se negó firmemente a decir qué habría dentro.

Todo el día Elnora luchó por mantener la mente en sus libros. Durante horas vaciló en una incertidumbre angustiosa. ¿Qué habría hecho su madre? ¿Debía llevar a las muchachas a la confitería esa noche o arriesgarse con la canasta? La señora Comstock sabía preparar cosas deliciosas, ¿pero querría hacerlo?

Cuando salieron del edificio, Elnora hizo un último cálculo mental apresurado. No veía manera de ofrecer algo decente para diez personas por menos de dos dólares, y si la canasta resultaba buena, ese dinero se desperdiciaría. Decidió arriesgarse.

Mientras iban hacia el puente, las muchachas apostaban sobre cuál sería la sorpresa y se agrupaban alrededor de Elnora como niñas mimadas. Elnora dejó la canasta en el suelo.

—Chicas —dijo—, ni yo misma sé qué hay aquí, así que todas vamos a sorprendernos. ¡Aquí va!

Levantó la tapa y un aroma salido directamente del reino de las especias subió al aire. En un extremo de la canasta había diez enormes galletas azucaradas cuyas superficies estaban decoradas generosamente con círculos cortados de caramelos duros. El dulce se había derretido al hornearse y formaba pequeños charcos transparentes de dulzura cerosa, y en el centro de cada galleta había una tortuguita hecha con una pasa y clavos de olor como cabeza y patas. El resto de la canasta estaba lleno de grandes peras especiadas que podían sostenerse del tallo mientras se comían.

Las muchachas gritaron y se lanzaron sobre las galletas, y quizá ningún otro de los regalos de Elnora fue recordado durante tanto tiempo como aquel.

Cuando Elnora tomó la canasta, guardó sus libros en ella y emprendió el camino a casa, todas las muchachas la acompañaron hasta la cerca donde ella cruzaba el campo hacia el pantano. Al despedirse, la besaron. Elnora era una muchacha feliz mientras corría a casa para agradecerle a su madre. Esa noche fue feliz con sus libros, y feliz durante todo el camino a la escuela a la mañana siguiente.

Cuando la música brotó de la orquesta, el corazón casi se le rompió de alegría palpitante. La música siempre la había afectado de una manera extraña, y desde que se sintió lo bastante cómoda con su entorno como para fijarse en las cosas, había escuchado cada nota tratando de descubrir qué era aquello que literalmente le dolía en el corazón. Y al final lo supo.

Era la voz de los violines.

Eran voces humanas, y hablaban un lenguaje que Elnora comprendía. Le parecía que debía subir al escenario, quitarles los instrumentos a los músicos y hacerlos expresar lo que llevaba en el corazón.

Aquella noche le dijo a su madre:

—Estoy completamente loca por tener un violín. Estoy segura de que podría tocarlo, tan seguro como que estoy viva. ¿Acaso alguien…?

Elnora nunca terminó la frase.

—¡Silencio! —tronó la señora Comstock—. ¡Cállate! ¡Nunca vuelvas a mencionar esas cosas delante de mí, nunca mientras vivas! ¡Las detesto! ¡Son una trampa del mismísimo demonio! Fueron hechas para apartar a hombres y mujeres de sus hogares y de su honor. Si alguna vez te veo con uno entre las manos, lo haré pedazos.

Naturalmente Elnora calló, pero después de terminar sus lecciones no pudo pensar en otra cosa. Finalmente llegó un día en que, por alguna razón, el director de la orquesta dejó su violín sobre el piano de cola. Aquella mañana Elnora cometió su primer error en álgebra.

Al mediodía, en cuanto el edificio quedó vacío, se deslizó hacia el auditorio, encontró la puerta lateral que conducía al escenario y, entrando por la puerta de los músicos, tomó el violín. Lo llevó hasta el pequeño cuarto donde se reunía la orquesta, cerró todas las puertas, abrió el estuche y levantó el instrumento.

Lo apoyó contra el pecho, dejó caer la barbilla sobre él y pasó suavemente el arco sobre las cuerdas.

Una tras otra probó las notas al aire.

Poco a poco el temblor de su mano desapareció y comenzó a mover el arco con firmeza. Entonces sus dedos empezaron a caer sobre las cuerdas y, lenta y suavemente, buscó arriba y abajo sonidos que ya conocía. De pie en medio del cuarto, lo intentó una y otra vez.

Le pareció que apenas había pasado un minuto cuando el salón se llenó del sonido de pasos apresurados, y se vio obligada a guardar el violín y volver a clases.

Al día siguiente rezó para que el violín volviera a quedar allí, pero su petición no fue concedida.

Aquella noche, cuando regresó de la escuela, inventó una excusa para bajar a ver a Billy. Él estaba ocupado pelando nueces haciéndolas pasar por agujeros en una tabla. Sus manos estaban protegidas con un viejo par de guantes de

Margaret, pero se había llenado la cara de manchas. Parecía sano y recibió a Elnora con gran entusiasmo.

—¡Las ardillas y yo estamos guardando provisiones para el invierno! —gritó—. Porque viene el frío y la nieve, y si queremos nueces tenemos que prepararlas ahora. Pero yo voy ganando, porque el tío Wesley me hizo esta tabla y puedo pelar un montón mientras la vieja ardilla apenas hace una con los dientes.

Elnora lo levantó y lo besó.

—Billy, ¿eres feliz? —preguntó.

—Sí, y Snap también —contestó Billy—. Deberías verlo hacer volar la tierra cuando persigue una ardilla listada. Apuesto a que podría desenterrar a pa si alguien quisiera.

—¡Billy! —jadeó Margaret al salir hacia ellos.

—Pues ni Snap ni yo queremos que lo saquen, y apuesto a que Jimmy y Belle tampoco. Desde que estoy aquí ni una sola vez me he sentido todo retorcido por dentro, y no quiero irme, y Snap tampoco. Él me lo dijo.

—¡Billy! Eso no es cierto. Los perros no pueden hablar —advirtió Margaret.

—Entonces ¿por qué le abres la puerta cuando te lo pide? —replicó Billy.

—Rascar y gemir no es hablar.

—De todos modos, es lo mejor que Snap puede hacer para hablar, y tú te levantas y haces lo que quiere. Las ardillas listadas también pueden hablar. ¡Deberías oír cómo chillan esas condenadas cosas cuando Snap las atrapa!

—¡Billy! Cuando quieres una galleta para la cena y no te la doy, es porque dijiste una mala palabra.

—Bueno, por…

Billy se tapó la boca con la mano y se embarró la cara con manchas oscuras.

—Bueno, ¡por… cualquier cosa! ¿Ya se me volvió a olvidar? Las galletas se van a poner todas duras, ¿verdad? Te apuesto diez dólares a que ya no vuelvo a decir eso.

Entonces vio a Wesley y salió corriendo para mostrarle una nuez demasiado grande para pasar por los agujeros, mientras Elnora y Margaret entraban en la casa.

Hablaron de muchas cosas durante un rato y luego Elnora dijo de repente:

—Tía Margaret, me gusta la música.

—Eso lo he notado en ti toda tu vida —respondió Margaret.

—Si los perros no pueden hablar, yo puedo hacer hablar a un violín —anunció Elnora.

Y luego observó, asombrada, cómo el rostro de Margaret Sinton palidecía.

—¡¿Un violín?! —balbuceó—. ¿Dónde conseguiste un violín?

—En la orquesta casi parecía que me hablaban. Un día el director dejó el suyo en el auditorio y yo lo tomé, y, tía Margaret, puedo hacer que suene como el viento en el pantano, los pájaros y los animales. Puedo hacer cualquier sonido que haya oído. Si tuviera oportunidad de practicar un poco, también podría tocar la música de la orquesta. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

—¿Se… se lo mencionaste alguna vez a tu madre? —preguntó Margaret vacilante.

—Sí, y parece tener prejuicios contra ellos. Pero, ay, tía Margaret, nunca me había sentido así por nada, ni siquiera por ir a la escuela. Siento como si me fuera a morir si no tuviera uno. Podría dejarlo en la escuela y practicar una hora completa al mediodía. Pronto me pedirían que tocara en la orquesta. Podría guardarlo en su estuche y practicar en el bosque durante el verano. Usted me dejaría tocar aquí los domingos. Oh, tía Margaret, ¿cuánto cuesta uno? ¿Sería malo tomar de mi dinero y comprar uno muy barato? Podría tocar hasta en el más barato que exista.

—¡Oh, no podrías! Un instrumento barato produce música barata. Hace falta un buen violín para hacerlo cantar. Pero no hay razón para que compres uno. No existe motivo alguno en este mundo para que no tengas el de tu pa…

—¡¿El de mi padre?! —gritó Elnora.

Sujetó a Margaret Sinton por el brazo.

—¡Mi padre tenía un violín! Él lo tocaba. ¡Por eso yo puedo! ¿Dónde está? ¿Está en nuestra casa? ¿En la habitación de mamá?

—¡Elnora! —jadeó Margaret—. ¡Tu madre me matará! Siempre lo odió.

—Mi madre ama muchísimo la música —dijo Elnora.

—¡No cuando le quitó al hombre que amaba para producirla!

—¿Dónde está el violín de mi padre?

—¡Elnora!

—Nunca he visto una fotografía de mi padre. Nunca he oído mencionar su nombre. Nunca he tenido ni una cosa que le perteneciera. ¿Era realmente mi padre o soy una niña de caridad como Billy y por eso ella me odia?

—Tiene buenas fotografías de él. Parece que simplemente no soporta oír hablar de él. Claro que era tu padre. Vivían justo allí cuando naciste. Ella no te odia; solamente intenta convencerse de que sí. No tiene sentido alguno que no tengas su violín. Tengo una gran idea…

—¿Mi madre lo tiene?

—No. Nunca le he oído mencionarlo. No estaba en la casa cuando él… cuando murió.

—¿Sabe dónde está?

—Sí. Soy la única persona en el mundo que lo sabe, aparte de quien lo tiene.

—¿Quién es?

—No puedo decírtelo, pero veré si aún lo conservan y lo conseguiré si puedo. Pero si tu madre lo descubre, nunca me lo perdonará.

—No me importa —dijo Elnora—. Yo quiero ese violín.

—Iré mañana y veré si no ha sido destruido.

—¡¿Destruido?! ¡Oh, tía Margaret! ¿Alguien se atrevería?

—No lo creo. Era un buen instrumento. Él lo tocaba como un maestro.

—¡Cuénteme! —susurró Elnora.

—Su cabello era rojo y más rizado que el tuyo, y sus ojos eran azules. Era alto, delgado y el mismo demonio de travieso. Bromeaba y molestaba todo el día hasta que tomaba aquel violín. Entonces inclinaba la cabeza sobre él y sus ojos se volvían grandes y serios. Parecía escuchar como si primero oyera las notas y luego las copiara. A veces movía el arco tembloroso, como si no estuviera seguro de hacerlo bien y tuviera que intentarlo otra vez. Podía volver loca a una persona cuando quería, y ningún hombre que haya vivido podía hacer bailar como él. Improvisaba todo mientras tocaba. Parecía escuchar también su música de baile. Era como si le llegara sola; comenzaba a tocar y uno tenía que seguir el ritmo. No podías quedarte quieta; le encantaba arrastrar a toda una multitud con aquel arco suyo. Creo que era eso que llaman inspiración. Puedo verlo ahora mismo, con su hermosa cabeza inclinada, las mejillas rojas, los ojos brillando y el arco deslizándose sobre las cuerdas y guiándonos como ovejas. Siempre mantenía el cuerpo balanceándose, y amaba tocar. Muchas veces descuidaba vergonzosamente su trabajo, y a veces también a ella un poco; por eso ella lo odiaba… Elnora, ¿qué me estás haciendo hacer?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Elnora.

—Oh, tía Margaret —sollozó—, ¿por qué no me habló de él antes? Siento como si me hubiera entregado a mi padre vivo para que pudiera tocarlo. ¡Yo también puedo verlo! ¿Por qué nunca me lo contó antes? ¡Siga! ¡Siga!

—¡No puedo, Elnora! Estoy muerta de miedo. Nunca tuve intención de decir nada. Si no le hubiera prometido a tu madre no hablarte de él, ella nunca habría permitido que vinieras aquí. Me hizo jurarlo.

—¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿Era una vergüenza? ¿Había sido deshonrado?

—Tal vez fue ese sentimiento injusto que se apoderó de ella cuando no pudo salvarlo del pantano. Tenía que culpar a alguien o se habría vuelto loca, así que descargó todo sobre ti. A veces, durante aquellos primeros diez años, si yo te hubiera hablado de él y tú hubieras repetido algo delante de ella, podría haberte golpeado demasiado fuerte. No era dueña de sí misma. Debes tener paciencia con ella, Elnora. Solo Dios sabe por lo que ha pasado, pero creo que últimamente está un poco mejor.

—Yo también lo creo —dijo Elnora—. Parece más interesada en mi ropa y me prepara almuerzos tan deliciosos que las muchachas traen dulces finos y pastel

y me ruegan que intercambiemos. Un día cambié la mitad de mi almuerzo por una caja de dulces, se la llevé a casa y se lo conté. Desde entonces ha querido que lleve una cesta del mercado y le invite algo al grupo todos los días, de tan complacida que quedó. La vida ha sido demasiado monótona para ella. Creo que disfruta incluso del pequeño cambio que provoca mi ir y venir. Se queda despierta hasta medianoche leyendo los libros de la biblioteca que traigo, pero es tan terca que ni siquiera admite que los toca. Cuénteme más de mi padre.

—Espera hasta ver si puedo encontrar el violín.

Así que Elnora regresó a casa en suspenso y aquella noche añadió a sus oraciones:

—Querido Señor, ten misericordia de mi padre y, oh, ayuda a la tía Margaret a encontrar su violín.

Wesley y Billy entraron a cenar cansados y hambrientos. Billy comió con ganas, pero sus ojos se posaban una y otra vez sobre un plato de tentadoras galletas y, cuando Wesley le ofreció una, él alargó la mano. Margaret se vio obligada a explicar que esa noche las galletas estaban prohibidas.

—¡¿Qué?! —dijo Wesley—. ¿Otra vez han vuelto las malas palabras? Ay, Billy, cómo quisiera que pudieras acordarte. No puedo sentarme aquí a comer galletas delante de un niño pequeño que no tiene ninguna. Tendré que dejar la mía también.

El rostro de Billy se torció de desesperación.

—¡Ah, siga adelante! —dijo con brusquedad, aunque le temblaba la barbilla, porque Wesley era su ídolo.

—No puedo hacerlo —dijo Wesley—. Se me atragantaría.

Billy se volvió hacia Margaret.

—Oblíguelo —le rogó.

—No puede, Billy —dijo Margaret—. Sé cómo se siente. Verás, yo tampoco puedo.

Entonces Billy se deslizó de la silla, corrió hacia el sofá, enterró el rostro en la almohada y lloró desconsoladamente. Wesley salió apresuradamente hacia el

establo y Margaret hacia la cocina. Cuando terminaron de lavar los platos, Billy se escapó por la puerta trasera.

Wesley, amontonando heno en los pesebres, oyó un ruido detrás de él y preguntó:

—¿Eres tú, Billy?

—Sí —respondió Billy—, y está tan oscuro que ahora no puedes verme, ¿verdad?

—Bueno, casi nada —contestó Wesley.

—Entonces agáchese y abra la boca.

Sinton había compartido mordiscos de manzana y nueces durante semanas, porque Billy no había aprendido a comer nada sin repartirlo con Jimmy y Belle. Desde que se separó de ellos, compartía con Wesley y Margaret. Así que se inclinó hacia el niño y recibió una porción de galleta que casi lo ahogó.

—¡Ahora ya puede comerla! —gritó Billy encantado—. ¡Está todo oscuro! ¡No puedo ver lo que hace!

Wesley levantó la pequeña figura y sentó al niño sobre el lomo de un caballo para poner su rostro a la misma altura y poder hablar como hombres. Nunca se imponía sobre Billy desde toda su altura; siempre elevaba aquella pequeña alma cuando había asuntos importantes que discutir.

—Vaya, qué plan tan ingenioso —comentó—. ¿Tú y la tía Margaret lo idearon?

—No. Ella todavía no recibe la suya. Pero le guardé una. En cuanto usted se coma la suya, voy a llevarle la de ella y darle de comer la primera vez que la encuentre en la oscuridad.

—Pero Billy, ¿de dónde sacaste las galletas? Sabes que la tía Margaret dijo que no podías comer ninguna.

—Nomás las agarré —dijo Billy—. No las agarré para mí. Nomás las agarré para usted y para ella.

Wesley pensó rápidamente. En la tibia oscuridad del establo, los caballos trituraban su maíz, una rata roía en una esquina del granero y, entre las vigas, la paloma blanca arrullaba una suave nota soñolienta a su oscura compañera.

—¿A… acaso… robé? —vaciló Billy.

Las grandes manos de Wesley se cerraron hasta casi hacerle daño al niño.

—¡No! —dijo él con vehemencia—. Esa es una palabra demasiado fuerte. Cometiste un error. Intentabas actuar como un caballerito, pero lo hiciste de la forma equivocada. Solo fue un error. Todos los cometemos, Billy. Así es como crece el mundo. Cuando cometemos errores, podemos verlos; eso nos enseña a ser más cuidadosos la próxima vez, y así es como aprendemos.

—¿Y por qué no iba a ser un error?

—Si le hubieras dicho a la tía Margaret lo que querías hacer y le hubieras pedido las galletas, ella te las habría dado.

—Pero tenía miedo de que no lo hiciera, y tú simplemente tenías que tenerlo.

—No si estaba mal que yo lo tuviera, Billy. No lo quiero tanto.

—¿Tengo que devolverlo?

—Piénsalo bien y decídelo tú mismo.

—Bájame —dijo Billy tras un silencio—. Tengo que poner esto en el frasco y contárselo a ella.

Wesley puso al niño en el suelo, pero al hacerlo, se detuvo un segundo y lo estrechó con fuerza contra su pecho.

Margaret estaba sentada en su silla cosiendo; Billy entró sigilosamente y se acercó a ella. Su carita estaba marcada por la tragedia.

—Pero Billy, ¿qué te pasa? —exclamó ella mientras soltaba la costura y extendía los brazos. Billy retrocedió. Apretó sus puñitos con fuerza y cuadró los hombros—. Tengo que quedarme encerrado en el clóset —dijo él.

—¡Oh, Billy! ¡Qué día tan desafortunado! ¿Qué has hecho ahora?

—¡Robé! —exclamó Billy con dificultad—. Él dijo que solo fue un error, pero fue peor que eso. Tomé algo que me dijiste que no debía tener.

—¿Robaste? —Margaret estaba desesperada—. ¿Qué, Billy?

—¡Galletas! —respondió Billy con igual angustia.

—¡Billy! —se lamentó Margaret—. ¿Cómo pudiste?

—Fue para él y para ti —sollozó Billy—. Él dijo que no podía comerlo frente a mí, pero allá afuera en el granero está todo oscuro y yo no podía ver. Pensé que tal vez él podría ahí. Entonces podríamos apagar la luz y tú podrías comer lo tuyo. Él dijo que solo lo empeoré, porque no debo tomar las cosas, así que tengo que ir al clóset. ¿Podrías abrazarme fuerte un poquito primero? Él lo hizo.

Margaret abrió sus brazos y Billy se lanzó a ellos, aferrándose por unos segundos con todas sus fuerzas; luego se deslizó al suelo y marchó hacia el clóset. Margaret abrió la puerta. Billy echó una mirada a la luz, apretó los puños y, entrando, se subió a una caja. Margaret cerró la puerta.

Luego ella se sentó a escuchar. ¿Habría aire suficiente? Tal vez podría asfixiarse. Había leído algo sobre eso una vez. ¿Estaría muy oscuro? ¿Y si hubiera un ratón en el clóset, le pasara por el pie y lo asustara hasta darle espasmos? En alguna parte había escuchado... Margaret se inclinó hacia adelante con el rostro tenso y escuchó. Algo terrible podría pasar. No pudo soportarlo más. Se levantó apresuradamente y abrió la puerta. Billy estaba acurrucado sobre la caja hecho un ovillo, y levantó el rostro hacia ella con desaprobación.

—¡Cierra esa puerta! —dijo—. ¡Todavía no he estado aquí ni de cerca el tiempo suficiente!

CAPÍTULO 10

La noche siguiente Elnora se apresuró a ir a casa de los Sinton. Abrió de golpe la puerta trasera y buscó ansiosamente el rostro de Margaret con los ojos.

—¡Lo consiguió! —jadeó Elnora—. ¡Lo consiguió! ¡Puedo verlo en su cara! ¡Oh, démelo!

—Sí, lo conseguí, cariño, lo conseguí, claro que sí, pero no te apresures tanto. Había estado guardado en un lugar tan húmedo que necesitaba pegamento, había que ponerle cuerdas nuevas y le faltaba una clavija. Sabía cuánto lo deseabas, así que envié enseguida a Wesley al pueblo con él. Dijeron que podían dejarlo como nuevo, pero había que barnizarlo y que el pegamento tardaría varios días en secarse. Lo tendrás el sábado.

—¿Lo encontró donde pensaba? ¿Sabe que es suyo?

—Sí, estaba exactamente donde creía, y es el mismo violín que le vi tocar cientos de veces. Está bien, sólo que después de tanto tiempo guardado necesitaba reparación.

—¡Oh, tía Margaret! ¿Cómo voy a poder esperar?

—Sí parece mucho tiempo, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No habrías podido usarlo como estaba. Verás, había estado escondido en un ático y necesitaba limpiarse y secarse para volver a poder tocarse. El sábado lo tendrás, seguro. Pero, Elnora, debes prometerme que lo dejarás aquí o en el pueblo, y que no permitirás que tu madre sospeche siquiera de él. No sé qué haría.

—El tío Wesley puede traerlo aquí hasta el lunes. Después lo llevaré a la escuela para practicar al mediodía. Oh, no sé cómo agradecerle. Y hay algo más además del violín por lo que debo darle las gracias. Usted me devolvió a mi padre. Anoche lo vi tan claramente como si estuviera vivo.

—¡Elnora, estabas soñando!

—Lo sé, estaba soñando, pero lo vi. Lo vi tan de cerca que incluso podía verse una pequeña cicatriz blanca en la esquina de su ceja. Justo iba a extender la mano para tocarlo cuando desapareció.

—¿Quién te dijo que tenía una cicatriz en la frente?

—Nadie en toda mi vida. La vi anoche mientras se hundía. Y ¡oh, tía Margaret! ¡Vi lo que ella hizo y escuché sus gritos! Pase lo que pase, no creo que vuelva a enojarme con ella jamás. Tiene el corazón roto y no puede evitarlo. Oh, fue terrible, pero me alegra haberlo visto. Ahora siempre entenderé.

—No sé qué pensar de eso —dijo Margaret—. Yo no creo en esas cosas, pero no pudiste inventarlo, porque no lo sabías.

—Sólo sé que anoche toqué el violín como él lo tocaba, y mientras tocaba él salió del bosque desde el lado de los Carney. Era verano y todas las flores estaban abiertas. Llevaba pantalones grises y una camisa azul, iba sin sombrero y su rostro era hermoso. Casi podía tocarlo cuando se hundió.

Margaret quedó desconcertada.

—¡No sé qué pensar de eso! —exclamó—. Yo fui casi la última persona que lo vio antes de que se ahogara. Era una tarde tardía de junio y estaba vestido exactamente como lo describes. Iba sin sombrero porque había encontrado un nido de codornices antes de que el ave comenzara a empollar, y recogió los huevos en su sombrero y lo dejó en una esquina de la cerca para volver a casa; después lo encontraron allí.

—¿Venía de la casa de los Carney?

—Estaba de ese lado del pantano. Por qué pasó tan cerca del lodazal como para quedar atrapado es un misterio que tendrás que resolver en sueños. Yo nunca pude entenderlo.

—¿Estaba haciendo algo que no quería que mi madre supiera?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si fuera así, tal vez cruzó junto al pantano para que no lo vieran desde el jardín. Usted sabe que desde nuestra puerta trasera puede verse todo el sendero hasta el charco donde se hundió. De nuestro lado el terreno es firme. El peligro está al norte y al este. Si no quería que mamá lo viera, quizá intentó pasar por alguno de esos lados y se acercó demasiado. ¿Tenía prisa?

—Sí, la tenía —respondió Margaret—. Había estado fuera más tiempo del que esperaba y casi corría cuando empezó a regresar.

—Y había dejado su violín en algún lugar que usted conocía, y usted fue a recogerlo. ¡Apuesto a que iba a tocarlo y no quería que mamá lo descubriera!

—No cambiará nada aunque conozcas cada detalle, así que deja de pensar en eso y alégrate simplemente de tener lo que él más amaba en el mundo.

—Eso es cierto. Ahora debo apresurarme a volver a casa. Ya es tardísimo.

Elnora se levantó de un salto y corrió por el camino, pero cuando se acercó a la cabaña saltó la cerca, atravesó diagonalmente el bosque-pastizal y entró por la puerta trasera del jardín. Como muchas veces regresaba así cuando había estado buscando capullos, su madre no hizo preguntas.

Elnora vivió minuto a minuto hasta el sábado, cuando, contra su costumbre, Wesley fue al pueblo por la mañana y la llevó con él para comprar provisiones. Wesley condujo directamente a la tienda de música y pidió el violín que había dejado para reparar.

Con su nueva capa de barniz, clavijas y cuerdas nuevas, parecía casi cualquier otro violín para Sinton; pero para Elnora era el instrumento más hermoso jamás creado y un tesoro invaluable. Lo sostuvo entre sus brazos, rozó suavemente las cuerdas y luego deslizó el arco sobre ellas con un susurro musical. No tuvo tiempo de pensar en lo extraordinariamente bueno que era el arco después de dieciséis años sin usarse. El estuche de cuero color canela también podría haberle parecido en excelente estado si hubiera estado en condiciones de cuestionar algo.

Sí recordó pedir la cuenta, y solemnemente le entregaron un papel donde se cobraban cuatro cuerdas, una clavija y una capa de barniz: total, un dólar con cincuenta centavos. A Elnora le parecía imposible guardar aquel precioso instrumento en el estuche y volver a casa.

Wesley la dejó en la tienda de música, donde el propietario le mostró todo lo que pudo acerca de afinarlo y le dio varias hojas para principiantes con notas y escalas. Ella llevó el violín en brazos hasta el cruce del camino junto a sus tierras, y entonces, con gran pesar, lo puso debajo del asiento del carruaje.

Tan pronto terminó sus tareas corrió a casa de los Sinton y comenzó a tocar, y el lunes el violín fue con ella a la escuela. Hizo arreglos con el director para dejarlo en su oficina y apenas se tomaba tiempo para comer al mediodía de tan

ansiosa que estaba por practicar. A menudo alguna de las muchachas le pedía quedarse en el pueblo por la noche para asistir a alguna conferencia o entretenimiento. Entonces podía llevarse el violín, practicar y recibir ayuda.

Su habilidad era tan grande que el director de la orquesta le ofreció darle lecciones si ella tocaba en pago de ellas, de modo que avanzó rápidamente en la técnica. Pero desde el primer día en que el instrumento fue suyo, con la fe absoluta de que podía tocar como su padre, dedicaba la mitad de sus prácticas a imitar los sonidos del mundo exterior e improvisar las canciones que cantaba su corazón feliz en aquellos días.

Así pasó el primer año, y el segundo y el tercero fueron una repetición; pero el cuarto fue diferente, porque era el final de sus estudios, con graduación y todas sus ceremonias y gastos. Para Elnora aquello parecía una montaña imposible.

Había ahorrado cada centavo, pensando dos veces antes de gastar un solo cobre, pero enseñar historia natural en las clases inferiores le quitaba tiempo de estudio en la escuela y debía recuperarlo fuera de ella. Era una estudiante concienzuda, la primera en la mayoría de sus clases y destacada en todas las materias.

Su amor por el violín había crecido con los años. Llegaba temprano a la escuela y practicaba media hora en el pequeño cuarto junto al escenario mientras la orquesta se reunía. Practicaba una hora completa al mediodía y permanecía otra media hora al terminar las clases. Los sábados llevaba el violín a casa de los Sinton y practicaba todo lo posible allí mientras Margaret vigilaba el camino para asegurarse de que la señora Comstock no viniera.

Había adquirido tanta habilidad que era un deleite escucharla interpretar música de cualquier compositor, pero cuando tocaba sus propias composiciones aquello era un gozo indescriptible, porque entonces el viento soplaba, el agua murmuraba y el Limberlost cantaba sus canciones de sol, sombra, tormenta negra y noche blanca.

Desde aquel sueño, Elnora trataba a su madre con una ternura especial. Comprendía, al menos en parte, lo que había ocurrido. Evitaba cualquier cosa que pudiera despertar recuerdos amargos o marcar más profundamente una línea en aquel duro rostro blanco. Eso le costaba muchos sacrificios, mucho trabajo y a veces retrasaba su progreso, pero el horror de aquel sueño permanecía con ella.

Trabajaba alegremente, haciendo todo lo posible por interesar a su madre en lo que sucedía en la escuela, en la ciudad, y llevándole libros entretenidos de la biblioteca pública.

Tres años habían transformado a Elnora de una muchacha de dieciséis años en una joven al borde de la madurez. Había crecido alta y llena, y su rostro poseía la hermosura de una piel perfecta, ojos y cabello bellos, y además un toque interior que podía llamarse comprensión. Era una mezcla de autosuficiencia, golpes duros, hambre de cariño, trabajo incesante y generosidad.

No existía forma de sufrimiento con la que no pudiera simpatizar, trabajo que temiera intentar o tema que hubiera estudiado sin comprenderlo. Todo eso se combinaba para formar una profundidad y amplitud de carácter muy poco comunes.

Estaba tan absorbida por sus clases y su música que no había podido reunir muchos especímenes. Cuando se dio cuenta de ello y buscó con empeño, pronto descubrió que las condiciones naturales cambiantes habían afectado aquel trabajo. Los hombres de toda la región estaban despejando toda tierra aprovechable. Los árboles caían dondequiera que pudiera crecer maíz.

El pantano había sido atravesado por varios caminos de grava, y aquí y allá, alrededor de sus bordes, aparecían pequeñas casas de madera y maquinaria de pozos petroleros; un terreno especialmente bajo cerca de la habitación de Freckles era casi todo lo que quedaba del original.

Dondequiera que caían los árboles, la humedad desaparecía, los arroyos dejaban de correr, el río bajaba de nivel y a veces el cauce quedaba seco. Los vientos del oeste soplaban sin obstáculos, cobrando fuerza con cada milla, aullando y rugiendo, amenazando con arrancar las tejas del techo, levantando la superficie del suelo en nubes de polvo fino y cambiándolo todo rápidamente.

De regresar a casa con dos o tres docenas de raras polillas en un día, en apenas tres años Elnora había llegado a alegrarse si encontraba dos o tres. Las grandes orugas gordas ya no podían recogerse de sus arbustos favoritos, porque ya no había arbustos. Las libélulas no revoloteaban sobre terrenos secos y las mariposas escaseaban conforme desaparecían las flores, mientras que ninguna tierra produce más de tres cosechas de reliquias indígenas.

Mientras tanto, los gastos de libros, ropa y otros detalles seguían aumentando. Elnora añadía dinero a su cuenta bancaria siempre que podía y retiraba cuando era necesario, pero olvidó el importante detalle de pedir el saldo.

Así, una mañana de principios de primavera, en el último trimestre del cuarto año, casi se desmayó al enterarse de que sus fondos se habían agotado. La graduación, con todos sus gastos extras, se acercaba; no tenía dinero y poseía muy pocos capullos que abrirían en junio, demasiado tarde para ayudarla.

Tenía una colección completa para la Mujer de los Pájaros, excepto por una pareja de polillas Imperialis, y ése era su único recurso. El día en que añadiera aquellos grandes Emperadores Amarillos le habían prometido un cheque de trescientos dólares, pero no recibiría el dinero hasta conseguir esos especímenes. Y recordaba perfectamente que nunca había encontrado un Emperador antes de junio.

Además, esa suma era para su primer año en la universidad. Entonces ya sería mayor de edad, y pensaba vender suficiente de la parte de las tierras de su padre que le correspondía para terminar sus estudios. Sabía que su madre se opondría amargamente a ello, porque la señora Comstock se había aferrado a cada acre y cada árbol que habían pertenecido a su esposo. Sus tierras seguían siendo casi un bosque completo, mientras sus vecinos poseían granjas despejadas salpicadas de pozos que a cada hora extraían petróleo de debajo de sus propiedades; pero ella estaba demasiado absorbida en el dolor que alimentaba como para saberlo o importarle. El camino de Brushwood y el dragado del gran canal del Limberlost habían sido más de lo que podía pagar con sus ingresos, y había temblado frente a la ventanilla cuando preguntó al banquero si tenía fondos para cubrirlo, preguntándose por qué se reía cuando le aseguró que sí los tenía. Pues la señora Comstock nunca había dedicado tiempo a comprender los intereses acumulados, ni había sumado jamás las cantidades que había estado depositando durante casi veinte años. Ahora creía que sus fondos estaban casi agotados, y todos los días se preocupaba por los gastos. No veía razón alguna para pasar por todas las ceremonias de graduación cuando los alumnos ya tenían en la cabeza todo lo necesario para graduarse. Elnora sabía que necesitaba su diploma para ingresar a la universidad a la que deseaba asistir, pero no se atrevía siquiera a pronunciar la palabra hasta terminar la preparatoria; porque,

en vez de suavizarse como ella esperaba que su madre hubiera comenzado a hacerlo, parecía seguir prácticamente igual.

Cuando la muchacha llegó al pantano, se sentó sobre un tronco y pensó en los gastos que estaba obligada a afrontar. Todos los miembros de su grupo especial se estaban tomando una gran fotografía para intercambiarla con los demás. Elnora amaba a aquellas muchachas y muchachos, y decir que no podría tener sus retratos para conservarlos era más de lo que podía soportar. Cada uno daría a los demás un elegante regalo de graduación. Ella sabía que prepararían obsequios para ella aunque no pudiera corresponderles con uno. Además, era costumbre que cada generación organizara un gran espectáculo y utilizara los fondos para regalar a la escuela una estatua para el vestíbulo principal. Elnora había sido elegida para participar en aquella representación y estaba ensayando su papel. Se esperaba que ella misma proporcionara su vestido y sus efectos personales. Le habían dicho que necesitaba un vestido verde de gasa, ¿y de dónde iba a sacarlo?

Cada muchacha de la clase tendría tres hermosos vestidos nuevos para la graduación: uno para el sermón de bachillerato, otro, que podía ser sencillo, para los ejercicios de graduación, y uno elegante para el banquete y el baile. Elnora repasó los últimos tres años y se preguntó cómo había podido gastar tanto dinero sin llevar cuenta de ello. No comprendía adónde se había ido. No sabía qué podía hacer ahora. Pensó en las fotografías y, al final, resolvió ese asunto a su satisfacción. Reflexionó más tiempo sobre los regalos; debían ser diez regalos elegantes, y finalmente decidió que podría arreglárselas con ellos. El vestido verde era lo primero. Las luces estarían tenues en la escena y el decorado sería un bosque profundo. Eso podía solucionarlo. Simplemente no podía tener tres vestidos. Tendría que conseguir uno muy sencillo para el sermón y hacer lo mejor posible para la graduación. Lo que consiguiera para eso tendría que hacerse con una *guimpe* que pudiera quitarse para que el vestido pareciera un poco más festivo para el baile. Pero ¿de dónde iba a sacar siquiera dos vestidos bonitos?

La única esperanza que veía era romper la colección del hombre de la India, vender algunas polillas y tratar de reemplazarlas en junio. Pero, en el fondo de su alma, sabía que eso jamás funcionaría. Ningún junio traía exactamente las cosas que ella esperaba. Si gastaba el dinero de la universidad, sabía que no

podría recuperarlo. Si no lo hacía, la única solución sería conseguir un puesto en las escuelas primarias y enseñar un año. Su trabajo allí había sido tan apreciado que Elnora sentía que, con la recomendación que sabía que podía obtener del superintendente y de los maestros, conseguiría un empleo. Estaba segura de que aprobaría fácilmente los exámenes. Una vez incluso había ido un sábado, los había presentado y había obtenido una licencia para enseñar durante un año antes de dejar la escuela de Brushwood.

Quería empezar la universidad al mismo tiempo que las demás muchachas. Si lograba cubrir sola el primer año, podría arreglárselas con el resto. Pero ese primer año debía conseguirlo por sí misma. En vez de vender parte de su colección, tendría que buscar como jamás había buscado antes y encontrar un Emperador Amarillo. Tenía que conseguirlo, eso era todo. Y además necesitaba esos vestidos. Pensó en Wesley y descartó la idea. Pensó en la Mujer de los Pájaros y supo que no podía contárselo. Pensó en todas las maneras en que alguna vez había esperado ganar dinero y comprendió que, con la obra, las reuniones de comité, los ensayos y los exámenes finales, apenas tenía tiempo para vivir, mucho menos para hacer algo aparte del trabajo necesario para las fotografías y los regalos. Una vez más Elnora estaba en problemas, y esta vez le parecía el peor de todos.

Ya era oscuro cuando se levantó y regresó a casa.

—Madre —dijo—, tengo una noticia que definitivamente no es alegre.

—Entonces guárdatela para ti —respondió la señora Comstock—. Creo que ya tengo suficiente que soportar sin que una muchacha grande como tú venga a echarme más problemas encima.

—¡Mi dinero se terminó! —dijo Elnora.

—Bueno, ¿pensabas que iba a durar para siempre? Para mí ya ha sido un milagro que rindiera tanto como ha rendido, con la manera en que te has vestido y andado.

—No creo haber gastado nada que no fuera absolutamente necesario —dijo Elnora—. Me he vestido con lo mínimo posible para seguir adelante. Estoy desesperada. Creía que tenía más de cincuenta dólares para pasar la graduación, pero me dicen que ya no queda nada.

—¡Cincuenta dólares! ¡Para pasar la graduación! ¿Qué demonios piensas hacer?

—Lo mismo que los demás, de la forma más barata posible.

—¿Y qué sería eso?

Elnora omitió las fotografías, los regalos y la obra. Sólo habló del sermón, los ejercicios de graduación y el baile.

—Bueno, yo no me preocuparía por eso —resopló la señora Comstock—. Si quieres ir a un sermón, ponte el vestido que siempre usas para ir a la iglesia. Si necesitas blanco para los ejercicios, usa el vestido nuevo que conseguiste la primavera pasada. En cuanto al baile, lo mejor que puedes hacer es mantenerte a un kilómetro de semejante tontería. En mi opinión, sería mejor que trajeras tus libros a casa y lo dejaras ahora mismo. No puedes arreglarte como las demás; no seas tan tonta como para meterte en eso. Quédate aquí y deja pasar estos últimos días. No puedes aprender ya nada más que valga la pena.

—¡Pero, madre! —jadeó Elnora—. ¡No entiendes!

—¡Oh, sí entiendo! —dijo la señora Comstock—. Entiendo perfectamente. Mientras el dinero duró, ibas con la cabeza en alto y avanzabas sin siquiera explicar cómo conseguías dinero con las cosas que recogías. Dios sabe que yo no podía comprenderlo. Pero ahora que se terminó, vienes a lloriquearme. ¿Qué tengo yo? ¿Has olvidado que el canal y el camino me dejaron prácticamente en la ruina? No tengo dinero. No hay nada que puedas hacer excepto salirte de esto.

—¡No puedo! —dijo Elnora desesperadamente—. He llegado demasiado lejos. ¡Arruinaría todo! ¡Ni siquiera me dejarían recibir mi diploma!

—¿Y qué importa eso? Tienes el conocimiento en la cabeza. Yo no daría un centavo por un pedazo de papel. ¡Eso no significa nada!

—¡Pero he trabajado cuatro años por él, y no puedo entrar... debería tenerlo para ayudarme a conseguir una escuela cuando quiera enseñar! Si no tengo mis calificaciones para mostrarlas, la gente creerá que abandoné porque no pude aprobar los exámenes. ¡Tengo que tener mi diploma!

—¡Entonces consíguelo! —dijo la señora Comstock.

—La única forma es graduarme junto con los demás.

—Bueno, ¡gradúate entonces, si estás tan empeñada!

—¡Pero no puedo hacerlo a menos que tenga suficientes cosas parecidas a las de la clase, para no verme como aquel primer día!

—Pues recuerda, por favor, que yo no te metí en esto, y tampoco puedo sacarte. Estás decidida a hacer siempre tu voluntad. ¡Sigue adelante y hazla, y ya verás cuánto te gusta!

Elnora subió las escaleras y no volvió a bajar esa noche, lo que su madre llamó un berrinche.

—He pensado toda la noche —dijo la muchacha durante el desayuno—, y no veo otra salida más que pedirle prestado el dinero al tío Wesley y devolvérselo con lo que me pagará la Mujer de los Pájaros cuando consiga un espécimen más. Pero eso significa que no podré ir a... que tendré que enseñar este invierno, si logro conseguir una escuela urbana o rural.

—¡Ni se te ocurra ir mendigándole dinero a Wesley Sinton! —gritó la señora Comstock—. ¡No harás semejante cosa!

—No veo otra manera. ¡Tengo que conseguir el dinero!

—¡Déjalo, te digo!

—¡No puedo dejarlo!... ¡He llegado demasiado lejos!

—Bueno entonces, deja que yo consiga tu ropa y luego me la pagas.

—¡Pero dijiste que no tenías dinero!

—Tal vez pueda pedir prestado algo al banco. Luego me lo devuelves cuando la Mujer de los Pájaros te pague.

—Está bien —dijo Elnora—. No necesito cosas caras. Sólo algún vestido blanco bonito y barato para el sermón, y uno blanco un poco mejor que el que tuve el verano pasado, para la graduación y el baile. Puedo usar los guantes blancos y los zapatos que compré para el año pasado, y puedes mandar hacer el vestido en el mismo lugar donde hicieron aquel otro. Ya tienen mis medidas y trabajan perfectamente. No compres telas caras. Hará calor, así que puedo ir sin sombrero.

Entonces partió hacia la escuela, pero estaba tan cansada y desanimada que apenas podía caminar. ¡Cuatro años de planes derrumbándose en un solo día! Porque sentía que, si no comenzaba la universidad aquel otoño, jamás lo haría. En vez de sentirse aliviada por la oferta de su madre, estaba casi demasiado enferma para seguir adelante. Por milésima vez gimió:

—¡Oh, por qué no llevé cuentas de mi dinero!

Después de eso, los días pasaron tan rápidamente que apenas tuvo tiempo de pensar; pero varios viajes que su madre hizo a la ciudad y la seguridad de que todo estaba arreglado tranquilizaron a Elnora. Trabajó muy duro para aprobar bien los exámenes finales y perfeccionarse para la obra. Durante dos días se había quedado en la ciudad con la Mujer de los Pájaros para disponer de más tiempo para ensayar y trabajar.

A menudo Margaret le preguntaba sobre sus vestidos para la graduación, y Elnora respondía que estaban con una mujer en la ciudad que le había hecho un vestido blanco para la ceremonia del año pasado, cuando fue ujier de tercer año, y que todo estaría bien. Así que Margaret, Wesley y Billy se preocupaban por qué darle de regalo. Margaret sugirió un vestido hermoso. Wesley dijo que eso daría la impresión a los demás de que le faltaba ropa; lo ideal era darle un regalo elegante como el que tendrían todos los demás. Billy quería regalarle una moneda de oro de cinco dólares para que comprara partituras para su violín. Estaba seguro de que eso era lo que más le gustaría a Elnora.

Casi al final del trimestre, fueron al pueblo una tarde para tratar de resolver esta importante cuestión. Sabían que la señora Comstock había estado sola varios días, así que le pidieron que los acompañara. Ella se había sentido más sola de lo que admitiría, además de estar llena de una inquietud inusual, por lo que aceptó con gusto. Pero antes de haber recorrido siquiera un kilómetro, Billy ya había contado que iban a comprarle un regalo de graduación a Elnora, y la señora Comstock deseó fervientemente haberse quedado en casa. Estaba preparada cuando Billy preguntó:

—Tía Kate, ¿qué le vas a dar a Elnora cuando se gradúe?

—Bastante que comer, una buena cama para dormir y hacer yo todo el trabajo mientras ella anda de vaga —respondió la señora Comstock con sequedad.

Billy reflexionó. —Supongo que todos tienen eso —dijo—. Me refiero a un

regalo que compras en la tienda, ¿como en Navidad?

—Solo los ricos compran regalos en las tiendas —replicó la señora Comstock —. Yo no puedo permitírmelo.

—Bueno, nosotros no somos ricos —dijo él—, pero vamos a comprarle a Elnora algo tan fino como lo que tengan los demás, aunque tengamos que vender un rincón de la granja. El tío Wesley lo dijo.

—El tonto y su tierra pronto se separan —dijo la señora Comstock de forma tajante. Wesley y Billy se rieron, pero a Margaret no le agradó el comentario.

Mientras buscaban en las tiendas algo en lo que todos pudieran ponerse de acuerdo, y Margaret sujetaba a Billy para evitar que dijera algo frente a la señora Comstock sobre las partituras en las que él estaba empecinado, el señor Brownlee se encontró con Wesley y se detuvo a saludarlo.

—Veo que a su muchacho le fue muy bien —dijo.

—No permito que ningún niño en ninguna parte sea mejor que Billy —dijo Wesley.

—Supongo que tampoco permite que ninguna niña supere a Elnora —dijo el señor Brownlee—. Ella viene seguido a casa con Ellen, y mi esposa y yo la queremos mucho. Ellen dice que ella está magnífica en su papel de esta noche. ¡Lo mejor de toda la obra! ¡Por supuesto que vinieron a verla! Si no tienen asientos reservados, mejor apúrense, porque el auditorio de la preparatoria solo tiene capacidad para mil personas. Siempre se llena en estas obras de talento local. Todos queremos ver cómo actúan nuestros hijos.

—Pues sí, por supuesto —dijo el desconcertado Wesley. Luego corrió hacia Margaret—. Oye —le dijo—, va a haber una obra en la preparatoria esta noche y Elnora actúa en ella. ¿Por qué no nos dijo nada?

—No lo sé —dijo Margaret—, pero yo voy.

—Yo también —dijo Billy.

—¡Y yo! —dijo Wesley—, a menos que piensen que por alguna razón ella no nos quiera ahí. Parece que nos habría dicho si así fuera. Voy a preguntarle a su

madre.

—Sí, para eso se ha estado quedando en el pueblo —dijo la señora Comstock—. Es una especie de estafa para recaudar dinero para su clase y comprar alguna tontería para ponerla en el pasillo de la escuela y que los recuerden. No sé si es ahora o la próxima semana, pero hay algo de ese tipo por hacer.

—Bueno, es esta noche —dijo Wesley—, y vamos a ir. Yo invito, y tenemos que darnos prisa o no entraremos. Hay asientos reservados y nosotros no tenemos ninguno, así que nos tocará en la galería, pero no me importa con tal de ver aunque sea un poco a Elnora.

—¿Y si toca el violín? —le susurró Margaret al oído.

—¡Ah, tonterías! ¡No podría! —dijo Wesley.

—Bueno, lo ha estado haciendo tres años en la orquesta y trabajando como una esclava en ello.

—Oh, bueno, eso es diferente. Ella está en la obra esta noche. Brownlee me lo dijo. ¡Vamos, rápido! Conduciremos y amarraremos a los caballos en el lugar más cercano que encontremos al edificio.

Margaret fue contagiada por la emoción del momento, pero estaba preocupada.

Cuando llegaron al edificio, Wesley amarró al equipo de caballos a una barandilla y Billy saltó para ayudar a Margaret. La señora Comstock se quedó sentada.

—Vamos, Kate —dijo Wesley, extendiéndole la mano.

—No voy a ninguna parte —dijo la señora Comstock, acomodándose cómodamente contra los cojines.

Todos le rogaron y suplicaron, pero fue inútil. La señora Comstock no se movió ni un centímetro. La noche era cálida y el carruaje cómodo, y los caballos estaban bien sujetos. No le interesaba ver qué idiotez estaba haciendo un grupo de escolares; esperaría hasta que los Sinton regresaran. Wesley le dijo que podría tardar dos horas, y ella respondió que no le importaba si eran cuatro, así que la dejaron.

—¿Alguna vez habías visto tanta...?

—¡Galletas! —gritó Billy.

—¿Tanta maldita terquedad en toda tu vida? —preguntó Wesley—. No querer venir a ver a una chica tan excelente como Elnora en una actuación teatral. ¡Vaya, yo no me lo perdería ni por cincuenta dólares!

—Creo que es una bendición que no lo hiciera —dijo Margaret con calma—. Le rogué con más fuerza de lo normal para que no viniera. Me muero de miedo de que Elnora toque el violín.

Encontraron asientos cerca de la puerta desde donde podían ver bastante bien. Billy se quedó de pie al fondo del salón y tenía una buena vista. De repente, un gran volumen de sonido brotó de la orquesta, pero Elnora no estaba tocando.

—¡Te lo dije! —dijo Sinton—. Tengo ganas de salir y ver si Kate quiere venir ahora. Ella puede tomar mi asiento y yo me quedaré de pie con Billy.

—¡Tú te quedas sentado! —dijo Margaret con énfasis—. Esto aún no termina.

Así que Wesley permaneció en su asiento. La obra comenzó y avanzó de forma muy similar a como lo han hecho todas las obras de preparatoria durante los últimos cincuenta años. Pero Elnora no aparecía en ninguna de las escenas.

Afuera, en la cálida noche de verano, una mujer amargada y sombría lidiaba con un corazón adolorido e intentaba justificarse a sí misma. El esfuerzo la irritaba intensamente. Sentía que no podía permitirse las cosas que se estaban haciendo. El viejo temor a perder la tierra que ella y Robert Comstock habían comprado y empezado a limpiar pesaba mucho sobre ella. Estaba pensando en él, en cuánto lo necesitaba, cuando la música de la orquesta salió por las ventanas abiertas cerca de ella. La señora Comstock lo soportó tanto como pudo y luego se bajó del carruaje y huyó calle abajo.

No supo qué tan lejos fue ni cuánto tiempo se quedó, pero todo estaba en silencio, salvo por alguna voz que se alzaba de vez en cuando cuando regresó caminando. Se quedó mirando el edificio. Lentamente, entró por los amplios portones y subió por el sendero. Elnora había estado viniendo aquí por casi cuatro años. Cuando la señora Comstock llegó a la puerta, miró hacia adentro.

El amplio pasillo estaba iluminado con electricidad, y las estatuas y decoraciones de las paredes no parecían tonterías. El mármol se veía puro, blanco, y los cuadros grandes resultaban sumamente interesantes. Caminó a lo largo del pasillo y leyó lentamente los títulos de las estatuas y los nombres de los alumnos que las habían donado. Reflexionó sobre dónde podría colocarse con ventaja la pieza que compraría la clase de Elnora.

Entonces se preguntó si habría una audiencia lo suficientemente grande como para costear mármol. Le gustaba más que el bronce, pero parecía más caro. ¡Qué blanca era la amplia escalera! Elnora había subido esas escaleras durante años y nunca le dijo que eran de mármol; por supuesto, ella pensaba que eran de madera. Probablemente el pasillo superior era aún más grandioso que este. Se acercó a la fuente, bebió agua, subió hasta el primer descanso y miró a su alrededor, y luego, sin pensarlo, subió al segundo. Allí quedó frente a las puertas abiertas de par en par y a la entrada del auditorio, que estaba repleto de gente con una multitud esperando afuera. Cuando notaron a una mujer alta, de rostro y cabello blancos y vestido negro, se hicieron a un lado uno por uno, de modo que la señora Comstock pudo ver el escenario. Estaba cubierto con cortinas y no pasaba nada. Justo cuando se daba vuelta para irse, un sonido tan tenue que todos se inclinaron hacia adelante para escuchar flotó por el auditorio. Era difícil distinguir qué era exactamente; tras un instante, la mitad de la audiencia miró hacia las ventanas, pues parecía solo un soplo de viento agitando hojas recién brotadas; apenas un rastro de aire en movimiento.

Entonces las cortinas se abrieron rápidamente. El escenario se había transformado en un rincón encantador de la creación, donde crecían árboles y flores, y el musgo alfombraba la tierra. Soplaba un viento suave y reinaba el gris del amanecer. De repente, un petirrojo comenzó a cantar, luego un gorrión se le unió, y después varios orioles empezaron a parlotear al mismo tiempo. La luz se intensificó, las gotas de rocío temblaron y el perfume de las flores comenzó a llegar al público; el aire movía las ramas suavemente y un gallo cantó. Entonces, toda la escena se inundó con un bullicio de notas de aves en el que se podía escuchar el silbido de un cardenal y el trino de un pinzón azul. En algún lugar, entre las ramas altas, una paloma arrullaba y luego un caballo relinchó con fuerza. Eso hizo que un tordo gritara y toda una bandada le respondiera. Los cuervos empezaron a graznar y un cordero baló. Luego, los picogruesos y los vireos tuvieron algo que decir; el sol subió más, la luz se hizo más fuerte y la brisa agitó las copas de los árboles con estruendo; una vaca mugió y todo el corral respondió. Las gallinas de Guinea cacareaban, el pavo se pavoneaba, las gallinas llamaban, los polluelos piaban, la luz caía directamente

desde arriba y las abejas empezaron a zumbar. El aire se movía con fuerza y, a lo lejos, en un campo invisible, una segadora traqueteaba y resonaba entre el trigo maduro mientras el conductor silbaba. Una yegua inquieta le relinchó a su potrillo, el potrillo respondió y la luz empezó a declinar. A kilómetros de distancia, un gallo cantó al crepúsculo y la penumbra comenzó a descender. Entonces, un pájaro gato y un zorzal pardo cantaron frente a un picogrueso y un zorzal ermitaño. El aire vibraba con notas celestiales, las luces del salón se apagaron, el anochecer envolvió el escenario, un grillo cantó, un saltamontes respondió y el lamento de un ave de bosque estrujó el corazón con su grito solitario. Entonces un halcón nocturno gritó, un chotacabras se lamentó, un chorlo tardío cruzó el cielo y el viento nocturno cantó una canción más fuerte. Un pequeño autillo comenzó a sonar a lo lejos, un búho de campanario le respondió y un gran búho cornudo ahogó las voces de ambos. La luna brilló y la escena se entibió con una luz melosa. Las voces de las aves murieron y una melodía suave y exquisita comenzó a crecer y a expandirse. En el centro del escenario, pieza por pieza, las hierbas, los musgos y las hojas cayeron de un terraplén; el follaje se desvaneció suavemente mientras aparecía, cada vez más clara, la silueta de una joven encantadora envuelta en una suave y ceñida túnica verde. En su cascada de cabello brillante colgaban unas cuantas hojas verdes y flores blancas que caían sobre su vestido hasta sus pies. Su garganta blanca y sus brazos estaban desnudos; se inclinó un poco y se balanceó con la melodía, con los ojos fijos en las nubes sobre ella, los labios entreabiertos y un tono rosado por el esfuerzo en sus mejillas mientras deslizaba el arco. Tocó como solo una cadena peculiar de circunstancias permite que muy pocos lo hagan. Toda la naturaleza se quedó quieta; el violín sollozó, cantó, bailó y vibró solo, sin una voz en particular: era el alma de la melodía de toda la naturaleza combinada en un gran torrente.

En la puerta, una mujer de rostro pálido lo soportó tanto como pudo y luego cayó desmayada. Los hombres más cercanos la llevaron por el pasillo hasta la fuente, la reanimaron y luego la subieron al carruaje hacia el cual ella los dirigió. La joven siguió tocando y nunca se enteró. Cuando terminó, el estruendo de los aplausos se escuchó a una cuadra de distancia, pero la mujer, aún medio aturdida, apenas comprendió lo que significaba. Luego, la joven se acercó al frente del escenario, hizo una reverencia y, levantando el violín, tocó su interpretación de una invitación al baile. Cada alma viviente al alcance de sus notas tensó los nervios para quedarse sentada y dejar que solo sus corazones bailaran con ella. Cuando eso comenzó, la mujer corrió hacia el campo. No se detuvo hasta que el carruaje la alcanzó a mitad de camino a su cabaña. Dijo que se había cansado de estar sentada y que se había adelantado caminando. Esa

noche le pidió a Billy que se quedara con ella y durmiera en la cama de Elnora. Luego se desplomó en la suya propia y sufrió una agonía en el alma como nunca antes había conocido. El pantano le había devuelto el alma de su amado difunto y la había puesto en el cuerpo de la hija a la que tanto resentía, y era casi más de lo que podía soportar y seguir con vida.

CAPÍTULO 11

Eso ocurrió el viernes por la noche. Elnora regresó a casa el sábado por la mañana y se puso a trabajar. La señora Comstock no hizo preguntas, y la muchacha sólo le contó que el público había sido lo bastante numeroso como para pagar más que de sobra la pieza de estatuaria que la clase había escogido para el vestíbulo. Después preguntó por sus vestidos y le dijeron que estarían listos para ella. Había sido invitada a ir a casa de la Mujer de los Pájaros para prepararse tanto para el sermón como para los ejercicios de graduación. Como había tantos ensayos que hacer, se había acordado que se quedaría allí desde la noche del sermón hasta después de graduarse. Si la señora Comstock decidía asistir, iría en el carruaje con los Sinton. Cuando Elnora le rogó que fuera, ella respondió que no le importaban esas tonterías.

Ya casi era hora de que Wesley llegara para llevar a Elnora a la ciudad cuando, recién bañada y vestida salvo por la prenda exterior, se paró frente a su madre con el rostro expectante y exclamó:

—¡Ahora mi vestido, madre!

La señora Comstock palideció mientras respondía:

—Está sobre mi cama. Tómalo tú misma.

Elnora abrió la puerta y entró al cuarto de su madre sin la menor sospecha. Desde aquella noche en que Margaret y Wesley le habían llevado ropa cuando comenzó la escuela, su madre había escogido todos sus vestidos y, con ayuda de la señora Sinton, había confeccionado la mayoría; Elnora pagaba las cuentas. El vestido blanco de la primavera anterior había sido el primero hecho por una modista. Lo había usado como ujier de tercer año en la graduación; pero su madre había escogido la tela, había mandado hacerlo, y le quedaba perfectamente y era apropiado en todos los sentidos. Así que, con el corazón tranquilo respecto a eso, Elnora se apresuró hacia la cama para encontrar únicamente su vestido blanco del verano pasado, recién lavado y planchado. Por un instante lo miró fijamente; luego levantó la prenda, observó la cama debajo de ella y dejó que su mirada recorriera lentamente la habitación.

El cuarto le resultaba extraño. Quizás era la tercera vez que entraba allí desde que era muy pequeña. Sus ojos recorrieron la hermosa cómoda de nogal, el alto tocador, el gran arcón cuyo interior jamás había visto y la fila de ropa masculina colgada encima de él. En algún lugar debía de haber un delicado vestido de batista o muselina; pero no estaba. Elnora se dejó caer sobre el arcón porque se sentía demasiado débil para permanecer de pie. En menos de dos horas debía estar en la iglesia de Onabasha. No podía usar un vestido lavado del año anterior. No tenía nada más. Se recostó contra la pared y el abrigo de su padre rozó su rostro. Atrapó sus pliegues y se aferró a él con todas sus fuerzas.

—¡Oh, padre! ¡Padre! —gimió—. ¡Te necesito! ¡No creo que tú hubieras hecho esto!

Por fin abrió la puerta.

—No puedo encontrar mi vestido —dijo.

—Bueno, como es el único que hay allí, no creo que deba costarte mucho trabajo.

—¿Pretendes que use un vestido viejo y lavado esta noche?

—Es un buen vestido. ¡No tiene ni un agujero! No hay razón alguna para que no lo uses.

—Excepto que no lo usaré —dijo Elnora—. ¿Tampoco preparaste ningún vestido para la graduación?

—Si ensucias ése esta noche, todavía tengo tiempo de volver a lavarlo.

La voz de Wesley llamó desde la verja.

—¡En un minuto! —respondió Elnora.

Corrió escaleras arriba y, en un tiempo increíblemente corto, bajó vistiendo uno de sus vestidos escolares de cuadros. Con el rostro frío y endurecido, pasó junto a su madre y salió a la noche.

Media hora después, Margaret y Billy llegaron en el carruaje por la señora Comstock. Ella había decidido por completo que no iría antes de que llegaran; pero al oír sus voces la invadió una especie de horror a quedarse sola, así que se puso el sombrero, cerró la puerta con llave y salió con ellos.

—¿Cómo se veía Elnora? —preguntó Margaret ansiosamente.

—Como siempre —respondió secamente la señora Comstock.

—Espero que sus vestidos sean tan bonitos como los de las demás —dijo Margaret—. Ninguna tendrá un rostro más hermoso ni mejores modales.

Wesley esperaba frente a la gran iglesia para cuidar el tiro. Mientras observaban a la gente entrar en el edificio, la señora Comstock comenzó a sentirse enferma. Cuando entraron entre las luces, vieron el escenario adornado con flores y las multitudes elegantemente vestidas, no se sintió mejor. Escuchaba a Margaret y a Billy comentar suavemente lo que sucedía.

—Ese primer asiento, allá enfrente, es de Elnora —exclamó Billy con orgullo —, porque tiene las mejores calificaciones y por eso le toca encabezar la procesión hasta la plataforma.

—¿El primer asiento? ¿Encabezar la procesión?

La señora Comstock quedó atónita. Las notas del órgano comenzaron a llenar el edificio con una lenta marcha solemne. ¿Encabezaría Elnora la procesión vestida con un traje de cuadros? ¿O estaría ausente y su silla vacía en aquella gran ocasión? Porque ahora la señora Comstock comprendía que realmente era una gran ocasión. Todos recordarían cómo había tocado Elnora unas noches antes, y la extrañarían y sentirían lástima por ella. ¿Lástima? Porque no tenía a nadie que cuidara de ella. Porque estaba peor que si no tuviera madre. Por primera vez en su vida, la señora Comstock comenzó a contemplarse a sí misma tal como aparecería ante los demás. Cada vez que una muchacha de tercer año bajaba flotando por el pasillo conduciendo a alguien a su asiento, y la señora Comstock veía pasar un hermoso vestido blanco, una oleada de auténtico malestar la invadía. ¿Qué había hecho? ¿Qué sería de Elnora?

Mientras Elnora viajaba hacia la ciudad, respondió las preguntas de Wesley con monosílabos, de modo que él pensó que estaba nerviosa o repasando su discurso y no deseaba hablar. Varias veces la muchacha intentó decírselo y comprendió que, si pronunciaba una sola palabra, rompería en lágrimas incontenibles. La Mujer de los Pájaros abrió la puerta de malla y la miró sin creerlo.

—¡Pero si pensé que ya estarías lista! ¡Vienes tan tarde! —dijo—. Si esperaste para vestirte aquí, tendremos que apresurarnos.

—No tengo nada que ponerme —dijo Elnora.

Confundida, la Mujer de los Pájaros la hizo entrar.

—¿Creías... creías que usarías eso? —balbuceó.

—No. Pensaba telefonearle a Ellen diciendo que había ocurrido un accidente y que no podía ir. Todavía no sé cómo explicarlo. Estoy demasiado enferma para pensar. ¡Oh! ¿Cree usted que pueda conseguir algo hecho para el martes, para poder graduarme?

—Sí; y esta noche tendrás algo que ponerte para encabezar tu clase, como lo has hecho durante cuatro años. Ve a mi habitación y quítate ese vestido de cuadros, rápido. ¡Anna, deja todo y ven a ayudarme!

La Mujer de los Pájaros corrió al teléfono y llamó a Ellen Brownlee.

—Elnora ha tenido un accidente. Llegará un poco tarde —dijo—. Tienen que hacerlos esperar. Hagan que toquen música extra antes de la marcha.

Luego se volvió hacia la criada.

—Dile a Benson que tenga el carruaje en la puerta tan pronto como pueda. Después ven a mi habitación. Trae la caja de hilos del cuarto de costura, ese rollo de cinta blanca ancha que está sobre la mesa de corte y reúne todos los alfileres blancos de todos los tocadores de la casa. Pero primero ven conmigo un momento.

—Quiero ese baúl con las cosas del Ángel del Pantano, del armario de cedro —jadeó al llegar arriba.

Juntas se apresuraron por el corredor y arrastraron el gran baúl hasta el cuarto de la Mujer de los Pájaros. Ella lo abrió y empezó a sacar cosas blancas.

—¡Qué suerte que dejara estas cosas! —exclamó—. ¡Aquí hay zapatos blancos, guantes, medias, abanicos, de todo!

—Estoy completamente lista, excepto por el vestido —dijo Elnora.

La Mujer de los Pájaros comenzó a abrir armarios y sacar cajones y cajas.

—Creo que puedo arreglarlo así —dijo.

Tomó un canesú color crema de encaje con mangas largas, hecho recientemente para ella, y se lo sostuvo. Elnora se lo puso, y la Mujer de los Pájaros comenzó a alisar arrugas y colocar alfileres. Le quedaba bastante bien con un pequeño ajuste en la espalda. Después tomó entre la ropa del Ángel una blusa de seda blanca de cuello bajo y mangas hasta el codo, y Elnora se la puso. Era lo bastante grande, pero terriblemente corta de talle, porque el Ángel la había usado en una fiesta cuando tenía dieciséis años. La Mujer de los Pájaros soltó las mangas y las recogió sobre los hombros formando pequeños abultamientos, sujetándolas con alfileres. Luego comenzó a drapear ampliamente el canesú, fijándolo delante, detrás y en cada hombro. Bajó la blusa y la sujetó con alfileres. Después vino una suave falda blanca de su propiedad. Sujetando la cinturilla casi diez centímetros por encima de la cintura de Elnora, la Mujer de los Pájaros logró una perfecta caída estilo Imperio con la seda adherente. Luego tomó la ancha cinta blanca destinada a adornar un vestido nuevo suyo, la enrolló tres veces alrededor del alto talle que había improvisado, anudó los extremos y los dejó caer hasta el suelo formando una hermosa banda.

—¡Quiero cuatro rosas blancas, cada una con dos o tres hojas! —exclamó.

Anna corrió a buscarlas mientras la Mujer de los Pájaros seguía colocando alfileres.

—Elnora —dijo—, perdóname, pero dime la verdad. ¿Tu madre es tan pobre como para que esto sea necesario?

—No —respondió Elnora—. El próximo año heredaré mi parte de más de trescientas acres de tierra cubiertas con madera casi tan valiosa como la del Limberlost. Nuestra propiedad colinda con él. Podrían perforarse treinta pozos petroleros que nos darían los miles que nuestros vecinos están drenando de debajo de nosotros, y la tierra despejada vale más de cien dólares por acre para cultivo. Ella no es pobre; es... no sé lo que es. Un gran dolor la volvió amarga y torcida. La hizo extraña. No entiende en absoluto, pero es porque no quiere entender, no por ignorancia. Ella no...

Elnora se detuvo.

—Es... diferente —terminó diciendo la muchacha.

Anna regresó con las rosas. La Mujer de los Pájaros colocó una al frente del canesú drapeado, otra en cada hombro y la última entre las brillantes masas de cabello castaño rojizo. Después hizo girar a la muchacha hacia el gran espejo.

—¡Oh! —jadeó Elnora—. ¡Es usted un genio! ¡Pareceré tan bien como cualquiera de ellas!

—¡Gracias al cielo por eso! —exclamó la Mujer de los Pájaros—. Si no hubiera funcionado, me habría enfermado. ¡Estás hermosa; completamente hermosa! Normalmente no diría eso; pero cuando pienso en cómo has sido construida a base de alfileres, admiro el resultado.

El órgano comenzó a dejar oír la marcha cuando aparecieron a la vista. Elnora tomó su lugar al frente de la procesión mientras todos se preguntaban. En secreto habían esperado que estuviera vestida lo bastante bien, que no pareciera pobre y descuidada. Qué tenía que ver aquella radiante joven, vestida a la última moda, con la piel suave sonrojada por la emoción y una corona de rosas sobre su cabello rojo dorado, con la muchacha que conocían, era difícil de decidir.

Se dio la señal y Elnora comenzó la lenta marcha cruzando la sacristía y descendiendo por el pasillo. La música brotó suavemente, y Margaret comenzó a sollozar sin saber por qué.

La señora Comstock apretó las manos una contra otra y cerró los ojos. A la mujer atormentada le pareció una eternidad antes de que Margaret le sujetara el brazo y le susurrara:

—¡Oh, Kate! ¡Por lo que más quieras, mírala! ¡Aquí! ¡Al otro lado del pasillo!

La señora Comstock abrió los ojos y, dirigiéndolos hacia donde le indicaban, miró fijamente y se deslizó en el asiento, al borde del desmayo. Margaret la sostuvo con un apretón tenso mientras ordenaba:

—¡Aquí! ¡Idiota! ¡Detente!

Bajo el resplandor de las luces, Elnora subió los escalones hacia la plataforma rodeada de palmas, la cruzó y ocupó su lugar. Sesenta jóvenes, hombres y mujeres, todos vestidos lo mejor posible, la siguieron. Había muchachos apuestos y de porte gallardo en aquella clase que Elnora encabezaba. Había

muchachas hermosas y elegantes, pero ninguna más bella ni vestida con mejor gusto que ella.

Billy creyó que nunca llegaría el momento en que Elnora lo viera, pero por fin ella encontró su mirada; luego Margaret y Wesley recibieron, uno tras otro, leves señales de reconocimiento. Pero el rostro de la muchacha no se suavizó ni mostró la menor sonrisa cuando vio a su madre.

Con el corazón destrozado, Katharine Comstock intentó convencerse de que tenía razón en lo que había hecho, pero no pudo. Trató de culpar a Elnora por no haberle dicho que encabezaría una procesión y se sentaría en una plataforma frente a cientos de personas; pero eso era imposible, porque comprendió que ella se habría burlado y no lo habría entendido aunque se lo hubieran dicho. Le dolía tanto el corazón que cada respiración era un sufrimiento.

Cuando por fin terminaron los ejercicios, subió al carruaje y regresó a casa sin pronunciar palabra. No oyó lo que Margaret y Billy decían. Apenas escuchó a Wesley, que conducía detrás de ellas, cuando le informó que Elnora no volvería a casa hasta el miércoles.

Muy temprano a la mañana siguiente, la señora Comstock se dirigió a Onabasha. Esperó a que abriera la tienda Brownlee. Examinó vestidos blancos ya confeccionados, pero solo tenían uno de la talla adecuada y costaba cuarenta dólares. La señora Comstock no dudó por el precio, sino por si el vestido sería apropiado. Tendría que preguntarle a Elnora. Preguntó cómo llegar a la casa de la Mujer Pájaro y llamó a la puerta.

—¿Está aquí Elnora Comstock? —preguntó a la criada.

—Sí, pero todavía sigue en la cama. Me dijeron que la dejara dormir cuanto quisiera.

—Quizá pueda sentarme aquí y esperar —dijo la señora Comstock—. Quiero ocuparme de conseguirle un vestido para mañana. Soy su madre.

—Entonces no necesita esperar ni preocuparse —respondió alegremente la muchacha—. Hay dos mujeres arriba, en el cuarto de costura, trabajando en un vestido para ella en este momento. Estará listo a tiempo y será precioso.

La señora Comstock se volvió y regresó lentamente al Limberlost. La amargura de su alma se volvió algo físico, algo que ni el agua podía borrar de sus labios. ¡Había llegado demasiado tarde! No la necesitaban. Otra mujer estaba haciendo de madre para su hija. Otra mujer prepararía un hermoso vestido como el que Elnora había llevado la noche anterior. El amor y la gratitud de la muchacha serían para ella.

La señora Comstock intentó recurrir al viejo hábito de culpar a alguien más, pero no se sintió mejor. Alimentó su dolor con el mismo empeño de siempre durante los largos días de ausencia de la muchacha. Pensaba constantemente en el violín prohibido que Elnora poseía y en cómo sabía tocarlo hasta el punto de que nadie habría podido distinguir su interpretación de la de su padre. Buscó todos los refugios que su mente pudo inventar para calmar el corazón y apartar el miedo de que la muchacha jamás regresara a casa, pero el temor persistía.

La señora Comstock no podía comer ni dormir. Vagaba alrededor de la cabaña y del jardín. Se mantenía lejos del estanque donde Robert Comstock había desaparecido bajo las aguas, porque sentía que también a ella la sepultaría si Elnora no regresaba el miércoles por la mañana. La madre se repetía que esperaría, pero aquella espera era tan amarga como cualquier cosa que hubiera conocido.

Cuando Elnora despertó el lunes, otro vestido estaba ya en manos de una costurera y pronto se lo ajustaron. Había pertenecido al Ángel, y era una delicada prenda blanca que, con algunos arreglos, serviría perfectamente para la graduación y el baile.

Todo aquel día Elnora trabajó ayudando a preparar el auditorio para la ceremonia, ensayando la marcha y el discurso que debía pronunciar en nombre de la clase. El día siguiente fue aún más ocupado. Pero su mente estaba tranquila, porque el vestido era de un encaje suave y delicado, fácil de modificar, y las señales de los arreglos eran imposibles de detectar.

La Mujer Pájaro había telefoneado a Grand Rapids, explicado la situación y preguntado al Ángel si podía usarlo. La respuesta había sido que entregaran a la muchacha el contenido entero del baúl. Cuando la Mujer Pájaro se lo contó a Elnora, los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Le escribiré enseguida para darle las gracias —dijo—. Con todos sus hermosos vestidos, ella no los necesita, y yo sí. Me servirán muchas veces y serán mucho mejores que cualquier cosa que yo pudiera comprar. Es maravilloso de su parte regalarme el vestido, y de usted arreglarlo para mí, porque yo jamás habría podido hacerlo.

La Mujer Pájaro rio.

—Hoy me siento religiosa —dijo—. Ya sabes que la primera y mayor roca de mi salvación es “Haz a los demás lo que quisieras que hicieran contigo”. Solo estoy haciendo por ti lo que nadie hizo por mí cuando era una muchacha muy parecida a ti. Anna me contó que tu madre estuvo aquí temprano esta mañana y que vino para ver lo de conseguirte un vestido.

—¡Llegó demasiado tarde! —respondió Elnora fríamente—. Tuvo más de un mes para preparar mis vestidos, y además yo iba a pagarlos, así que no hay excusa.

—Aun así, es tu madre —dijo suavemente la Mujer Pájaro—. Creo que casi cualquier clase de madre es mejor que no tener ninguna, y tú dices que ella ha sufrido mucho.

—Amaba a mi padre y él murió —contestó Elnora—. Lo mismo, de una forma igualmente trágica, les ha sucedido a miles de mujeres, y aun así siguieron adelante con serenidad y encontraron felicidad en la vida amando a otros. Hay otra cosa que temo no olvidar jamás; de eso sí estoy segura. Pero hablar no ayuda. Debo repartir mis regalos y fotografías a todos. También tengo una fotografía y preparé un obsequio para usted, si le gustaría recibirlos.

—Amaré cualquier cosa que me des —dijo la Mujer Pájaro—. Te conozco lo bastante para saber que todo lo que hagas será hermoso.

Eso complació a Elnora, y mientras se probaba el vestido para el último ajuste se sintió realmente feliz. Estaba preciosa con aquella delicada prenda: serviría perfectamente para el baile y para muchas otras ocasiones semejantes, y además era completamente suyo.

El cochero de la Mujer Pájaro llevó a Elnora en el carruaje mientras ella visitaba a todas las muchachas con quienes tenía mayor amistad, dejando su fotografía y

el paquete que contenía su regalo para ellas. Para cuando regresó, ya estaban llegando paquetes para ella. Parecía que surgían amigos de todas partes.

Casi todas las personas que conocía tenían algún regalo para ella, mientras que los miembros de su grupo, porque la querían tanto, le habían hecho hermosos obsequios. Había libros, floreros, piezas de plata, pañuelos, abanicos, cajas de flores y dulces.

Un gran paquete resolvió el problema en casa de los Sinton, porque contenía un delicado vestido de Margaret; una moneda de oro de cinco dólares, claramente etiquetada con las palabras: “Yo mismo me gané esto”, de Billy, para que comprara partituras; y un magnífico frasco de perfume de cristal tallado, que habría costado cinco dólares llenar siquiera con una fragancia moderadamente cara, de parte de Wesley.

En una caja enviada por transporte llegó un hermoso tocador de arce rizado, enviado por Freckles. Los cajones estaban llenos de maravillosos artículos de tocador del Ángel. La Mujer Pájaro añadió una cubierta de lino bordado y un pequeño florero de plata para unas cuantas flores, de modo que ninguna muchacha de la clase tenía regalos más hermosos.

Elnora apoyó la cabeza sobre el tocador y lloró de felicidad, mientras la Mujer Pájaro casi lloraba también. El profesor Henley le envió un libro sobre mariposas; las aulas de primaria donde Elnora había enseñado le regalaron una colección de volúmenes sobre todas las facetas de la vida en el campo, en los bosques y en el agua.

Elnora no tenía tiempo para leer, así que llevaba uno de esos libros abrazado contra el pecho mientras iba de un lado a otro.

Después de que se marchó para vestirse, un niño pequeño llevó un paquete de aspecto extraño. Saltaba en un pie mientras lo entregaba y decía:

—Dígale a Elnora que esto es de su mamá.

—¿Quién eres tú? —preguntó la Mujer Pájaro mientras tomaba el paquete.

—¡Soy Billy! —anunció el muchacho—. Yo le di los cinco dólares. Me los gané yo mismo sembrando maíz, plantando cebollas y arrancando hierbas. ¡Caray, sí que tienes que sembrar, plantar y arrancar muchísimo para reunir cinco dólares!

—¿Te gustaría entrar y ver los regalos de Elnora?

—¡Sí, señora! —respondió Billy, intentando quedarse quieto.

—¡Santo cielo! —jadeó—. ¿Todo esto es para Elnora?

—Sí.

—Apuesto mil dólares a que yo seré el primero de mi clase cuando me gradúe. Oiga, ¿los demás tienen mucho más que Elnora?

—Creo que no.

—Bueno, el tío Wesley dijo que averiguara si podía, y que si ella no tenía tanto como los demás, él compraría hasta que tuviera lo mismo, aunque le costara cien dólares. ¡Ay, usted debería conocerlo! ¡Es sencillamente maravilloso! No hay nadie mejor que él en ninguna parte. ¡Caramba, es grandioso!

—Estoy completamente segura de eso —dijo la Mujer Pájaro—. Muchas veces he oído a Elnora decir lo mismo.

—¡Apuesto a que nadie puede superar esto! —presumió él.

Luego se detuvo, pensativo.

—Aunque no sé… —empezó reflexivamente—. Algunos de ellos son riquísimos; tienen familias enormes que les regalan cosas y montones de amigos, y yo no he visto lo que ellos tienen. Ahora quizá Elnora sí se esté quedando atrás, después de todo.

—No te preocupes, Billy —dijo ella—. Yo vigilaré, y si descubro que Elnora "se está quedando atrás", yo misma le compraré más cosas. Pero estoy segura de que no es así. Ya tiene más regalos hermosos de los que sabrá qué hacer con ellos, y todavía llegarán más. Dile al tío Wesley que su muchacha ha sido recordada generosamente, que es muy feliz y que les envía a todos ustedes su cariño más sincero. Ahora debes irte para que pueda ayudarla a vestirse. Vendrás esta noche, ¿verdad?

—¡Sí, señora! Ella me consiguió un asiento en la tercera fila, en el centro, para que pueda verla, y me va a guiñar un ojo después de quitarse de encima el discurso. ¡También me besó! Elnora es toda una dama. Voy a casarme con ella cuando sea lo bastante grande.

—¡Eso es maravilloso! —rio la Mujer Pájaro mientras subía apresuradamente las escaleras.

—¡Querida! —llamó—. Aquí tienes otro regalo para ti.

Elnora estaba a medio vestir cuando tomó el paquete y, sentándose en un diván, lo abrió. La Mujer Pájaro se inclinó sobre ella y palpó la tela con los dedos.

—¡Dios bendito! —exclamó—. Lino tejido y bordado a mano, fino como la seda. ¡No tiene precio! Hace años que no veía algo así. Mi madre tenía prendas como estas cuando yo era niña, pero mis hermanas las cortaron para hacer cuellos, cinturones y blusas elegantes mientras yo aún era pequeña. ¡Mira qué trabajo tan exquisito!

—¿De dónde habrá salido esto? —exclamó Elnora.

Sacudió una enagua con un volante hecho a mano de casi treinta centímetros de ancho; luego una camisola antigua cuyo bordado en cuello y mangas era elaborado y perfectamente ejecutado. Sobre el pecho había una nota prendida con alfileres que abrió apresuradamente.

“Me casé con estas prendas”, decía, “y había pensado que me enterraran con ellas, pero quizá sea más sensato que tú te gradúes y te cases con ellas, si así lo deseas. Tu madre.”

—¡De mi madre! —Con los ojos muy abiertos, Elnora miró a la Mujer Pájaro —. Nunca en mi vida había visto algo parecido. Mamá hace cosas que creo que jamás podré perdonarle, y justo cuando me siento más endurecida hacia ella, da media vuelta y hace algo que me obliga a pensar que, después de todo, sí debe quererme un poquito. Cualquiera de las muchachas daría casi cualquier cosa por graduarse con lino bordado a mano como este. El dinero no puede comprar cosas así. Y llegaron justo cuando yo pensaba que no le importaba qué fuera de mí. ¿Cree usted que pueda estar loca?

—Sí —respondió la Mujer Pájaro—. Completamente loca, si no te ama y no le importa lo que te suceda.

Elnora se levantó y sostuvo la enagua frente a ella.

—¡Mire esto! —exclamó—. ¡Imagínese no haber tenido listo mi vestido y luego enviarme una enagua como esta! Ellen pagaría cincuenta dólares por ella sin

pestañear. Supongo que mamá la ha tenido toda mi vida, y yo jamás la había visto.

—Ve a bañarte y ponte esas cosas —dijo la Mujer Pájaro—. Olvídalo todo y sé feliz. Ella no está loca. Está amargada. No comprendía cómo serían las cosas. Cuando lo entendió, vino enseguida a conseguirte un vestido. Esta es su manera de decir que lamenta no haber preparado el otro. Notarás que no ha gastado dinero, así que quizá sea sincera cuando dice que no tiene.

—¡Oh, sí es sincera! —dijo Elnora—. Ni siquiera le importaría lo suficiente como para mentir. Diría las cosas exactamente como son, pase lo que pase.

Pronto Elnora estuvo lista para ponerse el vestido. Nunca se había visto tan hermosa como cuando volvió a encabezar la procesión a través del escenario del auditorio de la escuela secundaria, adornado con flores y palmas.

Mientras estaba sentada allí, podría haber extendido la mano y dejado caer la rosa que llevaba sobre el asiento que había ocupado aquella mañana de septiembre cuando ingresó en la escuela secundaria.

Pronunció maravillosamente las pocas palabras que debía decir en representación de la clase; tenía preparado el pequeño guiño para Billy y la sonrisa y la inclinación de cabeza para Wesley y Margaret.

Y cuando finalmente miró a los ojos de una mujer de rostro pálido sentada junto a ellos, deslizó una mano hacia un lado y levantó la falda apenas una fracción de pulgada, lo justo para dejar ver un poco el borde bordado de la enagua.

Cuando vio la expresión de alivio que inundó el rostro de su madre, Elnora supo que el perdón estaba en su corazón y que regresaría a casa por la mañana.

Era tarde por la tarde cuando llegó, y un carromato la seguía con una carga de paquetes. La señora Comstock estaba abrumada. Se sentó casi aturdida y obligó a Elnora a mostrarle cada regalo, fuera costoso y hermoso o sencillo y útil, y a contarle cuidadosamente qué era y de dónde venía. Estudió los rostros de los amigos más cercanos de Elnora. Los regalos de ellos tuvieron que ponerse en un grupo aparte. Varias veces intentó hablar y luego se detuvo. Por fin, de entre sus labios secos, salió un susurro áspero.

—Elnora, ¿qué diste tú a cambio de estas cosas?

—Te mostraré —dijo Elnora con alegría—. Hice los mismos regalos para la Mujer de los Pájaros, para la tía Margaret y para ti, si te interesa. Pero tengo que correr arriba por él.

Cuando regresó, le entregó a su madre un marco oblongo, tallado a mano, que contenía una fotografía de Elnora tomada con la cámara de una compañera de escuela. Vestía su abrigo para tormentas y llevaba un paraguas goteando. Debajo de él asomaba su rostro radiante; sus libros y su lonchera estaban en su brazo, y en la parte inferior del marco estaba tallado: «Tu compañera del campo».

Luego le ofreció otro marco.

—Me esmeré con los marcos —dijo ella—. Parecía ser lo mejor que podía hacer sin dinero. Yo misma localicé el arce y el nogal negro en un rinconcito que había sido pasado por alto entre el río y la zanja. No parecían pertenecer a nadie, así que simplemente los tomé. El tío Wesley dijo que no había problema, y él los cortó y ógrafo me dio un montón de placas arruinadas; les quité la emulsión hirviéndolas y tomé los ejemplares que enmarqué de mi propia colección. El hombre dijo que los marcos blancos valían tres cincuenta y los negros cinco. Intercambié esas pequeñas fotos enmarcadas por las fotografías de los demás. Comolos transportó por mí. Le di al aserradero la mitad de cada árbol por serrar y curar el resto. Luego le di al tallador de madera la mitad de eso por hacerme los marcos. Un fot regalo, le di a cada uno de mi grupo uno como este, solo que con una polilla diferente. La Mujer de los Pájaros me dio la corteza de abedul; la consiguió en el norte el verano pasado.

Elnora le entregó a su madre un hermoso marco de nogal negro de medio metro de ancho por sesenta centímetros de largo. Este completaba una caja pequeña y poco profunda de corteza de abedul cubierta con vidrio, en cuyo fondo se aferraba una gran polilla nocturna con delicadas alas verde pálido y largas y exquisitas colas.

—Así que ya ves que no tuve que avergonzarme de mis regalos —dijo Elnora —. Los hice yo misma, y yo crié y monté las polillas.

—Polilla, le llamas —dijo la señora Comstock—. He visto algunas de esas cosas antes.

—Son muy numerosas a nuestro alrededor cada noche de junio, o al menos

solían serlo —dijo Elnora—. He vendido cientos de ellas, junto con mariposas, libélulas y otros ejemplares. Ahora, debo guardar todo esto y ponerme a trabajar, porque ya casi es junio y hay unas cuantas más que deseo fervientemente. Si las encuentro, me pagarán un dinero por el que he estado trabajando.

Tenía miedo de mencionar la universidad en ese momento. Pensó que sería mejor esperar unos días y ver si no surgía una oportunidad en la que el tema encajara de forma más natural. Además, a menos que lograra conseguir el Emperador Amarillo que necesitaba para completar su colección, no podría hablar de la universidad hasta que fuera mayor de edad, pues no tendría dinero.

CAPÍTULO 12

—¡Elnora, tráeme la toalla, rápido! —gritó la señora Comstock.

—En un minuto, madre —murmuró Elnora.

Estaba de pie frente al espejo de la cocina, acomodándose la parte trasera del cabello mientras el frente le caía sobre el rostro.

—¡Date prisa! ¡Hay una alimaña de algún tipo!

Elnora corrió hacia la sala y puso la gruesa toalla de cocina en la mano de su madre. La señora Comstock abrió de golpe la puerta de tela metálica y lanzó un golpe hacia algún objeto. Elnora apartó el cabello de su cara para poder ver por encima del hombro de su madre. La muchacha soltó un grito salvaje.

—¡No! ¡Madre, no!

La señora Comstock volvió a golpear. Elnora le sujetó el brazo.

—¡Es el que necesito! ¡Vale muchísimo dinero! ¡No! ¡No se lo permitiré!

—¿Que no me lo permitirás, señorita? —estalló la señora Comstock—. ¿Desde cuándo me das órdenes?

La mano que sostenía la puerta describió medio círculo y se detuvo en la mejilla de Elnora. La muchacha se tambaleó por el golpe y, sobre su rostro pálido por la emoción, apareció rápidamente una marca roja. La puerta se cerró de golpe, arrojando la criatura al suelo frente a ellas. Al instante, la señora Comstock la aplastó con el pie.

Elnora retrocedió. Excepto por la marca roja, su rostro estaba completamente blanco.

—Era la última polilla que necesitaba —dijo— para completar una colección que vale trescientos dólares. ¡La ha destruido ante mis ojos!

—¡¿Polilla?! —exclamó la señora Comstock—. Dices eso porque estás furiosa. Las polillas tienen alas grandes. ¡Yo conozco las polillas!

—Le he ocultado cosas —dijo Elnora— porque nunca me atreví a confiar en usted. Nunca tuvo simpatía hacia mí. Pero sabe muy bien que jamás le he dicho una mentira en toda mi vida.

—¡Eso no es una polilla! —repitió la señora Comstock.

—¡Sí lo es! —gritó Elnora—. Sale de una cápsula bajo tierra. Sus alas tardan dos o tres horas en expandirse y endurecerse.

—Si hubiera sabido que era una polilla… —vaciló la señora Comstock.

—¡Sí lo sabía! ¡Se lo dije! ¡Le rogué que se detuviera! ¡Eso significaba exactamente trescientos dólares para mí!

—¡Bah! ¡Trescientos disparates!

—Con eso he pagado libros, matrícula y ropa durante los últimos cuatro años. Con eso habría podido empezar la universidad. ¡Ha destruido justo el que necesitaba! Nunca fingió amarme. Pues bien, ahora yo también seré completamente sincera. ¡La odio! ¡Es una mujer egoísta y malvada! ¡La odio!

Elnora se volvió, atravesó la cocina y salió por la puerta trasera. Siguió el sendero del jardín hasta la verja y caminó un trecho hacia el pantano antes de que la venciera la reacción. Se dejó caer al suelo y se apoyó contra un gran tronco.

Cuando era pequeña, desesperada como ahora, había intentado morirse conteniendo la respiración. Había pensado que así haría sentir remordimiento a su madre, pero aprendió que la vida era algo impuesto sobre ella y que no podía abandonarla a voluntad.

Estaba tan aturdida por la pérdida de aquella polilla, a la que infantilmente había llamado el Emperador Amarillo, que apenas recordaba el golpe. Había pensado que ninguna suerte en el mundo sería tan extraordinaria como completar su colección; y ahora se había visto obligada a contemplar cómo destruían ante sus ojos un magnífico Imperialis.

Existía la posibilidad de encontrar otro, pero afrontaba la certeza de que el que pudo haber tenido, y con el que sin duda habría atraído a otros, había sido arruinado por su madre.

Cuánto tiempo permaneció allí sentada, Elnora no lo supo ni le importó. Simplemente sufría en una miseria muda y absoluta, estremecida de vez en cuando por un sollozo seco. La tía Margaret tenía razón. Aquella mañana Elnora sintió que su madre jamás cambiaría. La muchacha había llegado al punto en que comprendía que ya no podía soportarlo más.

Cuando Elnora salió de la habitación, la señora Comstock dio un paso tras ella.

—¡Pequeña descarada! —jadeó.

Pero Elnora ya se había ido. Su madre se quedó mirando fijamente.

—Nunca me mintió —murmuró—. Supongo que sí era una polilla. Y dijo que era la única que necesitaba para conseguir trescientos dólares. ¡Ojalá no hubiera actuado tan rápido! Nunca había visto algo parecido. Pensé que era alguna cosa venenosa, que picaba o mordía. Aquí una tiene que andar con mucho cuidado. Pero probablemente ya arruiné todo. ¡Bah! Puede encontrar otra. No hay que ser tan tonta. Tal vez las polillas sean como las serpientes: donde hay una, hay dos.

La señora Comstock tomó la escoba y barrió la polilla fuera de la puerta. Luego se arrodilló y examinó cuidadosamente los escalones, los troncos y la tierra de los macizos de flores a ambos lados. Encontró el lugar donde la criatura había salido de la tierra, y la dura cápsula marrón oscura que la había contenido, todavía húmeda por dentro.

Entonces supo que Elnora tenía razón. Era una polilla. Sus alas estaban húmedas y aún no se habían desplegado. La señora Comstock jamás había visto una en ese estado y no sabía cómo se originaban. Creía que todas salían de capullos tejidos en los árboles o adheridos a paredes o tablas. Solo sabía lo suficiente para reconocer que existían tales criaturas; igual que un destello blanco le indicaba que un armiño rondaba sus terrenos o un agudo “bzzzzz” le advertía de una serpiente de cascabel.

Así que era de criaturas como aquella de donde Elnora había obtenido el dinero para estudiar.

De golpe, una dolorosa comprensión inundó el corazón de la mujer: la inmensidad del abismo que la separaba de su hija. Últimamente muchas cosas habían apuntado hacia ello, ninguna tan claramente como cuando Elnora, como una reencarnación de su padre, se había plantado sin temor frente a una gran

audiencia de la ciudad y había tocado, incluso con mayor habilidad que él, lo que la señora Comstock estaba casi segura de que era su violín.

Pero aquella pequeña criatura terrestre, aplastada por ella antes de que sus espléndidas alas amarillas y lavanda pudieran abrirse y llevarla hacia el misterio de la noche, había realizado un milagro.

—Somos más extrañas la una para la otra que cualquiera de los vecinos —murmuró.

Así, una de las creaciones más delicadas y hermosas del Todopoderoso fue sacrificada sin cumplir la ley de la naturaleza; sin embargo, ninguna de su especie había servido jamás a una causa tan gloriosa, porque por fin la visión interior de la señora Comstock se había aclarado.

Recorrió la cabaña mecánicamente. Cada pocos minutos miraba hacia el sendero trasero para ver si Elnora regresaba. Sabía que había hecho planes con Margaret para ir a la ciudad aquel día, y eso la ponía cada vez más nerviosa e inquieta.

La atormentaba el miedo de que el golpe hubiera dejado una marca visible en la mejilla de Elnora; de que se lo contara a Margaret.

Bajó por el sendero trasero, observando atentamente en todas direcciones, salió del jardín y siguió el camino del pantano. Sus pasos no hacían ruido sobre la tierra negra y blanda, y pronto estuvo lo bastante cerca para ver a Elnora.

La señora Comstock se quedó contemplando a la muchacha con una incertidumbre angustiada. Sin saber qué decir, finalmente se dio la vuelta y regresó a la cabaña.

Llegó el mediodía y preparó la comida, llamando, como siempre hacía cuando Elnora estaba en el jardín, pero no obtuvo respuesta y la muchacha no apareció.

Poco después de la una, Margaret se detuvo frente a la verja.

—Elnora cambió de idea. No irá —llamó la señora Comstock.

Sintió que odiaba a Margaret cuando esta ató el caballo y subió por el sendero en lugar de marcharse.

—Debes estar equivocada —dijo Margaret—. Venía especialmente por ella. Me pidió que la acompañara. Yo no tenía ningún otro asunto. ¿Dónde está?

—La llamaré —respondió la señora Comstock.

Volvió a seguir el sendero y esta vez encontró a Elnora sentada sobre el tronco. Tenía el rostro hinchado y amoratado, y los ojos rojos de tanto llorar. No prestó atención a su madre.

—Mag Sinton está aquí —dijo ásperamente la señora Comstock—. Le dije que habías cambiado de idea, pero respondió que tú le pediste que fuera contigo y que ella no tenía ningún motivo para ir por sí sola.

Elnora se levantó y, atravesando imprudentemente las altas hierbas del pantano, llegó al sendero antes que su madre.

La señora Comstock la siguió hasta el jardín, pero no pudo entrar en la cabaña. Se ocupó de las hortalizas, apenas levantando la vista cuando la puerta de tela metálica se cerró ruidosamente.

Margaret Sinton apareció pálida, con los ojos tan llenos de ira que la señora Comstock retrocedió.

—¿Qué le pasó a la cara de Elnora? —exigió Margaret.

La señora Comstock no respondió.

—¿La golpeaste?

—Pensé que no estabas ciega.

—Lo he estado durante veinte largos años, Kate Comstock —dijo Margaret Sinton—, pero por fin se me han abierto los ojos. Y lo que veo es que no te he hecho ningún bien y sí un gran daño a Elnora. Creía que saberlo te mataría, pero supongo que eres lo bastante dura para soportar cualquier cosa. ¡Sea para matarte o curarte, ahora lo sabrás!

—¿De qué estás desvariando? —preguntó fríamente la señora Comstock.

—¡De ti! —gritó Margaret—. ¡De ti! La mujer que ni siquiera finge amar a su única hija. Que la deja crecer hasta hacerse mujer como has dejado crecer a Elnora, y no satisfecha con toda clase de abandono, todavía añade maltrato; ¡y

todo por una idea estúpida acerca de un hombre que no valía lo que pesaba en sal!

La señora Comstock levantó una azada.

—Continúa —dijo—. Desahógate. ¡Será lo último que hagas!

—Entonces haré un trabajo completo —respondió Margaret—. No me tocarás. Te quedarás ahí y escucharás por fin la verdad, y porque me atrevo a enfrentarte y decirla, sabrás en el fondo de tu alma que es verdad. Cuando Robert Comstock bordeó aquel pantano tan de cerca y terminó hundiéndose en él, quería evitar que supieras de dónde venía. Había ido a ver a Elvira Carney. Tenían planes para ir a un baile esa noche…

—¡Cierra la boca! —dijo la señora Comstock con una voz mortalmente serena.

—Sabes bien que no me atrevería a abrir la boca si no estuviera diciendo la verdad. Puedo probar lo que digo. Venía de casa de los Reed. Hacía calor en el bosque y me detuve en lo de los Carney para tomar agua al pasar. La vieja madre inválida de Elvira me oyó y, como estaba desesperada por hablar con alguien, entré un momento. Vi a Robert bajar por el sendero. Elvira también lo vio, así que salió corriendo de la casa para interceptarlo. Me pareció raro y deliberadamente me moví a un lugar desde donde pudiera ver y oír. Él le llevó su violín y le dijo que se preparara y se encontraran en el bosque esa noche con él, y que irían a un baile. Ella lo tomó y lo escondió en el altillo de la caseta del pozo, y prometió que iría.

—¿Ya terminaste? —exigió la señora Comstock.

—No. Voy a contarte toda la historia. Tú no le perdonas nada a Elnora. Yo tampoco te perdonaré nada a ti. Aunque no estuve aquí aquel día, puedo decirte exactamente cómo iba vestido él, por dónde se fue y cada palabra que dijeron, aunque creían que yo estaba ocupada con la madre de Elvira y que no les prestaba atención. Baja esa azada, Kate. Fui a ver a Elvira, le dije lo que sabía y la obligué a entregarme el violín de Comstock para Elnora hace más de tres años. Ella lo ha estado tocando desde entonces. No voy a permitir que la sigan despreciando y maltratando ni un día más por culpa de un hombre que te habría roto el corazón si hubiera vivido. Seis meses más y habrías descubierto lo que todos los demás ya sabían. Era uno de esos hombres que no podían confiar ni en

sí mismos, y por eso ninguna mujer estaba segura con él. Ahora, ¿vas a dejar de lamentarte por él y hacerle justicia a Elnora?

La señora Comstock apretó con más fuerza la azada y, dándose vuelta, bajó por el sendero y atravesó el bosque hacia la casa de Elvira Carney. Con la cabeza apartada pasó junto al estanque, siguiendo su camino sin vacilar.

Elvira Carney, que colgaba toallas en la cerca trasera, la vio acercarse y fue hacia la verja a recibirla. Durante veinte años había temido aquella visita. Desde que Margaret Sinton la había obligado a entregar el violín que escondió tanto tiempo —porque tenía miedo de destruirlo—, había sentido más expectativa que temor. El salario del pecado es la deuda más difícil de pagar sobre la tierra, y siempre se cobra en los momentos más inoportunos y en los lugares más inesperados.

El rostro y el cabello de la señora Comstock estaban tan blancos que sus ojos oscuros parecían quemados en sus cuencas. Permaneció largo rato mirando en silencio a la mujer que tenía delante.

—Podría haberme ahorrado la molestia de venir —dijo al fin—. ¡Veo que eres culpable como el pecado!

—¿Qué te ha estado diciendo Mag Sinton? —jadeó la miserable mujer, aferrándose a la cerca.

—¡La verdad! —respondió secamente la señora Comstock—. La culpa está en cada línea de tu rostro, en tus ojos, en todo tu miserable cuerpo. Si te hubiera mirado bien en cualquier momento de todos estos años, sin duda lo habría visto tan claramente como ahora. Ningún hombre ni mujer puede hacer lo que tú hiciste sin quedar marcado para que todos lo lean.

—¡Misericordia! —jadeó la débil Elvira Carney—. ¡Ten misericordia!

—¿Misericordia? —se burló la señora Comstock—. ¡Misericordia! ¡Bonita palabra viniendo de ti! ¿Cuánta misericordia tuviste tú conmigo? ¿Dónde estuvo la misericordia que mandó a Comstock al lodo de aquel pantano sin fondo y me dejó verlo, para luego seguir luchando en agonía todos estos años? ¿Y la misericordia de dejarme descuidar a mi hija toda su vida? ¡Misericordia! ¿De verdad te atreves a decirme esa palabra?

—¡Si supieras lo que he sufrido!

—¿Sufrido? —se mofó la señora Comstock—. Eso es interesante. ¿Y qué has sufrido, si puede saberse?

—Todos los vecinos sospechaban y me despreciaban. Nunca tuve un amigo. ¡Siempre me sentí culpable de su muerte! Lo he visto hundirse mil veces, tan claro como tú. Muchas noches me he parado en la otra orilla de ese estanque y te he escuchado, y traté de arrojarme al agua para no seguir oyéndote, pero no me atreví. Sabía que Dios me mandaría a arder para siempre, pero debí haberlo hecho; porque ahora Él puso el fuego en mi cuerpo y cada hora me va consumiendo lentamente la vida. El doctor dice que es cáncer...

La señora Comstock exhaló un largo suspiro. Aflojó la presión sobre la azada y se irguió hasta alcanzar toda su altura.

—No sabía, ni me importaba, exactamente lo que haría cuando vine aquí —dijo —. Pero ahora comienzo a ver claro. Si la culpa de tu alma ha brotado en forma de cáncer en tu cuerpo, parece que el Todopoderoso no necesita ninguna ayuda mía para repartir Sus castigos. Yo realmente no podría inventar nada que se acercara siquiera a eso. Si vas a arder hasta que la vida se te apague con una clase de fuego así, entonces no me debes nada.

—¡Oh, Katharine Comstock! —gimió Elvira Carney, sujetándose de la cerca para no caer.

—Parece que la Biblia tiene razón cuando dice: “La paga del pecado es muerte”, ¿no? —preguntó la señora Comstock—. En lugar de hacer el trabajo de una mujer honrada en la vida, escogiste la sonrisa insinuante y los vestidos ganados sin esfuerzo. Y ahora me dices que estás marcada para arder hasta morir con fuego inextinguible. ¡Y él! Lo suyo fue más corto, pero déjame decirte que también recibió su parte. Me dejó con una mentira en los labios, porque me dijo que llevaría su violín a Onabasha para cambiarle una llave, cuando en realidad te lo llevaba a ti. Cada juramento de amor y fidelidad que me hizo se volvió mentira después de tocar tus labios; y así, cuando intentó pasar por el lado equivocado del pantano para ocultarme de dónde venía, el lodazal se extendió hacia él y lo atrapó. ¡Y no tuvo prisa tampoco! Lo fue tragando despacio, deliberadamente.

—¡Misericordia! —gimió Elvira Carney—. ¡Misericordia!

—No conozco esa palabra —dijo la señora Comstock—. Tú me la arrancaste hace mucho tiempo. Los últimos veinte años no han sido precisamente de los que enseñan misericordia. Nunca la tuve conmigo misma y tampoco con mi hija. ¿Por qué, en nombre de la justicia, habría de tener misericordia contigo o con él? Ambos eran mayores que yo, personas fuertes y cuerdas; eligieron deliberadamente su camino cuando tú lo sedujiste y él me fue infiel. Cuando un Hombre Libertino y una Mujer Ligera enfrentan el final que el Todopoderoso dispuso para ellos, ¿por qué habrían de gritarme a mí pidiendo misericordia? ¿Qué tuve yo que ver con eso?

Elvira Carney lloraba entre jadeos.

—Así que todavía tienes lágrimas —se maravilló la señora Comstock—. Las mías se secaron hace mucho tiempo. No me queda ninguna para derramar por mi vida desperdiciada, mi rostro y mi cabello arruinados, mis años luchando con el trabajo de un hombre, mi tierra destruida entre los campos cultivados de mis vecinos, o el conocimiento final de que el hombre por quien con gusto habría dado mi vida no valía el sacrificio de una serpiente de cascabel. Si aún hubiera algo capaz de arrancarme una lágrima, sería pensar en la terrible injusticia que siempre cometí con mi hija. Si llegara a levantarte la mano por algo, sería por eso.

—Mátame si quieres —sollozó Elvira Carney—. Sé que lo merezco y no me importa.

—Ya te están matando lo bastante rápido para mi gusto —dijo la señora Comstock—. No te tocaría, igual que no lo tocaría a él, aunque pudiera. Una sola vez basta para que un hombre o una mujer me engañen sobre las cosas más sagradas de la vida. No te tocaría más de lo que tocaría la peste negra. Voy a volver con mi hija.

La señora Comstock se dio vuelta y echó a andar rápidamente por el bosque, pero apenas había recorrido unos metros cuando se detuvo y, apoyándose en la azada, quedó pensando profundamente. Luego regresó. Elvira seguía aferrada a la cerca, llorando amargamente.

—No sé —dijo la señora Comstock—, pero creo que te dejé una impresión equivocada. No quiero que pienses que creo que el Todopoderoso te puso un cáncer para castigarte por tus pecados. ¡No lo creo! Tengo un concepto mucho más elevado del Todopoderoso. Con un cielo lleno de mundos que gobernar, no pienso que tenga tiempo de mirar hacia el nuestro, escogerte entre millones de pecadores y enviarte una clase especial de tortura para devorarte. Eso no sería propio de un caballero, y ante todo el Todopoderoso tiene que ser un caballero. Creo más bien que un golpe o una mala sangre causaron tu enfermedad. De cualquier modo, debo decirte que la ama de casa más limpia que conocí y una de las mujeres cristianas más nobles que existieron fue consumida lentamente por un cáncer. El suyo se lo causó el trabajo descuidado de un mal médico. El Todopoderoso está para perdonar el pecado y sanar la enfermedad, no para inventarla y propagarla.

Había dado apenas unos pasos cuando volvió otra vez.

—Si recoges muchas flores de trébol rojo, haces con ellas un té fuerte como lejía y bebes litros, creo que tal vez te ayude, si no es demasiado tarde. En cualquier caso, te enfriará la sangre y hará más soportable el ardor.

Luego regresó rápidamente a casa.

No podía entrar en la cabaña solitaria, ni tampoco quedarse afuera sentada pensando. Se lanzó sobre un cantero de remolachas y cavó hasta que el sudor le corrió por la cara y el cuerpo; luego siguió con las papas. Cuando estuvo demasiado cansada para dar otro golpe, se bañó y se puso ropa seca.

Mientras buscaba un vestido, notó la ropa cuidadosamente conservada de su esposo alineada contra una pared. La reunió en un gran montón y la llevó al pantano. Pieza por pieza arrojó a las verdes fauces del lodazal todas aquellas prendas que durante años había desempolvado con cuidado y protegido de las polillas, y se quedó observando cómo el pantano las absorbía lentamente. Volvió a su habitación, reunió todo lo que había pertenecido de algún modo a Robert Comstock —excepto su rifle y su revólver— y lo arrojó también al pantano.

Entonces, por primera vez, dejó su puerta completamente abierta.

Estaba demasiado cansada para hacer más, pero una inquietud insistente la impulsaba. Quería a Elnora. Le parecía que nunca podría esperar hasta que la muchacha regresara y pronunciara su juicio.

Por fin, en un intento de acercarse más a ella, la señora Comstock subió las escaleras y se quedó mirando alrededor del cuarto de Elnora. Le resultaba muy extraño. Las imágenes le eran desconocidas. La graduación lo había llenado de paquetes y cajas. Las paredes estaban cubiertas de capullos; había polillas y libélulas sujetas con alfileres por todas partes.

Debajo de la cama vio media docena de grandes cajas blancas. Sacó una y levantó la tapa. El fondo estaba cubierto con una lámina delgada de corcho y, clavadas en ella con largos alfileres, había grandes polillas de alas aterciopeladas. Cada una estaba etiquetada; siempre había dos de cada especie y, en muchos casos, cuatro, mostrando las alas inferiores y superiores tanto del macho como de la hembra. Eran de todos los colores y formas.

La señora Comstock contuvo el aliento. ¿Cuándo y dónde había encontrado Elnora aquellas maravillas? Eran la cosa más exquisita que la mujer había visto jamás, así que abrió todas las cajas para recrearse en su belleza.

Y mientras lo hacía, se hizo aún más profundo el sentimiento de distancia entre ella y su hija. No podía comprender cómo Elnora había ido a la escuela y realizado tanto trabajo en secreto. Y cuando todo estuvo terminado, hasta la última polilla, ella —la madre que debería haber sido la primera confidente y ayudante— había sido precisamente quien trajo la decepción.

No era extraño que Elnora hubiera llegado a odiarla.

La señora Comstock cerró cuidadosamente las cajas y las volvió a guardar; luego quedó otra vez mirando alrededor de la habitación. Esta vez sus ojos se posaron sobre unos libros que no recordaba haber visto antes, así que tomó uno y descubrió que era un libro sobre polillas. Hojeó las primeras páginas y pronto estuvo leyendo con avidez. Cuando el texto llegó a la clasificación de las especies, lo dejó, tomó otro y leyó los capítulos introductorios.

Para entonces, su mente era ya una confusa maraña de ideas sobre cómo capturar polillas con distintos cebos y luces brillantes.

Bajó las escaleras sumida en profundos pensamientos. Incapaz de quedarse quieta y sin otra cosa que hacer, miró el reloj y comenzó a preparar la cena. El trabajo se le hizo interminable. Agarró un pollo y lo limpió apresuradamente. Un pastel de especias apareció casi por arte de magia. Las fresas que habían sido destinadas para conservas terminaron en un pastelillo de frutas. Del interior de la cabaña comenzaron a salir aromas deliciosos. Añadió muchos pequeños detalles extra a la mesa y luego empezó a vigilar el camino.

Todo estaba listo, pero Elnora no regresaba. Entonces comenzó el angustioso proceso de intentar mantener caliente la comida sin echarla a perder. Los pájaros se fueron a dormir y cayó el crepúsculo. Mrs. Comstock apagó el fuego y dejó la cena servida sobre la mesa. Luego salió y se sentó en el escalón de la puerta delantera, observando cómo la noche se deslizaba a su alrededor.

Se incorporó con ansiedad cuando el portón chirrió, pero era solamente Wesley Sinton que venía acercándose.

—Katharine, Margaret y Elnora pasaron por donde yo estaba trabajando esta tarde, y Margaret bajó del carruaje y me llamó hasta la cerca. Me contó lo que hizo. Vine a decirte que lo siento. Ella me oyó amenazar muchas veces con hacerlo, pero nunca habría tenido valor para llevarlo a cabo. Daría mucho por poder deshacerlo, pero no puedo, así que vine a decirte cuánto lo lamento.

—Tienes algo que lamentar —dijo Mrs. Comstock—, aunque probablemente no estamos pensando en lo mismo. Me duele menos saber la verdad que vivir en la ignorancia. Si Mag hubiera tenido el sentido común de un pajarillo, me lo habría dicho hace años. Eso es lo que me duele: pensar que ambos sabían que Robert no merecía ni una hora de duelo honrado, y aun así me dejaron llorarlo todos estos años y descuidar a Elnora mientras lo hacía. Si tengo algo que perdonarles, es eso.

Wesley se quitó el sombrero y se sentó en un banco.

—Katharine —dijo solemnemente—, nadie sabe nunca cómo tratarte.

—¿Sería pedir demasiado que me tomaran por una mujer con un poco de sentido común? —preguntó ella—. Han sabido todo este tiempo que Comstock recibió lo que merecía cuando intentó cruzar a escondidas un pantano por un

camino abandonado que apenas conocía. Habría pensado que entender eso sería la mejor forma de curarme de andar suspirando por él y descuidando a mi hija.

—Sólo Dios sabe cuánto pensamos en eso y cuánto hablamos de ello, pero ambos fuimos demasiado cobardes. No nos atrevimos a decírtelo.

—Y así siguieron año tras año viendo cómo yo mostraba indiferencia hacia Elnora, cuando hasta el más simple sentido común habría señalado que ella era mi salvación. ¡Míralo bien! No llevábamos ni un año de casados. Todos sus votos de amor y fidelidad hechos ante el Todopoderoso olvidados en pocos meses, y un baile y una mujer liviana lo tentaron tanto que tuvo que mentir y escabullirse. ¿Qué clase de perspectiva era esa para una vida entera? Yo conozco a los hombres y a las mujeres. Un hombre honorable es honorable, y un mentiroso es mentiroso; ambos nacen así, no se hacen. Uno no puede transformarse en el otro más de lo que un leopardo puede cambiar sus manchas. Después de que un hombre le dice a una mujer la primera mentira de esa clase, las demás llegan amontonándose rápidas, espesas y altas como montañas. La desolación que dejan tras de sí eclipsa por completo cualquier cosa que yo haya sufrido. Si él hubiera vivido seis meses más, habría descubierto lo que realmente era. Lo llevaba en la sangre. Su padre y su abuelo antes que él eran gente de violines y bailes; pero yo estaba segura de él. Pensé que podíamos dejar Ohio y venir aquí solos, y que podría amarlo tanto e interesarlo tanto en su trabajo que se convertiría en un hombre de verdad. De todos los trabajos inútiles y absurdos, tratar de hacer algo bueno de una criatura que empieza engañándote es el más necio que una mujer sensata puede emprender. Estoy más que arrepentida de que tú y Margaret no encontraran el valor para decírmelo hace años. Lo habría descubierto unos meses después si él hubiera vivido, y no lo habría soportado ni un solo día. El hombre que rompe sus votos conmigo una vez, no obtiene una segunda oportunidad. Yo doy verdad y honor. Tengo derecho a exigirlos de vuelta. Me alegra comprenderlo por fin. Ahora, si Elnora me perdona, empezaremos de nuevo y veremos qué podemos hacer con lo que queda de la vida. Si no me perdona, entonces será mi turno de aprender lo que realmente significa sufrir.

—Pero sí lo hará —dijo Wesley—. ¡Tiene que hacerlo! No podrá evitarlo cuando todo le sea explicado.

—Noto que no tiene mucha prisa por volver a casa. ¿Sabes dónde está o qué está haciendo?

—No lo sé. Pero seguramente llegará pronto. Debo irme a ayudar a Billy con el trabajo de la noche. Adiós, Katharine. ¡Gracias al Señor que al fin has vuelto en ti!

Se estrecharon la mano y Wesley se alejó por el camino mientras Mrs. Comstock entraba en la cabaña. No podía tragar alimento alguno. Permaneció en la puerta trasera observando el cielo en busca de polillas, pero no parecían abundar mucho. El ánimo se le vino abajo y comenzó a respirar con dificultad.

Entonces oyó la puerta mosquitera del frente. Alcanzó la puerta central justo cuando Elnora ponía el pie en el primer escalón.

—Date prisa y arréglate, Elnora —dijo—. La cena ya casi se ha echado a perder.

Elnora cerró la puerta de la escalera detrás de sí y, por primera vez en su vida, echó el pesado cerrojo que impedía el paso desde abajo. Mrs. Comstock oyó el golpe seco y comprendió su significado. Se tambaleó levemente y tuvo que aferrarse al marco de la puerta para sostenerse. Permaneció allí varios minutos; luego se dejó caer en la silla más cercana.

Después de mucho tiempo se levantó y, tropezando casi a ciegas, guardó la comida en la alacena y cubrió la mesa. Tomó la lámpara con una mano y la mantequilla con la otra y se dirigió a la caseta del manantial. Algo pasó rozándole el rostro, y levantó la vista justo a tiempo para ver una criatura alada elevarse por encima de la cabaña y desaparecer volando.

—Era un ave nocturna —murmuró.

Pero al detenerse para dejar la mantequilla en el agua, otro pensamiento acudió a ella.

—¡Tal vez era una polilla!

Mrs. Comstock dejó caer la mantequilla y salió apresuradamente con la lámpara. La sostuvo en alto por encima de la cabeza y esperó hasta que los brazos comenzaron a dolerle. Pequeños insectos nocturnos acudieron a la luz, y al final apareció una pequeña polilla polvorienta, pero nada de gran tamaño.

—Tendré que ir adonde estén, si quiero encontrarlas —murmuró Mrs. Comstock.

Fue al granero por el par de gruesas botas altas que usaba para alimentar al ganado en la nieve profunda. Las dejó junto a la puerta trasera y luego subió al desván sobre la caseta del manantial, donde buscó una vieja linterna de aceite de manteca y uno de los primeros modelos fabricados para ese combustible. Limpió ambas y las llenó.

Escuchó hasta asegurarse de que arriba todo había permanecido en silencio durante más de media hora. Para entonces ya pasaban de las once. Entonces tomó la linterna de la cocina, las otras dos antiguas, un puñado de cerillos, un ovillo de cordel y salió de la cabaña, cerrando la puerta suavemente tras ella.

Sentada en los escalones traseros, se puso las botas y luego permaneció contemplando la perfumada noche de junio, primero hacia los bosques de su propiedad y después hacia el Limberlost. Su silueta era tan oscura y amenazadora que un escalofrío la recorrió. Bajó por el jardín siguiendo el sendero hacia el bosque, pero cuando se acercó al estanque las rodillas le flaquearon y el valor la abandonó. Saber, en el fondo de su alma, que ahora se alegraba de que Robert Comstock estuviera en el fondo de aquel lugar la convirtió en una cobarde, ella que había llorado por él allí durante incontables noches sin temor alguno.

No pudo continuar.

Rodeó la parte trasera del jardín, cruzó un campo y salió al camino. Pronto llegó al Limberlost. Buscó hasta encontrar el viejo sendero y lo siguió, tropezando con troncos y atravesando enredaderas y hierbas que se aferraban a ella. Las pesadas botas golpeaban sordamente el suelo a cada paso; las ramas bajas le azotaban el rostro y tiraban de su cabello. Pero sus ojos permanecían fijos en el cielo mientras avanzaba forzándose entre la noche, esperando encontrar señales de alguna criatura viviente surcando el aire.

Poco a poco comenzó a distinguir el vuelo vacilante de algo que creyó del tamaño adecuado. No tenía idea de dónde estaba, pero se detuvo, encendió una linterna y la colgó tan alto como pudo alcanzar. A cierta distancia colocó la segunda y luego la tercera. Las criaturas se acercaron más y, enferma de decepción, vio que eran murciélagos. Agazapada entre las húmedas hierbas del

pantano, sin pensar ni por un instante en serpientes o insectos venenosos, esperó, con los ojos yendo de una linterna a otra. Una vez creyó que una criatura de vuelo alto descendía cerca de la lámpara de aceite de manteca, así que se levantó conteniendo el aliento y aguardó, pero o pasó de largo o fue una ilusión. Miró la vieja linterna, luego la nueva, y en un instante estuvo de pie acercándose sigilosamente. Algo tan grande como un pájaro pequeño revoloteaba alrededor. La señora Comstock empezó a sudar, mientras su mano temblaba violentamente. Se acercó más y justo cuando extendía la mano hacia ello, algo parecido pasó rozando y ambas criaturas se alejaron juntas.

La señora Comstock apretó los dientes y permaneció allí temblando. Durante largo rato las cigarras chirriaron, los chotacabras lanzaron sus llamados y un constante zumbido de vida nocturna palpitó en sus oídos. A lo lejos en el cielo vio algo acercarse cuando aún no era mayor que una hoja cayendo. Volaba directamente hacia la luz. La señora Comstock comenzó a rezar en voz alta.

—¡Por aquí, Señor! ¡Haz que venga por aquí! ¡Por favor! ¡Oh, Señor, haz que baje más!

La polilla vaciló ante la primera luz, luego lenta y suavemente avanzó hacia la segunda, como si siguiera un sendero de aire. Se posó en una hoja cerca de la linterna y se quedó quieta. Cuando la señora Comstock extendió la mano hacia ella, una fina rociada amarilla humedeció su mano y las hojas circundantes. Cuando las alas de la criatura se alzaron sobre su espalda, sus dedos se cerraron. Sostuvo la polilla a la luz. Era más marrón que amarilla, y recordó haber visto algunas semejantes en las cajas aquella tarde. No era la que necesitaban para completar la colección, pero quizá Elnora la quisiera, así que la señora Comstock la conservó. Entonces el Todopoderoso fue bondadoso, o la naturaleza bastó por sí sola, según quiera verse, porque siguiendo la ley de su ser al verse perturbada, la polilla volvió a lanzar el rocío con el que algunos suponen atrae a las de su especie, y empapó generosamente el frente del vestido y los brazos de la señora Comstock. Desde ese instante, se convirtió en el mejor cebo para polillas jamás inventado. Todos los Polifemos que estaban al alcance acudieron apresuradamente hacia ella, y otras criaturas nocturnas revoloteantes los siguieron. La invasión llegó de su lado. Ella atrapaba desesperadamente aquí y allá hasta que tuvo una en cada mano y ningún sitio donde ponerlas. Veía llegar más, y su corazón dolorido, hinchado por la tensión de la larga excitación,

le dolía miserablemente. Rezaba en exclamaciones entrecortadas que no siempre sonaban reverentes, pero jamás alma humana alguna había sido más sincera en su fervor.

Las polillas seguían llegando. Tenía una en cada mano. No eran amarillas y no sabía qué hacer. Miró alrededor tratando de descubrir algún modo de conservar las que tenía, y su corazón palpitante se detuvo mientras todos sus músculos se endurecían. Allí estaba la silueta borrosa de una figura agazapada a menos de dos metros, y un par de ojos que su dueño creía ocultos reflejaban la luz en una fría chispa. Su primer impulso fue gritar y huir por la vida. Antes de que sus labios pudieran abrirse, una gran polilla se posó sobre su pecho mientras sentía otra caminar sobre su cabello. Todo sentido de precaución la abandonó. No le importaba vivir si no podía reemplazar la polilla amarilla que había matado. Volvió los ojos hacia la figura entre las hojas.

—¡Eh, usted! —gritó con voz ronca—. ¡Lo necesito! ¡Salga de ahí y ayúdeme! Estas criaturas van a escapárseme. ¡Muévase!

Pete Corson apartó los arbustos y entró en el círculo de luz.

—¡Ah, eres tú! —dijo la señora Comstock—. ¡Debí haberlo sabido! Pero me diste un susto. Toma, sostén éstas mientras hago alguna clase de bolsa para ellas. ¡Con cuidado! ¡Si las estropeas no garantizo lo que pueda pasar contigo!

—Bastante feroz, ¿no? —rió Pete, pero avanzó y extendió las manos—. ¿Para Elnora, supongo?

—Sí —respondió la señora Comstock—. En un ataque de rabia aplasté una esta mañana y, por la suerte del mismo diablo, era la última polilla que necesitaba para completar una colección. Tengo que conseguir otra o morir.

—Entonces creo que será tu funeral —dijo Pete—. No hay ni una posibilidad entre doce de que aparezca la correcta. ¿De qué color era?

—Amarilla y grande como un pájaro.

—Probablemente el Emperador —dijo Pete—. Ésas se sacan cavando, y no son tan numerosas como para andar aplastándolas por diversión.

—Bueno, al menos puedo intentar conseguir una —dijo la señora Comstock—. Olvidé por completo traer algo donde meterlas. Sujétalas pellizcando las alas mientras hago un saco.

La señora Comstock se quitó el delantal, arrancándole las cintas. Desabrochó y se quitó la falda de su vestido de percal. Con una de las cintas del delantal cerró la cintura y la abertura. Sacó una horquilla de alambre de su cabello, la atravesó en la otra cinta y, usándola como pasador, la pasó por el dobladillo de la falda, de modo que pronto tuvo una bolsa grande. Metió dentro varias ramas donde las polillas pudieran sujetarse, cerró parcialmente la abertura y la sostuvo hacia Pete.

—Mete bien la mano y suelta las criaturas —ordenó—. ¡Pero con cuidado, hombre! ¡No las golpees contra las ramas! Despacio. Esa es una. Ahora la otra. ¿Ya se fue la que estaba en mi cabeza? Había una en mi vestido, pero creo que voló. Aquí viene una especie de grisácea.

Pete deslizó varias polillas más dentro de la bolsa.

—Ahora ya son cinco, señora Comstock —dijo—. Lo siento, pero tendrá que conformarse con eso. Debe salir de aquí rápidamente. Van a tomar sus luces por llamadas urgentes y dentro de la próxima hora un par de hombres vendrán cabalgando como locos. No serán buenos muchachos de escuela dominical, y no se pondrán a sostener bolsas y atrapar polillas para usted. Tiene que irse enseguida.

La señora Comstock dejó la bolsa y bajó una de las linternas.

—No voy a moverme ni un paso —dijo—. Esta tierra no te pertenece. No tienes derecho a echarme de aquí. Aquí me quedaré hasta conseguir un Emperador Amarillo, y ningún ladronzuelo insignificante de este vecindario va a asustarme.

—No entiende —dijo Pete—. Estoy dispuesto a ayudar a Elnora, y la protegería si pudiera, pero serán demasiados y vendrán furiosos por haber sido llamados para nada.

—Bueno, ¿y quién los está llamando? —exigió la señora Comstock—. Estoy atrapando polillas. Si un montón de inútiles se deja engañar y pierde unas horas de sueño, pues que las pierdan. No pueden hacerme daño ni detener mi trabajo.

—Sí pueden, y harán ambas cosas.

—¡Pues quiero verlos intentarlo! —dijo la señora Comstock—. Llevo el revólver de Robert en mi vestido, y puedo disparar tan recto como cualquier hombre, si estoy lo bastante furiosa. Cualquiera que interfiera conmigo esta noche descubrirá que tengo furia de sobra. ¡Ahí va otra!

Entró en la luz y esperó hasta que una gran polilla marrón se posó sobre ella y pudo atraparla fácilmente. Luego, con vuelo ligero y etéreo, llegó una delicada criatura verde pálido, y la señora Comstock salió tras ella. Pero el aroma no era el adecuado. La polilla revoloteó alto, luego descendió más, todavía más, y se alejó planeando. Con las manos extendidas la señora Comstock la persiguió. Corrió de un lado a otro y entonces tropezó con un objeto que la hizo caer. Se levantó en un instante, pero había perdido de vista a la polilla. Con el rostro desencajado se volvió hacia el hombre agazapado.

—¡Asqueroso y furtivo hijo de Satanás! —gritó—. ¿Por qué estás escondido ahí? Me hiciste perder la que más quería de todas las que he tenido oportunidad de atrapar. ¡Lárgate de aquí! ¡Vete ahora mismo o llenaré tu miserable pellejo de agujeros hasta que sirvas para cernir harina de maíz! ¡Vete, digo! ¡Esta noche estoy usando el Limberlost y no voy a dejar que me detenga el mismísimo diablo! ¡Corre como alma que lleva el demonio y dile a los demás que mejor se vayan a casa! Pete va a ayudarme y es el único de ustedes que necesito. ¡Ahora fuera!

El hombre se dio media vuelta y se marchó. Pete se apoyó contra un árbol, mantuvo la boca cerrada y se sacudió por dentro de risa. La señora Comstock regresó jadeando.

—Ese viejo canalla me hizo perderla —dijo—. Si algún otro viene husmeando por aquí, simplemente le dispararé primero y hablaré después. No tengo tiempo para conversar. ¡Imagínate que hubiera sido amarilla! ¡Habría matado a ese hombre, seguro! El Limberlost no es un lugar seguro esta noche, y cuanto antes lo entiendan esos cachorros, mejor será para ellos.

Pete dejó de reír para observarla. Vio que hablaba completamente en serio. Había sobrepasado la razón, el sentido común y el miedo. El suave aire nocturno agitaba el cabello húmedo alrededor de sus sienes, y las linternas vacilantes daban a su rostro un tono verde fantasmal. Era evidente que nada la

detendría. Pete comenzó de pronto a atrapar polillas con ejemplar diligencia. Mientras metía una en la bolsa, otra escapó.

—No debemos volver a intentar eso —dijo la señora Comstock—. Ahora, ¿qué haremos?

—Estamos cerca del viejo refugio —dijo Pete—. Creo que puedo entrar. Quizá podríamos meter allí las demás.

—¡Es una idea magnífica! —dijo la señora Comstock—. Tendrán tanto espacio ahí dentro que difícilmente se lastimarán, y los libros dicen que no vuelan de día a menos que las molesten, así que cuando amanezca se quedarán quietas y podré venir con Elnora a recogerlas.

Capturaron dos más, y luego Pete las llevó al refugio.

—¡Aquí viene una grande! —gritó al regresar.

La señora Comstock levantó la vista y avanzó con una oración en los labios. No podía distinguir el color desde aquella distancia, pero la polilla parecía distinta de las otras. Venía acercándose, descendiendo más y lanzándose de una luz a otra. Cuando pasó cerca de ella:

—¡Oh, Padre Celestial! —exclamó triunfante la señora Comstock—. ¡Es amarilla! ¡Con cuidado, Pete! ¡Tu sombrero, quizá!

Pete lanzó un amplio golpe con él. La polilla vaciló sobre el sombrero y se alejó planeando. La señora Comstock se apoyó contra un árbol y cubrió su rostro con las manos temblorosas.

—¡Ése es mi castigo! —clamó—. ¡Oh, Señor, si pones en mis manos una polilla como ésa, siempre seré una mejor mujer!

El Emperador apareció nuevamente a la vista. Pete permaneció tenso y preparado. La señora Comstock avanzó hacia la luz y observó la trayectoria de la polilla. Entonces una segunda apareció persiguiendo a la primera. La más grande vaciló una vez más dentro del círculo iluminado. El sudor corría por el rostro del hombre. Levantó a medias el sombrero.

—¡Reza, mujer! ¡Reza ahora! —jadeó.

—Creo que será mejor que me coloque junto a esa lámpara de aceite de manteca y me ponga a trabajar —susurró la señora Comstock—. El Señor sabe que todo esto es una oración, pero ahora no es momento de palabras. ¡Prepárate, Pete! ¡Tú tendrás la primera oportunidad!

Pete hizo otro amplio y firme movimiento, pero la polilla se desvió por debajo del sombrero. En su vuelo vino directamente hacia la señora Comstock. Ella arrancó el resto del delantal que llevaba metido en la cintura de la enagua y sostuvo el percal frente a sí. La polilla chocó de lleno contra la tela y quedó aferrada a ella. Pete se acercó sigilosamente. La segunda polilla siguió a la primera y el rocío salpicó el delantal.

—¡Espera! —jadeó la señora Comstock—. Creo que ya se han posado. Los libros dicen que ahora no se moverán.

La gran criatura amarillo pálido permanecía firmemente aferrada, bajando y levantando las alas. La otra se acercó más. La señora Comstock sostenía la tela con manos rígidas, mientras Pete podía oír su respiración en cortas ráfagas.

—¿Lo intento ahora? —suplicó él.

—¡Espera! —susurró la mujer—. ¡Algo parece decirme que espere!

La brisa nocturna arreció y agitó suavemente el delantal. Las cigarras chirriaban, los mosquitos zumbaban y las ranas cantaban sin interrupción. Un olor almizclado fue llenando lentamente el aire.

—¿Y ahora? —preguntó Pete.

—No. Déjalas tranquilas. Ya están seguras. Son mías. Son mi salvación. ¡Dios y el Limberlost me las dieron! No se moverán durante horas. Todos los libros lo dicen. ¡Oh, Padre Celestial, te doy gracias a Ti, y también a ti, Pete Corson! Eres un buen hombre por ayudarme. Ahora ya puedo volver a casa y enfrentarme a mi muchacha.

Pero en vez de eso, la señora Comstock se desplomó de pronto. Extendió el delantal sobre sus rodillas. Las polillas permanecieron inmóviles. Entonces su cansada cabeza blanca cayó hacia adelante, las lágrimas que había creído secas para siempre brotaron a raudales y sollozó de pura alegría.

—Oh, ahora no debería hacer eso, ¿sabe? —la consoló Pete—. ¡Piense que consiguió dos! Eso es más de lo que cualquiera habría esperado. Cualquiera diría que lloraría si no hubiera conseguido ninguna. Vamos ya. Casi amanece. Déjeme ayudarla a volver a casa.

Pete tomó la bolsa y las dos viejas linternas. La señora Comstock llevaba sus polillas y la mejor linterna, e iba delante alumbrando el camino.

Elnora había permanecido sentada junto a su ventana hasta muy entrada la noche. Por fin se desvistió y se acostó, pero el sueño no llegaba. Había ido a la ciudad para hablar con miembros de la Junta Escolar acerca de un puesto en los grados inferiores. Existía la posibilidad de que pudiera conseguir la polilla y así empezar la universidad aquel otoño, pero si no lo lograba, entonces quería el empleo en la escuela. Le habían dado ciertas esperanzas, pero era tan desdichada que nada parecía importar. No veía abierto ningún camino en la vida, salvo una larga serie de decepciones mientras permaneciera con su madre. Sin embargo, Margaret Sinton le había aconsejado regresar a casa y hacer un intento más. Margaret parecía tan segura de que habría un cambio para bien, que Elnora había aceptado, aunque ella misma no tenía esperanza alguna. Tan fuerte es el vínculo de la sangre que no lograba decidirse a buscar hogar en otra parte, aun después del día que había vivido. Incapaz de dormir, terminó levantándose y, como la habitación estaba calurosa, se sentó en el suelo junto a la ventana. Las luces del pantano llamaron su atención. Se inquietó mucho, pues cerca de cien de sus mejores polillas estaban en el refugio. Sin embargo, allí no había dinero, y nadie había tocado jamás ni un libro ni ninguno de sus instrumentos. Observar aquellas luces la hizo pensar, y antes de darse cuenta se hallaba presa del pánico.

Bajó apresuradamente la escalera llamando suavemente a su madre.

—¡Madre!

No hubo respuesta. Cruzó de puntillas la sala y miró por la puerta abierta. No había nadie, y la cama ni siquiera había sido usada. Su primer pensamiento fue que su madre había ido al estanque; y el Limberlost estaba vivo de señales. Compasión y miedo se mezclaron en el corazón de la muchacha. Abrió la puerta de la cocina, atravesó el jardín y corrió hacia el pantano. Cuando estuvo cerca escuchó atentamente, pero sólo oyó las voces habituales de la noche.

—¡Madre! —llamó suavemente.

Luego más fuerte:

—¡Madre!

No hubo ni un sonido. Helada de espanto volvió apresuradamente a la cabaña. No sabía qué hacer. Entendía perfectamente lo que significaban las luces en el Limberlost. ¿Dónde estaba su madre? Temía entrar, pero cada vez tenía más frío y aún más miedo de quedarse afuera. Por fin fue al cuarto de su madre, tomó la escopeta, la llevó a la cocina y, acurrucándose en un pequeño rincón detrás de la estufa, aguardó temblando de ansiedad. El tiempo se hizo espantosamente largo antes de que oyera la voz de su madre. Entonces decidió que alguien habría enfermado y mandado llamarla, así que cobró valor y, cruzando rápidamente la cocina, quitó la barra de la puerta y se apartó de la vista junto a la mesa.

La señora Comstock entró arrastrando pesadamente los pies. La falda de su vestido había desaparecido, la enagua estaba mojada y embarrada, y la parte superior del vestido casi desgarrada de su cuerpo. El cabello le colgaba en húmedos mechones; los ojos estaban enrojecidos de tanto llorar. En una mano sostenía la linterna y en la otra, rígidamente extendida frente a ella, sobre un trozo de percal descansaba una magnífica pareja de Emperadores Amarillos. Elnora se quedó mirando, con los labios entreabiertos.

—¿Pongo las otras en la cocina? —preguntó una voz masculina.

La muchacha retrocedió hacia las sombras.

—Sí, en cualquier lugar junto a la puerta —respondió la señora Comstock mientras se hacía a un lado para dejarle pasar.

La cabeza de Pete apareció. Dejó las polillas y se marchó.

—Te agradezco, Pete, más de lo que mujer alguna te haya agradecido jamás —dijo la señora Comstock.

Colocó la linterna sobre la mesa y volvió a atrancar la puerta. Cuando se dio vuelta, Elnora apareció ante ella. La señora Comstock se inclinó hacia su hija y le tendió las polillas. Con una voz vibrante de tonos jamás oídos antes, dijo:

—Elnora, hija mía, mamá te encontró otra polilla.

CAPÍTULO 13

Elnora despertó al amanecer y permaneció acostada contemplando la habitación desconocida. Notó que todo vestigio de ropa y pertenencias masculinas había desaparecido, y comprendió, sin necesidad de explicación alguna, lo que eso significaba. Por alguna razón, toda evidencia tangible de su padre había sido desterrada, y por fin se le permitiría ocupar su lugar.

Se volvió para mirar a su madre. El rostro de la señora Comstock estaba blanco y demacrado, pero sobre él descansaba una expresión de profunda paz que Elnora jamás había visto antes. Mientras estudiaba los rasgos sobre la almohada junto a ella, el corazón de la muchacha latió con ternura. Comprendía tan plenamente como cualquiera todo lo que su madre había sufrido. Los recuerdos de la noche anterior le produjeron un estremecimiento de temor.

Se deslizó suavemente fuera de la cama, fue a su habitación, se vistió y entró en la cocina para atender a los Emperadores y preparar el desayuno. La pareja había sido dejada aferrada al trozo de percal. El percal seguía allí… y algunos fragmentos de hermosas alas.

¡Un ratón se había comido las polillas!

—¡Bueno, esto sí que es una suerte espantosa! —jadeó Elnora.

Pensando primero en su madre, recogió rápidamente los restos de las polillas y los enterró entre las cenizas de la estufa. Llevó la bolsa a su cuarto y soltó apresuradamente el contenido, pero no había otra amarilla. Su madre había dicho que algunas habían quedado encerradas en la caja del Limberlost. Aún existía la esperanza de que hubiera un Emperador entre ellas.

Echó un vistazo a su madre, que seguía durmiendo profundamente.

Elnora tomó un gran pedazo de mosquitero y corrió hacia el pantano. Lo extendió sobre la parte superior de la caja y abrió la puerta. Se tambaleó, desfallecida por la angustia.

Las polillas vivas que habían quedado atrapadas allí, en su desesperado revoloteo por escapar hacia la noche y hacia las parejas que buscaban, no sólo habían destruido los otros ejemplares de la caja, sino que se habían desgarrado

ellas mismas contra los alfileres hasta quedar hechas jirones. Una tercera parte de las polillas más raras de la colección destinada al hombre de la India estaban sin antenas, sin patas, sin alas y, muchas veces, sin cabeza.

Elnora rompió a llorar en voz alta.

—Esto es abrumador —dijo al fin—. Me está convirtiendo en fatalista. Estoy empezando a creer que las cosas ocurren tal como fueron ordenadas desde el principio, y esto indica claramente que no habrá universidad para mí… al menos este año. Mi vida siempre está en la cima de una montaña o en el fondo de un cañón. Ojalá alguien me condujera por unos cuantos días hacia "verdes pastos". Anoche me dormí sobre el brazo de mamá, con las polillas aseguradas, el amor y la universidad como certezas. Esta mañana despierto y encuentro todas mis esperanzas destruidas. Simplemente no me atrevo a dejar que mamá sepa que, en vez de ayudarme, arruinó mi colección. Todo se ha perdido… a menos que el amor permanezca. Eso sí parecía verdadero. Creo que iré a comprobarlo.

El amor permanecía.

De hecho, en el desbordamiento de aquel corazón endurecido y reprimido durante tanto tiempo, la muchacha casi se sintió sofocada por las caricias tempestuosas y las generosas muestras de afecto. Antes de terminar el día, Elnora comprendió que jamás había conocido realmente a su madre. La mujer que ahora iba de un lado a otro por la cabaña, con los ojos brillantes, ansiosos, alertas, planeándolo todo constantemente, era una desconocida. Hasta su rostro parecía diferente, y resultaba imposible creer que, en una sola noche, el ácido de veinte años hubiera desaparecido de una voz para dejarla dulce y agradable.

Durante los días siguientes Elnora trabajó montando las polillas que su madre había capturado. Tuvo que ir con la Mujer de los Pájaros y contarle el desastre, pero la señora Comstock pudo seguir creyendo que Elnora había entregado las polillas cuando hizo el viaje. Si le hubiera contado lo que realmente ocurrió, lo más probable es que la señora Comstock hubiera vuelto a apoderarse del Limberlost, cazando allí hasta reemplazar todas las polillas destruidas.

Pero Elnora sabía, por experiencia, lo que significaba reunir una lista semejante en parejas. Harían falta por lo menos dos veranos de trabajo constante para recuperar las polillas perdidas.

Cuando salió de ver a la Mujer de los Pájaros, fue a ver al presidente de las escuelas de Onabasha y le pidió que hiciera todo lo posible por conseguirle un aula en uno de los edificios de distrito.

A la mañana siguiente, la última polilla quedó montada y las labores de la casa terminadas. Entonces Elnora dijo a su madre:

—Si no te molesta, creo que iré al bosque, al prado junto al arroyo de la Serpiente Dormida, para ver si puedo atrapar algunas libélulas o polillas.

—Espera a que busque un cuchillo y un balde y te acompañaré —respondió la señora Comstock—. Los dientes de león están muy tiernos entre las hierbas altas para hacer verdura, y quizá yo también vea algo. Tengo muy buena vista.

—Ojalá pudieras darte cuenta de lo joven que eres —dijo Elnora—. Conozco mujeres en Onabasha que son diez años mayores que tú y, sin embargo, parecen veinte años más jóvenes. Tú también podrías verte así, si arreglaras tu cabello de manera favorecedora y usaras ropa apropiada.

—Creo que mi cabello me pone permanentemente en la categoría de anciana —dijo la señora Comstock.

—¡Pues no es así! —exclamó Elnora—. Hay una mujer de veintiocho años que tiene el cabello tan blanco como el tuyo por culpa de las migrañas, pero su rostro es joven y hermoso. Si tu cara se llenara un poco más y desaparecieran esas líneas, ¡serías preciosa!

—¡Cerdita! —rió la señora Comstock—. Cualquiera diría que deberías estar satisfecha con tener una madre completamente nueva, sin empezar a criticar su aspecto desde el primer momento. ¡Avariciosa!

—Es una buena palabra —dijo Elnora—. Admito la acusación. Soy avariciosa respecto a cada año desperdiciado. Quiero que seas joven, hermosa, bien vestida y que disfrutes de la vida como las madres de las demás muchachas.

La señora Comstock rió suavemente mientras echaba hacia atrás su sombrero de sol para poder examinar cuidadosamente los arbustos y matorrales junto al sendero. Elnora caminaba delante con una caja sobre el hombro y una red en la mano. Llevaba la cabeza descubierta; el cuello enrollado de su vestido de

cuadros color lavanda formaba una V en la garganta y las mangas apenas llegaban a los codos.

Cada pocos pasos se detenía y examinaba cuidadosamente los arbustos, mientras la señora Comstock observaba hasta que le dolían los ojos; pero no había ni un solo diente de león en el balde que llevaba.

El principio de junio estallaba en hierbas frescas, flores brillantes, cantos de pájaros y criaturas aladas de alegres colores. Las dos avanzaban por el sendero bajo aquella mañana perfecta, con el amor de Dios y de toda la naturaleza en el corazón.

Por fin llegaron al arroyo y lo siguieron hacia el puente. Allí la señora Comstock encontró un gran manchón de tiernos dientes de león y se detuvo a llenar el balde. Luego se sentó en la orilla, limpiando las hojas verdes mientras escuchaba al arroyo cantar suavemente su canción de junio.

Elnora permaneció a distancia de llamada y estaba teniendo bastante éxito. Finalmente cruzó el arroyo y siguió su curso hasta un puente. Allí comenzó a examinar cuidadosamente la parte inferior de las vigas y del piso buscando capullos.

La señora Comstock podía verla a ella y al arroyo durante varios metros río arriba. La madre estaba golpeando las largas hojas verdes contra su mano y escogiendo cuidadosamente los botones blancos, porque a Elnora le gustaban, cuando un chapoteo río arriba llamó su atención.

Doblando la curva apareció un hombre. Iba con la cabeza descubierta, vestido con un suéter blanco y botas de pesca que le llegaban hasta la cintura. Caminaba por la orilla y sólo entraba al agua cuando era necesario. Llevaba una extraña canasta sujeta a la cadera y, con una pequeña caña, lanzaba una larga línea que giraba delante de él sobre el arroyo, manipulando hábilmente un pequeño objeto flotante.

Estaba más cerca de Elnora que de su madre, pero la señora Comstock pensó que quizá, si se apresuraba, podría permanecer sin ser vista y aun así advertir a la muchacha de que se acercaba un extraño. Cuando llegó al puente, se sujetó de un arbolillo y se inclinó sobre el agua para llamar a Elnora.

Con los labios entreabiertos para hablar, vaciló un segundo para observar una especie de insecto que cruzó destellando sobre el agua, cuando un chapoteo del hombre atrajo la atención de la muchacha.

Elnora estaba debajo del puente, con una rodilla apoyada en el terraplén y un pie afirmado para sostenerse. El cabello revuelto por el viento y los arbustos, el rostro sonrojado, había levantado los brazos por encima de la cabeza, intentando desprender un capullo que había encontrado.

La llamada que la señora Comstock pensaba hacer jamás salió de sus labios, porque cuando Elnora miró hacia abajo al oír el ruido, el hombre sugirió:

—Tal vez podría ayudarla a sacar eso.

La señora Comstock retrocedió. Era un joven de rostro extraordinariamente atractivo, aunque demasiado pálido para reflejar buena salud; de hombros anchos y figura delgada y erguida.

—¡Oh, espero de verdad que pueda! —respondió Elnora—. ¡Es un hallazgo magnífico! Es uno de esos hermosos capullos rojo pálido descritos en los libros. Sospecho que se debe a haber estado en un lugar oscuro y protegido del clima.

—¿De veras? —exclamó el hombre—. Espere un momento. Nunca he visto uno. Supongo que es una Cecropia, por el lugar.

—Por supuesto —dijo Elnora—. Aquí hace tanto fresco que la polilla aún no ha salido. El capullo es grande y holgado, y tan rojo como la cola de un zorro.

—¡Qué suerte! —exclamó él—. ¿Está haciendo una colección?

Recogió la línea, dejó la caña sobre un arbusto y subió el terraplén hasta quedar junto a Elnora. Sacó un cuchillo y comenzó a tallar cuidadosamente una ranura profunda alrededor del capullo.

—Sí. Pagué mis estudios en la preparatoria de Onabasha con ellas. Ahora estoy empezando una colección que significa universidad.

—¡Onabasha! —dijo el hombre—. Ahí es donde estoy de visita. Tal vez conozca a mi familia… ¿los Ammon? El doctor es mi tío. Mi hogar está en Chicago. Tuve fiebre tifoidea, y muy fuerte. Estuve seis semanas en el hospital. No recuperé bien las fuerzas, así que el tío Doc mandó por mí. Voy a vivir al

aire libre todo el verano y hacer ejercicio hasta recuperar mi condición. ¿Conoce a mi tío?

—Sí. Es el médico de la tía Margaret, y también sería el nuestro… sólo que nunca nos enfermamos.

—¡Pues se nota! —dijo el hombre, observando a Elnora de arriba abajo.

—Los extraños siempre lo mencionan —suspiró Elnora—. Me pregunto cómo se sentirá ser una dama pálida y delicada y andar en carruaje.

—¡Pregúntemelo a mí! —rió el hombre—. Se siente del demonio. ¡Estoy tan orgulloso de mis pies! Ya es toda una hazaña mantenerme en pie. Tengo que mantenerme fuera del agua todo lo posible y descansar cada media milla. Pero con un trabajo interesante al aire libre volveré a ser yo mismo en una semana.

—¿Llama usted trabajo a eso? —preguntó Elnora, señalando el arroyo.

—¡Claro que sí! Casi tres millas, orillas demasiado blandas para presumir y ni una sola picada. ¿No llamaría usted a eso trabajo duro?

—Sí —rió Elnora—. Trabajo en el que podría matarse y jamás sacar un pez. ¿Alguien le dijo que había truchas en el arroyo de la Serpiente Dormida?

—Mi tío dijo que podía intentarlo.

—Oh, sí puede —dijo Elnora—. Puede intentarlo hasta el fin de los tiempos, pero jamás atrapará una trucha. Esto está demasiado al sur y hace demasiado calor para ellas. Si se sienta en la orilla y usa lombrices, quizá consiga algunas percas o bagres.

—Pero eso no es ejercicio.

—Bueno, si lo único que quiere es ejercicio, siga pescando. Todas las noches tendrá una cesta llena de resultados invisibles.

—¡Objeción! —dijo el hombre enfáticamente.

Volvió a interrumpir su trabajo y estudió a Elnora. Ni siquiera la madre, que observaba, podía culparlo. Bajo la sombra del puente, la brillante cabellera de Elnora y su vestido color lavanda formaban una imagen digna de larga contemplación.

—¡Objeción! —repitió el hombre—. Cuando trabajo quiero ver resultados. Preferiría ejercitarme cortando leña, viendo cómo un montón disminuye y el otro crece, antes que lanzar el sedal todo el día y no atrapar nada porque no hay peces que morder. El trabajo por el trabajo mismo no me atrae.

Excavó la ranura alrededor del capullo con mano experta.

—¡Ahora, esto sí tiene gracia! —dijo—. Va a costar trabajo sacarlo, pero cuando salga no sólo será hermoso, sino que tendrá valor; la ayudará a avanzar en su camino. Creo que voy a guardar mi caña y dedicarme a cazar polillas. ¡Eso sí sería algo interesante! ¿No quiere ayuda?

Elnora esquivó la pregunta.

—¿Ha cazado polillas alguna vez, señor Ammon?

—Lo suficiente para conocer los trucos para atraparlas y distinguir las más comunes. Me vuelven loco las Catocalas. Hay demasiadas y todas se parecen demasiado para Philip, pero conozco bien a esos compañeros. Una entró volando a mi habitación cuando tenía unos diez años, y pensamos que era un milagro. Ninguno de nosotros había visto jamás una, así que la llevamos al museo con el doctor Dorsey. Él dijo que eran bastante comunes, pero que no las veíamos porque volaban de noche. Me mostró la colección del museo y me interesé tanto que llevé la mía de vuelta a casa y empecé a buscarlas.

—Cada año, después de eso, íbamos a nuestra cabaña un mes antes para que yo pudiera encontrarlas, y toda mi familia me ayudaba. Seguí con ello hasta que entré a la universidad. Entonces mantener a las polillas pequeñas alejadas de las grandes fue demasiado para mi madre, así que mi padre sugirió que donara mi colección al museo. Compró una hermosa vitrina con mi nombre en ella, lo cual constituye mi única contribución a la ciencia. Sé lo suficiente para ayudarla perfectamente.

—¿No irá al norte este año?

—Todo depende de cómo me deje esta fiebre. Mi tío dice que allá las noches son demasiado frías y los días demasiado calientes para mí. Cree que será mejor que permanezca en un clima estable hasta que recupere las fuerzas. Voy a mantenerme bastante cerca de él hasta estar seguro de ello. No se lo admitiría a nadie en casa, pero estuve a punto de morir. No creo que haya algo que desgaste

los nervios más rápido que el ardor de una fiebre lenta. No, gracias, ya tengo bastante. Me quedo con el tío Doc, así, si vuelve, podrá hacer algo rápidamente.

—No lo culpo —dijo Elnora—. Nunca he estado enferma, pero debe ser horrible. Me temo que se está cansando demasiado con eso. Déjeme tomar el cuchillo un rato.

—¡Oh, no es para tanto! No estaría metido en arroyos si así fuera. Sólo necesito unos cuantos días más para volver a afirmarme sobre mis pies. Enseguida sacaré esto.

—Es muy amable de su parte conseguirlo —dijo Elnora—. Yo habría tenido que despegarlo, y eso habría arruinado el capullo como espécimen y echado a perder la polilla.

—Todavía no me ha dicho si puedo ayudarla mientras esté aquí.

Elnora vaciló.

—Será mejor que diga que sí —insistió él—. Sería una verdadera bondad. Me mantendría al aire libre todo el día y me daría un incentivo para trabajar. Soy bueno en ello. Se lo demostraré si no lo cree, en una semana más o menos. Sé usar azúcar, manipular luces y espejos y todos los métodos expertos. Apostaría a que en ese viejo pantano de allá abundan las polillas.

—Así es —dijo Elnora—. La mayoría de las que tengo las atrapé allí. Hace unas noches mi madre capturó varias, pero no nos atrevemos a ir solas.

—Con más razón me necesitan. ¿Dónde viven? Si usted no me responde, iré a decirle a su madre quién soy y le pediré permiso para ayudarla. Le advierto, señorita, que tengo un modo muy efectivo con las madres. Casi nunca me rechazan.

—Entonces es probable que tenga una experiencia nueva cuando conozca a la mía —dijo Elnora—. Nunca se la conoció por hacer lo que cualquiera esperaba con seguridad que haría.

El capullo se desprendió. Philip Ammon bajó por el terraplén y se volvió para ofrecer la mano a Elnora. Ella descendió corriendo como lo habría hecho si estuviera sola y, tomando el capullo, lo giró de un extremo al otro para comprobar si el imago que contenía seguía vivo.

Luego Ammon recuperó el capullo para alisar los bordes. La señora Comstock les lanzó una larga mirada mientras permanecían allí y volvió a sus dientes de león. Mientras trabajaba, se detenía de vez en cuando para escuchar atentamente.

Poco después bajaron por el arroyo. El hombre llevaba el capullo como si fuera una joya, mientras Elnora avanzaba por la orilla recibiendo una lección de lanzamiento de sedal. Su rostro estaba sonrojado por la emoción, sus ojos brillaban y los arbustos jugaban con su cabello. Difícilmente habría podido superarse aquella imagen de perfecta hermosura, y parecía que los ojos de Philip Ammon funcionaban perfectamente.

—¡Ma-dre! —llamó Elnora.

Había una dulzura ondulante y acariciadora en la voz de la muchacha, mientras cantaba el llamado con perfecta confianza de que recibiría una respuesta amorosa, que golpeó profundamente el corazón de la señora Comstock. Nunca antes había oído pronunciar así aquella palabra y un nudo se le formó en la garganta.

—¡Aquí! —respondió, todavía limpiando dientes de león.

—Madre, éste es el señor Philip Ammon, de Chicago —dijo Elnora—. Ha estado enfermo y se hospeda con el doctor Ammon en Onabasha. Venía pescando por el arroyo y cortó este capullo de debajo del puente para mí. Cree que sería mejor cazar polillas que pescar, hasta que recupere la salud. ¿Qué opinas?

Philip Ammon extendió la mano.

—Me alegra conocerla —dijo.

—Puede dar por hecho el saludo de mano —respondió la señora Comstock—. Los dientes de león tienen la costumbre de dejar pegajosos los dedos, y además me gusta conocer a un hombre antes de estrecharle la mano. Esa presentación parece bastante completa de su parte, pero todavía me deja sin clasificar. Mi apellido es Comstock.

Philip Ammon hizo una inclinación.

—Lamento saber que ha estado enfermo —dijo la señora Comstock—. Pero si la gente insiste en vivir donde tienen un agua tan horrible como la de Chicago, no veo qué otra cosa podrían esperar.

Philip la estudió atentamente.

—Estoy seguro de que no tuve fiebre a propósito —dijo.

—Sí parece un poco tambaleante de piernas —observó ella—. Tal vez sería mejor que se sentara y descansara mientras termino estas verduras. Ya es tarde para las auténticas, pero a la sombra, entre la hierba alta, todavía están tiernas.

—¿Puedo probar una hoja? —preguntó él, alcanzando una mientras se sentaba en la orilla, mirando desde el pequeño arroyo a sus pies hasta los frescos y sombríos espacios del bosque de junio al otro lado.

Respiró profundamente.

—¡Gloria bendita, esto sí que es bueno después de casi dos meses dentro de las paredes de un hospital!

Se tendió sobre la hierba y quedó contemplando las hojas sobre su cabeza, preguntando ocasionalmente el significado de algún canto de pájaro o el origen de una voz desconocida del bosque.

Elnora comenzó a ayudar con los dientes de león.

—Otra, por favor —dijo el joven, extendiendo la mano.

—¿Cree que ésta sea la clase de hierba que comía Nabucodonosor? —preguntó Elnora, entregándole una hoja.

—Si lo es, sabía reconocer algo bueno.

—¡Oh, debería probar los dientes de león hervidos con tocino y servidos con el pan de maíz de mamá!

—¡No diga eso! Mi apetito es el doble de mi tamaño ahora mismo. Ya que hablamos de eso… ¿qué tan lejos queda Onabasha por el camino más corto?

—Tres millas.

El hombre permaneció tendido, completamente satisfecho, mordisqueando hojas.

—Esto sí que es un placer —dijo—. No me extraña que encuentre buena caza aquí. Parece haber follaje para casi toda clase de oruga. Pero supongo que tiene que intercambiar por especies del norte y variedades de la Costa del Pacífico.

—Sí. Y todo el mundo quiere Regalis a cambio. Nunca había visto algo igual. Consideran una Cecropia o una Polifemo un insulto, y una Luna apenas es aceptable.

—¿Qué autoridades consulta?

Elnora comenzó a nombrar libros especializados, lo que dio inicio a una discusión. La señora Comstock escuchaba. Limpiaba los dientes de león con una lentitud mayor que nunca antes. En realidad estaba evaluando al joven: su figura alta y bien proporcionada, sus manos fuertes, la piel suave y fina, la espesa mata de cabello oscuro; y tomaba nota mental de su manera sencilla y varonil de hablar y del hecho evidente de que sabía mucho acerca de polillas.

Le agradaba pensar que, si hubiera sido un muchacho vecino que hubiese permanecido a su lado todos los días de su vida mientras ella trabajaba, no podría sentirse más cómodo allí. Le gustaban las cosas que decía, pero también se sentía orgullosa de que Elnora tuviera siempre una respuesta pronta y apropiada.

Por fin la señora Comstock terminó de limpiar las verduras.

—Están a tres millas de la ciudad y a menos de una de donde vivimos —dijo ella—. Si me dice qué se atreve a comer, sospecho que lo mejor será que venga a casa con nosotras y descanse hasta que refresque el día antes de regresar. Probablemente antes del anochecer pasará alguien con quien pueda ir.

—Es muy amable de su parte —dijo Philip—. Creo que lo haré. No importa tanto lo que coma; el asunto es que debo ser moderado. Tengo hambre todo el tiempo.

—Entonces iremos —dijo la señora Comstock—, y no permitiremos que se enferme en nuestra casa.

Philip Ammon se levantó; tomando el balde de verduras y su caña de pescar, se quedó esperando. Elnora encabezó la marcha. La señora Comstock hizo una seña a Philip para que la siguiera y caminó detrás de ellos. La muchacha llevaba

el capullo y la caja de polillas que había recogido, buscando más a cada paso. El joven dejaba con frecuencia su carga para unirse a la persecución de alguna libélula o polilla, mientras la señora Comstock observaba todo con ojos atentos. Cada vez que Philip levantaba el balde de verduras, ella luchaba por contener una sonrisa.

Elnora avanzaba lentamente, charlando acerca de todo lo que había junto al sendero. Philip se interesaba por cada objeto que ella señalaba y notaba varias cosas que a Elnora se le escapaban. Llevó las verduras con la misma naturalidad cuando tomaron un atajo por el camino que cuando iban por el sendero. Cuando Elnora se volvió hacia la verja de su casa, Philip Ammon se detuvo, contempló largamente la gran cabaña de troncos labrados, las enredaderas que trepaban por ella, el jardín de flores encendido con brillantes macizos entremezclados con fresas y tomates, y los árboles del bosque que se alzaban al norte y al oeste como un muro verde, y exclamó:

—¡Qué hermoso!

La señora Comstock se sintió complacida.

—Si piensa eso —dijo—, quizá comprenda por qué, en toda esta prisa moderna por ser actuales, he preferido seguir viviendo como empecé. Mi marido y yo tomamos estas tierras, y apenas cortamos suficientes árboles para construir la cabaña, el establo y los cobertizos. Claro que, si él hubiera vivido, supongo que habríamos seguido el ejemplo de nuestros vecinos. Oigo hablar mucho del valor de la tierra, de los árboles que hay en ella y del petróleo que se supone que hay debajo, pero hasta ahora no he podido decidirme a cambiar nada. Así que representamos una de las pocas casas que quedan de los primeros colonos de esta región. Pase usted. Es muy bienvenido a lo que tenemos.

La señora Comstock se adelantó y tomó la delantera. Tenía preparado un recipiente con agua blanda y un par de botas para sustituir las pesadas botas de pesca; también, para su comodidad, un vaso de suero de leche frío y un banco donde descansar en la glorieta circular mientras se preparaba la comida. Philip Ammon chapoteó en el agua. Luego la siguió hasta el establo y allí cambió de botas. Estaba hambriento del suero de leche y, cuando se tendió en el banco de la glorieta, los parches titilantes de sol atormentaron tan agradablemente sus cansados ojos y las abejas hacían una música tan espléndida, que pronto quedó

profundamente dormido. Cuando Elnora y su madre salieron con la mesa preparada, se quedaron un momento observándolo. Probablemente la señora Comstock expresó un pensamiento compartido cuando dijo:

—¡Qué joven tan refinado y decente! ¡Qué orgullosa debe sentirse su madre de él! Tenemos que tener cuidado con lo que le damos de comer.

Después regresaron a la cocina, donde la señora Comstock procedió a ser cuidadosa. Asó jamón curado por ella misma con azúcar, preparó papas cremosas, sirvió espárragos sobre tostadas e hizo un delicioso pastel de fresas. Mientras cocinaba dientes de león con tocino, temió servírselos, así que puso como excusa que tardaban demasiado en prepararse, escaldó algunos e hizo una ensalada. Cuando todo estuvo listo, tocó la manga de Philip.

—Será mejor que coma algo, muchacho, antes de que le dé demasiada hambre —dijo.

—¡Por favor, apresúrese! —suplicó él riendo mientras le tendía un plato para que se lo llenara—. Creí que tenía suficiente dominio propio para salir solo, pero veo que me equivocaba. Si ustedes me lo permitieran, ahora mismo temo que volvería a darme fiebre. Nunca había olido comida tan buena como esta. Es muy amable de su parte recibirme. Espero estar lo bastante fuerte dentro de unos días para hacer algo que valga la pena a cambio.

Manchas de sol caían sobre el mantel blanco y la vajilla azul; las abejas y alguna mariposa extraviada acudían en busca de alimento. Un picogrueso pechirrosado, liberado de tres horas de incubar mientras su independiente compañera se daba un baño y se recreaba, se posó en la rama más alta de un arce del bosque del oeste, desde donde serenateó a los comensales con un alegre coro celebrando su libertad. Los ojos de Philip vagaron hacia la hermosa cabaña, hacia la mezcla de flores y vegetales que se extendía hasta el camino y hacia el pájaro cantor, con el pecho blanco manchado de rojo, y dijo:

—Ahora no puedo creer que alguna vez estuviera acostado entre compresas de hielo en un hospital. ¡Cómo desearía que toda la gente enferma pudiera venir aquí a recuperar fuerzas!

El picogrueso siguió cantando, una gran mariposa Turnus cruzó flotando la glorieta y se suspendió sobre la mesa. Elnora levantó un terrón de azúcar y la

mariposa, aferrándose a sus dedos, probó delicadamente. Con ojos ansiosos y labios entreabiertos, la muchacha permaneció inmóvil. Cuando por fin el insecto se alejó vacilando:

—¡Eso formó una imagen perfecta! —dijo Philip—. Algún otro día pregúnteme cómo perdí mis ilusiones respecto a las mariposas. Siempre las relacioné con la luz del sol, el polen de las flores y el néctar de las frutas… hasta un triste día.

—¡Lo sé! —rió Elnora—. Yo también he visto eso, pero no destruyó ninguna ilusión para mí. Sigo pensando lo mismo de las mariposas que antes.

Entonces hablaron de flores, polillas, libélulas, reliquias indígenas y todas las maravillas naturales que ofrecía el pantano, desviándose de esos temas hacia libros y estudios escolares. Cuando levantaron la mesa, Philip ayudó llevando varias bandejas a la cocina. Él y Elnora montaron ejemplares mientras la señora Comstock lavaba los platos. Luego ella salió con un volante que estaba bordando.

—Me pregunto si no vi anoche una fotografía suya en Onabasha —dijo Philip a Elnora—. La tía Anna me llevó a visitar a la señorita Brownlee. Ella me estaba mostrando a su grupo… ¡claro, era usted! Aunque la foto no le hacía ni la mitad de justicia, era la más humana de todas. La señorita Brownlee le tiene muchísimo cariño. Dijo cosas maravillosas de usted.

Luego hablaron de la graduación y, por fin, Philip dijo que debía marcharse o sus amigos empezarían a preocuparse por él.

La señora Comstock le llevó un tazón azul lleno de leche cremosa y un plato con pan. Detuvo un carruaje que pasaba y le consiguió transporte hasta la ciudad, porque el ejercicio de la mañana había sido demasiado violento para él y tuvo que admitir que estaba cansado.

—¿Puedo venir mañana por la tarde y cazar polillas un rato? —preguntó a la señora Comstock mientras se levantaba—. Pondremos azúcar en un árbol y colocaremos una luz junto a él, si consigo lo necesario para preparar la mezcla. Quizá podamos capturar algunas de esa forma. Siempre disfruto cazar polillas; me gustaría ayudar a la señorita Elnora, y además sería una caridad para mí. Tengo que permanecer al aire libre en alguna parte, y estoy bastante seguro de

que aquí recuperaría la salud más rápido que en cualquier otro sitio. Por favor, diga que puedo venir.

—No tengo objeciones, si de verdad Elnora desea ayuda —dijo la señora Comstock.

En el fondo de su corazón deseaba que no volviera. Quería tener para sí sola, al menos por un tiempo, el tesoro recién descubierto. Pero los ojos de Elnora brillaban llenos de entusiasmo. Le parecía maravilloso tener ayuda y muy divertido probar los métodos descritos en los libros para capturar polillas, así que quedó acordado. Mientras Philip se alejaba en el carruaje, la señora Comstock siguió observándolo.

—¡Qué joven tan agradable! —dijo.

—Parece excelente —convino Elnora.

—Además proviene de una buena familia. He oído hablar muchas veces de su padre. Es un gran abogado.

—Me alegra que le guste este lugar. Necesito ayuda. Tal vez…

—¿Tal vez qué?

—Podamos encontrar muchas polillas.

—¿Qué quiso decir acerca de las mariposas?

—Que siempre las había relacionado con el sol, las flores y las frutas, y las consideraba las criaturas más exquisitas de la creación; pero un día encontró varias agrupadas sobre carroña.

—Ahora que lo pienso, yo también he visto mariposas…

—Él también —rió Elnora—. Y eso fue lo que quiso decir.

CAPÍTULO 14

A la mañana siguiente, la señora Comstock llamó a Elnora:

—El cartero dejó algo en nuestro buzón.

Elnora corrió por el sendero y volvió con una carta oficial. La abrió apresuradamente y leyó:

> MI QUERIDA SEÑORITA COMSTOCK:
>
> En la reunión semanal de la Junta Escolar de Onabasha, celebrada anoche, se decidió agregar el puesto de Conferencista de Historia Natural a nuestro cuerpo docente de la ciudad. Será deber de esta persona dedicar dos horas por semana en cada una de las escuelas primarias a exhibir y explicar especímenes de los objetos más destacados de la naturaleza: animales, aves, insectos, flores, enredaderas, arbustos y árboles. Estos especímenes y conferencias deberán corresponder a las estaciones del año y al nivel de comprensión de los alumnos.
>
> Este puesto fue votado por unanimidad para usted. Creo que encontrará el trabajo encantador y mucho más agradable que la rutina agotadora de los demás maestros. Mi consejo es que acepte y comience a prepararse de inmediato.
>
> Su salario será de setecientos cincuenta dólares al año, y se le permitirán doscientos dólares para gastos de obtención de especímenes y libros.
>
> Háganos saber enseguida si desea aceptar el puesto, ya que será difícil encontrar a alguien que lo desempeñe satisfactoriamente si usted no lo hace.
>
> Atentamente,
>
> DAVID THOMPSON
> Presidente de las Escuelas de Onabasha.

—Apenas entiendo —se maravilló la señora Comstock.

—Es un puesto nuevo. Nunca habían tenido algo parecido. Supongo que surgió por la ayuda que he estado dando a las maestras de primaria con el trabajo de naturaleza. Están tratando de enseñarles cosas a los niños, y la mitad de las maestras no distinguen un arrendajo azul de un martín pescador, una hoja de haya de una de olmo, ni una avispa de un avispón.

—¿Y tú sí? —preguntó ansiosamente la señora Comstock.

—¡Claro que sí! —rió Elnora—. Y muchas cosas más además. Cuando Freckles me dejó el pantano, me dio una herencia más grande de lo que imaginaba. Mientras tú pensabas que yo vagaba sin rumbo, en realidad seguía un plan definido, estudiaba mucho y almacenaba el conocimiento que ahora me hará ganar esos setecientos cincuenta dólares. Madre querida, por supuesto que voy a aceptar. El trabajo será maravilloso. Me gustaría más que cualquier otra cosa relacionada con la enseñanza. Debes ayudarme. Tenemos que encontrar nidos, huevos, hojas, formaciones extrañas de plantas y flores raras. Tendré que mandar hacer cajas de flores para cada salón y llenarlas de plantas silvestres. ¡Debo empezar a reunir especímenes desde hoy mismo!

El rostro de Elnora estaba encendido y sus ojos brillaban.

—¡Qué trabajo tan magnífico será! —exclamó—. Tienes que venir conmigo para que veas las caritas de los niños cuando les cuente cómo el jilguero construye su nido y cómo las abejas hacen la miel.

Así que Elnora y su madre se internaron en el bosque detrás de la cabaña para estudiar la naturaleza.

—Creo —dijo Elnora— que la idea es comenzar con las cosas del otoño cuando llegue el otoño, y seguir siempre las estaciones del año.

—¿Qué son “las cosas del otoño”? —preguntó la señora Comstock.

—Oh, gencianas flecadas, ásteres, ironwort, todas las flores otoñales, hojas de cada árbol y enredadera, qué las hace cambiar de color, nidos abandonados de aves, refugios invernales de orugas e insectos, qué ocurre con las mariposas y los saltamontes… montones de cosas. Tendré que ser muy sabia para escoger aquello que más beneficie aprender a los niños.

—¿De verdad puedo ayudarte? —el rostro fuerte de la señora Comstock tenía algo conmovedor.

—¡Claro que sí! —exclamó Elnora—. Nunca podré hacerlo sola. Habrá muchísimo trabajo para reunir y preparar los especímenes.

La señora Comstock alzó orgullosamente la cabeza y comenzó de inmediato a trabajar. Sus ojos agudos recorrían desde la tierra hasta el cielo. Investigaba todo y hacía innumerables preguntas. Al mediodía tomó los especímenes que habían reunido y fue a preparar la comida, mientras Elnora seguía el bosque hasta la casa de los Sinton para mostrarles la carta.

Tuvo que explicar qué había pasado con sus polillas y por qué tendría que abandonar la universidad ese año, pero Margaret y Wesley prometieron guardar el secreto. Wesley agitaba la carta emocionado, explicándosela a Margaret como si fuera algo propio. Margaret estaba profundamente impresionada, mientras Billy se ofrecía de inmediato para ayudar a reunir materiales.

—Ahora, cualquier cosa que necesites sacar de la tierra, Snap puede desenterrarla —dijo—. El tío Wesley y yo encontramos un hoyo tres veces más grande que Snap que él cavó junto a las raíces de un árbol.

—Lo entrenaremos para buscar crisálidas —dijo Elnora.

—¿Van a ir al bosque esta tarde? —preguntó Billy.

—Sí —respondió Elnora—. El sobrino del doctor Ammon, que viene de Chicago, está visitando Onabasha. Va a enseñarme cómo los hombres ponen una especie de mezcla sobre un árbol, cuelgan una luz al lado y así atrapan polillas. Será interesante verlo y aprender.

—¿Puedo ir? —preguntó Billy.

—¡Claro que puedes ir! —contestó Elnora.

—¿Ese sobrino del doctor Ammon es un hombre joven? —preguntó Margaret.

—Debe tener unos veintiséis años —dijo Elnora—. Dijo que llevaba tres años fuera de la universidad trabajando en el bufete de abogados de su padre.

—¿Parece agradable? —preguntó Margaret, mientras Wesley sonreía.

—Es una persona excelente —respondió Elnora—. Puede enseñarme muchísimo. Es muy interesante escucharlo hablar. Sabe bastante sobre polillas, y eso me será de gran ayuda. Tuvo fiebre y tiene que permanecer al aire libre hasta recuperar las fuerzas.

—Billy, creo que será mejor que me ayudes esta tarde —dijo Margaret—. Tal vez Elnora prefiera no tener que ocuparse de ti.

—¡No hay ninguna razón para que Billy no venga! —exclamó Elnora, y Wesley volvió a sonreír.

—Debo apurarme o no estaré lista —añadió.

Se apresuró por el camino y entró en la cabaña con el rostro resplandeciente.

—Pensé que nunca regresarías —dijo la señora Comstock—. Si no te apresuras, el señor Ammon llegará antes de que te cambies.

—Me había olvidado de él hasta ahora mismo —dijo Elnora—. No voy a arreglarme. No viene de visita. Solo iremos al bosque a buscar más especímenes. No puedo usar nada que requiera cuidado. Las ramas hacen verdaderos destrozos con el cabello y la ropa.

La señora Comstock abrió los labios, miró a Elnora y volvió a cerrarlos. En el fondo estaba complacida de que la muchacha estuviera tan interesada en su trabajo que hubiera olvidado la visita de Philip Ammon. Pero le parecía que un joven tan agradable merecía ser recibido por una muchacha con un vestido fresco.

—Si no siente deseos de arreglarse por la llegada de un hombre, Dios me libre de ser yo quien empiece a inculcárselo —pensó la señora Comstock.

Philip llegó silbando por el sendero entre los claveles color canela, los pensamientos y las fresas. Llevaba varios paquetes y su rostro tenía más color que el día anterior.

—¡Miren lo que me ha pasado! —exclamó Elnora, ofreciéndole la carta.

—¡Apuesto a que ya lo sé! —respondió Philip—. ¿No es maravilloso? Todo Onabasha está hablando de ello. Por fin hay algo nuevo bajo el sol. Todos están encantados. Creen que tendrás un enorme éxito. Esto sí que da ganas de

trabajar. En unos días volveré a estar completamente fuerte y pondremos patas arriba los campos y bosques de esta región.

Luego felicitó a la señora Comstock.

—¿Verdad que está orgullosa de ella? —preguntó—. ¡Debería escuchar lo que dice la gente! Dicen que ella creó la necesidad de este puesto, y todos parecen sentir que realmente hacía falta. Ahora, si triunfa —y triunfará—, todas las demás escuelas de la ciudad tendrán departamentos semejantes y, antes de darse cuenta, habrá hecho el mundo un poco mejor. Déjenme descansar unos segundos; mis pies vuelven a fallarme. Después prepararemos la mezcla para las polillas y la pondremos a enfriar.

Rió mientras se sentaba, respirando con dificultad.

—No parece posible que un hombre pueda perder las fuerzas de esta manera. Las rodillas me tiemblan de verdad, pero en un momento estaré bien. El tío Doc dijo que podía venir. Le conté cómo me cuidaron ustedes, y dijo que aquí estaría seguro.

Entonces comenzó a desenvolver los paquetes y a explicarle a la señora Comstock cómo preparar la mezcla para atraer a las polillas. La siguió hasta la cocina, encendió el fuego y removió la preparación mientras hablaba. Mientras la mezcla se enfriaba, él y Elnora caminaron por el huerto detrás de la cabaña y desde allí se internaron en el bosque.

—¿Y la universidad? —preguntó él—. La señorita Brownlee dijo que ibas a entrar.

—Esperaba hacerlo —respondió Elnora—, pero tuve una racha de terrible mala suerte, así que tendré que esperar hasta el próximo año. Si prometes no hablar de ello, te lo contaré.

Philip prometió guardar silencio, y Elnora le relató la historia del Emperador Amarillo. Estaba tan interesada en hacer justicia a la historia de la polilla que no advirtió cuántos detalles personales dejaba escapar. Unas cuantas preguntas oportunas le revelaron el resto. Él miró a la muchacha con asombro. De rostro y figura era tan hermosa como cualquiera de su edad y tipo que hubiera visto jamás. Su preparación escolar superaba ampliamente la de la mayoría de las jóvenes de su edad que conocía. Pero también era distinta en otros aspectos. Ese

vasto caudal de conocimientos que había reunido en campos y bosques era un tesoro de atractivo que ninguna otra muchacha poseía. Su manera franca y práctica provenía de su madre, pero había algo más. Mientras conversaban, pensó primero que la palabra adecuada era “simpatía”, y luego “comprensión”. Parecía poseer un profundo sentimiento de fraternidad hacia todos los seres humanos y criaturas vivientes. Le hablaba como si lo hubiera conocido toda la vida. Hablaba con el picogrueso exactamente del mismo modo mientras dejaba fresas y escarabajos de la papa sobre la cerca para su familia. No se apartó ni un centímetro de su camino cuando una serpiente se deslizó junto a ella, mientras las ardillas bajaban de los árboles y tomaban maíz de sus dedos. Bien podría haber sido un muchacho, tan completamente carecía de coquetería femenina hacia él. Philip la estudiaba maravillado.

Mientras avanzaban por el sendero llegaron a un gran estanque cubierto de limo, rodeado de troncos y tocones podridos densamente cubiertos de jacintos de agua y lirios azules. Philip se detuvo.

—¿Ese es el lugar? —preguntó.

Elnora asintió.

—¿El doctor se lo contó?

—Sí. Fue trágico. ¿Ese estanque realmente no tiene fondo?

—Hasta donde hemos podido descubrir.

Philip permaneció mirando el agua, mientras las largas y dulces hierbas, salpicadas densamente de flores de lirio azul sobre las que trepaban abejas silvestres, se mecían alrededor de sus pies. Luego se volvió hacia la muchacha. Ella había trabajado duro. El mismo vestido lavanda del día anterior se adhería a su cuerpo, húmedo y sin forma. Pero su piel tenía la frescura y delicadeza de un pétalo de rosa silvestre; su cabello era en realidad castaño, aunque jamás se hubiera visto cabello tocado por reflejos más rojizos; y sus cejas oscuras y arqueadas daban una expresión de fuerza a sus grandes ojos gris azulados.

—¿Y naciste aquí?

No había tenido intención de decir aquello en voz alta.

—Sí —respondió ella, mirándolo a los ojos—. Justo a tiempo para impedir que mi madre salvara la vida de mi padre. Estuvo a punto de no perdonármelo jamás.

—¡Ah, qué crueldad! —exclamó Philip.

—Encuentro muchas cosas crueles en la vida, desde nuestro punto de vista —dijo Elnora—. Hace falta la inmensa sabiduría de lo Insondable, la filosofía del Todopoderoso, para soportar algunas de ellas. Pero siempre hay algo justo en alguna parte, y al final parece llegar.

—¿Llegará también para ti? —preguntó Philip, profundamente conmovido.

—Ya llegó —respondió serenamente la muchacha—. Llegó hace una semana. Llegó en plenitud cuando mi madre dejó de lamentar que yo hubiera nacido. Ahora también ha llegado un trabajo que amo; eso debería bastar para la felicidad. Un poco más adelante está mi lecho de violetas. Quiero que lo veas.

Mientras Philip Ammon la seguía, decidió definitivamente cómo llamar aquel rasgo singular del rostro de Elnora. Debía llamarse “experiencia”. Había conocido experiencias amargas demasiado temprano en la vida. El sufrimiento había sido más familiar para ella que la alegría. Él la observaba atentamente, profundamente conmovido.

Ella lo condujo hasta un claro pantanoso medio abierto en el bosque, se detuvo y se hizo a un lado. Philip lanzó un grito de asombro y deleite.

Algunos troncos podridos estaban esparcidos alrededor; la hierba crecía en largos y finos mechones. Los lirios azules se mecían, grupos de prímulas agitaban sus cabezas doradas, pero toda la tierra estaba cubierta de un espeso manto púrpura de violetas que se inclinaban sobre tallos de casi treinta centímetros de largo. Elnora se arrodilló y, deslizando los dedos entre las hojas y la hierba hasta las raíces, recogió unas cuantas violetas y se las entregó a Philip.

—¿Pueden los invernaderos de su ciudad superarlas? —preguntó.

Él se sentó sobre un tronco para examinar las flores.

—¡Son magníficas! —dijo—. Nunca vi tallos tan largos ni hojas tan exuberantes, y las flores tienen el azul más profundo, el violeta más verdadero

que haya visto crecer silvestre. Son exactamente del color de los ojos de la muchacha con la que voy a casarme.

Elnora le entregó algunas más para añadir a las que sostenía.

—Debe tener unos ojos maravillosos —comentó.

—No existen otros ojos azules tan hermosos —dijo él—. De hecho, ella es hermosa por completo.

—¿Es costumbre que un hombre piense que la muchacha con la que va a casarse es hermosa? Me pregunto si yo la encontraría así.

—La encontrarías —respondió Philip—. Nadie deja de hacerlo jamás. Es tan alta como tú, muy delgada, pero perfectamente formada; ya sabes cómo son sus ojos; su cabello es negro y ondulado… y su tez es clara y sonrosada.

—¡Entonces debe ser la muchacha más hermosa del mundo! —exclamó Elnora.

—No, en absoluto —dijo él—. No es ni un poco más bella a su manera de lo que tú lo eres a la tuya. Ella representa un tipo de belleza morena, pero tú eres igual de perfecta. Es inusual por la combinación de cabello negro y ojos violetas, aunque desde cierta distancia todos creen que son negros. Tú eres igual de singular con tu rostro claro, tus cejas oscuras y tu cabello castaño; de hecho, conozco a mucha gente que preferiría tu cabeza luminosa a la de ella. Todo es cuestión de gustos… y de estar comprometido con la muchacha —añadió.

—Eso seguramente predispone a uno —rió Elnora—. Edith cumple años pronto; si estas últimas violetas resisten, ¿me dejarás enviárselas en una caja?

—Te ayudaré a recogerlas y empacarlas para que lleguen bien. ¿Ella caza polillas contigo?

Philip Ammon echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡No! —exclamó—. Dice que le dan “escalofríos”. Le daría un ataque si tuviera que tocar esas orugas que te vi manejar ayer.

—¿Por qué habría de hacerlo? —se maravilló Elnora—. ¿No le has dicho que son perfectamente limpias, indefensas e inofensivas, como terciopelo viviente?

—No, no se lo he dicho. No le interesan lo suficiente las orugas como para escuchar.

—¿Y en qué se interesa ella?

—¿Qué le interesa a Edith Carr? Déjame pensar… Primero, creo que se enorgullece de ser un poco más hermosa y vestir mejor que cualquier muchacha de su círculo. Le interesa tener una casa hermosa, lujos refinados, ser mimada, alabada y reconocida como líder de la sociedad.

—Le gusta encontrar cosas nuevas que la diviertan y salirse siempre con la suya en cualquier circunstancia.

—¡Santo cielo! —exclamó Elnora mirándolo fijamente—. Pero ¿qué hace? ¿Cómo pasa el tiempo?

—¿Pasar el tiempo? —repitió Philip—. Bueno, ella consideraría eso un chiste. Sus días nunca le alcanzan. Hay compras interminables para encontrar cosas bonitas; visitas constantes a las modistas, reuniones, fiestas, teatros y entretenimientos. Siempre está ocupadísima. Nunca logro estar con ella ni la mitad del tiempo que quisiera.

—Pero me refiero al trabajo —insistió Elnora—. ¿En qué se interesa que sea útil para el mundo?

—¡En mí! —respondió Philip rápidamente.

—Eso puedo entenderlo —rió Elnora—. Lo que no puedo entender es cómo puedes estar enamorado de…

Se detuvo confundida, pero vio que él había completado la frase tal como ella la había pensado.

—¡Le pido perdón! —exclamó—. No pretendía decir eso. Pero no logro comprender a esas personas de las que oigo hablar, que viven solo para divertirse. Tal vez el placer sea inmenso; nunca tendré oportunidad de saberlo. Para mí, el único placer de este mundo que realmente vale la pena es la alegría que obtenemos de vivir para quienes amamos y para aquellos a quienes podemos ayudar. Espero que no esté enojado conmigo.

Philip permaneció sentado en silencio, mirando a lo lejos con profunda reflexión en los ojos.

—Está enojado —dijo vacilante Elnora.

Él volvió la mirada hacia ella, arrodillada entre las flores, y la observó fijamente.

—Sin duda debería estarlo —dijo—, pero la verdad es que no lo estoy. Yo mismo no puedo comprender una vida dedicada únicamente al placer personal. Pero ella es solo una muchacha, y este es su tiempo de jugar. Cuando sea una mujer en su propio hogar, entonces será diferente, ¿no es así?

Elnora nunca se pareció tanto a su madre como cuando respondió esa pregunta.

—Tendría que conocerla muy bien para saberlo, pero quiero creer que sí. Hacer un verdadero hogar para un hombre cansado de trabajar es algo muy distinto a ser líder de la sociedad. Exige otro tipo de talento y educación. Claro que piensa cambiar, o no habría prometido formar un hogar contigo. Supongo que nuestra mezcla ya estará fría; vamos a probar suerte con algunas mariposas.

Mientras avanzaban juntos por el sendero, Elnora hablaba de muchas cosas, pero Philip respondía distraídamente. Evidentemente pensaba en algo más. Sin embargo, el cebo para polillas volvió a captar su atención y estuvo listo para trabajar cuando regresaron al bosque.

Él quería probar en el Limberlost, pero Elnora insistió en permanecer cerca de casa. No le dijo que las luces en el pantano serían una señal que convocaría a un grupo de hombres cuya presencia temía. Así que partieron: Ammon llevando la mezcla, Elnora la red, y Billy y la señora Comstock siguiéndolos con cajas de cianuro y linternas.

Primero probaron con mariposas y capturaron varias hermosas sin dificultad. También atrajeron enjambres de hormigas, abejas, escarabajos y moscas. Cuando empezó a oscurecer, la señora Comstock y Philip fueron a preparar la cena. Elnora y Billy permanecieron hasta que desaparecieron las mariposas. Entonces encendieron las linternas, volvieron a untar los árboles y emprendieron el camino de regreso a casa.

—¿Crees que atraparán un montón de polillas? —preguntó Billy mientras caminaba junto a Elnora.

—Para ser sincera, apenas lo sé —dijo la joven—. Esta es una forma nueva para mí. Tal vez vengan a las luces, pero pocas polillas comen; y tengo mis dudas de que aquellas atraídas por la luz se posen en los árboles adecuados. Quizás el

olor de esa mezcla las atraiga. Entre nosotros, Billy, creo que prefiero mi método antiguo. Si puedo encontrar una polilla escondida, acercarme sigilosamente y atraparla desprevenida, o tomarla en pleno vuelo, es mi cautiva y puedo conservarla hasta que muera de forma natural. Pero de esta manera parece que la obtienes bajo falsas pretensiones; no tiene oportunidad y probablemente se arruinará las alas luchando por su libertad antes de la mañana.

—Bueno, cualquier polilla debería estar orgullosa de ser atrapada de cualquier forma por ti —dijo Billy—. ¡Mira todo lo que haces! Logras que todo el mundo las quiera. La gente incluso deja de odiar a las orugas cuando te ven manejarlas y te escuchan contar todo sobre ellas. Debes tener algunas para mostrarle a las personas cómo son. No es como matar cosas para ver si puedes hacerlo, o porque quieres comértelas, como la mayoría de los hombres matan a las aves. Creo que está bien que tomes las suficientes para las colecciones, para mostrate a la gente de la ciudad e ilustrar los libros de la Mujer de los Pájaros. ¡Tú sigue y atrapándolas! A las polillas no les importa. Están felices de tenerte. ¡Les gusta!

—Billy, ya veo tu futuro —dijo Elnora—. Te daremos una educación y te enviaremos con el señor Ammon para que seas un gran abogado. Serías el mejor del mundo como defensor. De verdad me haces sentir que les estoy haciendo un favor a las polillas al atraparlas.

—¡Y así es! —exclamó Billy—. Solo por lo que les has enseñado, el tío Wesley y la tía Margaret nunca piensan en matar a una oruga sin fijarse antes si es de las hermosas polillas de junio o de las horribles de carpa. Eso es lo que tú puedes lograr. ¡Tú sigue adelante!

—¡Billy, eres una joya! —exclamó Elnora, pasando su brazo sobre los hombros del niño mientras bajaban por el sendero.

—¡Vaya, qué susto tenía! —dijo Billy con un profundo suspiro.

—¿Susto? —preguntó Elnora.

—¡Claro que sí! La tía Margaret me asustó. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Ese hombre va a ser tu pretendiente?

—¡Billy! ¡No! ¿Qué te hizo pensar algo así?

—La tía Margaret dijo que era probable que se enamorara de ti, y que entonces ya no me querrías cerca. ¡Oh, qué susto tenía! No es cierto, ¿verdad?

—¡De ninguna manera!

—Yo soy tu pretendiente, ¿no es así?

—¡Claro que lo eres! —dijo Elnora, apretando su brazo alrededor de él.

—Espero de verdad que la tía Kate tenga galletas de jengibre —dijo Billy con un pequeño brinco de alegría.

CAPÍTULO 15

La mañana siguiente, la señora Comstock y Elnora terminaban el desayuno cuando oyeron un alegre silbido bajando por el camino. Elnora miró a su madre con ojos sorprendidos.

—¿Podría ser el señor Ammon? —preguntó.

—No esperaba que viniera tan temprano —comentó la señora Comstock.

Era el amanecer, pero el músico era Philip Ammon. Parecía más fuerte que el día anterior.

—Espero no llegar demasiado temprano —dijo—. Estoy consumido por la ansiedad de saber si hemos hecho una captura. Si la hicimos, debemos adelantarnos a los pájaros. Le prometí al tío Doc ponerme las botas de agua y mantenerme seco unos días más cuando vaya al bosque. ¡Apresurémonos! Tengo miedo de los cuervos. Podría haber una polilla rara.

El sol apenas coronaba el Limberlost cuando partieron. Al acercarse al lugar, Philip se detuvo.

—Ahora debemos tener mucho cuidado —dijo—. Las luces y los olores siempre atraen cantidades de insectos que no se posan en los árboles cebados. Cada arbusto, mata y rama puede ocultar un espécimen que queremos.

Así que avanzaron con gran cautela.

—¡Hay algo, de todos modos! —exclamó Philip.

—¡Hay polillas! ¡Puedo verlas! —gritó Elnora con júbilo.

—Las que ves son fáciles de atrapar. Las que debes buscar son las que escaparán. La hierba está empapada y yo tengo botas, así que tú revisa junto al sendero mientras yo cubro la parte exterior —sugirió Ammon.

La señora Comstock quería cazar polillas, pero temía hacer un movimiento equivocado, así que prudentemente se sentó en un tronco y observó a Philip y Elnora para aprender cómo procedían. En lo profundo del bosque, un zorzal ermitaño cantaba su himno al sol naciente. Los orioles sembraban el aire puro y

dulce con notas de oro derramadas mientras volaban. Los petirrojos ya solo gorjeaban, porque sus canciones matutinas habían despertado a todas las demás aves una hora antes. Tordos de alas rojas regañaban inclinándose sobre la mitad de los arbustos. Exceptuando algunas especies tardías de espinos, la floración de los árboles casi había terminado, pero las flores silvestres convertían el borde del sendero y todo el suelo del bosque en un motín de colores.

Elnora, nacida entre tales escenas, trabajaba con entusiasmo, pero para el hombre de ciudad, recién salido de un hospital, aquello parecía demasiado hermoso para dejarlo pasar. Con frecuencia se inclinaba a examinar el rostro de una flor, se detenía a escuchar atentamente al zorzal o levantaba la cabeza para ver el destello dorado que acompañaba las notas ondulantes del oriole.

Así que fue Elnora quien lanzó el primer grito, mientras levantaba suavemente unas ramas y miraba entre la hierba.

—¡Mi hallazgo! —llamó—. ¡Trae la caja, madre!

Philip también acudió apresuradamente. Cuando llegaron junto a ella, estaba de pie en el sendero sosteniendo una pareja de polillas. Sus ojos estaban muy abiertos por la emoción, sus mejillas rosadas, sus labios rojos entreabiertos, y en la mano que extendía hacia ellos se aferraba un par de delicadas polillas verde azuladas, con cuerpos blancos y toques de lavanda y color paja.

A su alrededor yacían hierbas bordadas de flores; detrás, el profundo fondo verde del bosque, mientras el sol filtraba lentamente oro desde el cielo para bruñir su cabello. La señora Comstock oyó una respiración aguda detrás de ella.

—¡Oh, qué imagen! —exclamó Philip a su lado—. ¡Es absolutamente y completamente hermosa! ¡Daría una pequeña fortuna por ver eso fielmente plasmado en un lienzo!

Tomó la caja de las manos de la señora Comstock y avanzó lentamente con ella. Elnora bajó la mano y depositó las polillas. Philip cerró cuidadosamente la caja, pero la madre observadora vio que sus ojos seguían el rostro de la muchacha. No hacía el menor intento de ocultar su admiración.

—Me pregunto si una mujer ha hecho alguna vez algo más hermoso que encontrar un par de polillas Luna en un sendero del bosque, temprano en una

perfecta mañana de junio —le dijo Philip a la señora Comstock cuando regresó la caja.

Ella miró a Elnora, que buscaba atentamente entre los arbustos.

—Escuche aquí, joven —dijo la señora Comstock—. Parece que encuentra a esta hija mía bastante perfecta.

—No podría sugerir ninguna mejora —respondió Philip—. Nunca he visto una muchacha más atractiva en ninguna parte. Me parece absolutamente perfecta.

—Entonces supongo que no comenzará ningún plan destinado a echarla a perder —propuso secamente la señora Comstock—. No creo que pueda hacerlo, ni que hombre alguno pudiera, pero no pienso correr riesgos. Usted pidió venir aquí para ayudar en este trabajo. A ambas nos agrada tenerlo, si se limita al trabajo; pero lo menos que puede hacer es dejarnos tal como nos encontró.

—¡Le pido disculpas! —dijo Philip—. No quise ofender. La admiro como admiro cualquier creación perfecta.

—Y nada en este mundo echa a perder tan rápido y tan seguramente a una muchacha promedio —dijo la señora Comstock.

Alzó la voz.

—¡Elnora, acomoda ese mechón de cabello sobre tu oreja izquierda! Estos arbustos te despeinan tanto que me recuerdas una oveja asomando el hocico por una cerca de setos.

La señora Comstock comenzó a caminar hacia el tronco otra vez y, al llegar, llamó bruscamente:

—¡Elnora, ven aquí! Creo que encontré algo yo misma.

El “algo” era una *Citheronia regalis* que había emergido de su capullo en la tierra blanda bajo el tronco. Trepaba por la madera, sus fuertes patas arrastrando un gran cuerpo hinchado, mientras agitaba salvajemente unas pequeñas alas del tamaño de la uña de un hombre. Elnora lanzó una mirada y un grito que hicieron acudir a Philip.

—¡Esa es la polilla más rara de América! —anunció—. Señora Comstock, ha tenido una suerte increíble. Puede ponerla esta noche en una caja con cubierta de malla y atraer media docena, posiblemente.

—¿Es rara, Elnora? —preguntó la señora Comstock, como si nadie más lo supiera.

—Claro que sí —respondió Elnora—. Si esta noche podemos encontrarle pareja, mañana pondrá entre doscientos cincuenta y trescientos huevos. Con algo de suerte podré criar doscientas orugas de ellos. Ya lo hice una vez antes. Y valen un dólar cada una.

—¿La que maté era como esta?

—No. Era una polilla diferente, pero sus procesos vitales eran los mismos que los de esta. La Mujer de los Pájaros llama a esta el Rey de los Poetas.

—¿Por qué?

—Porque lleva el nombre de Citerón, que era poeta, y *regalis* se refiere a un rey. No debe tocarla o podría impedir el desarrollo de las alas. Vigílela y no deje que esa polilla se pierda de vista ni que nada la toque. Cuando las alas se expandan y endurezcan, la pondremos en una caja.

—Tengo miedo de que se agote hasta morir —objetó la señora Comstock.

—Eso forma parte del proceso —dijo Philip—. Ahora está iniciando la circulación. Cuando llegue el momento adecuado, se detendrá y expandirá sus alas. Si observa atentamente, podrá verlas crecer.

Al poco rato, la polilla encontró una protuberancia áspera de la corteza y se aferró con las patas, cabeza abajo, las alas colgando. El cuerpo era de un rojo anaranjado inusual; las pequeñas alas eran grises, rayadas con rojo y manchadas aquí y allá con marcas amarillo canario.

La señora Comstock observaba sin aliento. Finalmente descendió del tronco y se arrodilló para ver mejor.

—¿Se están desarrollando sus alas? —preguntó Elnora.

—Cada minuto se hacen más grandes y las marcas se vuelven más intensas.

—Vamos a mirar también —dijo Elnora a Philip.

Ambos se acercaron y observaron sobre el hombro de la señora Comstock. Las vistosas alas colgaban cada vez más abajo, se extendían más y más, mientras las marcas se volvían más brillantes, como si hubieran sido trazadas con patrones geométricos. Podían oír la respiración tensa de la señora Comstock y ver la expresión absorta de su rostro.

—Jóvenes —dijo solemnemente—, si estudiar ciencia y los elementos alguna vez los ha llevado a sentir que las cosas simplemente suceden, que evolucionan por casualidad, por así decirlo, esta visión les hará bien. Tal vez la tierra y el aire se acumulen, pero se necesita la sabiduría del Dios Todopoderoso para diseñar el ala de una polilla. Si alguna vez hubo un milagro, todo este proceso lo es.

»Ahora, según lo entiendo, esta criatura seguirá extendiendo esas alas hasta que crezcan al tamaño necesario y se endurezcan lo suficiente para sostener su cuerpo. Luego vuela, se aparea con las de su especie, pone sus huevos sobre las hojas de cierto árbol, y de esos huevos nacen pequeñas orugas que comen exactamente ese tipo de hojas. Las orugas crecen y crecen, cambian de forma y color hasta convertirse en enormes orugas de quince centímetros con grandes cuernos. Luego se entierran en la tierra, construyen una casa impermeable a su alrededor con material que llevan dentro de sí mismas y permanecen allí durante meses bajo la lluvia y el frío helado. Un año después de haber sido puestos los huevos, salen así, y comienzan el proceso otra vez. No comen, no ven con claridad, viven apenas unos días y vuelan solo de noche; luego mueren fácilmente, pero el proceso continúa.

Un estremecimiento recorrió la polilla. Las alas cayeron y se abrieron más. La voz de la señora Comstock se volvió suave y reverente.

—Nunca hubo un momento en mi vida —dijo— en que sintiera tanto la Presencia como ahora. Siento como si el Todopoderoso fuera tan real y estuviera tan cerca que podría extender la mano y tocarlo, como podría tocar esta maravillosa obra suya, si me atreviera. Siento deseos de decirle: “En la medida de mi capacidad mental comprendo Tu presencia y todo lo que alcanzo a entender de Tu poder. Ayúdame a aprender, aun a estas alturas, las lecciones de Tus maravillosas creaciones. Ayúdame a liberar y expandir mi alma hasta la

comprensión más plena de Tus maravillas. Dios Todopoderoso, hazme más grande, hazme más amplia".

La polilla trepó hasta el extremo de la protuberancia, avanzó un poco y luego, de pronto, invirtió las alas, mostrando las partes ocultas y dejándolas caer junto a su abdomen, como una gran mosca. La parte superior de las alas, ahora expuesta, era de un color mucho más rico y de una textura más exquisita que la inferior, y lentamente se levantaban a medias para volver a caer.

La señora Comstock volvió el rostro hacia Philip.

—¿Soy una vieja tonta, o usted también lo siente? —susurró.

—Es usted más sabia de lo que jamás ha sido —respondió él—. Yo también lo siento.

—Y yo —murmuró Elnora.

La polilla extendió las alas, las estremeció temblorosamente, abriéndolas y cerrándolas rápidamente. Philip entregó la caja a Elnora.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo llevarme esa —dijo—. Déjenla libre.

—Pero, Elnora —protestó la señora Comstock—, no quiero dejarla ir. Es mía. Es la primera que encontré así. ¿No puedes ponerla en una caja grande y dejarla vivir sin dañarla? No puedo soportar dejarla ir. Quiero aprender todo sobre ella.

—Entonces obsérvela mientras reunimos las de los árboles —dijo Elnora—. La llevaremos a casa hasta esta noche y luego decidiremos qué hacer. Todavía no volará por un buen rato.

La señora Comstock se acomodó en el suelo, contemplando la polilla. Elnora y Philip fueron hacia los árboles cebados, colocando varias polillas grandes y varias más pequeñas en el frasco de cianuro, y registrando los arbustos más allá, donde encontraron varios especímenes apareados de distintas familias. Cuando regresaron, Elnora le mostró a su madre cómo poner la mano delante de la polilla para que subiera a sus dedos. Entonces emprendieron el camino de regreso a la cabaña, Elnora y Philip al frente; la señora Comstock los seguía lentamente, caminando con sumo cuidado para no tropezar y lastimar la polilla. Su rostro tenía una expresión de comprensión, y en sus ojos brillaba una luz

exaltada. Así llegó hasta el estanque bordeado de azul que yacía junto al sendero.

Una tortuga se deslizó de un tronco y cayó chapoteando al agua, mientras un tordo de alas rojas le gritaba: “¡O-ka-lee!”. La señora Comstock se detuvo y miró fijamente el cenagal cubierto de limo, enmarcado en un estallido de flores y habitado por pájaros de dulce canto. Luego contempló la criatura de incomparable belleza aferrada a sus dedos y dijo suavemente:

—Si hubieras conocido maravillas como estas en los días de tu juventud, Robert Comstock, ¿habrías podido hacer lo que hiciste?

Elnora notó la ausencia de su madre y, al volverse para buscarla, la vio de pie junto al estanque. ¿Volvería aquella vieja fascinación? Un pánico de miedo se apoderó de la muchacha. Regresó rápidamente.

—¿Teme que se vaya? —preguntó Elnora—. Si es así, ponga la otra mano sobre ella para protegerla. Llevarla por este aire y bajo el sol caliente secará sus alas y las dejará listas para volar muy pronto. No puede confiar en ella con esta luz y este calor como podría hacerlo en el bosque fresco y oscuro.

Mientras hablaba, tomó la manga de su madre y le sonrió ansiosamente con una pequeña sonrisa lastimera que la señora Comstock comprendió. Philip dejó su carga junto a la puerta trasera y volvió para sostener abierta la verja del jardín para Elnora y la señora Comstock. Llegó justo a tiempo para verlas de pie junto al estanque. La madre se inclinó rápidamente y besó a la muchacha en los labios. Philip se volvió y se ocupó afanosamente de buscar polillas en los arbustos de frambuesa cuando ellas llegaron a la verja. Y tan excelentes son las recompensas de ocuparse de los propios asuntos, que encontró una Promethea sobre una lila en un rincón; una polilla de tonos aterciopelados color vino tan raros que casi hizo que la señora Comstock volviera a arrodillarse. Pero esta estaba completamente desarrollada, capaz de volar, y hubo que llevarla apresuradamente al interior de la cabaña. La señora Comstock se quedó en medio de la habitación sosteniendo en alto su Regalis.

—¿Y ahora qué debo hacer? —preguntó.

Elnora miró a Philip Ammon. Sus ojos se encontraron y ambos sonrieron; él, divertido por aquella figura alta y delgada, de ojos oscuros y cabellos blancos,

formulando aquella pregunta infantil con tanta confianza; y Elnora, con orgullo. Empezaba a apreciar el carácter de su madre.

—¿Le gustaría sentarse y verla terminar de desarrollarse? Yo prepararé la comida —propuso la muchacha.

Después de comer, Philip y Elnora llevaron los platos a la cocina y sacaron cajas, láminas de corcho, alfileres, tinta, etiquetas de papel y todo lo necesario para montar y clasificar las polillas que habían capturado. Cuando terminaron las tareas domésticas, la señora Comstock se sentó cerca con el volante que estaba bordando, observando y escuchando. Recordaba todo lo que entendía de lo que decían, y cuando dudaba hacía preguntas. De vez en cuando dejaba su labor para acomodar alguna flor que necesitaba atención o para buscar un insecto para el picogrueso. Durante una de esas ausencias, Elnora dijo a Philip:

—Estas reemplazan bastantes de las polillas que perdí por culpa del hombre de la India. Con una semana de suerte como esta, casi podría volver a hablar de ir a la universidad.

—No hay razón para que no tengas esa semana y esa suerte —dijo él—. Yo he capturado polillas hasta mediados de agosto, aunque sospecho que es más probable encontrar especies tardías más al norte, donde hace más frío. La próxima semana será tiempo de cosecha, pero podemos contar con algunas especies de doble cría y ejemplares rezagados, y aprovechando al máximo el sistema de intercambio, creo que podremos completar de nuevo la colección.

—Casi me haces tener esperanza —dijo Elnora—, pero no debo permitírmelo. Realmente no creo que pueda reemplazar todo lo que perdí, ni siquiera con tu ayuda. Y aunque pudiera, apenas veo cómo podría dejar sola a mamá este invierno. La encontré hace tan poco y es tan valiosa para mí, que no puedo arriesgarme a perderla otra vez. Voy a aceptar el puesto de historia natural en las escuelas de Onabasha, y seré muy feliz haciendo ese trabajo. Solo que… estas son una tentación.

—Ojalá pudieras ir a la universidad este otoño con las demás muchachas —dijo Philip—. Tengo la sensación de que si no vas ahora, no irás nunca. ¿No hay alguna manera?

—No la veo, si existe, y en realidad no quiero dejar a mamá.

—Pues mamá se alegra mucho de oír eso —dijo la señora Comstock entrando en el cenador.

Philip notó que su rostro estaba pálido, sus labios temblaban y su voz sonaba fría.

—Le decía a su hija que debería ir a la universidad este invierno —explicó él—, pero ella dice que no quiere dejarla.

—Si quiere ir, ojalá pudiera hacerlo —dijo la señora Comstock, mientras una expresión de alivio se extendía por su rostro.

—Oh, todas las muchachas quieren ir a la universidad —dijo Philip—. Es el único lugar apropiado para aprender bridge y bordado; sin mencionar las meriendas de medianoche con encurtidos mezclados y pastel de frutas, y todas las delicias de las hermandades.

—Yo he pensado durante años en ir a la universidad —dijo Elnora—, pero nunca pensé en ninguna de esas cosas.

—Eso se debe a que tu educación en fudge y bridge ha sido tristemente descuidada —dijo Philip—. ¡Deberías oír a mi hermana Polly! Este era su último año. Almuerzos y hermandades era todo lo que la oía mencionar, hasta que apareció Tom Levering; ahora él es el tema principal. Por sus conversaciones diarias no me parece que sepa ni la mitad de las cosas realmente valiosas que tú sabes, pero te lleva kilómetros de ventaja en diversión.

—Oh, nos divertimos mucho en la preparatoria —dijo Elnora—. La vida no ha sido solo trabajo y estudio. ¿Edith Carr fue a la universidad?

—No. Ella es el tipo más selecto de muchacha de internado privado.

—¿Quién es ella? —preguntó la señora Comstock.

Philip abrió los labios.

—Es una muchacha de Chicago a quien el señor Ammon conoce muy bien —dijo Elnora—. Es hermosa y rica, y amiga de su hermana. ¿O no dijo eso?

—No lo recuerdo, pero sí lo es —respondió Philip—. Esta polilla necesita un baño de alcohol para quitarle el cebo.

—¿No se le caerá también el polvillo? —preguntó Elnora ansiosamente.

—No. Observa y verás que saldrá, como diría Polly, “perfectamente bien” como polilla.

—¿Tu hermana es menor que tú? —preguntó Elnora.

—Sí —dijo Philip—, pero es tres años mayor que tú. Es la hermana más querida del mundo. Me encantaría verla ahora.

—¿Por qué no mandas traerla? —sugirió Elnora—. Tal vez le gustaría ayudarnos a capturar polillas.

Philip echó la cabeza hacia atrás soltando una carcajada.

—¡No! —exclamó—. Polly, con un sombrero Virot, vestido bordado Picot y tacones de tres pulgadas, capturaría más polillas que cualquiera que haya probado suerte en el Limberlost.

—Bueno, tú encuentras muchas, y eres su hermano.

—Sí, pero eso es diferente. Mi padre se crio en Onabasha y amaba el campo. Él me educó a su manera y mi madre se encargó de Polly. No lo entiendo del todo. Mi madre es muy hogareña, pero logró convertir a Polly en algo estrictamente ornamental.

—¿Tom Levering necesita una muchacha “estrictamente ornamental”?

—¡Eres demasiado práctica! Demasiado “estrictamente” materialista. Él necesita una muchacha encantadora que lo quiera mucho, y Polly es así.

—Entonces, ¿el Limberlost necesita una muchacha “estrictamente ornamental”?

—¡No! —exclamó Philip—. Tú eres adorno suficiente para el Limberlost. He cambiado de opinión. No quiero a Polly aquí. No disfrutaría capturando polillas ni ninguna de las cosas que hacemos.

—Tal vez sí —insistió Elnora—. Eres su hermano, y a ti claramente te gustan estas cosas.

—El argumento no se sostiene —dijo Philip—. Polly y yo no disfrutamos las mismas cosas cuando estamos en casa, pero nos queremos mucho. El miembro de mi familia que se volvería loco por esto es mi padre. Ojalá pudiera venir, aunque fuera una semana. Le escribiría para que viniera, pero está ocupado

preparando documentos para un importante caso corporativo este verano. Le gusta el campo. Fue él quien votó para enviarme aquí.

Philip se recostó contra el cenador, observando al picogrueso mientras buscaba alimento entre una mata de tomates y un lirio. Elnora le puso a hacer etiquetas y, cuando terminó, pidió permiso para escribir una carta. No hizo el menor esfuerzo por ocultar la página y, desde donde estaba sentada frente a él, Elnora no podía mirar en su dirección sin leer:

“Mi queridísima Edith”.

Escribió con rapidez durante un rato y luego se quedó sentado mirando a través del jardín.

—¿Ya se te acabó tan pronto el material? —preguntó Elnora.

—Más o menos —dijo Philip—. Ya escribí que me estoy recuperando tan rápido como es posible, que el aire es magnífico, que la gente de la casa del tío Doc está bien y es demasiado buena conmigo; que paso la mayor parte del tiempo en el campo ayudando a capturar polillas para una colección, lo cual es un ejercicio espléndido; y ahora no se me ocurre nada más que pueda resultar interesante.

Desde el arce estalló una ráfaga de notas exquisitas.

—Habla del picogrueso —sugirió Elnora—. Dile que eres tan amigo suyo que le das de comer escarabajos de papa.

Philip bajó la pluma hacia la hoja, se inclinó hacia adelante y luego vaciló.

—¡Válgame Dios si lo hago! —exclamó—. Ella pensaría que un “grosbeak” es una persona depravada con una nariz enorme. Nunca imaginaría que es un amante vestido de negro, con pecho de nieve y corazón carmesí. No le interesan los polluelos hambrientos ni los escarabajos de papa. Eso se lo escribiré a mi padre. A él le parecerá encantador.

Elnora tomó hábilmente una polilla, la sujetó con alfileres y colocó sus alas. Enderezó las antenas, acomodó cada pata en posición y la dejó con una apariencia perfectamente natural. Mientras levantaba su trabajo para ver si estaba bien, miró a Philip. Él seguía frunciendo el ceño y dudando sobre el papel.

—Te reto a que me dejes dictarte un par de párrafos.

—¡Aceptado! —exclamó Philip—. Solo habla lo bastante despacio para que pueda escribir.

Elnora soltó una risita alegre.

—Estoy escribiendo esto —comenzó— desde un viejo cenador cubierto de vides, en el campo, cerca de una cabaña de troncos donde acabo de comer. Desde donde estoy sentado puedo ver directamente la casa del vecino de al lado, hacia el oeste. Su nombre es R. B. Grosbeak. Por todo lo que he visto de él, es un caballero de la vieja escuela; de la escuela más antigua que existe, sin duda. Siempre viste un traje negro con gorra y un chaleco blanco adornado con un gran corazón rojo, que supongo debe de ser el emblema de alguna antigua orden. He venido aquí varias veces y jamás lo he visto usar otra cosa, ni a su esposa aparecer con algo distinto de un vestido marrón con toques blancos.

»A veces me ha parecido que ella descuida un poco sus deberes domésticos, pero él no parece sentirlo así. Se queda alegremente en la sala mientras ella sale a divertirse, y canta mientras cuida de los cuatro pequeños. Debo hablarte de su música. Estoy seguro de que jamás vio el interior de un conservatorio. Creo que simplemente aprendió lo que sabe de oído y sin entrenamiento vocal, pero hay una ternura en sus tonos, una profundidad de melodía pura, que nunca he oído superar. Puede que aprecie más su música que la de otros buenos cantantes de por aquí porque lo veo más seguido y admiro su devoción por la vida familiar.

»Hace un momento tuve un encuentro con él en la cerca del oeste y logré convencerlo de que llevara un pequeño obsequio a sus hijos. Cuando veo la perfecta armonía en que vive y la profunda satisfacción que él y la dama marrón encuentran en la vida, casi me siento persuadido de… Ahora esto va a ser poesía —dijo Elnora—. Mueve la pluma aquí y empieza con comillas y mayúscula.

El rostro de Philip había sido un estudio interesante mientras escribía sus frases. Ahora colocó solemnemente la pluma donde ella indicaba, y Elnora dictó:

—“Comprar una linda casita en el campo
Y establecerse allí para toda la vida.”

—¡Es la pura verdad! —exclamó Philip—. Es una tentación tan grande como cualquiera que haya tenido. ¡Sigue!

—Eso es todo —dijo Elnora—. Puedes terminar tú. Las polillas ya están listas. Voy a salir a buscar cualquier cosa que pueda servir para los grados escolares.

—Espera un minuto —rogó Philip—. Yo también voy.

—No. Quédate con mamá y termina tu carta.

—Ya está terminada. No podría añadir nada después de eso.

—Muy bien. Firma tu nombre y ven. Pero olvidé decirte toda la condición del trato. Quizá no envíes la carta cuando la escuches. El resto del acuerdo es que me enseñes la respuesta a la parte que yo escribí.

—¡Oh, eso es fácil! No tendría el menor inconveniente en mostrarte toda la carta.

Firmó su nombre, dobló las hojas y las guardó en el bolsillo.

—¿A dónde vamos y qué llevamos?

—¿Vendrás, mamá? —preguntó Elnora.

—Tengo un poco de trabajo que debería hacer —dijo la señora Comstock—. ¿Podrían prescindir de mí? ¿A dónde quieren ir?

—Vamos a bajar a casa de la tía Margaret para verla unos minutos y recoger a Billy. Estaremos de regreso para la cena.

La señora Comstock sonrió mientras los observaba alejarse por el camino. ¡Qué espléndida pareja de jóvenes eran! ¡Qué bien proporcionados, qué llenos de vitalidad! Luego su rostro se ensombreció al verlos conversando con seriedad. Justo cuando estaba deseando no haber confiado a su preciosa hija tanto tiempo a un casi desconocido, vio a Elnora inclinarse para levantar una rama y mirar debajo. La madre volvió a tranquilizarse. Elnora solo pensaba en su trabajo. Se podía confiar plenamente en ella.

CAPÍTULO 16

Unos días después, Philip entregó a Elnora una hoja de papel y ella leyó:

> “En tu estado, creo que la caza de polillas y la vida en esa cabaña deben de hacerte mucho bien, pero por cualquier motivo mantente alejado de esa persona llamada Grosbeak, y no regreses a casa con la cabeza llena de ideas campesinas. Sin duda tiene una voz extraordinaria, pero no soporto a los cantantes sin entrenamiento, y no se te ocurra pensar que un canto de junio es perenne. No estás oyendo la música que hará cuando los cuatro bebés tengan escarlatina y sarampión, y la esposa vagabunda lo deje en casa para cuidarlos entonces. ¡Pobre alma, la compadezco! ¿Cómo puede existir donde las vacas mugen sin control, las ranas croan, los mosquitos te devoran, la mantequilla se vuelve aceite en verano y ladrillo en invierno, mientras la bomba de agua se congela todos los días, y no hay diversión terrenal ni sociedad alguna? ¡Pobres criaturas! ¿No puedes convencerlo de mudarse? ¡No me extraña que ella salga en cuanto tiene oportunidad! Yo moriría. Si estás pensando en establecerte en el campo, piensa también en una mujer satisfecha con vestir blanco y marrón para acompañarte. ¡Marrón! ¡De todos los colores mortales! Me volvería loca vistiendo marrón.”

Elnora se rio mientras leía. Su rostro se llenó de hoyuelos al devolver la hoja.

—¿Quién va ganando? —preguntó.

—¿Quién crees tú? —replicó él.

—Ella —dijo Elnora—. ¿Vas a decirle en tu próxima carta que R. B. Grosbeak es un pájaro, y que probablemente pasará el invierno en un matorral de ciruelos silvestres en Tennessee?

—No —dijo Philip—. Le escribiré que entiendo perfectamente sus ideas sobre la vida y que, desde luego, jamás le pediría que lidiara con mantequilla aceitosa y bombas congeladas…

—…y bebés con sarampión —interrumpió Elnora.

—¡Exactamente! —dijo Philip—. Al mismo tiempo, encuentro tantas cosas que compensan eso, que no me importaría soportarlas yo mismo, considerando la recompensa. ¿Adónde vamos y qué hacemos hoy?

—Hoy tendremos que buscar junto a los caminos y alrededor del borde del Limberlost —dijo Elnora—. Mamá está haciendo conservas de fresa y no podrá venir hasta que termine. ¿Qué te parece si bajamos al pantano y te enseño lo que queda de la habitación de flores que hizo Terence O'More, el gran maderero de Great Rapids, cuando era un muchacho sin hogar aquí? Claro que ya has oído la historia.

—Sí, y he conocido a los O'More, que frecuentan la sociedad de Chicago. Tienen amigos allí. Creo que son una pareja ideal.

—Eso suena como si fueran la única —dijo Elnora—, y de verdad no lo son. Conozco docenas. La tía Margaret y el tío Wesley son otra, los Brownlee otra, y mi profesor de matemáticas y su esposa también. El mundo está lleno de gente feliz, pero nadie oye hablar de ellos. Hay que pelear y provocar un escándalo para salir en los periódicos. Nadie sabe nada de toda la gente feliz. Yo misma soy feliz, y mira qué perfectamente insignificante soy.

—Solo necesitas ir donde puedan verte —empezó Philip, pero recordó algo y concluyó—. ¿Qué llevamos hoy?

—A nosotros mismos —dijo Elnora—. Tengo una veta vagabunda en la sangre y hoy está muy presente. Voy a enseñarte dónde crecen flores de verdad, dónde cantan pájaros de verdad, y si me siento de humor, quizá hasta deje escapar un par de notas yo también.

—Oh, ¿cantas? —preguntó Philip cortésmente.

—A veces —respondió Elnora—. "Como los pájaros; porque debo hacerlo", pero no te asustes. No me da muy seguido. Quizá ni siquiera cante.

Bajaron por el camino hacia el pantano, treparon la cerca de troncos, siguieron el sendero hasta el viejo camino y luego giraron al sur. Elnora señaló a Philip el rastro marcado por restos de alambre de púas caído.

—Fue hace diez años —dijo—. Yo era una niña de escuela, pero ya entonces vagaba por todas partes y a nadie le importaba. Lo veía con frecuencia. Había

vivido toda su vida en una institución de la ciudad cuando aceptó el trabajo de mantener alejados a los ladrones de madera de este pantano, antes de que hubieran talado muchos árboles. Era trabajo para un hombre fuerte, y él era un muchacho frágil, pero se volvió más resistente viviendo al aire libre. Este sendero por el que vamos es el camino que sus pies abrieron por primera vez, en aquellos días en que estaba loco de miedo y consumido por la soledad, pero se mantuvo firme y salió adelante. Yo solía bajar hasta el camino y deslizarme entre los arbustos tan lejos como me atrevía para verlo pasar. Casi siempre iba caminando; a veces montaba una bicicleta.

»Algunos días tenía el rostro terriblemente triste; otros, tan decidido que hasta una niña podía percibir la fuerza que había en él; y una vez estaba radiante. Ese día iba con él el Ángel del Pantano. No puedo describirte cómo era. Nunca he visto a nadie que se le pareciera. Se detuvo muy cerca de aquí para mostrarle un nido de pájaro. Luego siguieron hasta una especie de habitación de flores que él había hecho, y cantó para ella. Cuando se fue, yo ya había cobrado suficiente valor para salir al sendero, y me encontré con el gran escocés con quien vivía Freckles. Me vio atrapando polillas y mariposas, así que me llevó a la habitación de flores y me regaló todo lo que había allí. No me atrevo a venir sola muy seguido, así que no puedo mantenerlo como él lo hacía, pero todavía puedes ver algo de cómo era.

Elnora abrió paso y Philip la siguió. Los contornos de la habitación ya no eran claros, porque muchos de los árboles habían desaparecido, pero Elnora le mostró lo mejor que pudo cómo había sido.

—El pantano está casi arruinado ahora —dijo—. Los arces, nogales y cerezos han desaparecido. Los árboles parlantes son lo único que queda que realmente vale la pena.

—¿Los “árboles parlantes”? No entiendo —comentó Philip.

—¡No me extraña! —rio Elnora—. Son un descubrimiento mío. Sabes que todos los árboles susurran y hablan durante el verano, pero hay dos que tienen tanto que decir que siguen haciéndolo todo el invierno, cuando los demás guardan silencio. Las hayas y los robles aman tanto conversar que conservan sus hojas secas y muertas. En invierno los vientos son más fuertes y soplan más, así que esos árboles susurran, murmuran, sollozan, ríen y a veces rugen hasta

que el sonido se vuelve ensordecedor. No callan hasta que las hojas nuevas salen en primavera y empujan fuera a las viejas. Me encanta quedarme bajo ellos con el oído apoyado en sus troncos, interpretando lo que dicen según mis estados de ánimo. Las hayas ramifican bajo y sus hojas son pequeñas, así que solo conocen cosas comunes y terrenales; pero los robles se elevan rectos por encima de casi todos los demás árboles antes de ramificarse, sus brazos son poderosos, sus hojas grandes. Se encuentran con los vientos que viajan alrededor del mundo, y de ellos aprenden las grandes cosas.

Philip estudió el rostro de la muchacha.

—¿Qué te dicen las hayas, Elnora? —preguntó suavemente.

—Que tenga paciencia, que sea desinteresada, que haga a los demás lo que quisiera que me hicieran a mí.

—¿Y los robles?

—Dicen: “sé fiel”, “vive una vida limpia”, “eleva tu alma hasta aquí y los vientos del mundo le enseñarán lo que logra el honor”.

—¡Qué secretos tan maravillosos! —se maravilló Philip—. ¿Los están diciendo ahora? ¿Podría oírlos?

—No. Ahora solo están chismorreando. Este es tiempo de juego. Los grandes secretos se los cuentan a un mundo blanco, cuando la música los inspira.

—¿La música?

—Todos los demás árboles son arpas en invierno. Sus troncos son los marcos, sus ramas las cuerdas, y los vientos los músicos. Cuando el aire es frío y claro, el mundo muy blanco y la música de las arpas se eleva, entonces los árboles parlantes dicen las cosas que fortalecen y elevan.

—¡Muchacha maravillosa! —exclamó Philip—. ¡Qué mujer llegarás a ser!

—Si alguna vez soy una mujer que realmente valga algo, será porque he tenido oportunidades maravillosas —dijo Elnora—. No todas las muchachas son empujadas al bosque para aprender lo que Dios tiene que decir allí. Aquí están los restos de la habitación de Freckles. La vez que vino el Ángel, él cantó para ella y yo escuché. Nunca oí música semejante. No me extraña que ella lo amara. Todos los que lo conocieron lo amaban, y todavía lo aman. Prueba ese tronco,

sirve bastante bien de asiento. Esta vieja caja era su tesoro, así como ahora es el mío. Voy a mostrarte mi posesión más querida. No me atrevo a llevarla a casa porque mamá no logra vencer su aversión hacia ella. Era de mi padre, y en algunas cosas me parezco a él. Esta es la más fuerte.

Elnora levantó el violín y comenzó a tocar. Llevaba un vestido escolar de cuadros verdes, con las mangas arremangadas hasta los codos. Parecía formar parte del escenario que la rodeaba. Su cabeza brillaba como un pequeño sol oscuro, y su rostro nunca había parecido tan sonrosado y claro. Desde el instante en que pasó el arco sobre las cuerdas, sus labios se separaron y sus ojos se dirigieron hacia algo lejano en el pantano, y nunca dio más aquella impresión de sentir sus notas y repetir algo audible solo para ella. Philip estaba demasiado cerca para apreciar el mejor efecto. Se levantó y retrocedió varios pasos, apoyándose en un gran árbol, mirando y escuchando atentamente.

Al cambiar de posición vio que la señora Comstock los había seguido y estaba de pie en el sendero, desde donde no podía haber dejado de oír todo lo que Elnora había dicho.

Así, para Philip frente a ella y la madre observando desde el sendero, Elnora interpretó la Canción del Limberlost. Parecía que el pantano hubiera silenciado todas sus demás voces y hablara únicamente a través de su arco danzante. La madre, en el sendero, ya lo había oído todo una vez de labios de la muchacha y muchas veces del padre de ella. Para el hombre fue una revelación. Permaneció tan sobrecogido que olvidó por completo a la señora Comstock. Trató de imaginar qué diría un público de ciudad ante aquella música, ejecutada por semejante intérprete y con un fondo semejante, pero no pudo concebirlo.

Estaba preguntándose qué podía atreverse a decir, cuánto podía expresar, cuando cayó la última nota y la muchacha guardó el violín en el estuche, cerró la tapa, lo aseguró y escondió la llave en la madera podrida al extremo de un tronco. Luego se acercó a él. Philip la contempló con curiosidad.

—Me pregunto —dijo— qué diría la gente de eso.

—Toqué eso una vez en público —dijo Elnora—. Creo que les gustó bastante. Ayer recibí una nota ofreciéndome la dirección de la orquesta de la preparatoria de Onabasha. Puedo aceptarla perfectamente. Ninguna de mis clases para los grados empieza temprano por la mañana. Puedo tocar unos minutos con la

orquesta y llegar a las aulas con tiempo de sobra. Será más trabajo que amo, y además es como encontrar dinero. Tocaría con gusto gratis, solo por poder expresarme.

—Con algunas personas esta lucha por expresarse convierte el corazón humano en un verdadero campo de batalla —dijo Philip—. Tú vas a hacer una obra hermosa en el mundo, y la harás bien. Cuando pienso que ese violín perteneció a tu padre, que él lo tocaba antes de que nacieras y que sin duda conmovió profundamente a tu madre, y luego uno eso con los años que has vagado por estos campos y pantanos, encontrando en la naturaleza todo aquello sobre lo que podías derramar tu corazón, comprendo cómo llegaste a ser quien eres. Entiendo lo que quieres decir con expresarte. Sé algo de lo que tienes que expresar. El mundo nunca había necesitado tanto tu mensaje como ahora. Tiene hambre de las cosas que tú conoces. Comprendo perfectamente cómo llegaste a conseguir tu puesto. Lo que tú tienes para ofrecer no se enseña en ninguna universidad, y ni siquiera estoy seguro de que no acabarías arruinándote si intentaras hacer pasar tu mente por el mismo molde que cientos de personas más. Nunca pensé que diría algo así a nadie, pero te lo digo a ti, y lo creo sinceramente: abandona la idea de la universidad. Tu mente no necesita ese tipo de formación. Mantente cerca de tu trabajo en los bosques. Estás llegando a ser infinitamente superior gracias a ello que la mejor universitaria que he conocido; no hay comparación posible. Cuando tengas dinero, toma ese violín y ve con uno de los grandes maestros del mundo; deja que el Limberlost cante para él. Si cree que puede mejorarlo, muy bien. Yo tengo mis dudas.

—¿De verdad quieres decir que, en mi lugar, renunciarías por completo a ir a la universidad?

—Lo digo de verdad —respondió Philip—. Si ahora mismo tuviera el dinero en las manos para enviarte y pudiera dártelo de una forma que aceptaras, no lo haría. No sé por qué parece ser destino del mundo desear siempre algo distinto de lo que la vida le concede. Si tan sólo pudieras darte cuenta, muchacha, de que ya estás en la universidad, y lo has estado siempre. Estás en la escuela de la experiencia, y ella te ha enseñado a pensar y te ha dado un corazón. ¡Dios sabe cuánto envidio al hombre que logre conquistarlo! Has estado toda tu vida en la universidad del Limberlost, y jamás he conocido a un graduado de ninguna otra institución que pueda compararse contigo en sensatez, claridad y conocimiento

interesante. Ni siquiera te aconsejaría leer demasiados libros sobre tus temas. Tú obtienes el material de primera mano y sabes que estás en lo correcto. Lo que deberías hacer es empezar pronto a practicar la expresión de ti misma. No esperes demasiado para hablarnos de los bosques tal como tú los conoces.

—¿Quieres decir seguir el camino de la Mujer de los Pájaros? —preguntó Elnora.

—A tu manera; con tu propia luz. Ella no vivirá para siempre. Tú eres más joven y estarás lista para empezar donde ella termine. El pantano te ha dado hasta ahora todo lo que necesitas; ahora tú devuélveselo al mundo en pago. ¡Al diablo con la universidad! ¡Ponte a trabajar y muéstrale a la gente lo que hay en ti!

No fue hasta entonces cuando recordó a la señora Comstock.

—¿Deberíamos salir al sendero y ver si viene tu madre? —preguntó.

—Aquí está ahora mismo —dijo Elnora—. ¡Santo cielo, menos mal que guardé el violín a tiempo! No esperaba que llegara tan pronto —susurró la muchacha mientras se volvía para ir hacia su madre.

La expresión de la señora Comstock era extraña mientras miraba a Elnora.

—Olvidé que estabas haciendo conservas al sol y que no necesitaban mucha cocción —dijo—. Deberíamos haberte esperado.

—¡De ninguna manera! —respondió la señora Comstock—. ¿Han encontrado algo ya?

—Nada que pueda mostrarte —dijo Elnora—. Pero estoy casi segura de haber encontrado una idea que revolucionará por completo el curso de mi trabajo, mi pensamiento y mis ambiciones.

—"¡Ambiciones!" ¡Vaya, qué palabra tan grande! —rió la señora Comstock—. ¿Quién imaginaría que una pequeña pelirroja campesina alberga un germen tan peligroso en su cuerpo? ¿Puedes contárselo a tu madre?

—No si me hablas de esa manera —respondió Elnora.

—Bueno, supongo que será mejor dejar tranquila a la ambición. Siempre he oído que es más segura dormida. Si alguna vez te da un ataque auténtico,

entonces será momento de ocuparse de ello. Vamos a buscar especímenes. Es junio. Philip y yo somos los alumnos. Tienes una hora para meter en nuestras cabezas una idea que se quede allí toda la vida y crezca para bien. Así es como veo tu trabajo. Ahora bien, ¿qué vas a enseñarnos? No queremos ninguna tontería vieja y repetida mil veces; queremos una idea grande y nueva para sembrarla en nuestros corazones. Vamos, señorita maestra, ¿cuál es la esencia hervida y doblemente destilada de junio? Dánosla fuerte. Somos lo bastante grandes para darle terreno donde desarrollarse. ¡Date prisa! El tiempo es corto y estamos esperando. ¿Cuál es el milagro de junio? ¿Qué cosa resume todo el mes y lo hace un poco distinto de cualquier otro?

—El nacimiento de estas grandes polillas nocturnas —respondió Elnora al instante.

Philip aplaudió. Los ojos de la señora Comstock se llenaron de lágrimas. Tomó a Elnora en sus brazos y besó su frente.

—¡Servirás para esto! —dijo—. Junio es junio no porque tenga flores, aves, frutos o plantas exclusivos de él.

—Todos tienen mitad de mayo y mitad de julio. Pero para mí sólo es verdaderamente junio cuando llegan estas grandes polillas nocturnas de alas aterciopeladas que cruzan sus cielos iluminados por la luna, consumando su plan de creación y cayendo luego como una flor marchita. Enséñales polillas en junio. Después haz de eso la base del trabajo de todo el año. Encuentra el rasgo distintivo de cada mes, aquello que lo separa de los demás, y plántaselo directamente entre los ojos. Hasta los niños más pequeños pueden comprender las polillas cuando ven emerger algunas y aprenden su historia viviéndola ante ellos. Deberías mostrar tus especímenes por parejas, luego sus huevos, las orugas creciendo y finalmente los capullos. Debes desenterrar el corazón rojo de cada mes del año y sostenerlo palpitando ante ellos.

—No puedo nombrarlos todos ahora mismo, pero ya pienso en otro. Febrero pertenece a nuestras aves de invierno. Es entonces cuando el gran búho cornudo del pantano corteja a su compañera, los grandes halcones forman pareja e incluso los cuervos empiezan a fijarse unos en otros. Ésas sí son nuestras aves. Como los pobres, siempre las tenemos con nosotros. Deberías escuchar a los músicos de este pantano en febrero, Philip, en una noche templada. ¡Ah, pero

cantan con seriedad! Durante veintiún años he escuchado de noche a los grandes búhos, a los más pequeños, a los zorros, mapaches y a todos los habitantes permanentes de estos bosques, y de día a los halcones, carpinteros, chupasavia, carboneros, cuervos y demás aves de invierno. Sólo ahora se me ocurre que la característica distintiva de febrero no es blanquear lino ni hacer azúcar; es el mes del amor de nuestras propias aves. Dales halcones y búhos para febrero, Elnora.

Con los ojos brillantes la muchacha miró a Philip.

—¿Qué te parece? —dijo—. ¿No crees que tendré éxito con semejante ayuda? ¡Deberías oír el concierto del que habla! Es sencillamente indescriptible cuando el suelo está cubierto de nieve y la luz de la luna lo vuelve todo blanco.

—Es casi la mejor música que tenemos —dijo la señora Comstock—. Me pregunto si no podrías copiar eso y convertirlo en una pieza fuerte y original para tu violín, Elnora.

Hubo una respiración tensa, y luego—

—Podría intentarlo —dijo sencillamente Elnora.

Philip acudió al rescate.

—Debemos volver al trabajo —dijo, y empezó a examinar una rama de nogal buscando huevos de polilla Luna.

Elnora se unió a él mientras la señora Comstock sacaba su bordado del bolsillo y se sentaba en un tronco. Dijo que estaba cansada y que podían volver por ella cuando estuvieran listos para irse. Podía oír sus voces a su alrededor hasta que los llamó a la hora de la cena. Cuando llegaron junto a ella, estaba esperando en el sendero, con la costura en una mano y el violín en la otra.

Elnora se puso muy pálida, pero siguió el sendero sin decir palabra. Philip, incapaz de ver a una mujer cargar más peso que él, extendió la mano hacia el instrumento. La señora Comstock negó con la cabeza. Llevó el violín a casa, entró con él en su habitación y cerró la puerta.

Elnora se volvió hacia Philip.

—¡Si destruye eso, moriré! —exclamó la muchacha.

—¡No lo hará! —dijo Philip—. La entiendes mal. No habría dicho lo que dijo sobre los búhos si hubiera pensado hacerlo. Es tu madre. Nadie te ama como ella. ¡Confía en ella! En lo personal, creo que es simplemente magnífica.

La señora Comstock regresó con el rostro sereno y todos ayudaron con la cena. Cuando terminaron, Philip y Elnora clasificaron y ordenaron los especímenes de la tarde, y luego hicieron un viaje al bosque para untar y alumbrar varios árboles para atraer polillas.

Cuando regresaron, la señora Comstock estaba sentada en el cenador y ellos se reunieron con ella. La luz de la luna era tan intensa que se podía leer con ella. El húmedo aire nocturno retenía los olores cerca de la tierra, haciendo intensos los perfumes de flores y árboles. Miles de insectos daban serenata, y en el arce el picogrueso decía de vez en cuando alguna palabra tranquilizadora a su esposa, mientras ella respondía que todo estaba bien. Un chotacabras gemía en el pantano y junto al estanque bordeado de azul un chat se lamentaba desconsoladamente.

La señora Comstock entró en la cabaña, pero volvió enseguida, dejando el violín y el arco sobre el regazo de Elnora.

—Quisiera que nos regalaras un poco de música —dijo.

CAPÍTULO 17

Billy se balanceaba en la hamaca, en paz consigo mismo y con todo el mundo, cuando creyó oír algo. Se incorporó de golpe, con los ojos muy abiertos. Una vez abrió los labios, pero lo pensó mejor y volvió a cerrarlos. El sonido persistía. Billy saltó la cerca y echó a correr por el camino con su extraño trote ladeado.

Cuando se acercó a la cabaña de los Comstock, dejó el polvo cálido del camino y comenzó a avanzar más despacio y en silencio sobre las espesas hierbas de la orilla. Había oído bien. El violín cantaba en el emparrado de uvas, derramando una mezcla perfecta de toda clase de melodías en un tumulto jubiloso. Las cuerdas expresaban la alegría de un corazón de muchacha feliz.

Billy trepó la cerca que rodeaba el bosque del oeste y se deslizó hacia el emparrado. No era un espía ni un fisgón. Solo quería cerciorarse, con su corazón de niño, de si la señora Comstock estaba en casa y Elnora por fin tocaba su amado violín con el consentimiento de su madre.

Una sola mirada bastó.

La señora Comstock estaba sentada bajo la luz de la luna, con la cabeza apoyada en el emparrado; en su rostro había una expresión de perfecta paz y satisfacción. Mientras Billy la observaba, el arco vaciló un instante y la señora Comstock habló:

—Todo eso es muy melodioso y hermoso —dijo—, pero desearía que pudieras tocar *Money Musk* y algunas de las melodías con las que bailaba cuando era joven.

Elnora había evitado cuidadosamente cualquier nota que pudiera recordarle a su padre. Al oír aquellas palabras, rió suavemente y comenzó a tocar *Turkey in the Straw.* Un instante después, la señora Comstock estaba bailando bajo la luz de la luna.

Ammon se lanzó a su lado, la tomó entre sus brazos y, entre las risas de Elnora y el impulso del violín, bailaron hasta caer jadeantes sobre el banco del emparrado.

Billy apenas supo cuándo llegó al camino. Sus pies ligeros apenas tocaban el suelo blando de lo rápido que corría. Saltó la cerca y entró en la casa como un torbellino.

—¡Tía Margaret! ¡Tío Wesley! —gritó—. ¡Escuchen! ¡Escuchen! ¡Está tocando! ¡Elnora está tocando su violín en casa! ¡Y la tía Kate está bailando como loca frente al emparrado! ¡La vi bajo la luz de la luna! ¡Corrí hasta allá! ¡Oh, tía Margaret!

Billy se arrojó sollozando al pecho de Margaret.

—¡Billy! —lo reprendió ella—. ¡No llores, tontuelo! Eso es exactamente lo que todos hemos estado pidiendo en nuestras oraciones durante años; pero debes estar equivocado respecto a Kate. No puedo creerlo.

Billy levantó la cabeza.

—¡Pues tendrán que creerlo! —dijo—. Cuando digo que vi algo, el tío Wesley sabe que lo vi. El hombre de la ciudad estaba bailando con ella. Bailaban juntos y Elnora se reía. Pero a mí no me pareció gracioso; me asusté.

—¿Quién fue el que dijo que “las maravillas nunca terminan”? —preguntó Wesley—. Escúchenme bien: una vez que Kate Comstock arranque, nadie podrá detenerla. Tiene dentro una carreta llena de fuerza contenida. ¡Bailando bajo la luz de la luna! ¡Bueno, que me cuelguen!

Billy estuvo a su lado al instante.

—¡Entonces tendrán que colgarme a mí también! —exclamó.

Sinton rodeó a Billy con un brazo y lo atrajo hacia sí.

—Cuéntanos todo, hijo —dijo.

Billy obedeció.

—Y cuando Elnora apenas dejó de tocar un segundo, su mamá dijo: “¿No puedes tocar algunas de las canciones antiguas que conocía cuando era joven?” Entonces Elnora empezó una melodía que te hacía querer girar y girar, y más rápido que nada allí estaba su mamá dando vueltas. El hombre de la ciudad saltó y la agarró, y también empezó a girar, y allá atrás en el bosque yo también estaba girando igual que ellos. Elnora comenzó a reírse y yo vine corriendo a

contárselos, porque sabía que les gustaría saberlo. Ahora todo el mundo está bien, ¿verdad? —terminó Billy con suprema satisfacción.

—¡Claro que sí! —dijo Wesley.

Billy miró fijamente a Margaret.

—¿Lo está, tía Margaret?

Margaret Sinton le sonrió valientemente.

Una hora más tarde, cuando Billy estaba listo para subir las escaleras hacia su habitación, fue a darle las buenas noches a Margaret. Se apoyó un instante contra ella, luego acercó los labios a su oído.

—¡Ojalá pudiera devolverte a tus niñas! —susurró, y salió corriendo hacia las escaleras.

Abajo, en la cabaña de los Comstock, el violín siguió sonando hasta que Elnora estuvo tan cansada que apenas podía levantar el arco. Entonces Philip regresó a casa. Las mujeres caminaron con él hasta la verja y permanecieron allí observándolo hasta perderlo de vista.

—Eso es lo que yo llamo un joven decente —dijo la señora Comstock—. Viéndolo encajar con nosotros, cualquiera diría que se crió en una cabaña; pero seguro que siempre ha tenido la crema de la olla.

—Sí, eso creo —rió Elnora—, pero no le ha hecho daño. Nunca le he visto nada que pudiera criticar. Me está enseñando muchísimo, sin darse cuenta. ¿Sabías que se graduó en Harvard y tiene varios títulos en derecho? Vendrá mañana por la mañana y tendremos un gran día buscando *Catocalæ*.

—¿Qué son esas?

—Esas polillas grises cuyas alas se pliegan como las de enormes moscas y parecen talladas en madera vieja. Pero cuando vuelan, las alas inferiores destellan y son rojas y negras, o doradas y negras, o rosadas y negras, o combinaciones de docenas de colores brillantes con negro. Nadie las ha clasificado todas ni escrito su historia completa, a menos que la Mujer de los Pájaros lo esté haciendo ahora. Ella quiere todo lo que pueda conseguir sobre ellas.

—Ya recuerdo —dijo la señora Comstock—. Son criaturas muy hermosas. Toda mi vida he espantado montones de ellas de las enredaderas que cubren los troncos. De ahora en adelante tendré que tener cuidado y atraparlas, aunque parecen endemoniadamente rápidas. Podría encontrar algo raro.

Pensó intensamente y añadió:

—Y ni siquiera sabría si lo fuera. Esa sería mi suerte. He tenido al alcance la cosa más rara de la tierra durante mucho tiempo y solo tuve el juicio de asegurarla justo cuando se me estaba escapando. Te apuesto a que no dejaré escapar nada más.

A la mañana siguiente Philip llegó temprano, y él y Elnora partieron enseguida hacia los campos y el bosque. La señora Comstock había llegado a confiar tan plenamente en él que ahora se quedaba en casa para terminar las tareas antes de reunirse con ellos, y cuando lo hacía a menudo se sentaba a coser mientras los dejaba vagar durante horas.

Era mediodía cuando terminó y preparó una cesta con el almuerzo. Encontró a Elnora y a Philip cerca del campo de violetas, que aún estaba en plena floración. Los tres almorzaron juntos a la sombra de un matorral de manzanos silvestres, con flores esparcidas a sus pies y los oropéndolas dorados surcando el aire con destellos de luz y arrastrando éxtasis tras ellos, mientras los tordos de alas rojas, como siempre, hacían las preguntas más impertinentes.

Luego la señora Comstock llevó la cesta de regreso a la cabaña, y Philip y Elnora se sentaron sobre un tronco a descansar unos minutos. Habían tenido una suerte inesperada y ambos estaban ansiosos por continuar la búsqueda.

—¿Recuerdas tu promesa acerca de estas violetas? —preguntó él—. Mañana es el cumpleaños de Edith y, si las envío por entrega especial en el tren de la mañana, las recibirá por la tarde. Deberían conservarse hasta entonces. Ella se marcha al Norte al día siguiente.

—Claro que puedes llevártelas —dijo Elnora—. Dejaremos de trabajar lo bastante temprano antes de la cena para recoger un gran ramo. Podemos empacarlas para que resistan el viaje. Deberían mantenerse perfectamente frescas, sobre todo si las cortamos esta tarde y las dejamos beber agua toda la noche.

Entonces regresaron a buscar *Catocalæ*. Fue una búsqueda larga y feliz. Los llevó a rincones nuevos e inexplorados del bosque, junto a un nido de pardillos y a lugares donde los jilgueros recogían plumón de cardo para los nidos que forrarían un poco más adelante.

Los condujo hacia un bosque verdadero, donde había profundas lagunas oscuras, donde el zorzal ermitaño y el petirrojo del bosque extraían la esencia de toda la música de las aves y la derramaban en sus puras notas de campana.

Parecía que cada viejo tronco gris, cada placa de corteza suelta y cada tronco caído entregaba aquellos tesoros grises relucientes; y, de entre todas las especies, parecían las más fáciles de alarmar y las más difíciles de capturar.

Philip se acercó a Elnora al anochecer, sosteniendo delicadamente una por el cuerpo. Sus alas oscuras se abrían y sus largas patas delgadas intentaban aferrarse a sus dedos y escapar de su mano.

—¡Por misericordia! —exclamó Elnora, mirándolo fijamente.

—¡Casi estoy seguro! —se entusiasmó Ammon.

—¿Alguna vez viste una?

—Solo en colecciones, y muy rara vez incluso allí.

Elnora estudió atentamente las alas negras.

—De verdad creo que es *Sappho* —dijo maravillada—. La Mujer de los Pájaros estará loca de alegría.

—Debemos conseguir enseguida el frasco de cianuro —dijo Philip—. No la perdería por nada. ¡La persecución que me hizo pasar!

Elnora trajo el frasco y comenzó a recoger los utensilios.

—Cuando haces un hallazgo así —dijo—, es el momento indicado para dejarlo y sentirte glorioso el resto del día. ¡Te digo que estoy orgullosa! Vámonos ya. Apenas tenemos tiempo de cumplir nuestros planes antes de la cena. ¿No estará mamá encantada de ver que encontramos una rara?

—¡Me gustaría ver a alguien más encantado que yo! —dijo Philip Ammon—. Siento que esta noche me he ganado la cena. Vámonos.

Tomó la mayor parte de la carga y se apartó para que Elnora caminara delante de él. Ella siguió el sendero abierto por el ganado hacia la cabaña y, cerca del campo de violetas, se detuvo y dejó en el suelo la red y las cosas que llevaba.

Philip pasó junto a ella y se apresuró directamente hacia la verja trasera.

—¿No vas a…? —comenzó Elnora.

—Voy a llevar esta polilla a casa rápidamente —dijo él—. Este cianuro ha perdido fuerza y no está funcionando bien. Necesitamos poner uno fresco en el frasco.

¡Había olvidado las violetas!

Elnora permaneció observándolo, con una expresión extraña en el rostro. Un segundo así… luego recogió la red y lo siguió.

Junto al estanque bordeado de azul se detuvo y medio se volvió, como si quisiera regresar; pero cerró firmemente los labios y siguió adelante.

Eran las nueve cuando Philip se despidió y partió hacia el pueblo. Su alegre silbido llegó hasta ellas desde el rincón más lejano del Limberlost. Elnora dijo que estaba cansada, así que se fue a su habitación y se acostó.

Pero el sueño no llegaba.

Los pensamientos corrían por su mente y, cuanto más tiempo permanecía acostada, más despierta estaba. Al fin se deslizó silenciosamente fuera de la cama, encendió la lámpara y comenzó a abrir cajas. Luego se puso a trabajar.

Dos horas más tarde, una hermosa cesta de corteza de abedul, sólida y artísticamente elaborada, reposaba sobre su mesa. Ajustó un pequeño despertador para las tres, volvió a la cama y se durmió al instante con una sonrisa en los labios.

Con el primer tintineo del despertador, ya estaba fuera de la cama. Se vistió apresuradamente, tomó la cesta y una caja del tamaño adecuado, bajó sigilosamente las escaleras y salió hacia el parche de violetas. No tenía miedo, porque ya empezaba a clarear, y, forrando la cesta con musgos húmedos, comenzó a cortar rápidamente, con manos expertas, las mejores flores.

A veces apenas podía distinguir cuáles eran las más frescas, pero el día pronto empezó a deslizarse sobre el Limberlost y a mirarla. Los petirrojos despertaron a todos sus vecinos, y una babel de cantos de aves llenó el aire. El rocío goteaba mientras los primeros rayos intensos de luz caían sobre un mundo que Elnora adoraba.

Cuando la cesta estuvo rebosante, la colocó dentro de la resistente caja de cartón, la rellenó firmemente con musgo, la ató bien y deslizó bajo el cordel una nota que había escrito la noche anterior.

Luego tomó un atajo a través del bosque y caminó rápidamente hacia Onabasha. Eran más de las seis, pero toda la parte de la ciudad que deseaba evitar seguía dormida. No tuvo dificultad en encontrar a un muchachito despierto, y esperó a cierta distancia mientras él llamaba a la puerta del doctor Ammon y entregaba el paquete para Philip a una criada, junto con la nota que debía darle de inmediato.

De regreso a casa, atravesando el bosque y pasando junto a algunos árboles cebados, recogió las polillas cautivas. Entró en la cocina con ellas con tanta naturalidad que la señora Comstock no hizo comentario alguno.

Después del desayuno, Elnora subió a su habitación, eliminó todo rastro del trabajo nocturno y ya estaba en el cenador montando polillas cuando Philip apareció por el camino.

—Estoy cansada de estar sentada —le dijo a su madre—. Creo que caminaré unos pasos para salir a recibirlo.

—¿Quién es una joya? —gritó él desde lejos.

—¡Tú no! —replicó Elnora—. ¡Admite que lo olvidaste!

—¡Por completo! —dijo Philip—. Pero, por suerte, no habría sido fatal. La semana pasada le escribí a Polly para que le enviara hoy algo apropiado a Edith, con mi tarjeta. Pero ese detalle del bosque resultará muy efectivo. Te agradezco más de lo que puedo decir. La tía Anna y yo abrimos el paquete para ver la cesta, y era una belleza. Dice que siempre estás haciendo cosas así.

—¡Bueno, espero que no! —rió Elnora—. Si me hubieras visto escabulléndome antes del amanecer para no despertar a mamá, y regresando con polillas para

hacerle creer que había ido a los árboles, sabrías que era una ocasión muy especial.

Entonces Philip comprendió dos cosas: que la madre de Elnora no sabía nada del viaje matutino a la ciudad y que la muchacha había salido a encontrarlo para hacérselo saber.

—¡Fuiste maravillosa al hacer eso! —susurró mientras cerraba la puerta detrás de ellos—. Nunca lo olvidaré. Muchísimas gracias.

—No hice eso por ti —dijo Elnora secamente—. Lo hice principalmente para conservar mi propio respeto por mí misma. Vi que lo estabas olvidando. Y si lo hice por algo más aparte de eso, fue por ella.

—¡Mira lo que traje! —dijo Philip al entrar al cenador y saludar a la señora Comstock—. Lo tomé prestado de la Mujer de los Pájaros. Y ni siquiera es suyo. Una edición rara de *Catocalæ* con láminas coloreadas. Le expliqué lo mejor que pude, y dijo que intentáramos encontrar aquí a la Sappho. Sospecho que la Mujer de los Pájaros aparecerá pronto. Estaba emocionadísima.

Entonces se inclinaron juntos sobre el libro y, con la polilla montada frente a ellos, determinaron a qué familia pertenecía. Más tarde la Mujer de los Pájaros sí apareció y se llevó la polilla para colocarla en un libro, y tanto Elnora como Philip quedaron llenos de nuevo entusiasmo.

Así comenzaron los días que dieron paso a las semanas siguientes. Seis semanas volando sobre las alas del Tiempo, cada una colmada de interés.

Después de junio, las cacerías de polillas se hicieron menos frecuentes; los campos y los bosques fueron explorados en busca de material para el trabajo escolar de Elnora. La ocupación que más los absorbió fue desarrollar la idea de la señora Comstock: descubrir aquello esencial que distinguía a cada mes y convertirlo en la clave del estudio de la naturaleza.

Escribieron una lista de los meses y, frente a cada uno, anotaron todo lo que cualquiera de ellos pudiera sugerir que pareciera pertenecer únicamente a ese mes; luego intentaban depurar la lista hasta encontrar algo verdaderamente representativo.

La señora Comstock fue de gran ayuda. Su madre había sido holandesa y había traído de Holanda numerosos dichos pintorescos y supersticiones fácilmente rastreables hasta la *Historia Natural* de Plinio; y durante los primeros años de la señora Comstock en Ohio, había escuchado muchas conversaciones indígenas entre los mayores, así que conocía las señales de cada estación, y a veces eso les servía mucho.

Siempre resultaban útiles su pensamiento práctico y su sólido sentido común.

Cuando regresaban agotados del campo, volvían a la cabaña para comer, preparar y clasificar especímenes y conversar sobre el día. A veces Philip llevaba libros y leía mientras Elnora y su madre trabajaban, y todas las noches la señora Comstock pedía el violín. Su hambre perfecta de música era prueba suficiente de cuánto había sufrido sin ella.

Así pasaban los días: dorados, llenos de trabajo útil y placer puro.

El picogrueso ya había guiado fuera del arce a su familia, y una segunda nidada, en una vid silvestre que trepaba sobre el pozo, estaba casi lista para volar. El polvo se acumulaba espeso sobre los caminos rurales, los días se hacían más cálidos; el verano estaba a punto de deslizarse hacia el otoño, y Philip seguía allí, llegando cada día como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

Una cálida tarde de agosto, la señora Comstock levantó la vista del volante que estaba cosiendo y vio entrar por la puerta a un mensajero con uniforme azul.

—¿Está aquí Philip Ammon? —preguntó el muchacho.

—Sí —respondió la señora Comstock.

—Traigo un mensaje para él.

—Está en el bosque detrás de la cabaña. Haré sonar la campana. ¿Sabe si es importante?

—Urgente —dijo el chico—. Vine cabalgando rápido.

La señora Comstock fue hasta la puerta trasera e hizo sonar con fuerza la campana de la comida; esperó un segundo y volvió a tocarla.

Poco después, Philip y Elnora bajaron corriendo por el sendero.

—¿Estás enferma, madre? —exclamó Elnora.

La señora Comstock señaló al muchacho.

—Hay un mensaje importante para Philip —dijo.

Él murmuró una disculpa y rasgó el telegrama. Su color palideció ligeramente.

—Debo tomar el primer tren —dijo—. Mi padre está enfermo y me necesita.

Le entregó el papel a Elnora.

—Tengo unas dos horas, según recuerdo los trenes del norte, pero mis cosas están esparcidas por toda la casa del tío Doc, así que debo irme enseguida.

—Por supuesto —dijo Elnora devolviéndole el mensaje—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? Madre, tráele a Philip un vaso de suero de leche para el camino. Yo recogeré lo que tienes aquí.

—No importa. No hay nada importante. No quiero cargar con cosas innecesarias. Pediré lo que necesite si echo algo de menos.

Philip bebió la leche, se despidió de la señora Comstock, le agradeció toda su amabilidad y luego se volvió hacia Elnora.

—¿Caminarías conmigo hasta el borde del Limberlost? —preguntó.

Elnora asintió. La señora Comstock los siguió hasta la puerta, le pidió que volviera pronto y repitió su despedida. Luego regresó al cenador a esperar el regreso de Elnora. Mientras miraba hacia el camino, sonrió suavemente.

«Yo pensaba que primero hablaría conmigo», pensó, «pero esto quizá cambie las cosas un poco. No tiene tiempo. Elnora regresará feliz, y tiene buenas razones. Es un joven ejemplar. Su destino será muy distinto del mío».

Recogió su bordado y comenzó a dar pequeñas puntadas delicadas y precisas, posibles solo para ciertas mujeres.

En el camino, Elnora habló primero.

—Espero de verdad que no sea nada grave —dijo—. ¿Tu padre suele ser fuerte?

—Muy fuerte —respondió Philip—. No estoy alarmado en absoluto, pero sí muy avergonzado. Desde hace un mes ya estaba lo bastante bien como para volver a casa y ayudarlo con algunos casos difíciles que lo han tenido trabajando bajo este calor.

»Yo me estaba divirtiendo tanto que no me ofrecí a ir, y él no me habría pedido que volviera mientras pudiera evitarlo. He dejado que se agotara hasta caer enfermo, y mamá y Polly están en el norte, en nuestra casa de verano. Nunca antes había estado enfermo, y probablemente yo tenga la culpa de que lo esté ahora.

—Cuando viniste, él quería que te quedaras tanto tiempo —insistió Elnora.

—Sí, pero hace calor en Chicago. Debí haber pensado en él. Siempre piensa en mí. Tal vez me ha necesitado durante días. Me avergüenza ir hacia él en tan buenas condiciones y admitir que me estaba divirtiendo tanto que olvidé regresar a casa.

—Entonces sí has pasado momentos felices —dijo Elnora.

Habían llegado a la cerca. Philip la saltó para tomar un atajo por los campos. Se volvió y la miró.

—Los mejores, los más dulces y más sanos momentos que cualquier hombre haya tenido jamás en este mundo —dijo—. Elnora, aunque hablara durante horas no podría hacerte entender la clase de muchacha que creo que eres. Nunca en mi vida he odiado nada tanto como odio dejarte. Siento que no tengo fuerzas para hacerlo.

—Si has aprendido algo valioso de mí —dijo Elnora—, debería ser precisamente eso: tener fuerza para cumplir con tu deber, y hacerlo rápidamente.

Él tomó entre ambas manos la mano que ella le tendía.

—Elnora, estos días que hemos pasado juntos… ¿han sido dulces para ti?

—¡Días hermosos! —dijo Elnora—. Cada uno como un sueño perfecto para recordarlo una y otra vez toda mi vida. Oh, han sido los únicos días realmente felices que he conocido jamás; estos días llenos del amor de mamá y de trabajo útil con tu ayuda. ¡Adiós! ¡Debes darte prisa!

Philip la contempló. Intentó soltarle la mano, pero solo la aferró con más fuerza. De pronto la atrajo hacia él.

—Elnora —susurró—, ¿me darías un beso de despedida?

Elnora retrocedió y lo miró fijamente con los ojos muy abiertos.

—¡Antes te golpearía! —dijo—. ¿He dicho o hecho alguna vez algo en tu presencia que te hiciera sentir libre de pedirme eso, Philip Ammon?

—¡No! —jadeó Philip—. ¡No! Pienso tanto en ti que quería tocar tus labios una vez antes de dejarte. Tú sabes, Elnora…

—No te angusties —dijo Elnora con calma—. Soy lo bastante sensata para juzgarte justamente. Sé lo que quieres decir. A ti no te haría daño. A mí tampoco me importaría, pero aquí pensaremos en otra persona. Edith Carr no querría tus labios mañana si supiera que hoy tocaron los míos. Fui sabia al decir: “¡Ve rápidamente!”.

Philip seguía aferrado a ella.

—¿Me escribirás? —rogó.

—No —dijo Elnora—. No hay nada que decir, salvo adiós. Podemos hacerlo ahora.

Él no la soltó.

—Prométeme que me escribirás хотя sea una sola carta —suplicó—. Quiero un solo mensaje tuyo para guardarlo en mi escritorio y conservarlo siempre. Prométeme que escribirás una vez, Elnora.

Ella lo miró a los ojos y sonrió con serenidad. —Si los árboles que hablan me cuentan este invierno el secreto de cómo un hombre puede volverse perfecto, te escribiré para decirte cuál es, Philip. En todo el tiempo que llevo de conocerte, nunca me habías agradado tan poco. Adiós.

Retiró su mano y volvió rápidamente hacia el camino. Philip Ammon, sin palabras, comenzó a correr en dirección a Onabasha.

Elnora cruzó el camino, saltó la cerca y buscó el refugio de sus propios bosques. Eligió un rumbo diagonal y lo siguió hasta llegar al sendero que pasaba por el parche de violetas. Bajó por allí apresuradamente. Tenía las manos apretadas a los costados, los ojos secos y brillantes, las mejillas encendidas y la respiración agitada. Cuando llegó al parche, entró en él y se quedó mirando a su alrededor.

Los musgos estaban secos, las flores se habían ido y la maleza de treinta

centímetros lo cubría todo. Se dio la vuelta y continuó por el sendero hasta que estuvo casi a la vista de la cabaña.

La señora Comstock sonrió y esperó en la glorieta hasta que se le ocurrió que Elnora tardaba mucho en llegar, así que fue hacia la puerta. El camino se extendía hacia el Limberlost, vacío y solitario. Entonces supo que Elnora había entrado por sus propios bosques y que vendría por el camino de atrás. No podía entender por qué la joven no corría hacia ella con lo que tuviera que contarle. Salió y deambuló por el jardín. Luego entró en el sendero y comenzó a caminar por el trayecto que llevaba al bosque, pasando por el estanque que ahora estaba enmarcado por un espeso borde de lirios amarillos. Entonces vio algo y se detuvo, jadeando por aire. Alzó las manos y su rostro surcado se volvió espectral. Miró al cielo y luego a la figura de la joven postrada. Intentó hablar una y otra vez, pero solo salía un aliento seco. Se dio la vuelta y huyó de regreso al jardín.

En el recinto familiar, miró a su alrededor como un animal enjaulado que busca escapar. El sol caía sobre su cabeza descubierta sin piedad, y mecánicamente se movió hacia la sombra de un nogal joven que había brotado voluntariamente junto a la lechería. A sus pies yacía un hacha con la que cortaba astillas para el fuego. Se agachó y la recogió. El recuerdo de aquella figura tendida sollozando en la hierba la atrapó con un nuevo espasmo. Cerró los ojos como para borrar la imagen. Eso agudizó tanto su oído que creyó escuchar los gemidos de Elnora junto al sendero. Abrió los ojos de golpe. Miraron directamente a unas cuantas plantas de tomate raquíticas, plantadas demasiado cerca del árbol y atrofiadas por su sombra. La señora Comstock arremetió contra el nogal y descargó el hacha. Se le soltó el cabello, se le desordenó la ropa, el sudor corría por el calor, pero caía golpe tras golpe hasta que el árbol se desplomó, rozando una esquina de la lechería y destrozando la cerca del jardín al este.

Ante el estruendo, Elnora se puso en pie de un salto y bajó corriendo por el camino del jardín. —¡Madre! —gritó—. ¡Madre! ¿Qué demonios estás haciendo?

La señora Comstock se limpió el rostro desencajado con su delantal. —He planeado cortar este árbol durante años —dijo—. ¡Les da sombra a los betabeles por la mañana y a los tomates por la tarde!

Elnora lanzó un pequeño grito salvaje y se refugió en los brazos de su madre. —¡Oh, madre! —sollozó—. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Los brazos de la señora Comstock se cerraron con fuerza alrededor de Elnora. —¡No hay una sola cosa bajo el cielo de Dios, de la A a la Z, que no te perdone, niña preciosa! —dijo—. ¡Dile a tu madre qué es lo que pasa!

Elnora levantó su rostro bañado en lágrimas. —Él me lo dijo —jadeó—, tan pronto como pudo hacerlo decentemente... al segundo día me lo dijo. Casi toda su vida ha estado comprometido con una chica de su ciudad. Él nunca sintió nada por mí. Solo le interesaban las polillas y fortalecerse.

Los brazos de la señora Comstock se apretaron más. Con mano temblorosa, acarició el cabello brillante.

—Dime, tesoro —dijo—. ¿Tiene él la culpa de una sola de estas lágrimas?

—¡De ni una sola! —sollozó Elnora—. ¡Oh, madre, no te perdonaré si no crees eso! ¡Ni una! Nunca dijo, ni miró, ni hizo nada que todo el mundo no pudiera haber sabido. Me aprecia mucho como amiga. ¡Le dolió muchísimo irse!

—¡Elnora! —la cabeza de la madre se inclinó hasta que el cabello blanco se mezcló con el castaño—. Elnora, ¿por qué no me lo dijiste al principio?

Elnora tomó aire con un espasmo brusco. —¡Sé que debí hacerlo! —sollozó—. Aceptaré cualquier castigo por no haberlo hecho, pero sentí que no me era posible. Tenía miedo.

—¿Miedo de qué? —la mano temblorosa acariciaba de nuevo el cabello.

—¡Miedo de que no lo dejaras venir! —jadeó Elnora—. ¡Y oh, madre, yo lo quería tanto conmigo!

CAPÍTULO 18

Durante la semana siguiente, la señora Comstock y Elnora trabajaron tan arduamente que no hubo tiempo para conversar, y se vieron obligadas a dormir por puro agotamiento físico. Ninguna de las dos fingía siquiera comer, porque no podían tragar sin esfuerzo; así que bebían leche y trabajaban.

Elnora continuó colocando cebo para las Catocalas y las Esfíngidas, que, a diferencia de las grandes polillas de junio, viven varios meses. Capturó todas las libélulas y mariposas que pudo, y cuando revisó la lista del hombre de la India descubrió, para su asombro, que con la ayuda de Philip la había completado nuevamente, salvo por una pareja de Emperadores Amarillos.

Aquello fue tan sorprendente que por un instante pensó en escribirle a Philip y pedirle que intentara conseguirle un par. Sí se lo contó a la Mujer de los Pájaros, quien recurrió a todas las fuentes a su alcance para completar la serie con aquellas polillas, pero no pudo hallar ninguna en venta.

—Creo que los molinos de los dioses están moliendo este grano —dijo Elnora —, y bien podríamos esperar pacientemente hasta que decidan enviarnos un Emperador Amarillo.

La señora Comstock inventaba trabajo. Cuando ya no encontraba nada más que hacer, desyerbaba el jardín aunque la tierra estaba dura y seca y no había plantas que realmente necesitaran atención.

Entonces llegó un aviso de que Elnora tendría que asistir, la semana siguiente, a una sesión de una semana del Instituto de Maestros, que se celebraría en la cabecera del condado, a treinta kilómetros al norte de Onabasha. Eso les dio algo en qué pensar y trabajo verdadero que realizar. Se le pidió a Elnora que llevara su violín. Como figuraba en el programa de una de las sesiones más importantes para hablar sobre estudios de naturaleza en las escuelas primarias, tuvo que preparar su discurso y también seleccionar y practicar algunas piezas musicales. Su madre volvió su atención a la ropa.

Fueron juntas a Onabasha y compraron un traje otoñal sencillo y apropiado, un sombrero, telas para un delicado vestido de color, además de una falda de vestir

y varias blusas elegantes. Margaret Sinton bajó a ayudarlas y comenzó la costura.

Cuando todo estuvo terminado y empacado, Elnora besó a su madre en la estación y subió al tren. La señora Comstock entró en la sala de espera y se dejó caer en un asiento para descansar. Sentía el corazón tan adolorido que todo el lado izquierdo de su cuerpo parecía sensible. Estaba medio muerta de hambre por falta de apetito. Había trabajado con una determinación obstinada hasta quedar exhausta.

Por un rato simplemente se sentó y descansó. Luego comenzó a pensar. Se alegraba de que Elnora hubiera ido a un lugar donde se vería obligada a concentrarse en otras cosas durante algunos días. Recordó que la muchacha había dicho que deseaba ir.

La escuela comenzaría la semana siguiente. Pensó en todo lo que Elnora tendría que hacer para desempeñar bien su trabajo. Tendría que levantarse a las seis, caminar casi cinco kilómetros bajo cualquier clima, dirigir la orquesta de la secundaria y luego pasar el resto del día recorriendo la ciudad de edificio en edificio, enseñando cierto tiempo en cada aula. Debería tener listas sus lecciones prácticas y ensayar con la orquesta. Después, un almuerzo frío al mediodía y otra larga caminata nocturna.

—¡Hum! —dijo la señora Comstock—. Para soportar todo eso, la muchacha tendría que ser de hierro fundido. Me pregunto cómo podría ayudarla mejor.

Pensó profundamente.

—Mientras menos vea de aquello que ha tenido todo el verano, más pronto se sentirá mejor —murmuró.

Se levantó, fue al banco y pidió hablar con el cajero.

—Quiero saber exactamente cómo estoy aquí —dijo.

El cajero soltó una carcajada.

—No ha tenido mucha prisa —respondió—. Hemos estado listos para atenderla en cualquier momento desde hace veinte años, pero usted nunca pareció prestar mucha atención. Su cuenta está bastante floreciente. El interés, cuando empieza

a capitalizarse, se vuelve un gran criador de dinero. Venga aquí a esta mesa y le mostraré sus balances.

La señora Comstock se dejó caer en una silla mientras el cajero le leía una maraña de cifras. Aquello significaba que sus depósitos habían excedido sus gastos entre cien y trescientos dólares al año, según las ventas de ganado, ovejas, cerdos, aves, mantequilla y huevos. La suma acumulada había estado generando intereses compuestos durante años.

La señora Comstock miró el total con ojos aturdidos e incrédulos. A través de su corazón enfermo cruzó de golpe la comprensión de que, si tan sólo hubiera hecho una pregunta tras aquella ventanilla, habría sabido que todos aquellos años amargos de privaciones para ella y Elnora habían sido innecesarios.

Se levantó y regresó a la estación.

—Quiero enviar un mensaje —dijo.

Tomó el lápiz y, con temeraria extravagancia, escribió:

“Encontré dinero en el banco del que no sabía. Si quieres ir a la universidad, ven en el primer tren y prepárate.”

Vaciló un segundo y luego añadió sombríamente para sí:

—Sí, también pagaré por eso.

Y agregó imprudentemente:

“Con amor, mamá.”

Entonces se sentó a esperar la respuesta.

Llegó en menos de una hora:

“Enseñaré este invierno. Con muchísimo amor, Elnora.”

La señora Comstock sostuvo el telegrama largo rato. Cuando se levantó tenía un hambre voraz, pero el dolor de su corazón había disminuido un poco. Fue a un restaurante y comió algo; después visitó a una modista y encargó cuatro vestidos: dos muy sencillos para diario, un resistente traje gris oscuro y un suave vestido de seda gris claro con toques de lavanda y encaje.

Hizo una larga lista de compras en Brownlee’s y pasó el resto del día haciendo negocios a su manera directa y enérgica. Por la noche estaba tan cansada que apenas podía caminar hasta casa, pero aun así encendió fuego, cocinó y cenó abundantemente.

Más tarde salió junto a la cerca oeste y recogió un brazo lleno de tanaceto, que hirvió hasta obtener una infusión verde espesa. Luego mezcló avena hasta formar una pasta dura. Extendió una sábana sobre la cama y comenzó a rasgar tiras de muselina vieja. Se vendó manos y brazos con la mezcla y se cubrió rostro y cuello con aquella cataplasma empapada y maloliente.

Estaba tan cansada que se durmió; y cuando despertó tenía la piel medio arrancada.

Se lavó cara y manos, hizo las labores del día y volvió al pueblo, regresando por la noche para repetir el mismo proceso.

A la tercera mañana era de un rojo uniforme; a la cuarta, el efecto calmante de una crema recomendada la había dejado de un rosa brillante. Ese día recibió una carta de Elnora diciendo que permanecería allí hasta el sábado por la mañana y luego iría a casa de Ellen Brownlee, en Onabasha, para quedarse a la sesión sabatina de los maestros y organizar el trabajo del año. El domingo sería el último día de Ellen en casa y deseaba mucho la compañía de Elnora. Además, tendría que reunir a la orquesta y ensayar el domingo; por ello no podría volver hasta el lunes por la noche, después de clases.

La señora Comstock respondió enseguida diciendo que aquellos planes le parecían perfectos.

Al día siguiente estaba de un rosa pálido; más tarde, de un delicado blanco de porcelana. Entonces fue a una peluquería y mandó lavar, arreglar y sujetar con peinetas y horquillas adecuadas la cuerda de cabello blanco como la nieve que cubría su cabeza.

Tomó muestras de sus vestidos, visitó a una sombrerera y compró un sombrero de calle a juego con el traje, y otro de satén gris con orquídeas color lavanda para usar con el vestido de seda. Su última adquisición fue un abrigo suelto de suave paño gris, forrado de blanco y con toques de lavanda bordados en el cuello, además de guantes grises a juego.

Luego volvió a casa, descansando y trabajando por turnos hasta el lunes.

Cuando terminaron las clases aquella tarde, Elnora, tan cansada que casi temblaba, bajaba por el largo sendero después de una prolongada reunión de maestros, cuando un mensajero la detuvo.

—Una señora quiere verla urgentemente. Debo llevarla hasta ella —dijo.

Elnora gimió. No podía imaginar quién la buscaba, pero no tenía más remedio que averiguarlo, cansada y ansiosa como estaba por ver a su madre.

—Aquí es —dijo el muchacho, alejándose silbando.

Elnora estaba a tres cuadras de la secundaria, en la misma calle. Frente a ella había una vieja casa pintoresca, recién pintada y cubierta de enredaderas. Tenía un lote largo y ancho cubierto de césped y poblado de árboles, con un establo y un corral de gallinas al fondo que parecían estar en uso.

Elnora subió al porche, adornado con tapetes de paja, sillas de nogal curvado, macetas colgantes y una mesa con revistas y una caja de costura, y llamó a la puerta de malla.

Dentro pudo ver pisos relucientes, paredes recién empapeladas en colores suaves y armoniosos, tapetes de paja y cortinas de madrás. Parecía un lugar apacible y hogareño.

Un instante después, bajando por una escalera abierta, apareció una mujer alta, de ojos oscuros, mejillas apenas rosadas y una corona de cabello blanco y esponjoso. Llevaba un vestido de percal lavanda con cuello y puños blancos, y llamó mientras avanzaba:

—¡Esa puerta no está cerrada! ¡Ábrela y ven a conocer a tu madre completamente nueva, hija mía!

Elnora entró.

—¡Madre! —exclamó—. ¿Tú mi madre? ¡No lo creo!

—¡Pues más vale que lo creas! —dijo la señora Comstock—, ¡porque es verdad! Dijiste que deseabas que fuera como las madres de las otras muchachas, y he apuntado lo más cerca posible del blanco sin haber practicado jamás. Pensé que esa caminata sería demasiado para ti este invierno, así que alquilé esta casa

y me mudé aquí para estar cerca y ayudarte más en caso de necesidad. Apenas llevo un día viviendo aquí, pero me gusta tanto que me está entrando una idea enorme de comprarla.

—¡Pero, madre! —protestó Elnora, abrazándola maravillada—. Estás absolutamente hermosa y esta casa es un pequeño paraíso, ¡pero cómo vamos a pagarla! ¡No podemos permitírnoslo!

—¡Hum! ¿Olvidaste que te telegrafié que había encontrado dinero del que no sabía nada? Todo esto ya está pagado, y todavía queda suficiente para todo lo que pienso hacer.

La señora Comstock miró alrededor con satisfacción.

—Tal vez me entre nostalgia antes de la primavera —dijo—, pero si pasa puedo volver. Y si no, venderé algo de madera y pondré unos cuantos pozos petroleros donde no se vean mucho. Puedo despejar suficiente tierra para unos campos y poner un arrendatario en nuestra granja; entonces compraremos esto y nos instalaremos aquí. Está en venta.

—No lo pareces, ¡pero definitivamente te has vuelto loca!

—Todo lo contrario, hija mía —dijo la señora Comstock—. Me he vuelto cuerda. Si vas a dedicarte a este trabajo, debes tenerlo cerca. Y tu madre debería estar donde pueda asegurarse de que estés bien vestida, alimentada y cuidada. Esta es nuestra… déjame pensar… sala de recibo. ¿Qué te parece?

—Esa puerta conduce a tu sala de estudio y trabajo. No hice demasiado allí porque no estaba segura de cómo acomodarlo. Pero sabía que querrías una alfombra, cortinas, una mesa, estantes para libros y un gabinete para tus especímenes; así que hice que un carpintero pusiera estantes y cerrara aquel extremo. A mí me parece bastante bonito.

—El comedor y la cocina están atrás; una de las vacas está en el establo y hay algunas gallinas en el corral. Entiendo que ninguna de las otras madres ordeña vacas, así que un muchacho vecino cuidará la nuestra a cambio de una tercera parte de la leche. Hay tres dormitorios y un baño arriba. Ve a elegir uno, ponte ropa limpia y baja a cenar. Encontrarás tu habitación porque tus cosas están allí.

Elnora besó a su madre una y otra vez y corrió escaleras arriba. Reconoció su habitación por el tocador. Había una bonita alfombra y cortinas, una cama blanca de hierro, sillas sencillas y una mecedora a juego con el tocador, una cómoda para blusas y el gran armario estaba lleno de su ropa antigua y varios vestidos nuevos.

Encontró el baño, se aseó, se puso ropa limpia y bajó a una cena que representaba la más alta expresión del arte culinario de la señora Comstock. Elnora tenía tanta hambre que hizo su primera comida verdadera en dos semanas. Pero los bocados descendían lentamente porque olvidaba comer mientras contemplaba a su madre.

—¿Cómo en el mundo lo hiciste? —preguntó por fin—. Yo siempre creí que eras naturalmente morena como una nuez.

—¡Oh, eso era bronceado y quemaduras del sol! —explicó la señora Comstock —. Yo siempre supe que debajo era blanca. Odiaba cubrirme el rostro porque no tenía más que un sombrero de sol, y no soportaba que me rozara las orejas, así que andaba con la cabeza descubierta y absorbía todo el color que el sol quisiera darme. Pero cuando empecé a pensar en traerte aquí para tu trabajo, comprendí que debía presentar una apariencia que no te avergonzara; así que pensé que sería mejor quitarme la costra. Me llevó algún tiempo, y espero morirme antes de volver a soportar la sensación y el olor de aquella cosa que usé, pero me despellejó maravillosamente. Lo que ves ahora es mi propio color, con apenas un poco de polvo de arroz para protegerme. Todavía estoy algo sensible.

—¿Y tu cabello tan hermoso, tan hermoso? —susurró Elnora.

—¡Eso lo hizo la peluquera! —dijo la señora Comstock—. Costó un dineral. Pero la observé atentamente y, con un poco de ayuda tuya, la próxima vez podré lavarlo yo misma, aunque será un trabajo pesado. Dejé que jugueteara con él hasta que dijo que había encontrado “mi estilo”. Entonces lo deshice todo y le hice mostrarme tres veces cómo volver a arreglarlo. Creí que se me caerían los brazos. Cuando pagué la cuenta por su trabajo, el tiempo que me tomó, las horquillas y peinetas que usó, casi me da un ataque al corazón; pero delante de ella no pestañeé siquiera. Sólo le sonreí dulcemente y le dije: “¡Qué razonable es usted!”. Ahora que lo pienso, ¡sí que lo era! Bien podría haberme cobrado

diez dólares por lo que hizo en vez de nueve setenta y cinco. Yo no habría podido hacer nada. Ni siquiera habíamos acordado precio desde el principio.

Entonces Elnora se reclinó en la silla y soltó una carcajada franca y sonora, de modo que el dolor de su pecho se alivió un poco.

No hubo tiempo para pensar durante el resto de aquella noche; estaba tan cansada que tuvo que dormir, y su madre no la despertó hasta que apenas tuvo tiempo de vestirse, desayunar y llegar a la escuela.

En aquella nueva vida no había nada que le recordara la anterior. Parecía que nunca llegaba un minuto para la introspección, porque siempre aparecía su madre con más trabajo o con alguna actividad entretenida.

La señora Comstock invitaba a los amigos de Elnora a visitarlas y demostraba ser una anfitriona brillante e interesante. Reflexionaba sobre un tema antes de hablar; y cuando expresaba una opinión, su punto de vista solía ser original y formulado con concisión. Antes de tres meses, la gente esperaba escuchar lo que tenía que decir. Cuidaba tanto su apariencia que llegó a convertirse en una figura distinguida y elegante.

Elnora jamás mencionó a Philip Ammon, y la señora Comstock tampoco.

A principios de diciembre llegó una nota y una gran caja de parte de él. Contenía varios libros sobre temas naturales que serían de mucha ayuda para el trabajo escolar, diversos utensilios que Elnora no podía costear y una pareja de moldes de yeso cubiertos de vidrio para cada gran polilla que poseía. En ellos podían verse las alas superiores e inferiores del macho y de la hembra. Él explicaba que fácilmente rompería sus especímenes transportándolos en cajas. Había visto aquellos moldes y pensó que podrían servirle.

Elnora quedó encantada con ellos y enseguida comenzó el tedioso proceso de reblandecer las polillas montadas y ajustarlas a los moldes preparados para recibirlas. Como el trabajo escolar le consumía casi todo el tiempo, avanzaba lentamente; así que su madre emprendió aquella labor. Después de practicar con una o dos especies muy comunes, aprendió a manejar incluso las más delicadas con facilidad. Sentía un vivo orgullo al relajar las tensas polillas, acomodarlas en los moldes, pulir hasta el máximo las cubiertas de vidrio y sellarlas. El resultado era bellísimo.

Poco después, Elnora escribió a Philip:

QUERIDO AMIGO:

Le escribo para agradecerle los libros y la caja de utensilios que me envió para mi trabajo. Puedo usarlo todo con excelentes resultados. Espero estar desempeñando bien mi puesto.

Le interesará saber que cuando clasifiqué y monté el trabajo del verano, nuevamente tuve completa mi colección para el hombre de la India, salvo por un Emperador Amarillo. He buscado por todas partes; también la Mujer de los Pájaros. No podemos encontrar una pareja en venta. El destino está contra mí, al menos esta temporada. Tendré que esperar hasta el próximo año y volver a intentarlo.

Muchas gracias por ayudarme con mi colección y por los libros y moldes.

Atentamente,

ELNORA COMSTOCK

Philip se sintió decepcionado por aquella carta y, en vez de conservarla, la rompió en pedazos y los arrojó al cesto de basura.

Eso era precisamente lo que Elnora había querido que hiciera.

La Navidad trajo hermosas tarjetas de felicitación para la señora Comstock y Elnora; la Pascua, otras más; y el año avanzó rápidamente hacia la primavera.

El trabajo de Elnora había sido intensamente absorbente, y ella se había entregado con todas sus fuerzas. Había alcanzado un éxito maravilloso y ganado nuevos amigos. La señora Comstock la había ayudado en todo lo posible, de modo que también era muy apreciada.

Durante el invierno ambas habían disfrutado muchísimo de la ciudad y del cambio de vida que les ofrecía, pero las señales de la primavera produjeron cosas extraordinarias en el corazón de aquellas mujeres criadas en el campo. En los luminosos días de febrero comenzó una inquietud que se calmó durante las tormentas de marzo y regresó con toda fuerza en abril.

Cuando ninguna de las dos pudo soportarlo más, se vieron obligadas a hablar del asunto y admitir que enfermaban de pura nostalgia del hogar.

Decidieron conservar la casa de la ciudad durante el verano, pero regresar a vivir a la granja tan pronto como terminaran las clases.

Así, la señora Comstock preparaba el desayuno y el almuerzo y luego se escapaba a la granja para arreglar las camas del jardín recién arado, plantar semillas, podar y cuidar sus flores y preparar la cabaña para volver a habitarla. Después regresaba a la ciudad e intentaba hacer las noches tan alegres como fuera posible para Elnora; en aquellos días vivía únicamente para la muchacha.

Las dos se alegraron cuando finalmente llegó el final de mayo y las escuelas cerraron.

Empacaron los libros y la ropa que deseaban llevar en una carreta y cruzaron los campos hasta la vieja cabaña.

Cuando se acercaban, la señora Comstock dijo a Elnora:

—¿Estás segura de que no te sentirás sola aquí?

Elnora comprendió lo que en realidad quería decir.

—Completamente segura —respondió—. Durante un tiempo, el otoño pasado, me alegró estar lejos, pero eso desapareció con el invierno. La primavera me llenó de nostalgia como nunca. Apenas puedo esperar a volver de verdad.

Y así comenzaron aquel verano como habían comenzado todos los demás: trabajando.

Pero ambas encontraban ahora un gozo nuevo en todas las cosas, y el violín cantaba durante horas en el crepúsculo.

CAPÍTULO 19

Edith Carr estaba de pie en una veranda lateral cubierta de enredaderas del Club House de Lake Shore, esperando mientras Philip Ammon daba algunas órdenes importantes. Dentro de pocos días partiría hacia París para escoger el maravilloso ajuar que había planeado para su boda en octubre. Esa noche Philip ofrecía un baile del club en su honor. Había pasado días ideando efectos nuevos y exquisitos para las decoraciones, el entretenimiento y la cena. Semanas antes se había avisado a los invitados favorecidos. Días antes habían recibido las invitaciones pidiéndoles participar en aquella recepción ofrecida por Philip Ammon en honor de la señorita Carr. Todos hablaban de ello como “el baile de Phil para Edith”.

Ella podía oír el retumbar de los carruajes y el jadeo de los automóviles mientras llegaban en un flujo constante a la entrada principal. Alcanzaba a ver destellos de gasas y encajes flotantes, el brillo de las joyas y el paso de colores exquisitos. Todos acudían vestidos especialmente para honrarla, con las prendas más hermosas y las joyas más costosas que podían lucir. Al pensarlo, levantó un poco más la cabeza y sus ojos brillaron con orgullo.

Vestía una creación francesa sugerida y diseñada por Philip. Él le había dicho:

—Conozco a una persona muy entendida que asegura que la característica distintiva de junio son sus magníficas polillas nocturnas. Quiero que esa noche seas la esencia misma de junio, así como serás la encarnación del amor. Sé una polilla. La más hermosa de todas es la Luna verde pálida o la Imperialis amarilla. Sé mi dama lunar o mi Emperatriz dorada.

La había llevado al museo y le mostró las polillas. Ella decidió de inmediato por la amarilla, porque sabía que aquellos tonos la harían verse más deslumbrante que cualquier otro color. A él le dijo:

—Una dama lunar parece tan distante y fría. Yo quiero ser de la tierra y estar muy cerca esa noche. Elijo la Emperatriz.

Así que igualó exactamente los colores, escribió la idea y envió el pedido a Paquin. Aquella noche, cuando Philip Ammon llegó por ella, permaneció un minuto sin habla y luego besó en silencio sus manos.

Porque ella estaba allí, alta, flexible, con una gracia innata; el oscuro cabello ondulado recogido en alto y cruzado con bandas doradas adornadas con amatistas, y a un lado una orquídea lavanda esmaltada, bordeada de diamantes que centelleaban y relucían. El suave vestido amarillo de terciopelo ligerísimo se ajustaba perfectamente a su figura, mientras de cada hombro caía una gran ala de terciopelo forrada de lavanda y salpicada de bordados del mismo color imitando las alas de la polilla. En torno al cuello llevaba un collar magnífico, y en los brazos brazaletes de oro con amatistas y bordes de diamantes. Philip había insistido en que sus guantes, abanico y zapatillas debían ser color lavanda, porque las patas de la polilla tenían ese tono. Aquellos accesorios fueron hechos especialmente para ella y bordados en oro.

Se había dispuesto que su madre, la de Philip y algunos amigos íntimos recibieran a los invitados. Ella aparecería al iniciar el gran desfile junto a Philip Ammon. La señorita Carr estaba convencida de que sería la mujer más hermosa y elegantemente vestida de la reunión. En su corazón pensaba en sí misma como “Imperialis Regalis”, la Emperatriz Amarilla. Dentro de unos momentos dejaría atónito a todo su mundo, haciéndoles sentir lo mismo que Philip Ammon había sentido, pues había procurado que la historia de su traje fuera susurrada discretamente entre algunos que se encargarían de difundirla.

Levantó orgullosamente la cabeza y esperó, porque ¿acaso no estaba Philip preparando algo extraordinario e incomparable en su honor? Entonces sonrió.

Pero entre todos los pensamientos fragmentarios que cruzaban por su mente, no apareció jamás el de Philip Ammon como el Emperador. Philip, el rey de su corazón; al menos su igual en todas las cosas. Ella era la Emperatriz… sí; Philip no era más que un simple hombre: para idear entretenimientos, proporcionar lujos, satisfacer caprichos y besar manos.

—¡Ah, mi suerte! —exclamó una voz detrás de ella.

Edith Carr se volvió y sonrió.

—Creí que ya estabas en el océano —dijo.

—Apenas llegué al muelle —respondió el hombre— cuando recibí una carta que me hizo regresar en el primer tren rápido.

—¡Oh! ¿Negocios importantes?

—El único asunto verdaderamente importante del mundo para mí. Estoy triunfante de haber venido. Edith, eres la mujer más soberbia que he visto jamás en todos los sentidos. Un solo vistazo vale todo el viaje.

—¿Te gusta mi vestido? —preguntó ella acercándose y girando lentamente, levantando los brazos—. ¿Sabes qué representa?

—Sí, Polly Ammon me lo contó. Cuando lo oí, supe cómo te verías, así que emprendí una cacería detectivesca para darte el primer vistazo. Edith, esta noche podría embriagarme solamente mirándote.

Entrecerró los ojos y la contempló sonriendo fijamente. Era más alto que ella, delgado, con cabello claro cortado al ras, ojos gris acero, mandíbula cuadrada y el sello de “hombre de mundo” escrito por todas partes.

Edith Carr se ruborizó.

—Creí que habías comprendido, antes de irte, que debías dejar de hablar así, Hart Henderson —exclamó.

—Lo comprendí, pero esa carta que te menciono me hizo volver para empezar todo otra vez.

Ella dio un paso hacia él.

—¿Quién escribió esa carta y qué decía sobre mí? —preguntó.

—Una de tus amigas más íntimas. Decía que quizá me había rendido demasiado pronto. Contaba que en uno de tus arranques habías roto tu compromiso con Ammon dos veces este invierno, y que él había regresado porque sabía que en realidad no lo decías en serio. Pensé mucho allí en el muelle cuando leí eso, y el barco zarpó sin mí. Me dije que un compromiso tan débil, roto y remendado dos veces, era un asunto muy frágil y capaz de romperse definitivamente en cualquier momento, así que vine corriendo. Una vez dije que no soportaría verte casarte con otro hombre. Como no podía soportarlo, planeé exiliarme a cualquier parte para evitarlo. He cambiado de idea. He regresado para rondarte hasta que termine la ceremonia. Después me iré, no antes. ¡Estaba loco!

La muchacha rio alegremente.

—¡No estabas ni la mitad de loco de lo que estás ahora, Hart! —dijo jovialmente—. Sabes que Philip Ammon ha estado enamorado de mí toda la vida. Ahora voy a decirte algo más, porque esto parece grave para ti. Lo amo con todo mi corazón. Mientras viva, él nunca lo sabrá, y me reiré de ti si se lo cuentas, pero el hecho es este: pienso casarme con él, aunque sin duda seguiré atormentándolo constantemente. Es bueno que un hombre viva inseguro. Si vieras la cara de Philip cada vez que le devuelvo el anillo trimestralmente, comprenderías la diversión. Debiste tomar aquel barco.

—Tal vez —respondió Henderson con calma—. Pero tú eres la única mujer del mundo para mí, y mientras seas libre, según la luz que ahora veo, permaneceré cerca de ti. Ya conoces el viejo dicho.

—¡Pero no soy “libre”! —exclamó Edith Carr—. Te estoy diciendo que no lo soy. Esta noche es mi reconocimiento público de que Phil y yo estamos comprometidos, tal como nuestro mundo lo ha supuesto desde que éramos niños. Ese compromiso es real, por lo que acabo de decirte. Mis pequeños ataques de mal humor no cuentan para Phil. Ha crecido acostumbrado a ellos. De hecho, muchas veces invento uno estando perfectamente tranquila sólo para verlo actuar. Es un espectáculo divertidísimo. Pero, por favor, por favor, comprende que lo amo, que siempre lo amaré y que nos casaremos.

—Aun así, esperaré hasta verlo consumado —dijo Henderson—. Y, Edith, porque te amo con un amor como el que vale la pena inspirar en un hombre, quiero tu felicidad antes que la mía. Por eso voy a decirte algo, porque jamás imaginé que fueras capaz de mostrar el sentimiento que has demostrado hacia Phil. Si realmente lo amas y lo has amado siempre, una decepción te heriría más profundamente de lo que imaginas. Ten cuidado de ahora en adelante. No pongas a prueba otra vez ese compromiso remendado. Conozco a Philip toda mi vida. Lo conocí de niño, en la universidad y después. Todos los hombres lo respetan. Mientras el resto de nosotros confesamos nuestros pecados, él permanece limpio. Puedes ir a sus brazos sin nada que perdonarle. ¡Recuerda esto! Le he oído decir: “Edith es mi estandarte”, y lo he visto regresar fuerte gracias al amor que siente por ti, enfrentando tentaciones ante las cuales todos los demás hombres caíamos. ¡Por los dioses! Eso debería significar algo para

una muchacha, si realmente es esa criatura delicada, sensible y refinada que quiere que los hombres crean. Haría falta el organismo de un avestruz para soportar a algunos de los hombres presentes esta noche, si una mujer los conociera como yo; pero Phil es puro hasta la médula. Así que esto es lo que quiero decirte: primero, tus instintos son correctos al amarlo; ¿por qué no dejar que él lo sienta en las formas que una mujer conoce? Segundo, no vuelvas a romper el compromiso. Los hombres conocemos al hombre, y cualquiera de nosotros tendría miedo en el alma. Sí, te ama. Sí, es paciente contigo. Pero también sabemos que tiene un límite. Cuando llegue a él, permanecerá firme y ninguna fuerza del mundo logrará moverlo. Tal vez no lo creas, pero puedes ir demasiado lejos.

—¿Eso es todo? —rio Edith Carr con sarcasmo.

—No, hay una cosa más —dijo Henderson—. Aquí o en el más allá, ahora y mientras respire, soy tu esclavo. Puedes hacer lo que quieras sabiendo que volveré a arrodillarme ante ti. Así que guarda esto en lo más profundo de tu corazón: ahora o en cualquier momento, en cualquier lugar o circunstancia, basta con que levantes la mano y acudiré. Lo que quieras de mí, eso haré. Voy a esperar; si me necesitas, no hace falta hablar; sólo dame la más leve señal. Toda mi vida estaré en algún lugar cercano aguardándola.

—¡Idiota! ¡Deliras! —rio Edith Carr—. ¡Cómo pretendes asustarme! ¡Qué espantajo levantas! Sé sensato y ve a buscar a Phil. Lo esperaba pacientemente, pero mi paciencia se está acabando. Y no me veré ni la mitad de bien que ahora cuando se termine.

En ese instante entró Philip Ammon. Vestía de etiqueta y estaba excepcionalmente apuesto.

—Todo está listo —dijo—. Nos esperan para encabezar el desfile. Ya está formado.

Edith Carr sonrió encantadoramente.

—¿Crees que estoy lista?

Philip expresó con la mirada lo que pensaba y le ofreció el brazo. Edith Carr hizo un gesto despreocupado de despedida a Hart Henderson y se alejó. Los asistentes apartaron las cortinas y la Emperatriz Amarilla, inclinándose a

derecha e izquierda, recorrió el salón de baile y ocupó su lugar al frente de la procesión formada.

El amplio pabellón abierto estaba cubierto con seda amarilla recogida con flores lilas. Cada rincón rebosaba de flores de esos colores. La música era interpretada por arpistas vestidos de amarillo y violeta.

Así comenzó el baile.

La cena de medianoche fue servida con los mismos colores, y la última parte del programa de bailes ya estaba en marcha. Jamás una muchacha había sido tan halagada y mimada en tan poco tiempo como Edith Carr. A cada minuto parecía hacerse más digna de elogios. Anunciaron un baile por parejas y la pista se llenó de parejas esperando la música. Philip estaba de pie frente a Edith, susurrándole cosas encantadoras.

Entonces, desde la noche, entrando por la amplia entrada frontal del pabellón, apareció en lento y vacilante vuelo una gran polilla amarilla, que revoloteó hacia el grupo central de deslumbrantes luces eléctricas. Philip Ammon y Edith Carr la vieron al mismo instante.

—Pero ¿no es esa…? —comenzó ella excitada.

—¡Es una Emperador Amarilla! ¡Esto es el destino! —exclamó Philip—. ¡La última que le falta a Elnora para su colección! ¡Tengo que atraparla! ¡Discúlpame!

Corrió hacia la luz.

—¡Sombreros! ¡Pañuelos! ¡Abanicos! ¡Lo que sea! —jadeó—. ¡Todos levanten algo y deténganla! ¡Es una polilla; tengo que atraparla!

—¡Es amarilla! ¡La quiere para Edith! —murmuró la gente alrededor del salón.

El rostro de la muchacha se encendió mientras mordía los labios con irritación.

Al instante todos comenzaron a levantar algo para impedir que la polilla escapara otra vez hacia la noche. Bastó un abanico sostenido frente a ella para que la criatura se posara suavemente encima.

—¡No se mueva! —gritó Philip—. ¡Ni por su vida!

Se lanzó hacia la polilla, hizo un rápido movimiento y la sostuvo entre los dedos.

—¡Muy bien! ¡Gracias a todos! ¡Discúlpenme un minuto!

Corrió hacia la oficina.

—¡Una onza de gasolina, rápido! —ordenó—. ¡Una caja de cigarros, un corcho y el pegamento!

Vertió un poco de pegamento en el fondo de la caja, fijó el corcho firmemente, roció repetidas veces la polilla con gasolina, la sujetó al corcho con un alfiler, vació encima el resto del líquido, cerró la caja y la aseguró. Luego dejó un billete sobre el mostrador.

—Empaque esta caja con corcho alrededor, dentro de otra del doble de tamaño, átela bien y envíela por exprés a esta dirección inmediatamente.

Garabateó algo en un papel y lo deslizó hacia el empleado.

—¿Bajo su palabra de honor hará exactamente lo que le digo? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el hombre.

—Entonces quédese con el cambio —gritó Philip mientras regresaba corriendo al pabellón.

Edith Carr seguía en el mismo lugar donde él la había dejado, pensando rápidamente. Había oído el murmullo que surgió cuando Philip salió tras la exquisita criatura dorada que ella misma representaba. Había visto el destello de sorpresa en los rostros cuando él abandonó el salón sin siquiera mostrársela.

“La última que le falta a Elnora”, resonaba en sus oídos.

Philip le había contado que el verano anterior había ayudado a recolectar polillas, pero ella había entendido que la Mujer de los Pájaros —cuyo trabajo Edith conocía— las necesitaba para un libro.

Él había mencionado a una muchacha de campo que tocaba el violín maravillosamente y, a veces, mostraba cierta inclinación a exaltarla como modelo de feminidad. Edith Carr siempre ignoraba esos comentarios y cambiaba de tema. Pero el nombre de aquella muchacha era Elnora. ¡Era ella quien coleccionaba polillas! Sin duda, aquella era la entendida responsable del

traje amarillo que Philip había ideado. De haber estado sola en su habitación, Edith Carr se habría arrancado el vestido al pensarlo.

Pero se encontraba rodeada de sus mejores amigos, que para ella eran también sus rivales más agudos y sus críticos más crueles, y se quedó rígida de ira. Respirar le dolía en el pecho oprimido.

Nadie pensó en detener a los músicos y, viendo la pista llena, comenzaron el vals. Sólo una parte de los invitados había visto lo sucedido, y enseguida los demás se formaron y empezaron a bailar. Parejas alegres giraban junto a ella.

Edith Carr palideció mientras permanecía sola. Sus labios perdieron el color y sus ojos oscuros ardían de cólera. Se quedó exactamente donde Philip la había dejado, y los hombres que se acercaban guiaban a sus parejas alrededor de ella, mientras las muchachas, volviendo la cabeza, hacían visibles exclamaciones de sorpresa.

La idolatrada hija única de la familia Carr deseó caer muerta de humillación, pero nada ocurrió. Era demasiado orgullosa para apartarse y decir que esperaba a Philip.

Entonces apareció Tom Levering bailando con Polly Ammon. Como Tom conocía bien a la familia Ammon, olfateó el problema desde lejos y susurró a Polly:

—Edith está parada en medio de la pista y parece furiosa por algo.

—Eso no le hace daño —rió Polly—. Es una vieja pose suya. Sabe que se ve magnífica cuando está enojada, así que la mitad del tiempo se mantiene furiosa a propósito.

—¡Pues ahora parece el demonio mismo! —respondió Tom—. ¿No deberíamos ir con ella? ¡Es la cosa más terrible que he visto!

—¡Tom! —exclamó Polly—. ¡Detente, rápido!

Fueron apresuradamente hacia Edith.

—Ven, querida —dijo Polly—. Vamos a esperarlo contigo hasta que Phil vuelva. Vamos por una bebida. ¡Tengo tanta sed!

—Sí, vamos —suplicó Tom ofreciéndole el brazo—. Salgamos de aquí hasta que regrese Phil.

Aquella era la oportunidad perfecta para reír y alejarse, pero Edith Carr no quiso aceptarla.

—Mi prometido me dejó aquí —dijo—. Aquí permaneceré hasta que vuelva por mí, y entonces… ¡dejará de ser mi prometido!

Polly le tomó el brazo.

—¡Oh, Edith! —imploró—. No hagas una escena aquí, y esta noche. Edith, éste ha sido el baile más hermoso que jamás se haya dado en el club. Todos lo están diciendo. ¡Edith, querida, ven! Phil volverá en un segundo. ¡Puede explicarlo! Apenas hace un instante lo vi salir. Creí que ya había regresado.

Mientras Polly pronunciaba aquellas frases entrecortadas, Tom Levering comenzaba a irritarse por ella.

—Se ha ido el tiempo suficiente para demostrar a todos sus invitados que puede dejarme sola como una tonta abandonada por cualquier capricho pasajero. ¿Explicarlo? ¡Su explicación sonaría maravillosa! ¿Saben para quién atrapó esa polilla? ¡La está enviando a una muchacha con quien coqueteó todo el verano pasado! Acabo de darme cuenta de que el vestido que llevo fue sugerencia de ella. ¡Que trate de explicarlo!

Al hablar, desató el torrente de su furia. Se quitó los guantes para liberar las manos.

En ese instante los bailarines se apartaron para dejar pasar a Philip. Instintivamente se detuvieron al acercarse y, con rostros asombrados, formaron un círculo alrededor de Edith y Philip, Polly y Tom.

—¡Muy amable de tu parte esperar! —exclamó Philip, con el rostro iluminado por el éxito de haber atrapado la Emperador Amarilla—. Creí, cuando oí la música, que seguirías bailando.

—¿Cómo imaginaste que seguiría bailando? —preguntó Edith Carr con voz glacial.

—Pensé que te apartarías un momento para esperarme, o bailarías con Henderson. Era importantísimo atrapar esa polilla. Completa una colección valiosa para una persona que necesita el dinero. ¡Ven!

Abrió los brazos hacia ella.

—¡Yo no me “aparto” por nadie! —estalló Edith Carr—. ¡No espero el placer de ninguna otra muchacha! ¡Puedes completar la colección con esto!

Se quitó el anillo de compromiso y extendió la mano para colocarlo sobre una de las manos abiertas de Philip. Él comprendió lo que hacía y retrocedió. Al instante Edith dejó caer el anillo. Mientras caía, casi instintivamente, Philip lo atrapó en el aire.

Con rostro atónito miró fijamente a Edith Carr. Sus facciones distorsionadas apenas parecían reconocibles.

Le tendió el anillo.

—Edith, por amor de Dios, espera a que pueda explicarte —suplicó—. Ponte el anillo y deja que te diga cómo ha sido.

—Yo sé perfectamente “cómo ha sido” —respondió ella—. Jamás volveré a usar ese anillo.

—¿Ni siquiera escucharás lo que tengo que decir? ¿No quieres recuperarlo? —exclamó él.

—¡Nunca! ¡Tu conducta es infame!

—Pensándolo bien —dijo Philip deliberadamente—, sí es “infame” privar a una muchacha que ha bailado toda su vida de unas cuantas notas de un vals. En cuanto a pedir perdón por un pecado tan negro como recoger una polilla y enviársela a una amiga que vive de coleccionarlas… ¡no veo cómo podría hacerlo! No he estado fuera ni tres minutos, Edith. Ponte el anillo y termina el baile como una buena muchacha.

Introdujo el brillante rubí en sus dedos y volvió a abrir los brazos hacia ella. Edith dejó caer otra vez el anillo, que rodó lejos de ambos. Hart Henderson siguió el destello y lo atrapó antes de que se perdiera.

—¿De verdad hablas en serio? —preguntó Philip con una voz tan fría como la de ella.

—¡Sabes perfectamente que hablo en serio! —gritó Edith Carr.

—Acepto tu decisión en presencia de estos testigos —dijo Philip Ammon—. ¿Dónde está mi padre?
El mayor de los Ammon se apresuró hacia él con el rostro angustiado.
—Padre, toma mi lugar —dijo Philip—. Discúlpame con mis invitados. Pide a todos mis amigos que me perdonen. Me voy por un tiempo.

Se dio la vuelta y salió del pabellón. Mientras se iba, Hart Henderson corrió hacia Edith Carr y forzó el anillo en sus dedos.
—Edith, rápido. ¡Ven, rápido! —le suplicó—. Aún hay tiempo para alcanzarlo. Si dejas que se vaya así, nunca volverá en este mundo. Recuerda lo que te dije.

—¡Gran profeta eres, Hart! —se burló ella—. ¿Quién quiere que vuelva? Si me vuelves a imponer ese anillo, lo lanzaré al lago. Haz una señal a los músicos para que empiecen y baila conmigo.

Henderson se guardó el anillo en el bolsillo y comenzó el baile. Podía sentir los espasmos musculares de la joven en sus brazos; su rostro estaba frío y duro, pero su aliento quemaba con el ardor de la fiebre. Terminó ese baile y todos los demás, tomando los turnos de Phil con Henderson, quien había llegado demasiado tarde para organizar un programa propio. Se fue con los demás, limitándose a inclinar la cabeza al pasar frente al padre de Ammon, que ocupaba su lugar, y subió al gran auto de turismo por el que Henderson había telefoneado. Se desplomó débilmente en un asiento y gimió suavemente.

—¿Quieres que conduzca un rato bajo el aire de la noche? —preguntó Henderson.
Ella asintió. Él le dio instrucciones al chófer.

A los pocos segundos, ella levantó la cabeza.
—Hart, me estoy desmoronando —dijo—. ¿Podrías rodearme con tu brazo un momento?
Henderson la estrechó en sus brazos y la cabeza de ella cayó sobre su hombro.
—¡Más fuerte! —exclamó ella.

Henderson la sostuvo hasta que sus brazos se entumecieron, pero no se dio cuenta. Las jugarretas del destino son bastante crueles, pero difícilmente podría

haber una peor que esa: amar a una mujer como él amaba a Edith Carr y que se la entregaran en sus brazos porque ella estaba tan entumecida por la miseria de su problema con otro hombre que ni sabía ni le importaba lo que hacía. El amanecer rayaba el este cuando él le habló.

—Edith, ya está aclarando.
—Llévame a casa —dijo ella.

Henderson la ayudó a subir los escalones y tocó el timbre.
—La señorita Carr está enferma —le dijo al lacayo—. Despierte a su doncella al instante y haga que le prepare algo caliente lo más pronto posible.
—Edith —exclamó él—, solo una palabra. He estado pensando. Aún no es demasiado tarde. Toma tu anillo y póntelo. Iré a buscar a Phil de inmediato y le diré que lo has hecho, que lo esperas, y él vendrá.

—¡Piensa en lo que dijo! —gritó ella—. Aceptó mi decisión como final, «en presencia de testigos», como si fuera un tribunal. Él puede devolvérmelo, si es que vuelvo a usarlo alguna vez.

—Eso piensas ahora, pero en unos días verás que te sientes muy diferente. Vivir una vida de angustia no es broma, ni es tarea para una mujer. Ponte el anillo y envíame a decirle que venga.
—No.

—Edith, no hubo un alma que viera aquello que no simpatizara con Phil. Fue ridículo que te enojaras tanto por algo que nunca tuvo la menor intención de ofender, y que bajo ningún razonamiento lógico podría haberse considerado así.
—¿Tú piensas eso? —le reclamó ella.

—¡Lo pienso! —dijo Henderson—. Si te hubieras reído y te hubieras hecho a un lado un instante, o si te hubieras reído y te hubieras quedado donde estabas, Phil habría vuelto; o bien, si necesitaba un castigo a tus ojos, el haberme encontrado bailando una de sus piezas habría sido suficiente. Yo estaba esperando. Podrías haberlo arreglado con una mirada. Pero decir y hacer lo que hiciste en público, mi señora... conozco a Phil, y sé que fuiste demasiado lejos. Ponte ese anillo y mándale decir que lo sientes, antes de que sea demasiado tarde.

—¡No lo haré! Él deberá venir a mí.
—¡Entonces que Dios te ayude! —dijo Henderson—, porque te estás hundiendo

en una miseria cuya profundidad ni te imaginas. Edith, te lo ruego...

Ella se tambaleó donde estaba. Su doncella abrió la puerta y la sostuvo. Henderson bajó por el pasillo y salió hacia su auto.

CAPÍTULO 20

Philip Ammon salió de entre sus amigos como un hombre humillado y herido. Nunca antes Edith Carr le había parecido tan hermosa. Toda la noche ella lo había tratado con una consideración poco común. Nunca la había amado tan profundamente. Y luego, en unos cuantos segundos, todo fue distinto. Ver el cambio en su rostro y escuchar sus acusaciones sin sentido mató algo dentro de su corazón. El calor desapareció y un peso frío ocupó su lugar. Pero aun después de eso, él le había ofrecido nuevamente el anillo y le había pedido delante de todos que reconsiderara. La respuesta había sido un insulto todavía mayor.

Caminó sin prestar atención a dónde iba. Había recorrido muchas millas cuando se dio cuenta de que sus pies habían elegido calles familiares. Estaba pasando frente a su casa. El amanecer estaba cerca, pero la planta baja seguía iluminada. Subió tambaleándose los escalones y de inmediato le abrieron la puerta. La puerta de la biblioteca estaba abierta, y su padre permanecía sentado con un libro fingiendo leer. Al entrar Philip, el padre apenas levantó la vista.

—¡Ven! —lo llamó—. Acabo de decirle a Banks que me traiga una taza de café antes de acostarme. ¡Toma una conmigo!

Philip se sentó junto a la mesa y apoyó la cabeza entre las manos, pero bebió una taza del café humeante y se sintió mejor.

—Padre —dijo—, padre, ¿puedo hablar un rato contigo?

—Claro —respondió el señor Ammon—. No tengo nada de sueño. Creo que me quedé esperando con la esperanza de que vinieras. No quiero la versión de nadie más que la tuya. Cuéntame exactamente cómo fue todo, Phil.

Philip contó cuanto sabía, mientras su padre permanecía sumido en profundos pensamientos.

—Por mi vida que no veo motivo alguno para semejante despliegue de mal genio, Phil. Sobrepasó todos los límites de la razón y de la buena educación. ¿No puedes pensar en nada más?

—¡No puedo!

—Polly dice que todos esperaban que llevaras la polilla que atrapaste a Edith. ¿Por qué no lo hiciste?

—Ella grita si una cosa así se le acerca. Nunca ha mostrado el más mínimo interés por ellas. Yo tenía muchísima prisa. No quería perder ni un minuto de mi baile con ella. La polilla no era tan rara, pero por una combinación de mala suerte se había convertido en la más rara de América para una amiga mía, que está reuniendo una colección para pagar sus estudios universitarios. El verano pasado, por un instante, la serie quedó completa; entonces el temperamento descontrolado de una mujer arruinó ese ejemplar y la búsqueda tuvo que comenzar otra vez. Unos días después conseguimos un par y nuevamente el dinero estuvo al alcance durante varias horas. Luego un accidente destruyó una cuarta parte de la colección. Yo ayudé a reemplazar esos ejemplares el verano pasado, todos menos este Emperador Amarillo que no pudimos conseguir, y desde entonces no hemos podido encontrar, comprar ni intercambiar uno. Así que mi amiga tuvo que enseñar este invierno en vez de ir a la universidad. Cuando esa polilla entró volando allí esta noche, me pareció obra del destino. Todo lo que pensé fue que capturarla completaría la colección y aseguraría el dinero. Así que atrapé al Emperador y lo envié a Elnora. Te aseguro que no estuve fuera del pabellón más de tres minutos, aun exagerando. ¡Si tan sólo hubiera pensado en hablarle a la orquesta! Estaba seguro de volver antes de que suficientes parejas se reunieran y se formaran para el baile.

Los ojos del padre brillaron intensamente.

—¿La amiga para quien querías la polilla es una muchacha? —preguntó con indiferencia, mientras pasaba las hojas del libro entre los dedos.

—La muchacha de quien te escribí el verano pasado y de quien te hablé en otoño. La ayudé todo el tiempo que estuve allá.

—¿Edith sabía de ella?

—Intenté muchas veces contárselo, interesarla, pero era tan indiferente que resultaba ofensivo. No quería escucharme.

—Ninguno de los dos está en condiciones de dormir. ¿Por qué no comienzas desde el principio y me hablas de esta muchacha? Pensar en otra cosa durante un rato puede aclararnos la mente para encontrar una solución sensata. ¿Quién

es? ¿Qué está haciendo exactamente? ¿Cómo es? Ya sabes que me crié entre la gente del Limberlost; puedo comprender fácilmente. ¿Cómo se llama y dónde vive?

Philip dio una versión masculina del verano anterior, mientras su padre jugueteaba diligentemente con el libro.

—¿Estás muy seguro de su refinamiento y educación?

—¿Puede un hombre equivocarse después de casi dos meses de convivencia diaria? Puede superar con mucho a Polly, a Edith o a cualquier muchacha de nuestro círculo en cualquier materia común, de preparatoria o complementaria; y ya sabes que las preparatorias enseñan francés, alemán y física ahora. Además, es graduada de otras dos instituciones. Toda su vida ha estado en la escuela de los golpes duros. Tiene el corazón más grande, más tierno y más humano que jamás haya conocido en una mujer. Ha conocido la vida en sus formas más crueles, y en vez de endurecerla, eso la ha llevado a tratar de salvar a otros del sufrimiento. Y luego está ese trabajo sobre la naturaleza del que te hablé; se graduó en la Escuela del Bosque antes de obtenerlo. La Mujer de los Pájaros, cuya obra conoces, la ayudó. Elnora sabe más cosas interesantes en un minuto que cualquier otra muchacha que haya conocido en una hora, siempre que uno sea capaz de apreciar la vida vegetal y animal.

Las hojas del libro resbalaron rápidamente entre los dedos del padre mientras preguntaba lentamente:

—¿Y qué aspecto tiene?

—Tan alta como Edith, un poco más robusta, tez rosada y uniforme, grandes ojos gris azulados muy abiertos, con gruesas cejas negras y pestañas tan largas que le tocan las mejillas. Tiene una trenza de cabello ondulado y brillante que parece una auténtica corona sobre la cabeza, y a la luz casi parece rojo. Es tan hermosa como cualquier mujer rubia que haya visto, pero no lo sabe. Cada vez que alguien le hace un cumplido, su madre, que es de cuidado, descubre por alguna razón que la muchacha es espantosa, así que no tiene idea de su propia belleza.

—¡Y estuviste en convivencia diaria durante dos meses con una muchacha así! ¿Y qué pasó, Phil?

—¡Si quieres decir si jugué con ella, no! —exclamó Philip acaloradamente—. La segunda vez que la vi le hablé completamente de Edith. Casi todos los días escribía a Edith delante de ella. Elnora recogió violetas y fabricó una cesta elegante para enviárselas a Edith en su cumpleaños. Estuve a punto de equivocarme admirando demasiado abiertamente a Elnora, pero su madre me puso en mi lugar de tal manera que nunca lo olvidé. Cincuenta veces al día, en los pantanos y bosques, Elnora formaba una imagen perfecta, pero yo ni la miraba ni decía nada. Nunca conocí una muchacha tan noble en comportamiento y acciones. Nunca odié nada tanto como odié dejarla, porque éramos amigos muy cercanos, como dos hombres completamente afines. Su madre casi siempre estaba con nosotros. Ella sabía cuánto admiraba a Elnora, pero mientras yo se lo ocultara a la muchacha, a la madre no le importaba.

—¡Y aun así dejaste a una muchacha así y regresaste entero a Edith Carr!

—¡Claro! Ya sabes cómo ha sido lo mío con Edith toda la vida.

—Sin embargo, la muchacha que describes es muy superior a ella para cualquier persona imparcial, pensando en lo que un hombre necesitaría en una esposa para ser feliz.

—¡Nunca he pensado en lo que “necesitaría” para ser feliz! Sólo pensaba si yo podía hacer feliz a Edith. ¡He sido un idiota! Nunca sabrás todo lo que he soportado. Lo de esta noche es apenas uno de muchos estallidos similares, en diferentes grados.

—Phil, te quiero cuando dices que sólo has pensado en Edith. Da la casualidad de que sé que es verdad. Eres mi único hijo y he tenido derecho a observarte de cerca. Te creo por completo. Cualquiera que te quiera como yo, y que tenga mis años de experiencia en este mundo frente a los tuyos, sabe que, en cierto modo, esta noche podría ser una bendita liberación, si pudieras aceptarla; pero no puedes. Ve a dormir ahora y descansa. Mañana vuelve con ella y arreglen esto.

—Escuchaste lo que dije cuando me fui de su lado. Lo dije porque algo murió en mi corazón un minuto antes, y comprendí que era mi amor por Edith Carr. Nunca volveré voluntariamente a enfrentar una escena así. Si puede comportarse de esa manera en un baile, delante de cientos de personas, por algo que para mí no significaba nada, sufriría verdaderos ataques y espasmos por algunas de las crisis domésticas que he visto a mamá enfrentar con una sonrisa.

Señor, es verdad que hasta ahora sólo había pensado en ella. Ahora admitiré que estoy pensando en mí mismo. Padre, ¿la viste? La vida es demasiado corta, y puede ser demasiado dulce, para desperdiciarla luchando contra una mujer sin dominio propio. Yo no soy hombre de peleas… al menos no cuando se trata de una mujer. La respeto y la amo, o no hago nada. Nunca más serán posibles ni el respeto ni el amor entre Edith Carr y yo. Siempre que piense en ella en el futuro, la veré tal como estaba esta noche. Pero todavía no puedo enfrentar a la sociedad. ¿Podrías dispensarme unos días?

—Faltan sólo diez días para que fueras al norte por el verano; ve ahora.

—No quiero ir al norte. No quiero encontrarme con gente conocida. Allá la historia se adelantará a mí. No necesito miradas compasivas ni condolencias groseras. Me pregunto si no podría esconderme un tiempo en casa del tío Ed, en Wisconsin.

El libro se cerró de golpe. El padre se inclinó sobre la mesa y miró a su hijo a los ojos.

—Phil, ¿estás seguro de lo que acabas de decir?

—Perfectamente seguro.

—¿Crees estar en condiciones de decidir esta noche?

—La muerte no vuelve a la vida, padre. Mi amor por Edith Carr está muerto. Espero no volver a verla jamás.

—¡Si creyera que puedes estar seguro tan pronto! Pero, pensándolo bien, te pareces mucho a mí en muchas cosas. Estoy contigo en esto. Yo tampoco soportaría escenas públicas ni humillaciones. Si estuviera en tu lugar, para mí también habría terminado, de eso estoy seguro.

—Se acabó para siempre —dijo Philip Ammon—. No hablemos más de ello.

—Entonces, Phil —el padre se inclinó más cerca y miró tiernamente a su hijo —, Phil, ¿por qué no vas al Limberlost?

—¡Padre!

—¿Por qué no? Nadie puede consolar un corazón herido como una mujer tierna; y, Phil, ¿alguna vez te has detenido a pensar que quizá tengas un deber en el

Limberlost, ahora que eres libre? No lo sé. Sólo lo sugiero. Pero para una muchacha de escuela rural, poco acostumbrada a los hombres, dos meses con un hombre como tú bien podrían despertar sentimientos en los que tú no piensas. Porque tú estuvieras protegido no significa que ella también lo estuviera. Tal vez le agradaría verte. Puedes averiguarlo pronto. Para ti, ella viene después de Edith, y me has dejado claro que en muchos aspectos la aprecias más. Así que repito: ¿por qué no ir al Limberlost?

Durante largo rato Philip Ammon permaneció sentado en profundo pensamiento. Por fin levantó la cabeza.

—Bueno… ¿y por qué no? —dijo—. Ni aunque pasaran años estaría más seguro de lo que estoy ahora, y la vida es corta. Por favor, pídele a Banks que me traiga café y tostadas; yo voy a bañarme y vestirme para tomar el primer tren.

—Ve a bañarte. Yo me encargaré de empacar y de todo lo demás. Y, Phil, si yo estuviera en tu lugar, no dejaría ninguna dirección.

—Ni una sola —dijo Philip—. Ni siquiera a Polly.

Cuando el tren partió, el mayor Ammon regresó a casa y encontró a Hart Henderson esperando.

—¿Dónde está Phil? —preguntó.

—No tenía deseos de enfrentarse a sus amigos por ahora, y acabo de volver de llevarlo a la estación. Dijo que tal vez iría a Siam o a la Patagonia. No dejó ninguna dirección.

Henderson casi se tambaleó.

—¿Se fue… y sin dejar dirección? No puede hablar en serio. Jamás la perdonará.

—“Jamás” es mucho tiempo, Hart —dijo el señor Ammon—, y parece todavía más largo para quienes conocemos bien a Phil. Lo de anoche no fue la gota que derramó el vaso; fue todo el montón de paja. Aplastó a Phil en lo que a ella respecta. No volverá a verla voluntariamente, y si la ve, no lo olvidará. Puedes entender, por él y por mí, que hemos aceptado la decisión de la señorita. ¿Quieres una taza de café?

Dos veces Henderson abrió los labios para hablar de la desesperación de Edith Carr. Dos veces miró el rostro severo e inflexible del señor Ammon y no pudo traicionarla. Extendió el anillo.

—No tengo instrucciones respecto a eso —dijo el mayor Ammon, retrocediendo —. Tal vez la señorita Carr quiera conservarlo como recuerdo.

—Estoy seguro de que no —respondió Henderson con sequedad.

—Entonces supongo que podría devolverlo a Peacock. Lo llamaré por teléfono. Él le dará el valor del anillo, y usted podría añadirlo al Fondo de Aire Fresco para los niños. Le agradeceríamos mucho que hiciera eso. Aquí nadie desea tocar el objeto.

—Como usted quiera. Buenos días.

Luego regresó a su casa, pero no pudo pensar en dormir. Ordenó el desayuno, pero no pudo comer. Caminó un rato por la biblioteca, aunque el lugar le parecía demasiado pequeño. Salió a las calles y anduvo hasta agotarse; luego tomó un coche de alquiler y se dirigió a su club.

Creía conocer todas las profundidades del sufrimiento; aquella noche le enseñó que lo que sentía por sí mismo no podía compararse con la angustia que le desgarraba el corazón por el dolor de Edith Carr. Intentó culpar a Philip Ammon, pero, siendo un hombre honrado, Henderson sabía que eso era injusto. La culpa era completamente de ella, y eso sólo hacía todo más difícil para él, pues comprendía que tarde o temprano ella también lo entendería.

Mientras entraba lentamente en la sala, un empleado se apresuró hacia él.

—Lo llaman con muchísima urgencia al teléfono, señor Henderson —dijo—. Ha recibido tres llamadas del Main 5770.

Henderson se estremeció mientras tomaba el auricular y daba la conexión.

—¿Eres tú, Hart? —llegó la voz de Edith.

—Sí.

—¿Encontraste a Phil?

—No.

—¿Lo intentaste?

—Sí. En cuanto te dejé fui directamente a su casa.

—¿Todavía no había regresado?

—Había regresado y vuelto a irse.

—¿Se fue?

Aquel grito desgarró el corazón de Henderson.

—¿Quieres que vaya a decírtelo, Edith?

—No. Dímelo ahora.

—Cuando llegué a la casa, Banks dijo que el señor Ammon y Phil habían salido en el automóvil, así que esperé. El señor Ammon regresó poco después. Edith… ¿estás sola?

—Sí. Continúa.

—Llama a tu doncella. No puedo decírtelo hasta que haya alguien contigo.

—Dímelo inmediatamente.

—Edith, él dijo que había ido a la estación. Dijo que Phil había partido hacia Siam o la Patagonia —no sabía cuál— y que no dejó dirección. Dijo que…

Henderson escuchó claramente cómo ella caía al suelo. Comenzó a hacer sonar el timbre con insistencia y, pocos segundos después, oyó voces, así que supo que la habían encontrado. Entonces se deslizó hasta un gabinete privado y se estremeció bajo un duro escalofrío nervioso.

Al día siguiente Edith Carr emprendió su viaje a Europa. Henderson estaba convencido de que ella esperaba encontrarse con Philip allá. También estaba seguro de que se sentiría decepcionada, aunque no tenía idea de adónde podía haber ido Ammon. Pero, después de pensarlo mucho, decidió que vería antes a Edith si permanecía en casa, así que pasó el verano en Chicago.

CAPÍTULO 21

—Debemos empezar a pensar en la cena, madre —dijo Elnora mientras acomodaba con mucho cuidado las alas de una Cecropia—. Siento como si nunca pudiera comer lo suficiente ni cansarme de estar en casa. Disfruté aquella casa de la ciudad. No creo que hubiera podido hacer mi trabajo si me hubiera visto obligada a caminar ida y vuelta todos los días. Al principio pensé que jamás quería volver aquí. Ahora siento que no podría vivir en ningún otro lugar.

—Elnora —dijo la señora Comstock—, viene alguien por el camino.

—¿Crees que venga aquí?

—Sí, sospecho que viene aquí.

Elnora miró rápidamente a su madre y luego volvió la vista hacia el camino justo cuando Philip Ammon llegaba a la verja.

—¡Cuidado, madre! —advirtió la muchacha al instante—. Si cambias tu trato hacia él aunque sea un poco, sospechará algo. Ven conmigo a recibirlo.

Dejó su trabajo y se levantó de un salto.

—¡Pero qué sorpresa tan maravillosa! —exclamó.

Estaba un poco más delgada que el verano anterior. Había en su rostro una expresión más madura y paciente, pero el sol seguía cayendo sobre su cabeza descubierta con el mismo brillo rojizo y dorado. Llevaba uno de sus viejos vestidos de cuadros azules, abierto en el cuello y remangado hasta los codos. La señora Comstock ya no parecía en absoluto la misma mujer, pero Philip sólo veía a Elnora; sólo escuchaba su saludo. Tomó ambas manos cuando ella le ofrecía una sola.

—¡Elnora! —exclamó—. Si estuvieras comprometida conmigo y estuviéramos en un baile, entre cientos de personas, y yo te ofendiera muchísimo sin siquiera saber que había hecho algo malo… y si te pidiera delante de todos que me dejaras explicarme, que me perdonaras, que esperaras… ¿tu rostro se deformaría de ira hasta volverse irreconocible? ¿Dejarías caer mi anillo al suelo y me insultarías una y otra vez? ¡Oh, Elnora! ¿Lo harías?

Los grandes ojos de Elnora parecieron abrirse de golpe mientras su rostro se volvía muy pálido. Retiró las manos.

—¡Calla, Phil! ¡Calla! —protestó—. ¡Esa fiebre te ha vuelto! Estás muy enfermo. No sabes lo que dices.

—Estoy sin dormir y agotado; tengo el corazón destrozado… pero estoy tan sano como siempre. Respóndeme, Elnora. ¿Lo harías?

—¡No respondas nada! —gritó la señora Comstock—. ¡Nada de respuestas! Cuelga tu abrigo allí, Phil, y ven a partir leña. Elnora, recoge todas esas cosas y pon la mesa. ¿No ves que el muchacho está hambriento y cansado? Ha venido a casa a descansar y a comer una comida decente. ¡Vamos, Phil!

La señora Comstock se alejó decididamente, y Philip colgó el abrigo en su antiguo sitio y la siguió. Ya fuera de la vista y del oído de Elnora, ella se volvió hacia él.

—¿Te llamas hombre o sabueso? —estalló.

—Le pido disculpas… —balbuceó Philip Ammon.

—¡Y deberías hacerlo! —replicó ella—. Admito que el verano pasado te comportaste como un caballero, aunque me habría gustado más que hubieras dado la cara y me hubieras dicho que estabas comprometido; pero venir aquí ahora, lamentándote, tomar a Elnora de las manos y hablarle así sólo porque has tenido una pelea con tu novia… eso no lo tolero. Parte esa leña y te prepararé la cena; luego será mejor que te marches. No permitiré que juegues con el gran corazón de Elnora porque te hayas peleado con otra mujer. En una semana arreglarás las cosas y volverás a irte, así que más vale que te vayas desde ahora.

—Señora Comstock, vine a pedirle a Elnora que se case conmigo.

—¡Pues más tonto eres entonces! —exclamó ella—. Ayer mismo seguramente estabas comprometido con otra mujer. Y ahora, por una pequeña disputa, vienes corriendo aquí para usar a Elnora como herramienta para vengarte de la otra. Una semana de vida sensata y lamentarás esto y querrás volver a Chicago; o, si de verdad eres lo bastante hombre como para estar seguro de ti mismo, ella vendrá a buscarte. Tiene sus derechos. Un compromiso de años es asunto serio y

no se rompe por un capricho. Si tú no vas, ella vendrá. Y entonces, cuando arreglen sus asuntos y se marchen juntos tan tranquilos, ¿qué será de mi hija?

—Soy abogado, señora Comstock —dijo Philip—. Me parece contrario a su habitual sentido de justicia decidir un caso sin escuchar las pruebas. Merece oírme antes.

—¡Escuchar tu versión! —replicó ella—. ¡Preferiría mil veces escuchar la de la muchacha!

—¡Ojalá hubiera visto y oído usted a esa muchacha anoche! —dijo Ammon—. Entonces mi camino estaría claro. Ni siquiera pensé en venir aquí hoy. Admito que habría venido con el tiempo, pero no tan pronto. Fue mi padre quien me envió.

—¿Tu padre te envió? ¿Por qué?

—Mi padre, mi madre y Polly estuvieron presentes anoche. Ellos y todos mis amigos me vieron insultado y humillado en la peor demostración de mal genio descontrolado que cualquiera de nosotros haya presenciado. Todos supieron que aquello era el final. A mi padre le gustó lo que le conté de Elnora y me aconsejó venir aquí, así que vine. Si ella no me quiere, puedo irme de inmediato, pero… ¡oh, yo esperaba que comprendiera!

—¡Sí, claro que lo comprendió! —gritó Elnora desde la casa—. ¡Y ustedes dos no están partiendo leña!

—¡Claro que sí! —respondió la señora Comstock—. Tú prepara las cosas para los bizcochos y pon la mesa.

Luego volvió a mirar a Philip.

—Sé bastante sobre tu padre —dijo—. Este invierno he visto con frecuencia a la familia de tu tío. He oído a tu tía Anna decir que no le gustaba en absoluto la señorita Carr y que ella y toda tu familia esperaban en secreto que ocurriera algo que impidiera tu matrimonio con ella. Eso encaja perfectamente con lo que dices de que tu padre te mandó aquí. Creo que será mejor que hables.

Philip contó su versión de la noche anterior.

—¿Me cree? —preguntó al terminar.

—Sí —respondió la señora Comstock.

—¿Puedo quedarme?

—Oh, por ti parece estar todo bien, pero ¿qué hay de ella?

—Nada, por lo que a mí respecta. Sus planes estaban hechos para viajar hoy a Europa. Sospecho que ya va de camino. Elnora es muy sensata, señora Comstock. ¿No cree que sería mejor dejar que ella decida esto?

—La decisión final es suya, por supuesto —admitió la señora Comstock—. Pero escucha una cosa: ella es todo lo que tengo. Como dice Salomón: "es la única hija de su madre". He sufrido bastante en esta vida como para luchar contra cualquier sufrimiento que la amenace. Hasta donde sé, siempre has sido un hombre decente, y puedes quedarte. Pero si le causas lágrimas y dolor, no tengas la insolencia de pensar que lo soportaré mansamente. ¡Me levantaré y pelearé como una pantera si las cosas salen mal para Elnora!

—No lo dudo en absoluto —respondió Philip—, y no la culparía si lo hiciera. Tengo para ofrecerle a Elnora toda mi devoción, un buen hogar, una posición social respetable, y mi familia la querrá mucho. Piénselo. Sé que es repentino, pero mi padre me aconsejó hacerlo.

—¡Sí, ya veo que te lo aconsejó! —dijo la señora Comstock secamente—. Creo que, en vez de ser yo la pantera, allá en Chicago tenías al auténtico ejemplar disfrazado de plumas de pavo real y haciéndose pasar por gran dama… hasta que llegó el momento de sacar las uñas. La naturaleza humana parece ser la misma en todas partes. Pero daría cualquier cosa por saber qué fue aquello que dices no comprender y que la hizo enloquecer sólo porque atrapaste una polilla para Elnora. Puedes ir por esas fresas al manantial.

Prepararon y cenaron juntos. Después se sentaron en el cenador a conversar, o Elnora tocaba el violín hasta que llegó la hora de que Philip se marchara.

—¿Me acompañas hasta la verja? —preguntó él al levantarse.

—Esta noche no —respondió ella con ligereza—. Ven temprano mañana si quieres, y cruzaremos hasta Sleepy Snake Creek para buscar polillas y recoger dientes de león para la comida.

Philip se inclinó hacia ella.

—¿Puedo decirte mañana por qué vine? —preguntó.

—Creo que no —respondió Elnora—. La verdad es que no me importa por qué viniste. Me basta saber que somos muy buenos amigos tuyos y que, en tu problema, has encontrado refugio en nosotros. Me parece que será mejor vivir una o dos semanas antes de que digas nada. Existe la posibilidad de que lo que tengas que decir cambie en ese tiempo.

—¡No cambiará ni una sola coma! —exclamó Philip.

—Entonces al menos tendrá la ventaja de haber envejecido un poco y ganar algo de sabor —dijo la muchacha—. Ven temprano mañana.

Tomó el violín y comenzó a tocar.

—¡Bueno, bendito sea el cielo! —exclamó la asombrada señora Comstock—. ¡Y pensar que yo estaba preocupada porque no supieras cuidarte sola!

Elnora se echó a reír mientras tocaba.

—¿Quieres que te diga lo que me dijo?

—¡No! ¡No quiero oírlo! —respondió la señora Comstock—. Está apenas a seis horas de Chicago. Le daré una semana a esa muchacha para que lo encuentre y arregle las cosas, si es que él se queda tanto tiempo. Si ella no aparece para entonces, podrá decirme lo que quiere decir, y yo me tomaré mi tiempo para pensarlo. ¡Y bastante tiempo! Aquí hay tres personas involucradas, y una de ellas tendrá que quedarse con el corazón roto para toda la vida. Si la decisión depende de mí, pienso asegurarme muy bien de que sea quien merezca esa desgracia.

A la mañana siguiente Philip llegó temprano, vestido con la ropa de excursión que había usado el verano anterior y, salvo por una ligera palidez, parecía casi el mismo de cuando se fue. Elnora lo recibió en los mismos términos de antes y, durante una semana, la vida siguió exactamente igual que el verano anterior. La señora Comstock observaba en silencio y tomaba notas mentales. Veía que Elnora estaba tensa, aunque esperaba que Philip no lo notara. La muchacha comenzó a mostrarse inquieta conforme la semana llegaba a su fin. Una vez, cuando sonó la verja, perdió el color de golpe y se movió nerviosamente. Era Billy bajando por el sendero.

Philip se inclinó hacia la señora Comstock y dijo:

—Tengo estrictamente prohibido hablarle a Elnora como quisiera. ¿Le importaría decirle de mi parte que esta mañana recibí una carta de mi padre diciendo que la señorita Carr va camino a Europa para pasar el verano?

—¡Elnora! —dijo de inmediato la señora Comstock—. Acabo de enterarme de que esa mujer Carr va camino a Europa, ¡y ojalá por todos los santos se quedara allá!

Philip Ammon soltó una carcajada, pero Elnora se levantó apresuradamente y fue a recibir a Billy. Entraron juntos al cenador y, después de saludar a la señora Comstock y a Philip, Billy dijo:

—El tío Wesley y yo encontramos algo raro, y pensamos que tal vez le gustaría verlo.

—No sé qué haría sin ti y sin el tío Wesley para ayudarme —dijo Elnora—. ¿Y ahora qué encontraron?

—Algo que no pude traer. Tiene que venir a verlo. Traté de agarrar uno y lo maté. Son como unos bichos raros y tienen una cola de tres hilitos finos. Clavan esos hilos en la corteza dura de los árboles y, si uno tira, los hilos se quedan pegados y el bicho se muere.

—Iremos enseguida —rió Elnora—. Sé lo que son, y puedo usar algunos en mi trabajo.

—Billy, ¿has estado llorando? —preguntó la señora Comstock.

Billy levantó un rostro avergonzado.

—Sí, señora —respondió—. Éste ha sido el peor día.

—¿Y qué tiene de malo el día?

—El día está bien —admitió Billy—. Quiero decir que todo me ha salido mal.

—¡Vaya, eso sí que es una desgracia! —dijo la señora Comstock con simpatía.

—Empezó temprano esta mañana —continuó Billy—. Y toda la culpa fue de Snap.

—¿Y qué hizo el pobre Snap? —preguntó la señora Comstock, mientras sus ojos empezaban a brillar divertidos.

—Andar escarbando marmotas, como siempre. Se levanta a las dos de la mañana para buscarlas. Venía del bosque todo cansado y lleno de tierra. Yo iba al establo con un cubo de agua para que el tío Wesley la usara al ordeñar. Tuve que dejar el cubo en el suelo para cerrar la puerta y que las gallinas no entraran en los macizos de flores, y el viejo Snap metió su nariz mugrosa en el agua y empezó a beberla. Sabía que el tío Wesley no iba a usar esa agua, así que tuve que volver hasta la cisterna por más, y esa bomba está durísima. Me enojé y le aventé el agua encima a Snap.

—¿Y luego?

—Nada, si se hubiera quedado quieto. Pero se asustó muchísimo, y cuando se asusta corre directo con la tía Margaret. Cuando llegó junto a ella se puso tieso y se sacudió con fuerza. ¡Debió ver el bonito vestido azul que se había puesto para ir a Onabasha!

La señora Comstock y Philip rieron, pero Elnora rodeó al muchacho con los brazos.

—¡Oh, Billy! —exclamó—. ¡Eso sí fue terrible!

—Se levantó temprano y planchó ese vestido porque hacía fresco. Luego, cuando se ensució todo, ya no quiso ir… y tenía muchísimas ganas.

Billy se secó los ojos.

—Y eso no es todo —añadió.

—Nos gustaría saberlo, Billy —sugirió la señora Comstock, luchando por no reírse.

—Como no pudo ir a la ciudad, casi se ha matado trabajando. Ha hecho todos los trabajos pesados y sucios que encontró. Ahora está preparando su jugo de uva.

—¡Claro! —exclamó la señora Comstock—. ¡Cuando una mujer está decepcionada trabaja como mula para que le tengan lástima!

—Bueno, el tío Wesley y yo ya le estamos teniendo toda la lástima que sabemos, sin que ella tenga que trabajar tanto. He estado exprimiendo hasta casi reventar para sacar el jugo de las semillas y las cáscaras. Esa es la peor parte. Ahora tiene que colarlo con franela blanca y embotellarlo, y sirve para los enfermos. A veces hasta quisiera enfermarme yo para poder tomarme un vaso. ¡Está buenísimo!

Elnora lanzó una rápida mirada a su madre.

—Trabajé tan duro —continuó Billy—, que ella dijo que si tiraba los restos en el bosque, entonces podía venir por usted para ver los bichos. ¿Quiere ir?

—Iremos todos —dijo la señora Comstock—. Yo también tengo muchísimo interés en esos bichos.

Desde lejos podía verse agitación en la casa de los Sinton. Wesley y Margaret corrían de un lado a otro y el aire estaba lleno de sonidos extraños.

—¿Qué sucede? —preguntó Philip apresurándose hacia Wesley.

—¡Cólera! —gimió Sinton—. Mis cerdos están muriendo como moscas.

Margaret lloraba suavemente.

—Wesley, ¿no puedo preparar algo caliente? ¿No podemos hacer nada? Son varios cientos de dólares… y además nuestra carne para el invierno.

—Nunca había visto que el ganado enfermara tan rápido y tan fuerte —dijo Wesley—. Ya llamé al veterinario para que venga en cuanto pueda.

Todos corrieron al corral de alimentación, hacia donde parecían dirigirse los cerdos desde el bosque. Entre los animales comunes había enormes ejemplares blancos de raza fina, orgullo de Wesley en las ferias del condado. Algunos estaban tendidos de espaldas, moviendo débilmente las patas en el aire y lanzando pequeños chillidos. Un enorme Berkshire estaba sentado sobre los cuartos traseros, sacudiendo lentamente la cabeza mientras le corría agua de los ojos, hasta que también cayó con débiles gruñidos. Un par que cruzaba el patio sobre patas vacilantes chocó entre sí y comenzó a atacarse furiosamente, sólo para desplomarse después, demasiado débiles incluso para chillar. Un magnífico gallo Plymouth Rock blanco, tras varios intentos, logró subir a la cerca, se sostuvo con gran esfuerzo, batió las alas desesperadamente y empezó un canto

gutural… pero cayó despatarrado entre los cerdos, demasiado indefenso para mantenerse de pie.

—¿Han visto alguna vez algo tan espantoso? —sollozó Margaret.

Billy se subió a la cerca, miró largamente y luego volvió un rostro asombrado hacia Wesley.

—¡Pero si esos cerdos están borrachos! —gritó—. ¡Se comportan igualito que mi papá!

Wesley se volvió hacia Margaret.

—¿Dónde pusiste los restos del jugo de uva? —preguntó.

—Mandé a Billy a tirarlos al bosque.

—Billy… —empezó Wesley.

—¡Los tiré exactamente donde ella me dijo! —gritó Billy—. Pero algunos de los cerdos pasaron por allí entrando al corral, y otros estaban junto a las esquinas de la cerca.

—¿Se lo comieron? —preguntó Wesley.

—¡Se lanzaron encima! —respondió Billy gráficamente—. Empujaban, chillaban y se peleaban por eso. ¡Y no se les puede culpar! ¡Era la cosa más rica que he probado!

—Margaret —dijo Wesley—, corre a llamar al doctor y dile que ya no hace falta. Billy, lleva a Elnora y al señor Ammon a ver los bichos. Katharine, ayúdame un momento.

Wesley tomó la cesta de ropa del porche trasero y se dirigió hacia el sótano. Margaret volvió del teléfono.

—Lo alcancé justo a tiempo —dijo—. Al menos nos ahorramos eso. Pero, Wesley, ¿qué vas a hacer?

—Ve a sentarte un rato al porche delantero —respondió Wesley—. Te sentirás mejor si no ves esto.

—¡Wesley! —exclamó Margaret horrorizada—. Parte de ese vino tiene diez años. Son días y días de trabajo, y quién sabe cuánta azúcar. El doctor Ammon mantiene viva a la gente con eso cuando nada más les cae al estómago.

—¡Pues que se mueran entonces! —dijo Wesley—. ¡Escuchaste al muchacho!

—Es un proceso en frío. No tiene ni una pizca de fermentación.

—¿Ni una pizca de fermentación? ¡Santo cielo, Margaret! ¡Mira a esos cerdos!

Margaret observó largamente.

—Déjame al menos unas cuantas botellas para el relleno de carne —dijo vacilante.

—¡Ni una gota para ningún uso en este mundo! ¡Escuchaste al muchacho! ¡No voy a permitir que cuando crezca diga que aquí aprendió a gustarle eso!

Wesley tiró el vino mientras la señora Comstock lo ayudaba alegremente. Luego caminaron hacia el bosque para ver y aprender sobre aquellos maravillosos insectos. El día terminó con una gran cena en casa de los Sinton y después fueron a la cabaña Comstock para un concierto. Elnora tocó maravillosamente aquella noche. Cuando los Sinton se marcharon, besó a Billy con especial ternura. Estaba tan conmovida que fue más amable con Philip de lo que había pensado ser, y Elnora, como remedio para un amante decepcionado, resultaba un éxito absoluto en cualquier estado de ánimo.

Por fuertes que hubieran sido los encantos de Edith Carr, una vez roto definitivamente el vínculo, Philip Ammon no pudo evitar darse cuenta de que Elnora era la mujer superior y de que había tenido suerte de escapar cuando sus lazos parecían más fuertes. Cada día, trabajando junto a Elnora, descubría algo nuevo que admirar. Empezó a sentirse profundamente agradecido de ser libre para intentar conquistarla, e impaciente por justificarse ante ella.

Elnora no mostró la menor prisa por escuchar lo que él tenía que decir. Esperó la semana que había fijado, a pesar de la impaciencia evidente de Philip a cada hora. Cuando finalmente aceptó escucharlo, Philip sintió, antes de llevar cinco minutos hablando, que ella se estaba poniendo en el lugar de Edith Carr y juzgándolo desde el punto de vista de la otra muchacha. Eso lo desconcertó

tanto que defendió su causa mucho peor de lo que había esperado, y cuando terminó, Elnora permaneció en silencio.

—Eres mi juez —dijo él al fin—. ¿Cuál es tu veredicto?

—Si pudiera oírla hablar desde el corazón como acabo de oírte a ti, entonces podría decidir —respondió Elnora.

—Está en el océano —dijo Philip—. Se fue porque sabía que estaba completamente equivocada. No tenía nada que decir, o se habría quedado.

—Eso suena razonable —reflexionó Elnora—, pero es bastante difícil encontrar a una mujer involucrada sentimentalmente y que no tenga absolutamente nada que decir. Me imagino que, si pudiera verla, diría varias cosas. Me encantaría escucharlas. Si pudiera hablar con ella tres minutos, sabría qué respuesta darte.

—¿No me crees, Elnora?

—Te creo sin reservas —respondió ella—. Pero también le creería a ella. Si tan sólo pudiera conocerla, pronto sabría la verdad.

—No veo cómo podría lograrse eso —dijo Philip—, pero estoy completamente dispuesto. No hay razón para que no la conozcas… salvo que probablemente perdería los estribos y te insultaría.

—No demasiado —respondió Elnora con calma—. Tengo lengua propia y tampoco carezco de cierto sentido de mi propio valor.

Philip la miró y comenzó a reír. Aunque muy distintas de rostro y coloración, Elnora a veces se parecía muchísimo a su madre. Ella se unió a la risa con expresión resignada.

—El punto es este —dijo—. Alguien va a salir herido, terriblemente herido. Y si la decisión de quién será recae en mí, necesito saber que es la correcta. Claro, nadie te lo ha dicho jamás, pero eres un hombre muy atractivo, Philip. Eres muy agradable de mirar, y tienes una mente cultivada y refinada que te hace sumamente interesante. Durante años, Edith Carr sintió que tú le pertenecías. Ahora, ¿cómo se supone que va a cambiar eso? He estado pensando… pensando mucho y profundamente, Phil. Si yo estuviera en su lugar, simplemente no podría renunciar a ti, a menos que te hubieras vuelto indigno de amor. Y sin

duda nunca le pareciste tan deseable como ahora, cuando le dicen que no puede tenerte. Lo que creo es que todavía vendrá a reclamarte.

—Olvidas el hecho de que no está en poder de una mujer desechar a un hombre y recogerlo cuando le plazca —dijo Philip con cierta vehemencia—. Ella me rechazó públicamente y más de una vez. Yo acepté su decisión tan públicamente como fue tomada. Has pensado todo esto desde un punto de vista equivocado. Pareces creer que depende de ti decidir lo que yo haré, y que, si tú lo ordenas, volveré con Edith. ¡Sácate esa idea de la cabeza! Ahora y para siempre, ella me es indiferente. Mató tan completamente todo sentimiento que tenía por ella, que ni siquiera temo volver a verla.

—Si la odiara o estuviera enojado con ella, no podría estar seguro de que ese sentimiento no desaparecería algún día. Pero lo que ella hizo fue dejarme vacío, convertido en una criatura de indiferencia. Así que cambia un poco tu manera de verlo, Elnora. Deja de pensar que está en tus manos decidir lo que haré y que yo obedeceré. Yo tomo mis propias decisiones respecto a cualquier mujer… salvo contigo. La cuestión que debes decidir es si puedo quedarme aquí, compartiendo contigo como el verano pasado; pero con la diferencia de que ahora se entiende que soy libre, que pienso quererte todo lo que me plazca y hacer que correspondas a ese sentimiento, si me es posible. Solo hay una pregunta que debes responder, y no es un triángulo. Es entre nosotros. ¿Puedo quedarme? ¿Puedo amarte? ¿Me darás la oportunidad de demostrarte lo que siento por ti?

—Hablas con mucha claridad —dijo Elnora.

—Este es el momento de hablar con claridad —respondió Philip Ammon—. No tiene sentido dejar que sigas desgastándote con un problema que no existe. Si no me quieres aquí, dilo y me iré. Claro que te advierto desde ahora que volveré. No voy a rendirme sin dar la lucha más dura que haya en mí. Pero deja ya de pensar que puedes enviarme de vuelta con Edith Carr. Aunque ella fuera la última mujer del mundo y yo el último hombre, me arrojaría del planeta antes de darle otra oportunidad de descargar su temperamento sobre mí. Reduce esto a nosotros dos, Elnora. ¿Tomarás el lugar que ella dejó vacío? ¿Aceptarás el corazón que ella desechó? Daría mi mano derecha sin vacilar si pudiera ofrecerte mi vida libre de cualquier sombra de ella, pero eso no es posible. No

puedo deshacer lo que ya está hecho. Solo puedo aprender de la experiencia y construir algo mejor en el futuro.

—No entiendo cómo puedes estar tan seguro de ti mismo —dijo Elnora—. Y tampoco sé cómo podría estar segura de ti. La amaste primero; nunca podrás quererme como la quisiste a ella. Siempre tendría miedo de que estuvieras pensando en ella y arrepintiéndote.

—¡Tonterías! —exclamó Philip—. ¿Arrepentirme de qué? ¿De no haberme casado con una mujer capaz de armar una escena en cualquier momento y lugar, sin que yo siquiera supiera haberla ofendido? ¡Claro que un hombre disfruta muchísimo eso! ¡Seguro moriría de nostalgia por más!

—Pensarías que aprendió la lección. Creerías que no volvería a pasar.

—No, no estaría "creyendo" nada —dijo Philip—. ¡Estaría completamente seguro! No volvería a pasar por lo de aquella noche ni para salvar mi vida. Solo tú y yo, Elnora. Decide por nosotros.

—¡No puedo! —exclamó Elnora—. Tengo miedo.

—Muy bien —dijo Philip—. Esperaremos hasta que sientas que puedes decidir. Esperaremos hasta que desaparezca el miedo. Por ahora, solo decide si prefieres que me vaya unos meses o que me quede contigo. ¿Cuál será, Elnora?

—Nunca podrás amarme como la amaste a ella —se lamentó Elnora.

—Me alegra decir que no puedo —respondió él—. Ya me salieron los dientes matrimoniales. Se me quitó el deseo de figurar en sociedad. Ya superé eso de enorgullecerme de una mujer solo por su belleza. Ya no me interesa derramarme entero sobre una criatura hermosa y elegantemente vestida que solo piensa en sí misma. He aprendido que soy un hombre común. Admiro la belleza y la ropa hermosa tanto como antes; pero, ante todo, quiero un entendimiento profundo, hasta el último rincón de mi alma, con la mujer con la que me case. Quiero trabajar para ti, planear para ti, construirte un hogar con todas las comodidades, darte todo lo bueno que pueda, protegerte de cualquier mal. Quiero interponer mi cuerpo entre el tuyo y el fuego, la inundación o el hambre. Quiero darte todo; pero detesto la idea de no recibir nada a cambio en lo que pueda confiar. Edith Carr no tenía más que belleza para ofrecer, y cuando el enojo la dominaba, esa belleza se apagaba como una vela extinguida.

—Quiero que me ames. Quiero un poco de consideración. Hasta ansío respeto. Me he mantenido limpio. Hasta donde sé hacerlo, soy honesto y escrupuloso. No me haría daño sentir que te importan esas cosas. Las tentaciones fuertes golpean a un hombre cada pocos días en este mundo. Puedo mantenerme decente por una mujer que valore la decencia; pero, cuando lo hago, me gustaría que eso fuera reconocido, aunque fuera con una pequeña muestra de aprecio que yo pudiera notar. Estoy cansado de esta historia de un solo lado. De ahora en adelante, quiero recibir un poco a cambio de lo que doy. Elnora, tú tienes amor, ternura y una apreciación sincera por lo mejor de la vida. Acepta lo que te ofrezco y dame lo que te pido.

—No pides mucho —dijo Elnora.

—Y en cuanto a no amarte como amé a Edith —continuó Philip—, como dije antes, ¡espero que no! Ahora tengo una idea más nueva y mejor del amor. Lo que te ofrezco nació gracias a ti. Es un producto del Limberlost. Es tan más grande, más limpio y más sano que cualquier sentimiento que tuve por Edith Carr, como tú eres más grande que ella cuando te paras frente a tus alumnos y, con calma y dignidad, explicas las maravillas del Todopoderoso, mientras ella se encuentra en un salón de baile dejando que su temperamento se descontrole. ¡Dioses del cielo, Elnora! Si pudieras mirar dentro de mi alma, la verías saltar de alegría por haber escapado. Tal vez no sea muy noble, pero es humano; y yo solo soy un ser humano común. ¡Soy el hombre más feliz del mundo por estar libre! Haría volteretas y gritaría si me atreviera. ¡Qué escape! Deja ya de esforzarte por ver esto desde el punto de vista de Edith Carr y míralo desde el mío. Ponte en mi lugar e intenta comprender cómo me siento.

—Estoy tan feliz que hasta me vuelvo religioso por momentos. Cincuenta veces al día me descubro susurrando: “¡Mi alma ha escapado!”. En cuanto a ti, tómate todo el tiempo que necesites. Si prefieres estar sola, tomaré el próximo tren y me mantendré lejos tanto como pueda soportarlo… pero volveré. De eso puedes estar completamente segura. Tan derecho como tus palomas vuelven a su palomar, yo volveré a ti, Elnora. ¿Debo irme?

—Ay, ¿de qué sirve ser tan exagerado? —murmuró Elnora.

CAPÍTULO 22

El mes que siguió fue una reproducción del junio anterior. Hubo largas cacerías de polillas, días enteros reuniendo especímenes, horas maravillosas junto a grandes libros, abundantes cenas que todos ayudaban a preparar, y noches perfectas llenas de música. Todo era igual que antes, con la diferencia de que ahora Philip era un pretendiente declarado. No desperdiciaba oportunidad alguna para ganar terreno en el afecto de Elnora.

Al terminar el mes, no estaba más cerca de llegar a un entendimiento con ella de lo que había estado al principio. Disfrutaba el privilegio de amarla, pero no obtenía respuesta. Elnora creía en el amor de Philip; aun así, vacilaba en aceptarlo porque no podía olvidar a Edith Carr.

Una tarde, a comienzos de julio, Philip cruzó los campos, atravesó el bosque de los Comstock y entró al jardín. Preguntó por Elnora en la puerta trasera y le dijeron que estaba leyendo bajo el sauce. Rodeó el extremo oeste de la cabaña y la encontró sentada en un banco rústico que ellos mismos habían construido bajo una rama caída.

Nunca antes la había visto con aquel vestido. Era de mull verde pálido, ceñido al cuerpo, adornado con pequeños volantes y lazos de terciopelo negro; un vestido sencillo, pero extraordinariamente favorecedor. Cada matiz de su brillante cabello, de sus ojos luminosos, de sus labios rojos y de la suave tonalidad rosada de su rostro, cuello y brazos parecía intensificarse con el delicado marco verde.

Philip se detuvo en seco.

Ella estaba tan cerca… tan irresistiblemente hermosa… que perdió el dominio de sí mismo. Avanzó hacia ella con una exclamación ahogada tras aquella primera mirada prolongada, cayó de rodillas junto al banco y pasó un brazo por detrás de ella, apoyándolo en el respaldo, quedando peligrosamente cerca. Le tomó las manos.

—¡Elnora! —exclamó con tensión—. Acabemos con esto ahora. Dime que esta incertidumbre terminó. Te juro que serás feliz. ¡No lo sabes! Si tan solo dijeras

la palabra, despertarías a una vida nueva y a una alegría inmensa. ¿No quieres prometerme ahora, Elnora?

La muchacha permaneció mirando hacia el bosque del oeste, con aquella expresión en los ojos que tanto recordaba a su padre: la mirada de quien contempla algo invisible para los demás.

El brazo de Philip se deslizó desde el respaldo hasta rodearla. Sus dedos se cerraron con firmeza sobre los de ella.

—Elnora —suplicó—, ya me conoces lo suficiente. Has tenido tiempo de sobra. Termina con esto. ¡Di que serás mía!

La atrajo más hacia sí, apoyando el rostro contra el de ella; su respiración rozó su mejilla.

—¿Todavía no puedes prometerlo, muchacha del Limberlost?

Elnora negó lentamente con la cabeza.

Philip la soltó de inmediato.

—Perdóname —dijo con rapidez—. No quería imponerte nada, pero, Elnora… esta tarde eres la auténtica Reina del Amor. Desde la punta de tus pies hasta tu resplandeciente corona de cabello, te adoro. No quiero a ninguna mujer que no seas tú.

»Estás tan maravillosa esta tarde que no pude evitar insistir. Perdóname. Tal vez tenga que ver con algo que llegó esta mañana para ti. Le pedí a Polly que lo enviara. ¿Probamos si te queda? ¿Me dirás si te gusta?

Sacó del bolsillo una pequeña caja de terciopelo blanco y le mostró un magnífico anillo de esmeralda.

—Puede que la medida no sea exacta —dijo—. El dedo de un guante no sirve demasiado bien para calcular un tamaño, pero era lo mejor que podía hacer. Le pedí a Polly que lo escogiera porque ella y madre regresaron esta semana del Este, y la próxima se irán a nuestra casa del norte. Nadie sabe elegir estas cosas tan bien como Polly.

Depositó el anillo en la mano de Elnora.

—Querida —murmuró—, no te lo pongas en el dedo. Rodéame el cuello con los brazos y prométemelo todo de una vez, abruptamente, o voy a desplomarme y morir de pura felicidad.

Elnora sonrió.

—¡No! No todas esas locuras atrevidas de golpe. Pero, Phil, me avergüenza admitir que ese anillo me fascina. Es el más hermoso que he visto en mi vida. ¿Sabes que jamás he tenido un anillo, de ningún tipo? ¿Pensarías que soy poco femenina si me lo pruebo un segundo, antes de decidirme del todo?

»Phil, sabes que me importas. Me importas muchísimo. Y sabes que te lo diré en el instante en que me sienta segura.

—Claro que sí —respondió Philip enseguida—. Tienes derecho a tomarte todo el tiempo que quieras. No puedo ponerte ese anillo hasta que signifique un vínculo entre nosotros.

»Cerraré los ojos mientras te lo pruebas, para ver si te queda.

Philip volvió el rostro hacia el bosque y cerró los ojos con fuerza. Era un gesto tan juvenil, tan sinceramente muchacho, que tocó lo más profundo del corazón vacilante de Elnora, como suele hacerlo en una mujer maternal ese rasgo infantil en un hombre.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, el anillo ya había resbalado hasta su dedo.

Entonces rodeó a Philip con ambos brazos y lo atrajo contra su pecho, estrechándolo con fuerza. Inclinó la cabeza sobre la de él y apoyó los labios en su cabello.

Solo un instante.

Después dejó caer los brazos.

Philip levantó el rostro, pálido y estremecido.

—Dios santo… —susurró—. Tú… tú no quisiste decir eso, Elnora. Tú… ¿por qué hiciste eso?

—¡Es que… te veías tan muchacho! —jadeó ella—. No quise hacerlo. Yo… olvidé que eres mayor que Billy. Mira… mira el anillo.

—“La reina no puede hacer mal alguno” —citó Philip entre dientes apretados —. Pero no vuelvas a hacer eso, Elnora, a menos que realmente lo sientas. Los reyes no son tan buenos como las reinas, y todo hombre tiene un límite.

»Como dices, veamos tu anillo. Me parece precioso. ¿Lo dejarías puesto hasta que tenga que irme? Por favor. He oído hablar de súplicas silenciosas; quizá este ruegue por mí.

»Esta tarde estoy loco por tus labios. Voy a tomar tus manos.

Las atrapó entre las suyas y las cubrió de besos.

—Elnora —dijo—, ¿quieres ser mi esposa?

—Necesito un poco más de tiempo —susurró ella—. Debo estar completamente segura, porque cuando diga que sí y me entregue a ti, solo la muerte podrá separarnos. No podría renunciar a ti después. Por eso necesito un poco más de tiempo… aunque creo que sí lo haré.

—Gracias —respondió Philip—. Si en algún momento sientes que has llegado a una decisión, ¿me lo dirás? ¿Prometes decírmelo al instante? ¿O debo seguir preguntándotelo hasta que llegue ese momento?

—Lo haces difícil —dijo Elnora—. Pero te lo prometo. Cuando desaparezca la última duda, te lo haré saber enseguida… si puedo.

—¿Te resultaría difícil? —susurró Ammon.

—Yo… no lo sé —balbuceó Elnora.

—Siento que no soy lo bastante hombre para apartar este pensamiento y resignarme esta tarde —dijo Philip—. Me avergüenzo de mí mismo, pero no puedo evitarlo.

»Voy a pedirle a Dios que haga desaparecer esa última duda antes de que termine la noche. Voy a creer que ese anillo hablará por mí. Voy a esperar que la duda desaparezca de repente.

»Estaré observando. Cada segundo estaré observando. Si sucede y no puedes hablar… dame tu mano. El más leve movimiento hacia mí, y entenderé.

»¿Te ayudaría hablar de esto con tu madre? ¿Quieres que la llame? ¿Quieres que…?

¡HONK! ¡HONK! ¡HONK!

Hart Henderson hizo sonar la bocina del gran automóvil mientras este surgía detrás de los árboles que bordeaban el camino Brushwood.

La escena apareció de golpe: una cabaña cubierta de enredaderas, un gran árbol inclinado, una muchacha vestida de verde y un hombre inclinado muy cerca de ella.

Edith Carr contuvo el aliento con un sobresalto seco.

Polly Ammon tocó rápidamente a Tom Levering y le guiñó un ojo con malicia.

Varios días antes, Edith había regresado inesperadamente de Europa. Ella y Henderson habían visitado la casa de los Ammon diciendo que pensaban ir en automóvil hasta el Limberlost para ver a Philip unas horas, e insistieron en que Polly y Tom los acompañaran.

La señora Ammon sabía que su esposo desaprobaría aquella visita, pero era evidente que Edith Carr estaba decidida a ir. Así que pensó que era mejor que Polly estuviera presente para apoyar a Philip, en vez de dejarlo enfrentarse solo y por sorpresa a Edith.

Polly estaba llena de ánimo. Nunca le había agradado demasiado la idea de tener a Edith como cuñada. Siempre habían pertenecido al mismo círculo social y siempre Edith, por su mayor belleza y fortuna, había tratado a Polly con condescendencia. Aunque aquello le molestaba, lo había soportado con dulzura.

Pero dos días antes, su padre le había arrancado la promesa de guardar silencio, le dio la dirección de Philip y le pidió que le enviara el mejor anillo de esmeralda que pudiera encontrar. Polly comprendió perfectamente para qué sería usado.

Lo que no sabía era que la muchacha que la acompañó a la joyería regresó después sola, inventó una excusa para confirmar la dirección y así consiguió obtenerla para Edith Carr.

Dos días más tarde, Edith convenció a Hart Henderson de llevarla a Onabasha. Gracias a unos mapas localizaron las tierras de los Comstock y pasaron frente a ellas solo para ver el lugar.

Henderson odiaba aquella visita y le rogó a Edith que desistiera, pero ella no hacía el menor esfuerzo por ocultarle cuánto sufría, y eso era más de lo que él podía soportar.

Le señaló que Philip se había marchado sin dejar dirección porque no deseaba verla ni a ella ni a ninguno de ellos. Pero Edith estaba tan segura de su poder que creía bastaría con que Philip la viera para volver a rendirse a su belleza, como siempre había hecho. Y ahora estaba dispuesta incluso a suplicarle perdón.

Así llegaron por el camino Brushwood, y Henderson acababa de decirle a Edith, sentada junto a él:

—Estas deben ser las tierras de los Comstock, a la izquierda.

Un minuto después terminó el bosque, y la despiadada luz del sol delineó con absoluta claridad la escena junto al extremo oeste de la cabaña.

Instintivamente, para proteger a Edith, Henderson hizo sonar la bocina.

Había pensado seguir de largo hasta la ciudad, pero Polly Ammon se puso de pie gritando:

—¡Phil! ¡Phil!

Tom Levering ya estaba de pie, saludando y agitando los brazos, mientras Edith, con su aire más imperial, ordenaba a Henderson entrar por el sendero que atravesaba el bosque junto a la cabaña.

—Busca la forma de dejarme un minuto a solas con ella —ordenó cuando el automóvil se detuvo.

—Esa es mi hermana Polly, su prometido Tom Levering, un amigo mío llamado Henderson y… —comenzó Philip.

—…y Edith Carr —completó Elnora.

—Y Edith Carr —repitió Philip Ammon—. Elnora, sé valiente por mí. Su llegada no puede cambiar nada. No permitiré que se queden más que unos minutos. ¡Ven conmigo!

—¿Parezco asustada? —preguntó Elnora serenamente—. Esta es la razón por la que aún no has tenido tu respuesta. Llevo exactamente seis semanas esperando ese automóvil. Puedes traerlos a la glorieta.

Philip la miró y soltó una carcajada.

Ella no había perdido el color. Su aplomo era perfecto.

Elnora se volvió deliberadamente y caminó hacia la glorieta cubierta de parras, mientras Philip saltaba la cerca oeste y corría hacia el automóvil.

De pie en la entrada de la glorieta, enmarcada por hojas verdes y zarcillos, Elnora parecía un cuadro perfecto.

Por mucho que le doliera el corazón, este seguía latiendo con firmeza y mantenía sus mejillas y labios llenos de color.

Vio a Philip llegar al coche y estrechar a su hermana entre los brazos. Luego saludó a Levering, a Edith Carr y a Henderson. Ayudó a Polly a bajar, y después ofreció la mano a Edith.

Al instante, Edith se colocó junto a él.

Y el corazón de Elnora le jugó su primera mala pasada.

Porque podía ver que Edith Carr era espléndidamente hermosa y se movía con aquella altivez y gracia que parecen privilegio de la realeza.

Y también podía ver que había tomado posesión de Philip de inmediato.

Pero Philip tenía un cerebro que trabajaba con rapidez.

Sabía que Elnora estaba observando, así que se volvió hacia los demás.

—¡Suéltala, Tom! —gritó—. No sabía cuánto deseaba ver a esta pequeña molestia hasta ahora. ¿Cómo están padre y madre? Polly, ¿mamá no me envió algo?

—¡Claro que sí! —respondió Polly Ammon, deteniéndose en el sendero y levantando el mentón como una niña pequeña mientras apartaba el velo.

Philip la estrechó entre sus brazos y se inclinó para recibir el beso de su madre.

—Sé buena con Elnora —susurró.

—Mjm —asintió Polly.

Y en voz alta añadió:

—¡Miren esa maravillosa sinfonía verde y dorada! ¡Jamás había visto algo tan hermoso! ¡Thomas Asquith Levering, venga aquí inmediatamente y tome mi mano!

El intento de Edith de obligar a Philip a acercarse a Elnora junto a ella había sido demasiado evidente… y también su fracaso.

Henderson ocupó el lugar de Philip cuando este se volvió hacia su hermana.

En vez de tomar la mano de Polly, Levering corrió a abrir la verja.

Edith cruzó primero, pero Polly se adelantó rápidamente, sujetando el brazo de Phil, y se lanzó hacia Elnora.

Polly buscó el anillo.

Y lo vio.

Eso resolvió todo para ella.

—¡Hermosa, hermosísima y adorable muchacha! —exclamó Polly, rodeando a Elnora con los brazos y besándola.

Con los labios junto a su oído, susurró:

—¡Hermana! ¡Querida, queridísima hermana!

Elnora se apartó un poco, mirándola con asombro y desconcierto. Polly era una muchacha hermosa; sus ojos brillaban y parecían bailar de alegría, y mientras se hacía a un lado para dejar pasar a los demás, mantuvo una de las manos de Elnora entre las suyas.

En ese instante Polly habría caído fulminada si Edith Carr hubiera podido matar con la mirada, porque hasta entonces Edith no había comprendido que Polly aprovecharía la ocasión para cobrarse muchas viejas ofensas… y que había cometido un grave error al traerla.

Edith hizo una leve reverencia, murmuró algo y apenas rozó los dedos de Elnora. Tom captó inmediatamente el ejemplo de Polly.

—Yo siempre sigo los buenos ejemplos —dijo.

Y antes de que nadie adivinara sus intenciones, besó la mano de Elnora mientras la estrechaba con fuerza y exclamaba:

—¡Encantadísimo de conocerla! ¡Y encantado de conocerla una docena de veces al día, ya sabe!

Elnora rio, y su corazón volvió a latir con serenidad.

Habían logrado exactamente lo que querían: hacerle entender que estaban allí por obligación… pero de su lado.

En aquel instante, lo único que Elnora sintió por la deslumbrante belleza morena que permanecía sonriendo frente a ella fue compasión, porque sabía que bajo aquella sonrisa debía de ocultarse una amargura insoportable.

Elnora retrocedió un paso desde la entrada.

—Entren a la sombra —los invitó—. Deben de haber encontrado mucho calor en esos caminos rurales. ¿No quieren quitarse los guardapolvos y tomar algo fresco?

Volvió la cabeza hacia Philip.

—Philip, ¿podrías pedirle a mamá que venga y traiga aquella jarra de la fresquera?

Entraron en la glorieta admirando la fresca penumbra verde que los rodeaba. Había mucho espacio, amplios asientos alrededor, y una mesa en el centro sobre la cual descansaban un bordado, revistas, libros, instrumentos para capturar polillas y un frasco de cianuro con varios especímenes dentro.

Polly, encantada con la sombra refrescante, se quitó el guardapolvo, se retiró el sombrero, desordenó un poco su bonito cabello y se acomodó dispuesta a disfrutar el delicioso placer de ajustar viejas cuentas pendientes.

Tom Levering siguió su ejemplo.

Edith tomó asiento, aunque se negó a quitarse el sombrero y el abrigo, mientras Henderson permanecía de pie en la entrada.

—¡Miren! ¡Algo pasó volando! ¿No deberías atraparlo? —gritó Levering.

Tomó una red de la mesa y salió corriendo por el jardín tras una mariposa. La atrapó y regresó enormemente satisfecho consigo mismo.

Mientras el insecto forcejeaba dentro de la red, Elnora alcanzó a notar una expresión de repulsión en el rostro de Edith Carr. Pero Levering manejó la situación a la perfección.

—Bueno, ¿qué conseguí? —preguntó—. ¿Es una de esas comunes que todo el mundo conoce y que tú no guardas? ¿O es la reina perdida del universo?

—Debes de haber practicado, porque la atrapaste perfectamente —dijo Elnora —. Lo siento, pero es bastante común y no es una especie que yo conserve. Supongo que todos querrán verla antes de dejarla volver a buscar néctar.

Sostuvo la mariposa para que todos pudieran observarla, mostró los colores de las alas por arriba y por debajo, respondió las preguntas de Polly sobre lo que comía, cuánto vivía y cómo moría.

Después la puso suavemente en la mano de Polly.

—Párate allí, donde da la luz, y afloja los dedos muy despacio.

Elnora tomó un pequeño pincel de la mesa y comenzó a acariciar suavemente los costados y las alas del insecto.

La mariposa, encantada con la sensación, abrió y cerró las alas mientras permanecía aferrada a los pequeños dedos de Polly, y todos exclamaron sorprendidos.

Entonces Elnora dejó el pincel a un lado y la mariposa se alejó volando.

—¡Pero eres una maga! ¡Las hechizas! —se maravilló Levering.

—Eso lo aprendí de la Mujer de los Pájaros —explicó Elnora—. Ella usa pinceles suaves para acomodar mariposas y polillas en las posiciones que necesita para las ilustraciones de un libro que está escribiendo. Yo la he ayudado muchas veces. La mayoría de las especies raras que encuentro terminan en sus manos.

—¿Entonces no te quedas con todo lo que capturas? —preguntó Levering.

—¡Claro que no! —exclamó Elnora—. ¡Ni siquiera una décima parte! Para mí guardo solo una pareja de cada especie para ilustrar las conferencias que doy en las escuelas de la ciudad durante el invierno, y otra pareja para cada colección que preparo.

»Las grandes polillas nocturnas de junio bien podrían conservarse, porque de todos modos solo viven cuatro o cinco días.

»Para la Mujer de los Pájaros únicamente reservo las especies raras que todavía no ha conseguido.

»A veces pienso que es cruel quitarle la libertad a criaturas así, aunque sea por una hora, pero es la única manera de enseñar a la mayoría de las personas a distinguir entre las plagas que deben destruir y los insectos inofensivos de gran belleza.

Miró hacia el sendero.

—Ahí viene mamá con algo fresco para beber.

La señora Comstock avanzó despacio, conversando con Philip mientras se acercaba.

Elnora la observó atentamente, pero solo descubrió un brillo inusualmente intenso en sus ojos como señal de alguna emoción especial.

Vestía uno de sus trajes color lavanda, y su cabello blanco estaba recogido en lo alto. Había cuidado su piel, y durante el invierno su rostro se había vuelto más lleno y saludable.

Podría haber sido la madre orgullosa de cualquiera. Y estaba perfectamente serena.

Polly fue inmediatamente hacia ella y levantó el rostro para recibir un beso. Los ojos de la señora Comstock chispearon divertidos y la saludó con cordialidad.

La bebida estaba preparada con jugos de naranja y frutas del jardín. Estaba tan fría que el vidrio de la jarra y los vasos se cubría de escarcha, y resultó deliciosa para aquellos viajeros cansados y cubiertos de polvo.

Pronto la jarra quedó vacía, y Elnora la tomó para ir a llenarla de nuevo.

Mientras ella estaba fuera, Henderson le preguntó a Philip acerca de un supuesto problema con el automóvil. Ambos fueron hacia el bosque y comenzaron una minuciosa inspección para localizar una falla que en realidad no existía.

Polly y Levering conversaban animadamente con la señora Comstock.

Henderson vio entonces que Edith se levantaba, seguía el sendero del jardín junto al bosque y se detenía bajo el sauce por donde Elnora tendría que pasar al regresar.

Era precisamente para conseguir aquel encuentro que había hecho el viaje.

Así que se arrodilló junto al automóvil, desmontó piezas, fingió trabajar, pidió ayuda y mantuvo a Philip ocupado ajustando tornillos y usando la aceitera.

Todo el tiempo Henderson vigiló de reojo a Edith y a Elnora bajo el sauce. Pero tuvo cuidado de colocar a Philip de manera que aquella escena quedara fuera de su vista.

Cuando Elnora dobló la esquina con la jarra, se encontró frente a Edith Carr.

—Quiero hablar un minuto contigo —dijo Edith.

—Muy bien —respondió Elnora, continuando su camino.

—Deja la jarra en ese banco —ordenó Edith Carr con el tono que se usaría con una sirvienta.

—Preferiría no ofrecerles a mis visitas una bebida tibia —contestó Elnora—. Volveré enseguida, si realmente desea hablar conmigo.

—He venido únicamente para eso —dijo Edith Carr.

—Sería una lástima viajar tan lejos, con este calor y este polvo, para nada. Solo tardaré un instante.

Elnora dejó la jarra frente a su madre.

—Por favor, sírveles esto —dijo—. La señorita Carr desea hablar conmigo.

—¡No le hagas el menor caso a nada de lo que diga! —exclamó Polly—. Tom y yo no vinimos porque quisiéramos. Solo vinimos para impedirle hacer alguna tontería.

»Esperaba tener oportunidad de decirte unas palabras, y ahora ella misma me la dio.

»Solo quiero que sepas que fue ella quien rechazó a Phil de la manera más horrible imaginable. No tiene el más mínimo derecho a reclamarlo ahora, ¿verdad, Tom?

—Ni el más mínimo —afirmó Tom Levering con energía—. Vamos, Polly, ni tú podrías tratarme como ella trató a Phil y esperar que regresara después.

»Si yo fuera usted, señorita Comstock, mandaría a su madre a hablar con ella y me quedaría aquí.

Tom había calculado perfectamente a la señora Comstock.

Polly rodeó a Elnora con los brazos.

—Déjame ir contigo, querida —rogó.

—Prometí hablar con ella a solas —respondió Elnora—, y debo respetarlo. Pero gracias… muchas gracias.

—¡Cómo voy a quererte! —exclamó Polly, abrazándola una vez más.

La muchacha caminó lentamente y con gravedad hacia el sauce.

No podía imaginar qué estaba a punto de suceder, pero se prometió a sí misma que tendría paciencia y dominaría su temperamento.

—¿Quiere sentarse? —preguntó cortésmente.

Edith Carr miró el banco y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—No. Prefiero permanecer de pie.

Hizo una pausa y añadió:

—¿El señor Ammon le dio el anillo que lleva puesto? ¿Y se considera comprometida con él?

—¿Con qué derecho me hace preguntas tan personales? —preguntó Elnora.

—Con el derecho de una prometida. Philip Ammon y yo estamos comprometidos desde que yo usaba vestidos cortos. Toda nuestra vida hemos esperado casarnos. Un compromiso de años no puede romperse por un momento de locura.

»Siempre me ha amado con devoción. Déjeme diez minutos a solas con él y volverá a ser mío para siempre.

—Lo dudo seriamente —dijo Elnora—. Pero estoy dispuesta a permitirle hacer la prueba. Lo llamaré.

—¡Deténgase! —ordenó Edith Carr—. Le dije que vine a verla a usted.

—Lo recuerdo —contestó Elnora.

—El señor Ammon es mi prometido —continuó Edith—. Espero llevármelo de regreso a Chicago conmigo.

—Es mucho lo que espera —murmuró Elnora—. No pondré objeción alguna si consigue llevárselo… aunque, francamente, no creo que pueda.

—Está muy segura de sí misma —se burló Edith—. Una hora en mi presencia bastará para devolverle el antiguo hechizo con toda su fuerza. Nos pertenecemos. No pienso renunciar a él.

—Entonces, ¿es falso que rechazó dos veces su anillo, lo insultó repetidamente y rompió públicamente su compromiso con él?

—¡Eso fue por culpa suya! —estalló Edith Carr—. Phil y yo nunca habíamos estado tan unidos y tan felices como aquella noche.

»Fue por usted y por las cosas que él hacía para complacerla que me abandonó entre sus invitados y pretendió que yo aguardara su conveniencia.

»Comprendo el hechizo de este lugar durante un verano. Comprendo perfectamente lo que usted y su madre han hecho para atraparlo. Sé que el dominio que ejerce sobre él es real. ¡Puedo ver perfectamente cómo ha trabajado para enredarlo!

—Los hombres llamarían a eso mentir —dijo Elnora con calma.

»La segunda vez que vi a Philip Ammon me habló de su compromiso con usted, y yo lo respeté. Hice por usted lo mismo que quisiera que usted hiciera por mí.

»El verano pasado él estuvo aquí casi todos los días, durante horas. Dios es testigo de que jamás, ni con palabras ni con miradas, hice el menor intento por interesarlo en mí.

»Él le escribía con frecuencia en mi presencia. Olvidó las violetas que quería enviarle y yo misma las recogí y se las llevé.

»Lo envié de regreso a usted con una devoción intacta, y Dios también es testigo de que habría podido cambiar su corazón el verano pasado si lo hubiera intentado. Pero sabiamente dejé esa tarea en sus manos.

»Toda mi vida me alegraré de haber actuado con honradez.

La voz de Elnora se volvió suave y baja.

—Jamás imaginé que él volvería libre por decisión suya. Cuando se marchó no esperaba volver a verlo… y, sin embargo, fue usted quien me lo devolvió. Y libre.

—¡Se alegra de eso! —exclamó Edith Carr—. Pues le diré algo: ¡él no es libre!

»Nos pertenecemos desde hace años. Siempre será así.

»Si usted insiste en aferrarse a él y obligarlo a mantener palabras y actos impulsivos, dichos solo porque creía que yo seguía furiosa y que no lo perdonaría, arruinará nuestras vidas.

»Si se casara con usted, antes de un mes vería en sus ojos el hambre que siente por mí. No puede haberme amado como me amó y renunciar a mí por una pequeña escena como aquella.

—Hay un gran poema —dijo Elnora— cuyo verso dice: “Todo hombre mata aquello que ama”.

»Y una mujer también puede hacerlo.

»Él sí la amó, eso se lo concedo. Pero usted mató su amor para siempre cuando lo humilló públicamente.

»Lo mató de manera tan absoluta que ya ni siquiera siente resentimiento hacia usted.

»Hoy le haría un favor si pudiera… pero amarla, no. Eso terminó.

Edith Carr permaneció erguida, verdaderamente regia y llena de desprecio.

—¡Está equivocada! ¡Nada en el mundo podría matar eso! —exclamó.

Y Elnora comprendió que la muchacha realmente creía lo que decía.

—Está muy segura de sí misma —observó Elnora.

—Tengo razones para estarlo —respondió Edith Carr.

—Hemos vivido y amado demasiado tiempo —dijo Edith Carr—. Yo tengo años junto a él para oponer a tus días. ¡Philip me pertenece! Su trabajo, sus

ambiciones, sus amigos, su lugar en sociedad… todo está conmigo. Tal vez tú tengas el encanto pasajero de un verano para un hombre enfermo en el campo; pero si intentara introducirte en sociedad, pronto te vería como los demás te verían. Para moverse con gracia en ese mundo hacen falta nacimiento, educación y una práctica interminable. Lo avergonzarías en menos de una semana.

—No creo que llegara a seguir tu ejemplo hasta ese punto —respondió Elnora con sequedad—. Lo que siento por Philip me impediría lastimarlo deliberadamente, en público o en privado. Y en cuanto a dirigirle una carrera social, jamás me dijo que deseara algo semejante. Lo que me pidió fue que fuera su esposa. Yo entendí que eso significaba mantenerle una casa limpia, servirle comida decente, criar a sus hijos y darle cariño, comprensión y ternura.

—¡Desvergonzada! —exclamó Edith Carr.

—¿A cuál de las dos piensas aplicar ese adjetivo? —preguntó Elnora—. Nunca me he sentido menos avergonzada en toda mi vida. Y recuerda, por favor, que estás en mi casa, no aquí por invitación mía.

Edith alzó la cabeza mientras luchaba con su velo. Estaba pálida y temblaba violentamente, mientras Elnora permanecía serena, con una leve sonrisa en los labios.

—¡Qué vulgaridad! —jadeó Edith—. ¿Cómo puede un hombre como Philip soportarla?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? —replicó Elnora—. Puedo llamarlo con una sola voz; pero si él tuviera que juzgarnos tal como estamos ahora, no sería yo quien temblaría ante su decisión.

»Señorita Carr, has sido muy clara. Me has dicho con palabras cuidadosamente escogidas lo que piensas de mí. Has insultado mi nacimiento, mi educación, mi apariencia y mi hogar. Pues bien: te aseguro que soy legítima. Puedo presentar contigo un examen de cualquier materia de preparatoria o complementaria, o de francés o alemán. Puedo someterme a un examen físico a tu lado. Puedo afrontar contigo cualquier situación social que quieras mencionar. Conozco un mundo entero que interesa profundamente a Philip Ammon y cuya existencia tú apenas sospechas. No temo presentarme ante ningún público con mi violín. No

soy desagradable de ver y tengo un sano respeto por la decencia y las buenas maneras.

»Philip Ammon nunca me pidió nada más. ¿Por qué habrías de exigírmelo tú?

—Es evidente —exclamó Edith Carr— que te aprovechaste de él cuando estaba herido y furioso, y mantuviste abierta su herida. ¡Ah, cuánto has hecho contra mí!

—Hace una hora me pidió matrimonio y me ofreció este anillo —respondió Elnora—. Y no acepté, precisamente porque sentía tanta consideración por ti, que sabía que jamás podría ser feliz si creía haber faltado en algo a la justicia hacia tus intereses.

»Sí, me puse el anillo que acababa de traerme, porque nunca había tenido uno y es precioso. Pero no le hice ninguna promesa… ni la haré hasta estar completamente segura de que entiendes bien esto: aunque yo lo rechazara esta misma hora, él jamás se casaría contigo.

—Sabes perfectamente que, si se rompiera ese miserable dominio que tienes sobre él, si volviera a su hogar, a sus amigos y al ambiente donde me veía a mí, en menos de una semana volvería a ser mío, como siempre lo ha sido. En el fondo no crees lo que dices. No te atreves a confiar en él estando yo presente. Tienes miedo de perderlo de vista porque sabes perfectamente cuál sería el resultado.

»Bien o mal, has decidido arruinar nuestras vidas, la de él y la mía, y vas a ser lo bastante egoísta para hacerlo. Pero…

—¡Basta! —la interrumpió Elnora—. Ahórrame el catálogo de arrepentimientos que según tú me esperan. No voy a lamentar nada. No actuaré hasta estar segura de que no habrá nada que lamentar.

»Ya decidí cómo proceder. Puedes volver con tus amigos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Edith.

—Eso es asunto mío —respondió Elnora—. Solo esto: cuando tengas tu oportunidad, aprovéchala. Cada vez que estés cerca de Philip Ammon, usa todos esos encantos de los que tanto presumes… y llévatelo, si puedes.

»Te concedo que estás en tu derecho de hacerlo, si realmente puedes lograrlo. Nada deseo más que verte casada con Philip, si él te quiere a ti. Está justo al otro lado de la cerca, junto al automóvil. Ve, tiende tus redes y despliega todas tus artes. Yo no moveré un dedo para detenerte.

»Llévalo a Onabasha y luego a Chicago contigo. Usa todos los recursos que poseas. Si el antiguo hechizo puede revivir, seré la primera en desearles felicidad a ambos.

»Y ahora debo volver con mis visitas. Discúlpame.

Elnora se dio la vuelta y regresó al emparrado.

Edith Carr bordeó la cerca y atravesó la puerta hacia el bosque del oeste, donde preguntó a Henderson por el automóvil. Mientras permanecía junto a él, murmuró en voz baja:

—Haz que Phil vuelva a Onabasha con nosotros.

—Oye, Ammon, ¿no podrías venir a la ciudad con nosotros y ayudarme a encontrar un taller donde arreglen este piñón? —preguntó Henderson—. Queremos almorzar y salir de regreso a las cinco. Así llegaríamos a casa cerca de la medianoche. ¿Por qué no traes tu automóvil?

—Soy un hombre que trabaja —respondió Philip—. No tengo tiempo para andar de paseo en automóvil. La verdad, yo no veo nada malo en tu coche; pero claro, no quieres quedarte varado de noche en caminos desconocidos con mujeres contigo. Lo revisaré.

Philip volvió al emparrado, donde Polly se acomodó de inmediato en sus piernas, le revolvió el cabello y lo besó en la frente y en los labios.

—¿Cuándo vienes a la casa de verano, Phil? —preguntó—. Ven pronto y trae a la señorita Comstock. Todos estaremos encantados de recibirla.

Philip sonrió radiante a Polly.

—Lo pensaré —dijo—. Suena bastante bien.

Luego se volvió hacia Elnora.

—Elnora, Henderson tiene problemas con el automóvil. Quiere que vaya a Onabasha con él para mostrarle dónde vive el mecánico y ayudarle a hacer unas

reparaciones antes de salir esta misma tarde. No tardaré más de dos horas. ¿Puedo ir?

—Claro que debes ir —respondió ella con una ligera risa—. No puedes abandonar a tu hermana. ¿Por qué no regresas a Chicago con ellos? Hay espacio de sobra y podrías pasar una visita agradable.

—Estaré de vuelta en exactamente dos horas —dijo Philip—. Mientras tanto, piensa en lo que estábamos hablando antes de que llegaran.

—La señorita Comstock puede venir con nosotros perfectamente —intervino Polly—. Ese asiento trasero está hecho para tres, y yo puedo sentarme en tu regazo.

—¡Vamos! ¡Ven con nosotros! —insistió Philip al instante, y Tom Levering se unió a la invitación, mientras Henderson y Edith aguardaban silenciosamente junto a la puerta.

—No, gracias —rió Elnora—. Irían demasiado apretados, y hace calor y polvo en el camino. Mejor nos despedimos aquí.

Les ofreció la mano a todos y, cuando llegó el turno de Philip, lo miró largamente y con firmeza a los ojos antes de estrecharle la mano también.

CAPÍTULO 23

—Bueno, vino, ¿no es así? —comentó la señora Comstock a Elnora mientras observaban el automóvil alejarse velozmente por el camino. Cuando dobló en la esquina del Limberlost, Philip se levantó y les hizo una señal con la mano.

—Bueno, todavía no lo ha recuperado —dijo la señora Comstock, recobrando ánimo—. ¿Qué es eso que llevas en el dedo, y qué te dijo?

Elnora le explicó lo del anillo mientras se lo quitaba.

—Tengo varias cartas que escribir; luego voy a cambiarme de vestido y caminar hacia la casa de la tía Margaret para hacer un poco de ejercicio. Puede que me encuentre con alguno de ellos, y no quiero que vean este anillo. Guárdalo hasta que vuelva Philip —dijo Elnora—. En cuanto a lo que la señorita Carr me dijo, fueron muchas cosas; dos importantes: una, que me faltaban todos los requisitos sociales necesarios para la felicidad de Philip Ammon, y que si me casaba con él, en menos de un mes vería que se avergonzaba de mí…

—¡Bah, tonterías! —despreció la señora Comstock—. ¡Sigue!

—La otra fue que ha estado comprometida con él durante años, que él le pertenece y que se niega a renunciar a él. Dijo que si él estuviera una hora en su presencia volvería a caer bajo una cosa misteriosa que ella llama “su hechizo”; que si él estuviera donde pudiera verla durante una semana, todo se arreglaría. Cree que Philip está sufriendo por orgullo herido, y que la menor concesión de su parte lo haría caer de rodillas ante ella.

La señora Comstock soltó una risita.

—Espero que el muchacho no tenga las rodillas tan débiles —dijo—. Resulta que esta tarde pasé casualmente frente a la ventana del oeste…

Elnora rió.

—Nada salvo el conocimiento directo habría podido hacerme creer que existiera en el mundo una muchacha tan enamorada de sí misma. Habla casualmente de su poder sobre los hombres y presume de “hacer que un hombre se arrodille” con la misma complacencia con que yo tomaría una red y diría: “Voy a atrapar una mariposa”. Honestamente cree que si Philip estuviera con ella un corto

tiempo podría reavivar su amor y despertar cada partícula de su antigua devoción. Madre, la muchacha es sincera. ¡Completamente sincera! Cree tanto en sí misma y en la fuerza del amor de Phil por ella, que toda su vida seguirá creyéndolo y atormentándose con ese pensamiento, a menos que aprenda otra cosa. Mientras piense eso, alimentará falsas ideas y sufrirá por su vida arruinada. Debe aprender que Phil es absolutamente libre, y aun así no irá con ella.

—¿Y cómo piensas enseñarle eso?

—El camino aparecerá.

—¡Escúchame, Elnora! —exclamó la señora Comstock—. Esa muchacha Carr es la mujer morena más hermosa que he visto jamás. Ya llegó al punto en que no se detendrá ante nada. Que haya venido aquí lo demuestra. No creo que ese automóvil tuviera nada malo. Creo que fue un plan para conseguir a Phil donde pudiera verlo a solas, igual que hizo contigo. Si deliberadamente vas a poner otra vez a Philip bajo su influencia, debes prepararte para la posibilidad de que ella gane. Un hombre es una criatura débil cuando se trata de una mujer hermosa, y él nunca negó que una vez la amó. Puedes terminar haciéndote miserable.

—Pero, madre, si ella ganara, no me haría ni la mitad de miserable que casarme yo con Phil y luego leer hambre por ella en sus ojos. Alguien tiene que sufrir por esto. Si al final me toca a mí, lo soportaré, y jamás me oirás una palabra de queja. Yo conozco al verdadero Philip Ammon mejor en nuestros meses trabajando juntos en los campos que ella en todos sus años de reuniones sociales. Así que tendrá la hora que pidió; muchas, muchísimas de ellas, suficientes para hacerla admitir que está equivocada. Ahora voy a escribir mis cartas y salir a caminar.

Elnora rodeó a su madre con los brazos y la besó repetidas veces.

—No te preocupes por mí —dijo—. Voy a salir adelante, y pase lo que pase, siempre seré tu hija y tú mi querida madre.

Dejó dos notas selladas sobre su escritorio. Luego se cambió de vestido, preparó un pequeño paquete que dejó caer junto con su sombrero por la ventana al lado del sauce, y bajó las escaleras silenciosamente. La señora Comstock estaba en el

jardín. Elnora recogió el sombrero y el paquete, apresuró el paso unos metros por el camino, luego trepó la cerca y entró al bosque.

Tomó una ruta diagonal y, tras una larga caminata, llegó a un camino dos millas al oeste y una al sur. Allí acomodó su ropa, se puso el sombrero y un velo oscuro y delgado, y esperó el paso del siguiente tranvía. Bajó en el primer pueblo y tomó un tren hacia Fort Wayne. Llegó justo a tiempo para subir al tren nocturno rumbo al norte mientras salía de la estación.

Pasaba ya de medianoche cuando descendió en Grand Rapids y entró en la estación para esperar el amanecer.

Agotada, apoyó la cabeza sobre su paquete y se quedó dormida en un asiento de la sala de espera para mujeres. Mucho después del amanecer la despertó el rugido y traqueteo de los trenes. Se lavó, arregló su cabello y su ropa, y entró a la sala principal buscando la salida a la calle.

Lo vio en cuanto entró por la puerta.

Era imposible confundir aquella figura alta y ágil, el cabello brillante, el rostro delgado manchado por el sol, los firmes ojos grises. Iba vestido para viajar y llevaba un abrigo ligero y una maleta.

Elnora corrió directamente hacia él.

—¡Oh, justamente iba a buscarlo! —exclamó.

—¡Gracias! —respondió él.

—¿Se va? —preguntó ella, jadeando.

—No si me necesitan. Tengo unos minutos. ¿Puedes contármelo brevemente?

—Soy la muchacha del Limberlost a quien su esposa le dio el vestido para la graduación la primavera pasada, y ambos me enviaron regalos preciosos. Hay una razón, una muy buena razón, por la que debo ocultarme por un tiempo, y vine directamente a usted… como si tuviera derecho.

—¡Lo tienes! —respondió Freckles—. Todo muchacho o muchacha que haya sufrido un solo dolor en el Limberlost tiene derecho a la mejor gota de sangre de mi corazón. No necesitas decirme nada más. El Ángel está en nuestra casa de

verano en Mackinac. Le contarás todo y jugarás con los bebés mientras necesites refugio. ¡Por aquí!

Desayunaron en un lujoso vagón comedor; hablaron del pantano, del trabajo de la Mujer de las Aves; Elnora contó sobre sus conferencias de naturaleza en las escuelas, y pronto se hicieron buenos amigos.

Por la noche bajaron del tren en Mackinaw City y cruzaron el estrecho en barco.

Láminas de blanca luz lunar inundaban el agua y trazaban un sendero fundido sobre su superficie directamente hacia el rostro de la luna.

La isla yacía como una mancha oscura sobre la plata, sus altos árboles delineados con nitidez en la cima, mientras un millón de luces parpadeaban alrededor de la costa. Los cañones nocturnos retumbaban desde el fuerte blanco, y un centinela oscuro caminaba por las murallas sobre la pequeña ciudad recogida junto al agua.

Un gran tenor que pasaba el verano en el norte salió a la cubierta superior del barco y, descubriéndose la cabeza ante la luna, cantó:

—"¡Oh, la luna brilla sobre mi viejo hogar de Kentucky!"

Elnora pensó en el Limberlost, en Philip y en su madre, y casi se ahogó con los sollozos que subían a su garganta.

En el muelle, una mujer de exquisita belleza se lanzó a los brazos de Terence O'More.

—¡Oh, Freckles! —exclamó—. ¡Has estado fuera un mes!

—Cuatro días, Ángel, solo cuatro días según el reloj —protestó Freckles—. ¿Dónde están los niños?

—¡Dormidos! ¡Gracias al cielo! Estoy agotada. Nunca vi niños tan ingeniosos y activos. ¡No puedo seguirles el paso!

—Te he traído ayuda —dijo Freckles—. Aquí está la muchacha del Limberlost en quien la Mujer de las Aves está interesada. La señorita Comstock necesita descansar antes de empezar su trabajo escolar del próximo año, así que vino con nosotros.

—¡Querida! ¡Qué bueno de tu parte! —exclamó el Ángel—. ¡Seremos tan felices de tenerte aquí!

En su habitación aquella noche, en una hermosa casa equipada con todo lujo, Elnora levantó un rostro cansado hacia el Ángel.

—Por supuesto, usted comprende que hay algo detrás de esto —dijo—. Debo contárselo.

—Sí —asintió el Ángel—. Cuéntamelo. Si lo sacas de tu sistema, tendrás más posibilidades de dormir.

Elnora permaneció cepillando las masas brillantes de cobre de su cabello mientras hablaba. Cuando terminó, el Ángel estaba casi histérica.

—¡Criatura insensata! —exclamó—. ¡Qué locura dejarlo con ella! Yo conozco a ambos. Los he visto muchas veces. Ella podría cumplir su amenaza. ¡Pero es algo magnífico de tu parte! Y después de todo, realmente es el único camino. Lo comprendo. Creo que yo misma habría hecho lo mismo, o habría intentado hacerlo. ¡No sé si habría podido! Cuando pienso en alejarme y dejar a Freckles con una mujer a quien una vez amó, para ver si ella puede hacer que vuelva a amarla… oh, me da un corazón de cementerio. No, jamás habría podido hacerlo. Tú eres más grande de lo que yo fui nunca. Yo habría retrocedido por cobardía, seguro.

—Soy una cobarde —admitió Elnora—. ¡Estoy enferma del alma! Tengo miedo de perder la razón antes de que esto termine. ¡No quería venir! Quería quedarme, ir directamente a sus brazos, atarme con su anillo, amarlo con todo mi corazón. No fue culpa mía que viniera. Había algo dentro de mí que simplemente me empujaba. Ella es hermosa…

—¡Estoy completamente de acuerdo contigo!

—Puede imaginar lo fascinante que puede ser. No usó artimañas conmigo. Su intención era intimidarme. Descubrió que no podía hacerlo, pero hizo algo que la ayudó aún más: demostró que es honesta, perfectamente sincera en lo que piensa. Cree que si simplemente llama a Philip con un gesto, él irá hacia ella. Así que le estoy dando la oportunidad de aprender de él mismo lo que hará. Jamás lo creerá si lo escucha de cualquier otra persona. Cuando ella quede satisfecha, yo también lo estaré.

—¡Pero, niña! ¿Y si logra recuperarlo?

—Esa es la idea con la que voy a comer y dormir durante las próximas semanas. ¿Sería demasiado pedir echar un vistazo a los bebés antes de acostarme?

—Ahora sí eres perfecta —declaró el Ángel—. Nunca me habrías caído tan bien como ahora si hubieras estado dispuesta a dormir en esta casa sin pedir ver a los bebés. Ven por aquí. Al primer niño le pusimos el nombre de su padre, naturalmente, y a la niña el de la tía Alice. El siguiente niño lleva el nombre de mi padre, y el bebé el de la Mujer de las Aves. Después de eso vamos a diversificarnos.

Elnora comenzó a reír.

—Oh, sospecho que habrá bastantes —dijo el Ángel serenamente—. Me han dicho que mientras más hay, menos problemas dan. Los grandes cuidan a los pequeños. Queremos una familia numerosa. Este es nuestro comienzo.

Entró en una habitación oscura y levantó una vela en alto. Se acercó a una pequeña cama blanca de hierro donde dormían un niño de ocho años y otro de tres. Eran niños perfectamente formados y rosados; el mayor era una réplica de su madre, y el menor se le parecía mucho. Luego llegaron a una cuna donde una niña de casi dos años dormía profundamente y componía una imagen encantadora.

—¡Pero mira esto! —dijo el Ángel.

Alzó la luz hacia una niña dormida de seis años. Una masa de rizos rojos cubría la almohada. En líneas y facciones, el rostro era el de Freckles. Sin necesidad de preguntar, Elnora supo el color y la expresión de aquellos ojos cerrados. El Ángel le entregó la vela y, inclinándose, acomodó el cuerpo de la niña. Pasó los dedos entre los brillantes rizos y tocó suavemente la pequeña nariz aristocrática.

—Como ves, el suministro de pecas sigue vigente en mi familia —dijo—. Las dos niñas las tendrán, y el segundo niño algunas también.

Permaneció allí un instante más; luego, inclinándose, pasó la mano cariñosamente por una pierna desnuda y rosada mientras besaba la boquita infantil y roja. Había alguna razón para tocar a todos los niños; el beso cayó sobre los labios que se parecían a los de Freckles.

Luego se volvió hacia Elnora y le dio unas tiernas buenas noches, susurrándole palabras valientes de ánimo y haciendo planes para llenar los días venideros. Después se marchó.

Una hora más tarde se oyó un suave golpecito en la puerta de la muchacha.

—¡Pase! —llamó Elnora, acostada y mirando la oscuridad.

El Ángel avanzó a tientas hasta la cama, se sentó y tomó las manos de Elnora.

—Tenía que volver contigo —dijo—. He estado hablándolo con Freckles, y casi se lastima de tanto reír. Yo no creía que fuera gracioso, pero él sí. Cree que es lo más divertido que ha pasado jamás. Dice que huir del señor Ammon cuando no le habías hecho ninguna promesa, cuando él ni siquiera estaba seguro de ti, no hará que vuelva con ella; ¡hará que salga a buscarte! Dice que aunque hubieras reunido la sabiduría de Salomón, Sócrates y todos los demás hombres sabios, no habrías podido elegir un camino que lo uniera a ti con más seguridad. Cree que ahora el señor Ammon odiará perfectamente a esa mujer por haber ido hasta allá y haberte ahuyentado. ¡Y tú fuiste para darle la oportunidad que quería! ¡Oh, Elnora! ¡Está empezando a ser gracioso! ¡Yo también lo veo!

El Ángel se balanceaba sentada al borde de la cama. Elnora miraba la oscuridad en silencio.

—Perdóname —dijo el Ángel, tragando saliva—. No quería reírme. No pensé que fuera gracioso hasta que de pronto lo comprendí. ¡Ay, querida! ¡Elnora, sí es gracioso! ¡Tengo que reírme!

—Tal vez lo sea —admitió Elnora— para los demás; pero para mí no tiene mucha gracia. Y tampoco la tendrá para Philip ni para mamá.

Eso era muy cierto.

La señora Comstock había estado algo preparada para alguna acción drástica, por lo que Elnora le había dicho. La madre adivinó de inmediato adónde iría la muchacha, pero no dijo nada a Philip. Hacerlo habría invalidado desde el principio la prueba de Elnora, y la señora Comstock conocía a su hija lo suficiente para saber que jamás se casaría con Philip a menos que sintiera que era lo correcto. La única manera era averiguarlo, y Elnora había partido en busca de esa respuesta. No quedaba más que esperar su regreso, y su madre no

tenía la menor inquietud de que la muchacha volvería tan valiente y segura de sí misma como siempre.

Philip Ammon regresó apresuradamente al Limberlost, lleno de esperanza de que ahora podría tomar a Elnora en sus brazos y recibir su promesa de convertirse en su esposa. El primer golpe de decepción llegó cuando descubrió que ella se había ido. Hablando con la señora Comstock supo que Edith Carr había encontrado la oportunidad de hablar a solas con Elnora. Corrió camino abajo para encontrarse con ella y volvió solo, profundamente alterado. Entonces la búsqueda reveló las notas.

La suya decía:

QUERIDO PHILIP:

He descubierto que nunca podré responder justamente para todos nosotros la pregunta que me hiciste esta tarde mientras estés conmigo. Por eso voy a marcharme unas semanas para pensar sola sobre todo esto. No te diré, ni siquiera a mamá, adónde voy, pero estaré segura, bien cuidada y feliz. Por favor vuelve a casa y vive entre tus amigos como siempre lo has hecho, y el primero de septiembre o antes te escribiré para decirte dónde estoy y cuál ha sido mi decisión.

Por favor no culpes a Edith Carr por esto, y no la evites. Espero que la visites y que sean amigos. Creo que ella lamenta mucho lo sucedido y al menos desea tu amistad.

Hasta septiembre, entonces, como siempre,

ELNORA

La nota de la señora Comstock era muy parecida.

Philip enfermó de decepción.

En el cenador apoyó la cabeza sobre la mesa, entre los instrumentos del trabajo amado de Elnora, y tragó sollozos secos que no podía contener. Nunca la señora Comstock lo había apreciado tanto. Su mano se movió involuntariamente hacia

la oscura cabeza del muchacho, pero se contuvo. Elnora no habría querido que ella hiciera nada que pudiera influir sobre él.

—¿Qué voy a hacer para convencer a Edith Carr de que no la amo, y a Elnora de que le pertenezco? —preguntó él.

—Supongo que eso tendrás que resolverlo tú solo —dijo la señora Comstock—. Me gustaría ayudarte si pudiera, pero parece asunto tuyo.

Philip permaneció mucho tiempo en silencio.

—Bueno, ya he decidido —dijo bruscamente—. ¿Está completamente segura de que Elnora tenía suficiente dinero y un lugar seguro adonde ir?

—¡Absolutamente! —respondió la señora Comstock—. Se ha cuidado sola desde que nació y hasta ahora siempre ha salido adelante. Apostaría todo lo que tengo a que siempre lo hará. No sé dónde está, pero no voy a preocuparme por su seguridad.

—¡Yo no puedo evitar preocuparme! —exclamó Philip—. Puedo pensar en cincuenta cosas que podrían pasarle aun creyéndose segura. ¡Esto es desesperante! Primero voy a ver a mi padre. Luego le haré saber lo que hayamos decidido. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—¡Nada! —dijo la señora Comstock.

Pero el deseo de hacer algo por él era tan fuerte que apenas podía mantener cerrados los labios y quietas las manos. Anhelaba contarle lo que Edith Carr le había dicho a Elnora, cómo la había afectado, y consolarlo como sentía que podía hacerlo. Pero la lealtad hacia la muchacha la detuvo. Si Elnora realmente creía que no podía decidir hasta que Edith Carr quedara convencida, entonces Edith Carr tendría que rendirse o triunfar. Todo dependía de Philip.

Así que la señora Comstock guardó silencio, mientras Philip tomaba el tren nocturno expreso, convertido en un hombre amargamente decepcionado.

Al mediodía del día siguiente estaba en las oficinas de su padre. Tuvieron una larga conversación, pero no llegaron a mucho hasta que el mayor de los Ammon sugirió llamar a Polly. Cualquier cosa que hubiera sucedido podría explicarse después de que Polly relatara la conversación privada entre Edith y Elnora.

—¡Hablar de mujer encantadora! —exclamó Philip Ammon—. Uno pensaría que después de la dosis que Edith me dio quedaría satisfecha con dejarme seguir mi camino, ¡pero no! No le importé lo suficiente como para evitarme una humillación pública, y ahora tiene que perseguirme para impedir que otra mujer me ame. ¡Eso ya es demasiado! Voy a verla, y quiero que venga conmigo, padre.

—Muy bien —dijo el señor Ammon—. Iré.

Cuando Edith Carr entró aquella tarde en su salón de recepción, vestida para conquistar, esperaba encontrar solamente a Philip, y arrepentido. Se apresuró hacia él sonriendo, radiante, preparada para usar todos sus encantos, y se detuvo horrorizada al ver el rostro frío de Philip y a su padre junto a él.

—¡Pero, Phil! —exclamó—. ¿Cuándo regresaste a casa?

—No estoy en casa —respondió Philip—. Solo vine a ver a mi padre por asuntos de negocios y a preguntarle qué fue lo que le dijiste ayer a la señorita Comstock que la hizo desaparecer antes de que pudiera regresar al Limberlost.

—¿La señorita Comstock desaparecer? ¡Imposible! —exclamó Edith Carr—. ¿Adónde podría ir?

—Pensé que tal vez tú podrías responder a eso, ya que fue por tu culpa que ella se fue.

—Phil, no tengo la más remota idea de dónde está —dijo la joven con suavidad.

—¡Pero sabes perfectamente por qué se fue! Ten la amabilidad de decírmelo.

—Deja que te vea a solas y lo haré.

—Aquí y ahora, o de ninguna manera.

—¡Phil!

—¿Qué le dijiste a la chica que amo?

Entonces Edith Carr extendió los brazos.

—¡Phil, yo soy la chica que amas! —exclamó—. Toda tu vida me has amado.

Seguramente todo eso no puede haberse esfumado en unas cuantas semanas de malentendidos. ¡Estaba celosa de ella! No quería que me dejaras ni un instante esa noche por ninguna otra chica en el mundo. Esa era la polilla que yo representaba. ¡Todo el mundo lo sabía! Quería que me la trajeras a mí. Cuando no lo hiciste, supe al instante que habías trabajado el verano pasado por ella; ella, quien sugirió mi vestido; ella, que tuvo el poder de alejarte de mi lado cuando más te necesitaba. Ese pensamiento me volvió loca, e hice y dije esas cosas dementes. ¡Phil, te pido perdón! Te ruego que me perdones. Ayer ella dijo que tú le habías hablado de mí desde el principio. Juró que ambos me habían sido fieles y... Phil, no pude mirarla a los ojos y no ver que era la verdad. Oh, Phil, si entendieras cuánto he sufrido me perdonarías. ¡Phil, nunca supe cuánto me importabas! Haré cualquier cosa... ¡lo que sea!

—¡Entonces dime qué le dijiste ayer a Elnora que la impulsó a irse, sola y sin amigos, en medio de la noche, sabe Dios a dónde!

—¿No tienes pensamientos para nadie más que para ella?

—Sí —dijo Philip—. Los tengo. Porque una vez te amé y creí en ti, me duele el corazón por ti. Perdonaré con gusto cualquier cosa que me pidas. Haré cualquier cosa que quieras, excepto retomar nuestra antigua relación. Eso es imposible. Es inútil y no tiene sentido pedirlo.

—¡¿De verdad lo dices en serio?!

—Sí.

—¡Entonces entérate por ella de lo que le dije!

—Vamos, padre —dijo Philip, levantándose.

—¡Ibas a mostrarle la carta de la señorita Comstock a Edith! —sugirió el señor Ammon.

—No tengo el más mínimo interés en la carta de la señorita Comstock —dijo Edith Carr.

—¿Ni siquiera te interesa el hecho de que ella diga que tú no eres responsable de su partida, y que yo debo visitarte y ser tu amigo?

—¡Eso sí que es interesante! —se burló la señorita Carr.

Tomó la carta, la leyó y la devolvió.

—Parece que ha hecho lo que ha podido por mi causa —dijo con frialdad—. ¡Qué generosa de su parte! ¿Piensas llamar a los detectives Pinkerton e iniciar una búsqueda general?

—No —respondió Philip—. Simplemente pienso regresar al Limberlost y vivir con su madre, hasta que Elnora se convenza de que no te estoy cortejando y que nunca lo haré. Entonces, tal vez, ella regrese a casa con nosotros. Adiós. ¡Buena suerte siempre!

CAPÍTULO 24

Muchas personas miraban, unas cuantas seguían con la vista, mientras Edith Carr descendía lentamente por la calle principal de Mackinac, deteniéndose aquí y allá para contemplar el resplandor de color de un pequeño puesto tras otro, rebosantes de curiosidades alegres. Aquella calle de arena blanca compacta, serpenteando con las curvas de la costa, bordeada de tiendas brillantes y colmada de gente risueña y descubierta, vestida con ropa de paseo, era un espectáculo pintoresco y fascinante. Miles de personas hacían largos viajes cada año y pagaban precios exorbitantes por participar en aquella escena.

Al pasar Edith Carr, era la figura más distinguida de toda la vieja calle. Su ajustado vestido negro era lo bastante elaborado para un traje de cena. Sobre la cabeza llevaba un gran sombrero negro de ala ancha y caída, adornado con enormes plumas negras flotantes; y sobre el ala, y entre los encajes de su pecho, brillaban rosas aterciopeladas de un rojo profundo. De algún modo, aquello compensaba la falta de color en sus mejillas y labios; y aunque sus ojos parecían extraordinariamente brillantes, para un observador atento mostraban cansancio. A pesar del esfuerzo que hacía por moverse con ligereza, estaba muy fatigada, y arrastraba sus pesados pasos con evidente esfuerzo.

Giró hacia la pequeña calle que conducía al muelle y fue al encuentro del gran vapor lacustre que surcaba el estrecho desde Chicago. Pasó el embarcadero y siguió hasta el extremo mismo del muelle; allí se sentó, apoyó la espalda contra un poste y cerró los ojos cansados. Cuando el vapor estuvo muy cerca, observó con languidez a las personas alineadas en la barandilla. De inmediato distinguió un rostro delgado y ansioso vuelto hacia ella y, con un estremecimiento de compasión, levantó una mano para saludar a Hart Henderson. Él fue el primero en bajar del barco y acudió enseguida a su lado. Ella extendió sus largas faldas y le indicó que se sentara junto a ella. En silencio contemplaron el agua que lamía suavemente el muelle. Al fin, ella se obligó a hablar.

—¿Tuviste éxito en el viaje?

—Cumplí mi propósito.

—No perdiste tiempo en regresar.

—Nunca lo hago cuando regreso contigo.

—¿Quieres ir a la cabaña por algo?

—No.

—Entonces quedémonos aquí hasta que llegue el vapor de Petoskey. Me gusta mirar los barcos. A veces estudio los rostros, si no estoy demasiado cansada.

—¿Has visto hoy algún tipo nuevo?

Ella negó con la cabeza.

—Este no ha sido un día fácil, Hart.

—Y va a empeorar —dijo Henderson amargamente—. No tiene sentido aplazarlo. Edith, hoy vi a alguien.

—Debiste ver a miles —respondió ella con ligereza.

—Sí. Pero de todos ellos, sólo uno te interesará.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Dónde?

—En el hospital privado Lake Shore.

—¿Un accidente?

—No. Colapso nervioso y físico.

—Phil dijo que volvería al Limberlost.

—Volvió. Estuvo allí tres semanas, pero la tensión lo quebró. Tiene una vieja carta en las manos; la ha manoseado tanto que está hecha jirones. Me la mostró y dijo: “Puedes ver por ti mismo que ella dice que estará bien y feliz, pero no lo sabremos hasta verla otra vez, y quizá eso nunca ocurra. Puede haberse acercado demasiado al lugar donde murió su padre; quizá alguna de esas gentes del Limberlost la encontró en el bosque; puede estar muerta en alguna morgue de la ciudad en este mismo instante, esperando que yo encuentre su cuerpo.”

—¡Hart! ¡Por piedad, detente!

—No puedo —exclamó Henderson desesperadamente—. Estoy obligado a decírtelo. Los médicos están luchando contra una fiebre cerebral. Sí regresó al pantano y lo recorrió día y noche. Ahora los días allá son abrasadores y las noches húmedas de rocío y frías. No se cuidó, olvidó comer. Le dio fiebre y su tío lo llevó a casa. No han recibido una sola palabra de ella ni encontrado el menor rastro. La señora Comstock creyó que había ido con los O'More, a Grand Rapids; así que cuando Phil se desplomó, envió un telegrama allá. Pero ellos han estado fuera todo el verano; de modo que su madre está tan angustiada como Phil.

—Los O'More están aquí —dijo Edith—. No he visto a ninguno porque apenas he salido en los pocos días desde que llegamos, pero ésta es su residencia de verano.

—Edith, dicen en el hospital que hará falta un cuidado constante para salvar a Phil. Está rodeado de montones de mapas y guías ferroviarias. Trata de idear un plan para poner a toda la agencia de detectives del país a buscarla. Dice que permanecerá allí sólo dos días más. Los médicos aseguran que se matará si se marcha. Está enfermo, Edith. Sus manos ardían y temblaban, y su aliento estaba caliente contra mi rostro.

—¿Por qué me cuentas esto?

Fue un grito de angustia aguda.

—Porque él cree que tú sabes dónde está ella.

—¡No lo sé! ¡No tengo la menor idea! ¡Jamás imaginé que se iría cuando lo tenía en sus manos! ¡Yo no lo habría hecho!

—Él dice que fue algo que tú le dijiste lo que la hizo irse.

—Puede ser, pero eso no demuestra que yo sepa adónde fue.

Henderson contempló el agua y sufrió intensamente. Finalmente se volvió hacia Edith y puso una mano firme y fuerte sobre la de ella.

—Edith —dijo—, ¿te das cuenta de lo grave que es esto?

—Supongo que sí.

—¿Quieres empujar más lejos todavía a un hombre tan valioso como Philip? Si abandona ahora ese hospital y sale a exponerse y atormentarse buscándola, ocurrirá una tragedia que ningún arrepentimiento posterior podrá evitar. Edith, ¿qué le dijiste a la señorita Comstock para que huyera de Phil?

La muchacha volvió el rostro y permaneció inmóvil; pero el hombre, aferrando sus manos y aguardando con agonía, veía cómo la sacudían los golpes del corazón dentro del pecho.

—Edith, ¿qué le dijiste?

—¿Qué diferencia puede hacer ahora?

—Podría explicar algo de su conducta.

—No podría.

—Phil cree que sí. Lo ha pensado hasta desgastar su mente al borde del colapso. Dímelo, Edith.

—Le dije que Phil me pertenecía. Que si se apartaba de ella una hora y volvía a estar en mi presencia, volvería a ser mío como siempre lo había sido.

—Edith, ¿creías eso?

—¡Habría apostado mi vida y mi alma por ello!

—¿Lo crees ahora?

No hubo respuesta. Henderson tomó también la otra mano y, sosteniéndolas ambas con firmeza, dijo suavemente:

—No te preocupes por mí, querida. Yo no cuento. Soy sólo el viejo Hart. Puedes decirme cualquier cosa. ¿Todavía lo crees?

La hermosa cabeza apenas se movió negando. Henderson reunió ambas manos de ella en una sola de las suyas y extendió un brazo tras sus hombros para sostenerla. Ella apartó las manos y las retorció entre sí.

—¡Oh, Hart! —exclamó—. ¡No es justo! ¡Hay un límite! Yo ya he sufrido bastante. ¿No lo ves? ¿No puedes entenderlo?

—Sí —jadeó él—. Sí, muchacha. Sólo dime una cosa más y mataré con gusto a cualquiera que vuelva a molestarte. Dime, Edith.

Entonces ella levantó hacia él sus grandes ojos apagados y llenos de dolor y gritó:

—¡No! ¡Ya no lo creo! ¡Sé que no es verdad! Yo maté su amor por mí. Está muerto y desaparecido para siempre. ¡Nada lo hará revivir! Nada en este mundo. Y eso no es todo. Yo no sabía cómo tocar lo más profundo de su naturaleza. Nunca desarrollé en él las cosas para las que estaba hecho. Me admiraba. Se sentía orgulloso de estar conmigo. Él creía, y yo también, que me adoraba; pero ahora sé que jamás me quiso como la quiere a ella. ¡Jamás! ¡Lo veo claramente! Yo planeaba liderar la sociedad, convertir su casa en un lugar buscado por mi belleza y popularidad. Ella planea impulsar sus ambiciones políticas, hacerlo feliz físicamente, estimular su intelecto y darle una camada de niños colorados. Él la quiere a ella y a sus planes como nunca me quiso a mí ni a los míos. ¡Oh, Dios mío! ¿Ahora estás satisfecho?

Se dejó caer exhausta contra el brazo de él. Henderson la sostuvo y comprendió lo que realmente significa sufrir. La abanicó con el sombrero, le frotó las manos frías y murmuró frases incoherentes y entrecortadas. Poco a poco, lágrimas lentas escaparon de debajo de sus párpados cerrados; pero cuando abrió los ojos, estaban opacos y endurecidos.

—¡Qué miserable se vuelve una cuando el último secreto del alma es arrancado y dejado al descubierto! —exclamó.

Henderson le puso un pañuelo en las manos y susurró:

—Edith, el barco ya se acercó mucho. Está casi aquí. Tal vez venga alguien conocido. ¿No será mejor alejarnos antes de que atraque?

—Si puedo caminar —dijo ella—. Oh, Hart, estoy agotada hasta los huesos.

—Sí, querida —respondió Henderson con dulzura—. Intenta pasar el embarcadero antes de que el barco atraque. ¡Si me atreviera a cargarte en brazos!

Se abrieron paso entre la multitud que esperaba; pero justo frente al embarcadero hubo un movimiento de retroceso entre la gente alegre y bulliciosa, la pasarela cayó con estrépito y los pasajeros comenzaron a descender apresuradamente. Apretados contra la pescadería del muelle, Henderson sólo podía avanzar unos cuantos pasos a la vez. Hacía todo lo

posible por proteger y sostener a Edith. No vio a nadie conocido cerca de ellos, así que pasó un brazo tras su espalda para ayudarla a mantenerse firme. Sintió que ella se tensaba y contenía el aliento. En ese mismo instante, la voz masculina más clara y dulce que jamás había oído llamó:

—¡Cuidado ahí, hombrecitos!

Henderson lanzó una rápida mirada hacia el barco. Terence O'More acababa de bajar por la pasarela llevando de la mano a una pequeña hija tan parecida a él que resultaba cómico. Luego apareció una escena difícil de describir.

El Ángel, en el pleno florecimiento de su belleza, elegantemente vestida, con una sonrisa en su rostro de camafeo y el sol poniente brillando sobre su cabello dorado, acompañada por su hijo mayor, que sostenía con firmeza su mano y vigilaba cuidadosamente sus pasos.

Después venía Elnora, vestida con igual riqueza, un poco más alta y esbelta, casi del mismo tipo de coloración, aunque con ojos y cabello distintos, y con diferentes líneas y expresión en el rostro. La guiaba el segundo niño de los O'More, que hizo estallar de risa a la multitud al decir:

—¡Tuidado, Elnora! ¡No vayas a meter los pies en el agua!

La gente se arremolinó a su alrededor, cerrándoles el paso deliberadamente.

—¡Qué mujeres tan hermosas! ¿Quiénes son? Son los O'More. La más rubia es su esposa. ¿Es aquella su hermana? No, ¡es la de él! Dicen que tiene un título en Inglaterra.

Los susurros corrían rápidos y perfectamente audibles. Mientras la multitud rodeaba al grupo, quedó una abertura junto a los cobertizos de pescado. Edith echó a correr por el muelle. Henderson saltó tras ella, le sujetó el brazo y la ayudó a llegar a la calle.

—¡Por la orilla! ¡Por aquí! —jadeó ella—. Lo primero que harán todos será ir a cenar.

Abandonaron la calle y comenzaron a avanzar por la playa; pero Edith estaba sin aliento por la carrera, y la arena suelta hacía difícil caminar.

—¡Ayúdame! —exclamó, aferrándose a Henderson.

Él la rodeó con un brazo, casi cargándola hasta perderse de vista dentro de una pequeña ensenada cerrada por altas rocas en la parte posterior, mientras el suelo era de arena blanca y limpia, con troncos arrastrados por el lago que servían de asientos. Encontró uno con respaldo y, bajando apresuradamente hacia el agua, empapó su pañuelo y se lo llevó. Ella lo pasó sobre los labios y los ojos, y luego apoyó las palmas de las manos sobre él.

Henderson le quitó el pesado sombrero, la abanicó con el suyo y volvió a mojar el pañuelo.

—Hart, ¿por qué haces todo esto? —dijo ella cansadamente—. A mi madre no le importa. Dice que esto me hace bien. ¿Tú crees que esto me hace bien, Hart?

—Edith, sabes que daría mi vida por evitarte esto —respondió él, y no pudo seguir hablando.

Ella se apoyó contra él, cerró los ojos y permaneció silenciosa tanto tiempo que el hombre comenzó a alarmarse.

—Edith, ¿no estás inconsciente? —susurró, tocándola.

—No, sólo descanso. Por favor, no me dejes.

Él la sostuvo cuidadosamente, abanicándola con suavidad. Ella sufría casi más de lo que cualquiera de los dos podía soportar.

—Desearía que tuvieras tu barco —dijo al fin—. Quiero navegar con el viento en el rostro.

—No hay viento. Puedo traer mi lancha en pocos minutos.

—Entonces ve por ella.

—Recuéstate sobre la arena. Puedo telefonear desde la primera caseta. No tardaré mucho.

Edith se tendió sobre la arena blanca, y Henderson le cubrió el rostro con el sombrero. Luego corrió hacia la caseta más cercana y habló con tono imperativo. Poco después regresó trayendo una bebida caliente y estimulante. Al cabo de un rato, la lancha se acercó a la playa y se detuvo. El sirviente de Henderson llevó un bote de remos hasta la orilla y los condujo hasta la

embarcación. Estaba llena de cojines y mantas. Henderson improvisó un lecho y pronto Edith, cálidamente cubierta, surcaba el agua en busca de paz.

Hora tras hora la lancha recorrió la costa de un lado a otro. La luna salió y el aire nocturno se volvió muy frío. Henderson se puso un abrigo y cubrió aún más a Edith.

—Debes llevarme a casa —dijo ella finalmente—. Los demás estarán preocupados.

Se vio obligado a conducirla de vuelta a la cabaña con la batalla aún librándose dentro de ella. Regresó temprano a la mañana siguiente, pero Edith ya había salido a vagar por la isla. Henderson sintió instintivamente que la costa la atraería. Había algo en el tumulto de las pequeñas y ásperas olas del Hurón que también lo llamaba a él. Allí la encontró, acurrucada tan cerca del agua que la espuma humedecía sus faldas.

—¿Puedo quedarme? —preguntó.

—Esperaba que vinieras —respondió ella—. Es bastante malo cuando estás aquí, pero es un poco más fácil que soportarlo sola.

—¡Gracias a Dios por eso! —dijo Henderson sentándose a su lado—. ¿Quieres que hable contigo?

Ella negó con la cabeza. Así permanecieron durante horas. Al fin habló:

—Claro que sabes que hay algo que debo hacer, Hart.

—¡No tienes que hacer nada! —exclamó Henderson violentamente—. ¡Todo eso es absurdo! Dame sólo una palabra de permiso. Eso es todo lo que necesitas.

—¿“Necesito”? Entonces admites que hay algo “necesario”.

—Una palabra. Nada más.

—¿Alguna vez imaginaste que una sola palabra pudiera ser tan grande, tan negra, tan amargamente terrible? ¡Oh, Hart!

—No.

—Pero ahora lo sabes, Hart.

—Sí.

—¿Y aun así dices que es “necesario”?

Henderson sufrió indeciblemente. Finalmente dijo:

—Si lo hubieras visto y oído, Edith, tú también sentirías que es “necesario”. Recuerda…

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó ella—. No me pidas recordar ni la menor parte de mi orgullo y mi necedad. ¡Déjame olvidar!

Permaneció callada mucho tiempo.

—¿Irás conmigo? —susurró.

—Por supuesto.

Finalmente se levantó.

—Supongo que más vale rendirse y terminar con esto —murmuró vacilante.

Era la primera vez en su vida que Edith Carr proponía renunciar a algo que deseaba.

—Ayúdame, Hart.

Henderson comenzó a avanzar por la playa ayudándola cuanto podía. Al fin se detuvo.

—Edith, esto no tiene sentido. Estás demasiado cansada para seguir. Sabes que puedes confiar en mí. Espera en cualquiera de estos hermosos lugares y envíame a mí. Estarás segura, y yo correré. Sólo hace falta una palabra.

—¡Pero tengo que decir esa palabra yo misma, Hart!

—Entonces escríbela, y yo la llevaré. El mensaje no va a demostrar quién fue a la oficina a enviarlo.

—Eso es verdad —dijo ella, dejándose caer cansadamente.

Pero no hizo movimiento alguno para tomar la pluma y el papel que él le ofrecía.

—Hart, escríbelo tú —dijo finalmente.

Henderson apartó el rostro. Apretó la pluma mientras el aliento silbaba entre sus dientes resecos.

—Desde luego —dijo cuando pudo hablar—. “Mackinac, 27 de agosto de 1908. Philip Ammon, Hospital Lake Shore, Chicago.”

Se detuvo con la pluma suspendida y miró a Edith. Sus labios blancos se movían, pero ningún sonido salía de ellos.

—“La señorita Comstock está con Terence O’More, en la isla Mackinac” —sugirió Henderson.

Edith asintió.

—“Firmado, Henderson” —continuó el hombre corpulento.

Edith negó con la cabeza.

—Di: “Ella está bien y feliz”, y firma: Edith Carr —jadeó.

—¡Ni muerto! —replicó Henderson con brusquedad.

—Por amor de Dios, Hart, no hagas esto más difícil. Es lo menos que puedo hacer, y me cuesta hasta la última gota de fuerza hacerlo.

—¿Me esperarás aquí? —preguntó él.

Ella asintió y, bajándose más el sombrero sobre los ojos, Henderson echó a correr por la costa. En menos de una hora había regresado. La ayudó a avanzar un poco más hasta donde la Cocina del Diablo se abría entre las rocas; allí había lugares para descansar y agua fresca. Poco después llegó su hombre con la lancha. Sacaron mantas y las extendieron sobre la arena para ella, y prepararon té en un pequeño hornillo. Intentó rechazarlo, pero el aroma la venció y bebió con avidez. Luego Henderson cocinó varios platos y preparó un almuerzo apetitoso. Ella era joven, fuerte y estaba casi hambrienta; se vio obligada a comer. Eso la hizo sentirse mucho mejor. Después Henderson la ayudó a subir a la lancha y navegó por ensenadas sombrías de la costa donde soplaban brisas refrescantes.

La muchacha no supo cuándo se quedó dormida, pero el hombre sí. Necesitado él mismo de descanso, condujo aquella lancha durante cinco horas por bahías tranquilas, lejos de las fiestas ruidosas y bajo sombras profundas y frescas.

Cuando ella despertó, la llevó a casa, y mientras avanzaban comprendió que se había equivocado. No moriría. Ni siquiera tenía el corazón roto. Había sufrido horriblemente; sufriría aún más; pero al final el dolor tenía que desgastarse. A su mente acudieron unas líneas de una vieja ópera:

> “Los corazones no se rompen; arden y duelen
> por causa de un viejo amor, pero no mueren,
> como lo demuestra la vida que aún tengo.”

Aquella noche navegaban por el estrecho empujados por un viento fuerte, y Henderson estaba ocupado con el timón cuando ella le dijo:

—Hart, quiero pedirte algo más.

—Sólo tienes que decirlo —respondió él.

—¿Sólo tengo que decirlo, Hart? —preguntó ella suavemente.

—¿Todavía no lo has aprendido, Edith?

—Quiero que te vayas.

—Muy bien —dijo él tranquilamente, aunque su rostro palideció visiblemente.

—Lo dices como si lo hubieras esperado.

—Lo esperaba. Supe desde el principio que, cuando todo esto terminara, me odiarías por haberte visto sufrir. He cultivado mi propio Getsemaní sabiendo perfectamente lo que venía; pero no podía abandonarte, Edith, mientras sintiera que te estaba sirviendo. ¿Te importa adónde vaya?

—Quiero que estés donde te quieran y cuiden bien de ti.

—¡Gracias! —dijo Henderson, sonriendo con amargura—. ¿Tienes idea de dónde podría encontrarse un lugar así?

—Deberías ir con tu hermana, en Los Ángeles. Siempre ha parecido tenerte mucho cariño.

—Eso es cierto —dijo Henderson, y sus ojos se iluminaron un poco—. Iré con ella. ¿Cuándo debo partir?

—De inmediato.

Henderson comenzó a virar hacia el embarcadero, pero le temblaban tanto las manos que apenas podía manejar la embarcación. Edith Carr lo observaba con indiferencia aparente, aunque el corazón le latía dolorosamente.

“¿Por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?”, seguía susurrándose a sí misma.

Ya dentro de la puerta de la casa, Henderson la tomó por los hombros casi con brusquedad.

—¿Por cuánto tiempo será esto, Edith, y cómo piensas despedirte de mí?

Ella alzó hacia él unos ojos cansados y llenos de dolor.

—No sé por cuánto tiempo será —dijo—. Ahora me parece como si hubiera sido una lenta eternidad. Desearía con toda mi alma que Dios tuviera misericordia de mí e hiciera que algo “se rompiera” en mi corazón, como ocurrió en el de Phil, para que pudiera descansar. No sé por cuánto tiempo, pero contigo no tengo ninguna vergüenza, Hart. Si alguna vez llega la paz y te necesito, no esperaré a que tú lo descubras por tu cuenta; te enviaré un cable, un mensaje Marconi, cualquier cosa. En cuanto a cómo despedirme de ti… de la manera que prefieras. Me da completamente igual lo que me ocurra.

Henderson la estudió atentamente.

—En ese caso, nos daremos la mano —dijo—. Adiós, Edith. No olvides que a cada hora estaré pensando en ti y esperando que pronto te lleguen todas las cosas buenas.

CAPÍTULO 25

—¡Oh, necesito mi propio violín! —exclamó Elnora—. Este puede costar mil veces más y ser muchísimo más antiguo que el mío; pero no fue inspirado ni enseñado a cantar por un hombre que realmente supiera hacerlo. No sabe “ni frijoles”, como diría mamá, acerca del Limberlost.

Los invitados reunidos en la sala de música de los O’More rieron con simpatía.

—¿Por qué no le escribes a tu madre para que venga de visita y te traiga el tuyo? —sugirió Freckles.

—Lo hice hace tres días —admitió Elnora—. Estoy medio esperando que llegue en el barco del mediodía. Esa es una de las razones por las que este violín me parece peor a cada minuto. No me pasa absolutamente nada.

—¡Magnífico! —exclamó el Ángel—. Le he rogado y rogado que venga. Sé lo ansiosas que se ponen las madres. ¿Cuándo enviaste la carta? ¿Qué te hizo hacerlo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—“¿Cuándo?” Hace tres días. “¿Qué me hizo hacerlo?” Tú. “¿Por qué no te lo dije?” Porque no puedo estar segura de que venga. Mamá es la persona más peculiar del mundo. Nunca hace lo que todos esperan que haga. Puede que no venga, y no quería que te decepcionaras.

—¿Cómo te hice hacerlo? —preguntó el Ángel.

—Amando a Alice. Me hizo comprender que si tú quieres así a tu niña, teniendo al señor O’More y otros tres hijos, quizá mi madre, que no tiene a nadie, quisiera verme. Yo sé que quiero verla, y como tú me lo habías dicho tantas veces, simplemente le escribí. ¡Oh, cuánto espero que venga! Quiero que vea este lugar tan hermoso.

—He estado preguntándome qué piensas de Mackinac —dijo Freckles.

—Oh, es una imagen perfecta, todo ello. Me gustaría colgarlo en una pared para poder mirarlo siempre que quisiera; pero no es real, claro; no es más que una imagen.

—Esta gente no estará de acuerdo contigo —sonrió Freckles.

—No hace falta —replicó Elnora—. Ellos conocen esto y lo aman; pero tú y yo conocemos algo diferente. El Limberlost es vida. Aquí todo es un parque cuidadosamente mantenido. Se pasean en automóvil, navegan y juegan golf, todo tan seguro y elegante. Pero a mí me gusta la emoción de escoger un sendero con cuidado, temiendo que el pantano se abra y me trague; entrar al pantano con las manos desnudas y arrancarle tesoros que me consiguen libros y ropa, y me gusta pelear lo suficiente por las cosas como para recordar siempre cómo las obtuve. Incluso disfruto ver a un viejo buitre astuto mirándome como si dijera: “Cuidado con el aguijón de la serpiente de cascabel, no sea que termine limpiando tus huesos como hice con los del viejo Limber”. Me gusta que exista suficiente peligro para darle filo a la vida. Esto es demasiado domesticado. Me habría encantado este lugar cuando todas las casas eran cabañas y los vigías recorrían las orillas atentos a las canoas silenciosas de los indios. Esperen a que llegue mamá, y si mi violín no está enojado conmigo por haberlo abandonado, esta noche les cantaremos la Canción del Limberlost. Escucharán las grandes abejas doradas sobre las flores rojas, amarillas y púrpuras, el canto de las aves, la voz del viento y los susurros de Sleepy Snake Creek mientras pasa junto a ustedes. ¡Entonces comprenderán!

Elnora se volvió hacia Freckles.

Él asintió.

—¿Quién mejor que yo? —preguntó—. Esto es seguro mientras los niños son pequeños, pero cuando crezcan iremos más al norte, a un bosque verdadero, donde puedan aprender autosuficiencia y desarrollar carácter.

Elnora guardó el violín.

—Vamos, niños —dijo—. Tenemos que empezar enseguida con eso del carácter. ¡Corramos hasta la casita de juegos!

Con toda la prole siguiéndola, Elnora echó a correr, y durante una hora se escaparon sonidos alegres del último rincón de bosque que quedaba en la Isla, junto a la cabaña de los O’More. Luego Terry fue al cuarto de juegos a buscar la muñeca de Alice. Regresó corriendo, arrastrándola de una pierna y gritando:

—¡Hay visitas! ¡Llegó alguien por quien mamá y papá están casi derribando la casa de la emoción! Lo vi por la ventana.

—No puede ser todavía mi madre —pensó Elnora—. Su barco no llega hasta las doce. Terry, dale esa muñeca a Alice...

—Es un hombre-persona, y no lo conozco, pero mi padre le está estrechando la mano sin parar, y mi madre anda buscando una bebida caliente y un cojín. Es una clase de persona enferma, pero van a curarlo enseguida, cualquiera puede verlo. Este es el mejor lugar.

—Iré a decirle que venga a acostarse sobre las agujas de pino al sol y mire pasar las velas de los barcos. ¡Eso lo compondrá!

—"Mira' velas pasá" —canturreó el Hermanito—. "¡Elnora lo arregla! ¿Verdá, Elnora?"

—No lo sé —respondió Elnora—. ¿Qué clase de persona es, Terry?

—Una persona blanca y hermosa; pero mi padre dijo que iba a "darle color". Acaba de salir del hospital y es una mala persona, porque se escapó de los doctores y los hizo enojarse muchísimo. Pero papá y mamá van a curarlo mejor. Yo no sabía que ellos podían sanar enfermos.

—"Ellos hac'n cualquie' cosa" —presumió el Hermanito.

Antes de que Elnora notara su ausencia, Alice, que había ido a investigar, regresó volando entre las sombras y la luz del sol agitando un papel. Se lo metió en la mano a Elnora.

—¡Hay un hombre-persona… una persona-extraña! —gritó—. ¡Pero te conoce! ¡Te mandó esto! ¡Tú vas a ser la doctora! ¡Eso dijo! ¡Oh, apresúrate! ¡Me gusta muchísimo!

Elnora leyó el telegrama que Edith Carr había enviado a Philip Ammon y comprendió que él había estado enfermo, que Edith había descubierto dónde estaba ella y que lo había avisado. Al hacerlo, Edith había reconocido su derrota. Al fin Philip era libre.

Elnora levantó el rostro radiante.

—¡A mí también me gusta "muchísimo"! —exclamó—. Vamos, niños, iremos a decírselo.

Terry y Alice corrieron, pero Elnora tuvo que adaptar sus pasos al Hermanito, que era su escudero leal y habría quedado desconsolado si lo abandonaban, además de sentirse insultado si lo cargaban. Iba siendo casi arrastrado, pero estaba llegando, y entendía que la emergencia era grande.

—¡Ya viene! —gritó Alice.

—¡Ella va a ser la doctora! —vociferó Terry.

—¡Puso cara de haber visto ángeles cuando leyó la carta! —explicó Alice.

—¡Le gustas “muchísimo”! ¡Ella lo dijo! —bailaba Terry—. ¡Espera! ¡Aquí está!

Elnora ayudó al Hermanito a subir los escalones y luego lo abandonó para lanzarse hacia adelante. La persona-extraña estaba allí, con los brazos temblorosos extendidos.

—¿Estás segura al fin, fugitiva? —preguntó Philip Ammon.

—¡Completamente segura! —exclamó Elnora.

—¿Te casarás conmigo ahora?

—¡En este instante! Es decir, en cualquier momento después de que llegue el barco del mediodía.

—¿Por qué semejante demora innecesaria? —preguntó Ammon.

—Ya casi es septiembre —explicó Elnora—. Le escribí a mamá hace tres días. Debemos esperar a que llegue, y tendremos que mandar llamar al tío Wesley y a la tía Margaret, o ir nosotros con ellos. No podría casarme decentemente sin esas queridas personas.

—Mandaremos por ellos —decidió Ammon—. El viaje será un regalo para ellos. O’More, ¿podría enviar un mensaje de inmediato?

Todos fueron a recibir el barco del mediodía. Fueron en el automóvil porque Philip estaba demasiado débil para caminar tanto. En cuanto fue posible distinguir a la gente, Elnora y Philip divisaron una figura erguida, con una cabeza blanca como un montón de nieve. Cuando cayó la pasarela, la primera persona en cruzarla fue un muchacho delgado y pelirrojo de once años, que llevaba un violín en una mano y un enorme ramo de caléndulas amarillas y

ásteres morados en la otra. Sonreía ampliamente hasta que vio a Philip. Entonces su expresión cambió.

—¡Ah, vaya! —exclamó con reproche—. Apostaría a que la tía Margaret tenía razón. ¡Él va a ser tu novio!

Elnora se inclinó para besar a Billy mientras abrazaba a su madre.

—¡Bueno, bueno! —exclamó la señora Comstock—. No me empujes el sombrero hasta el ojo. Ya no estoy segura de tener ni sombrero ni cabello. El viento soplaba como demonio subiendo el río.

Sacudió sus faldas, acomodó su sombrero y avanzó para encontrarse con Philip, quien la tomó en brazos y la besó repetidas veces. Luego la presentó a Freckles y al Ángel, a quienes saludó entre regaños y risas por culpa de su cabello despeinado por el viento.

—Sin duda debo de parecer un espectáculo precioso —dijo al Ángel—. Vi a tu padre poco antes de salir y te envió una nota. Está en mi bolso. Dijo que vendría la próxima semana. ¡Cuánta gente hay en este mundo! ¿Y de qué se ríen todos? ¿Es que ninguno ha oído jamás hablar de enfermedad, tristeza o muerte? Billy, no vayas a jugar a los indios ni a perseguir marmotas hasta quitarte esa ropa. Le prometí a Margaret que devolvería ese traje como nuevo.

Entonces los niños O’More se acercaron atropelladamente a recibir a la madre de Elnora.

—¡Feliz Navidad! —gritó la señora Comstock, reuniéndolos a todos—. Aquí tengo todo menos el árbol, y parece que hay bastantes un poco más arriba. Si este viento soplara apenas un poco más fuerte y se llevara a toda la gente para que uno pudiera ver el lugar, creo que hasta se vería bastante decente.

—Escucha —susurró Elnora a Philip—. Tienes que arreglar esto con Billy. No puedo permitir que su viaje se arruine.

—Ahora sí que voy a dejar atrás a todos los demás —comentó complacida la señora Comstock mientras subía al automóvil para su primer paseo, acompañada por Philip y el Hermanito—. Ya me tocó bastante caminar por los caminos y saltar fuera del paso de estas cosas.

Se sentó muy erguida mientras el coche avanzaba por la amplia avenida principal, donde sólo paseaban algunas parejas dispersas. Sus ojos comenzaron a brillar y chispear de diversión. De pronto se inclinó hacia adelante y tocó al conductor en el hombro.

—Joven —dijo—, haga sonar esa bocina de repente y pase lo bastante cerca de unas cuantas personas para que pueda ver cómo me veo yo cuando salto hacia la ambrosía y las cercas llenas de serpientes.

El chófer, asombrado, lanzó una mirada interrogante a Philip, quien asintió apenas con la cabeza. Un segundo después sonó un rápido "¡honk!" y el automóvil giró bruscamente en una esquina. Un hombre absorto en conversación agarró a la mujer con quien hablaba y corrió hacia el césped para ponerse a salvo. La mujer tropezó con sus faldas, y al caer el hombre la sostuvo y prácticamente la arrastró. Ambos volvieron sus rostros enrojecidos hacia el automóvil y comenzaron a reprender al conductor. La señora Comstock rió con un deleite desenfrenado. Luego volvió a tocar al chófer.

—Ya basta —dijo—. Parece un poquito arriesgado.

Un minuto después añadió dirigiéndose a Philip:

—Si tan sólo hubieran venido cargando seis libras de mantequilla y diez docenas de huevos cada uno, ¿no habría sido absolutamente perfecto?

Billy había vacilado entre seguir a Elnora o subir al automóvil, pero su pequeña alma leal permaneció fiel a ella, así que la caminata hacia la cabaña comenzó con él a su lado. Mucho antes de llegar, los pequeños O'More ya se habían agrupado alrededor de Billy y lo habían capturado, mientras él les relataba una versión suavizada de las historias de la señora Comstock sobre Pie Grande y Adam Poe, jactándose de que el tío Wesley había estado en los campamentos de Me-shin-go-me-sia y conocía a Wa-ca-co-nah antes de que se volviera religioso y vistiera como los hombres blancos; mientras las enormes hazañas de Snap como cazador de marmotas recibían toda la justicia posible.

Cuando llegaron a la cabaña, Philip apartó a Billy, le mostró el anillo de esmeralda y le pidió solemnemente permiso para casarse con Elnora. Billy luchó por ser justo, aunque le costaba muchísimo, cuando Alice, que se había quedado lo bastante cerca para escuchar, intervino.

—¿Por qué no dejas que se casen? —preguntó—. Tú eres demasiado pequeño para ella. ¡Espérame a mí!

Billy la estudió atentamente. Al final se volvió hacia Ammon.

—Ah, bueno. ¡Entonces adelante! —dijo con brusquedad—. ¡Yo me casaré con Alice!

Alice le tendió la mano.

—Ya que eso quedó arreglado, pongámonos la ropa de indios, llamemos a los niños y vayamos a la casita de juegos.

—Yo no tengo ropa de indio —dijo Billy con tristeza.

—Claro que sí —explicó Alice—. Papá te compró una viniendo desde el muelle. Puedes ponértela en la casita de juegos. Los niños lo hacen.

Billy examinó la casita con ojos resplandecientes.

Jamás había encontrado tantas posibilidades. Veía cien cosas divertidas para probar y no podía decidir cuál hacer primero. La atracción más inmediata parecía ser un pino muerto, sostenido verticalmente por los árboles vecinos, cuya corteza se había podrido y caído, dejando un tronco desnudo y liso.

—¡Si tan sólo tuviéramos grasa, éste sería el mejor poste para jugar al Cuatro de Julio! —gritó.

Los niños recordaron el Cuatro de Julio. Había sido divertidísimo.

—La mantequilla es grasa. Hay mucha en el refrigerador —sugirió Alice, echando a correr.

Billy atrapó el rollo frío de mantequilla y comenzó a frotarlo emocionado contra el árbol.

—¿Y cómo vas a engrasarlo hasta arriba? —preguntó Terry.

La cara de Billy se alargó.

—¡Es verdad! —dijo—. Hay que empezar desde arriba y engrasar hacia abajo. ¡Ya verán!

Billy metió la mantequilla en su pañuelo y sostuvo las puntas con los dientes. Trepó por el poste, engrasándolo mientras resbalaba hacia abajo.

—Ahora tengo que intentar primero —dijo—, porque soy el más grande y tengo más posibilidades; sólo que el primero casi no tiene ninguna oportunidad, porque tiene que limpiarse la grasa encima para que después los demás puedan subir. ¿Ven?

—¡Está bien! —dijo Terry—. Tú primero, luego yo y luego Alice. ¡Uf! Está resbalosísimo. Nunca va a subir.

Billy luchó valientemente y, cuando quedó exhausto, ayudó a Terry a subir; luego ambos ayudaron a Alice, a quien le otorgaron como premio su propia muñeca.

Mientras descansaban, Billy recordó algo.

—¿Sus papás tienen vacas? —preguntó.

—No, compramos la leche —respondió Terry.

—¡Caray! Entonces ¿qué pasa con la mantequilla? ¡Tal vez tu mamá la necesita para la cena!

—¡No la necesita! —gritó Alice—. ¡Hay montones! Puedo tener toda la mantequilla que quiera.

—¡Pues me alegro muchísimo! —dijo Billy—. No pensé bien. Me temo que también engrasamos nuestra ropa.

—No importa —dijo Terry—. Podemos jugar lo que queramos con esta ropa.

—Bueno, deberíamos estar todos sucios, ensangrentados y llenos de plumas para ser verdaderos indios —dijo Billy.

Alice probó con un puñado de tierra sobre su manga y ésta quedó maravillosamente manchada. Al instante todos comenzaron a embarrarse.

—Si tan sólo tuviéramos plumas —lamentó Billy.

Terry desapareció y poco después regresó del garaje con un plumero. Billy se lanzó sobre él con un chillido. Alrededor de la cabeza de cada uno ató firmemente un pañuelo retorcido y colocó dentro una fila de plumas rígidas y erguidas.

—Ahora, si tan sólo tuviéramos algunas moras poke para pintarnos de rojo, seríamos indios verdaderos de verdad, y podríamos ir al sendero de guerra y pelear contra todas las otras tribus y quemar a muchos en la hoguera.

Alice se acercó de lado a él.

—¿Servirían arándanos? —preguntó suavemente.

—¡Sí! —gritó Terry, salvaje de emoción—. ¡Cualquier cosa que tenga color!

Alice hizo otro viaje al refrigerador. Billy aplastó las bayas entre las manos y untó generosamente todos sus rostros con manchas y rayas.

—¿Ahora sí estamos listos? —preguntó Alice.

Billy se desplomó.

—¡Olvidé los ponis! ¡Tienen que montar ponis para ir al sendero de guerra!

—¡Claro que no! —contradijo Terry—. ¡Lo más moderno es ir al sendero de guerra en automóvil! ¡Todo el mundo lo hace! Van a todas partes en ellos. Son mucho más rápidos y mejores que cualquier poni viejo.

Billy lanzó un auténtico grito de guerra.

—¿Podemos usar su automóvil?

Terry vaciló.

—Supongo que eres demasiado pequeño para manejarlo —dijo Billy.

—¡No lo soy! —replicó Terry fulminándolo con la mirada—. Sé cómo arrancarlo y detenerlo, y conduzco mucho para Stephens. Lo difícil es hacer girar el motor al arrancar.

—Yo lo haré girar —se ofreció Billy—. Soy fuerte como cualquier cosa.

—Tal vez arranque solo. Si Stephens acaba de usarlo, a veces lo hace. Vamos, intentémoslo.

Billy se irguió, levantó el mentón y gritó:

—¡Houpe! ¡Houpe! ¡Houpe!

Los pequeños O’More lo miraron asombrados.

—¿Por qué no vienen y gritan también? —exigió Billy—. ¿No saben cómo? ¡Son grandes indios! Tienen que lanzar gritos antes de ir al sendero de guerra. También deberían matar un murciélago y ver si el viento es favorable. Pero tal vez el motor no funcione si esperamos a hacer eso. De cualquier modo pueden gritar. ¡Todos juntos ahora!

Y sí gritaron, y después de varios intentos el alarido satisfizo a Billy, así que condujo la marcha hacia el gran automóvil y tomó el asiento delantero junto a Terry. Alice y el Hermanito subieron atrás.

—¿Va a andar? —preguntó Billy—, ¿o tenemos que hacerlo girar?

—Va a andar —dijo Terry mientras la máquina se deslizaba suavemente hacia la avenida y comenzaba a avanzar bajo su dirección.

—¡Esto no es un sendero de guerra! —se burló Billy—. ¡Tenemos que ir mucho más rápido y tenemos que gritar! ¡Alice, por qué no gritas!

Alice se levantó, se sostuvo del asiento delantero y lanzó un alarido.

—Si abro más el acelerador, no puedo apretar la pera de la bocina para espantar a la gente del camino —dijo Terry—. No puedo conducir y tocar la bocina al mismo tiempo.

—¡Gritaremos lo suficiente para que se aparten! ¡Ve más rápido! —instó Billy.

Billy también se puso de pie, levantó la barbilla y lanzó un alarido como el salvajito más feroz que jamás hubiera salido del Oeste. Alice y el Hermanito añadieron sus voces y, cuando no estaba demasiado ocupado con el volante, Terry se les unía.

—¡Más rápido! —gritó Billy.

Embriagado por la velocidad y la emoción, Terry abrió más el acelerador y el gran automóvil dio un salto hacia adelante y salió disparado por la avenida. Dentro de él, cuatro niños ennegrecidos y adornados con plumas gritaban de salvaje alegría, hasta que de pronto el grito de guerra de Terry se convirtió en un chillido de pánico.

—¡El lago se acerca!

—¡Detente! —gritó Billy—. ¡Detente! ¿Por qué no te detienes?

Paralizado por el miedo, Terry se aferró al volante mientras el coche seguía avanzando.

—¡Pequeño tonto! ¿Por qué no lo detienes? —vociferó Billy, agarrando el brazo de Terry—. ¡Dime cómo se detiene!

Una bicicleta apareció a su lado y Freckles, de pie sobre los pedales, gritó:

—¡Saca el perno de ese pequeño círculo junto a tus pies!

Billy cayó de rodillas y tiró con fuerza, y al fin el perno cedió. Justo cuando las ruedas tocaron la arena blanca, la bicicleta se acercó velozmente; Freckles sujetó la palanca y con un fuerte empujón accionó el freno. El agua salió volando cuando el coche chocó con el Hurón, pero por suerte allí era poco profundo y la playa era lisa. El gran automóvil quedó temblando, hundido hasta los cubos de las ruedas, mientras Freckles subía y lo hacía retroceder hasta la arena seca.

Entonces respiró hondo y se quedó mirando a su camada.

—Terence, ¿serías tan amable de explicarme? —dijo al fin.

Billy miró la pequeña figura jadeante de Terry.

—Supongo que será mejor que yo lo haga —dijo—. Estábamos jugando a ser indios en pie de guerra y no teníamos ponis, y Terry dijo que ahora estaba de moda ir en automóviles, así que nosotros...

Freckles echó la cabeza hacia atrás y lanzó unos cuantos gritos guerreros él mismo.

—Me pregunto si se dan cuenta de lo cerca que estuvieron de convertirse en cuatro niños ahogados —dijo gravemente al cabo de un rato.

—Oh, creo que yo podía nadar lo suficiente como para sacar a la mayoría de nosotros —dijo Billy—. De todos modos, necesitamos un baño.

—Eso sí que es cierto —dijo Freckles—. Encabezaré esta procesión hasta el garaje, y allí quitaremos la primera capa.

Durante el resto de la visita de Billy, la niñera, el chófer y todos los sirvientes de la casa O’More parecían tener algo importantísimo en mente, y cada paso de Billy fue vigilado.

—Tengo el consentimiento de Billy —le dijo Philip a Elnora—, y todos los demás consentimientos que estipulaste. Antes de que pienses en alguna otra cosa, dame tu mano izquierda, por favor.

Elnora se la entregó gustosamente, y la esmeralda resbaló hasta su dedo. Después fueron juntos al bosque para contarse todo y hablarlo largamente.

—¿Has visto a Edith? —preguntó Philip.

—No —respondió Elnora—. Pero debe de estar aquí, o quizá me vio cuando fuimos a Petoskey hace unos días. Su familia tiene una cabaña allá arriba, en el risco, pero el Ángel no me lo dijo hasta hoy. Yo no quería hacer ese viaje, pero todos estaban tan empeñados en entretenerme, y faltaban tan pocos días para que yo misma pensara avisarte dónde estaba.

—Y yo iba a esperar justo ese tiempo, y si no sabía nada entonces, estaba dispuesto a poner el país entero patas arriba. Todavía apenas puedo creer que Edith me enviara ese telegrama.

—¡No es extraño! Es algo difícil de creer. No puedo expresar lo que siento por ella.

—No volvamos a hablar nunca de eso —dijo Philip—. Anoche estuve más cerca de sentir lástima por ella que nunca antes. No pude dormir en el barco al venir, y no lograba apartar de mi mente lo que debió costarle enviar ese mensaje. Jamás habría creído posible que lo hiciera. Pero ya está hecho. Lo olvidaremos.

—Dudo mucho que yo pueda olvidarlo —dijo Elnora—. Es algo que me gusta recordar. ¡Cómo debió cambiarla el sufrimiento! Daría cualquier cosa por devolverle la paz.

—Henderson fue a verme al hospital hace unos días. Ha llevado una vida bastante desenfrenada, pero si desde joven hubiera estado sujeto por el amor de una buena mujer, podría haber vivido de otra manera. Hay cosas en él que uno no puede evitar admirar.

—Creo que la ama —dijo Elnora suavemente.

—¡La ama! ¡Siempre la ha amado! Nunca hizo ningún secreto de ello. Ahora intervendrá y hará todo lo posible, pero me dijo que pensaba que ella lo apartaría. La comprende por completo.

Edith Carr no se comprendía ni a sí misma. Después de despedirse de Henderson, fue a su habitación, se tendió en la cama y trató de pensar por qué sufría de aquella manera.

—Todo es por mi egoísmo, mi temperamento desenfrenado, mi orgullo por mi belleza, mi ambición de ser la primera —se dijo—. Eso es lo que ha causado todo este desastre.

Luego profundizó más.

—¿Cómo es que soy tan egoísta, que nunca controlé mi carácter, que pensé que la belleza y la posición social eran las cosas vitales de la vida? —murmuró—. Creo que eso va un poco más allá de mí. Creo que una madre que permite que una hija crezca como yo crecí, que la educa sólo para las frivolidades de la vida, comparte parte de la responsabilidad por el final de esa hija. Creo que mi madre tiene cierta culpa en esto —susurró Edith Carr a la noche—. Pero jamás lo reconocerá. Se reiría de mí si intentara contarle cuánto he sufrido y la amarga, amarga lección que he aprendido. Nadie se preocupa realmente, excepto Hart. Y yo lo he enviado lejos, así que no hay nadie. ¡Nadie!

Edith se cubrió los ojos ardientes con los dedos y permaneció inmóvil.

—¡Se ha ido! —susurró al fin—. Se iría de inmediato. No volvería a verme. Supongo que jamás querrá volver a verme. ¡Pero yo sí querré verlo! ¡Dios mío! ¡Lo quiero ahora! ¡Lo quiero a cada minuto! Es todo lo que tengo. Y yo lo he alejado. ¡Oh, estos terribles días que vienen, sola! No puedo soportarlo. ¡Hart! ¡Hart! —gritó en voz alta—. ¡Te quiero! Nadie se preocupa salvo tú. Nadie entiende salvo tú. ¡Oh, te quiero!

Saltó de la cama y avanzó a tientas hasta su escritorio.

—Comuníqueme con alguien en la cabaña de los Henderson —le dijo a la centralita, esperando temblorosa.

—No responden.

—¡Están allí! Tiene que comunicarlos. Haga sonar el timbre.

Después de un rato respondió la soñolienta voz de la señora Henderson.

—¿Hart ya se fue? —jadeó Edith Carr.

—¡No! Llegó tarde y empezó a hablar de irse a California. Hace semanas que prácticamente no duerme nada. Lo mandé a la cama. Habrá tiempo suficiente para ir a California cuando despierte. Edith, ¿qué piensas hacer ahora con ese hijo mío?

—¿Le dirá que quiero verlo antes de que se vaya?

—Sí, pero no voy a despertarlo.

—No quiero que lo haga. Sólo dígaselo por la mañana.

—Muy bien.

—¿Está segura?

—¡Segura!

Hart no se había ido. Edith se quedó dormida. Se levantó al mediodía del día siguiente, tomó un baño frío, desayunó, se vistió cuidadosamente y, dejando dicho que había ido al bosque, caminó lentamente sobre las hojas. Allí hacía fresco y estaba tranquilo, así que se sentó donde pudiera verlo llegar y esperó. Pensaba intensamente y con rapidez.

Henderson apareció veloz por el sendero. Un largo sueño, la comida y el mensaje de Edith le habían sentado bien. Vestía unos nuevos pantalones claros de franela que le favorecían mucho. Edith se levantó y fue a su encuentro.

—Caminemos por el bosque —dijo.

Pasaron junto al viejo cementerio católico y entraron en la parte más profunda del bosque de la Isla, donde todas las sombras eran verdes, todas las voces humanas cesaban y no se oía más sonido que el susurro de los árboles, alguna nota de pájaro y el corretear de las ardillas. Allí Edith se sentó sobre un viejo tronco cubierto de musgo, y Henderson la estudió atentamente. Podía detectar un cambio. Seguía pálida y sus ojos aún mostraban cansancio, pero la expresión apagada y tensa había desaparecido. Él quería tener esperanza, pero no se atrevía. Cualquier otro hombre la habría obligado a hablar. La inmensa ternura del corazón de Henderson la protegía de todas las maneras posibles.

—¿Qué más has pensado que querías, Edith? —preguntó ligeramente, tendiéndose a sus pies.

—A ti.

Henderson quedó rígido y completamente inmóvil.

—Bueno, aquí estoy.

—¡Gracias al Cielo por eso!

Henderson se incorporó de pronto, inclinándose hacia ella con ojos interrogantes. Sin saber qué se atrevía a decir, temiendo la esperanza que acababa de nacer en su corazón, trató de protegerla y al mismo tiempo tantear el camino.

—Estoy más agradecido de lo que puedo expresar porque sientas eso —dijo él —. Sería útil para ti, te daría consuelo, si supiera cómo hacerlo, Edith.

—Eres mi único consuelo —dijo ella—. Intenté alejarte. Creí que no te quería. Creí que no podría soportar verte, por todo lo que me has visto sufrir. Pero anoche llegué a la raíz de todo esto, Hart, y pensando en mí misma, como siempre, descubrí que no podía vivir sin ti.

Henderson empezó a respirar apenas. Tenía miedo de hablar o moverse.

—Acepté el hecho de que toda esta desgracia es culpa mía —continuó Edith—, y que nació de mi propio egoísmo. Luego fui todavía más atrás y comprendí que soy como fui criada. No quiero culpar a mis padres, pero me formaron cuidadosamente para convertirme en lo que soy. Si Elnora Comstock hubiera sido como yo, Phil habría regresado conmigo. Puedo ver lo egoísta que le parezco, y cómo debo parecerte a ti, si quisieras admitirlo.

—Edith —dijo Henderson desesperadamente—, no sirve de nada intentar engañarte. Desde el principio supiste que pensé que estabas equivocada en esto. Pero es la primera vez en tu vida que te creí equivocada en algo… y será la última. Entiende esto: creo que eres la mujer más valiente y hermosa del mundo, la más digna de ser amada.

—No se me puede poner en la misma categoría que ella.

—No concedo eso; pero aunque lo hiciera, debes recordar cómo me comparo yo con Phil. Él me supera en todo sentido. No tiene caso discutirlo. Querías verme, Edith. ¿Qué querías?

—Quería que no te fueras.

—¿No irme en absoluto?

—¡En absoluto! ¡Nunca! No, a menos que me lleves contigo, Hart.

Ella extendió apenas una mano hacia él. Henderson tomó esa mano y la besó una y otra vez.

—Lo que tú quieras, Edith —dijo con voz quebrada—. Exactamente como tú lo desees. ¿Quieres que me quede aquí y que sigamos como hasta ahora?

—Sí, pero con una diferencia.

—¿Puedes decírmela, Edith?

—Primero, quiero que sepas que ahora mismo eres lo más querido del mundo para mí. Renunciaría a cualquier otra cosa antes que a ti. No puedo decir honestamente que te amo con el amor que mereces. Mi corazón está demasiado herido. Es demasiado pronto para saberlo. Pero te amo de alguna manera. Eres necesario para mí. Eres mi consuelo, mi refugio. Si me quieres tal como soy, Hart, puedes considerarme tuya. Te doy mi palabra de honor de que intentaré ser como tú quisieras que fuera, tan pronto como pueda.

Henderson besó su mano apasionadamente.

—No, Edith —suplicó—. No digas esas cosas. No puedo soportarlo. Lo entiendo. Todo acabará bien con el tiempo. Un amor como el mío tiene que recibir recompensa. Algún día me amarás. Puedo esperar. Soy el hombre más paciente del mundo.

—Pero debo decirlo —exclamó Edith—. Yo… creo, Hart, que he estado en el camino equivocado buscando la felicidad. Planeé terminar la vida como la había comenzado con Phil; y ya ves qué feliz estaba él de cambiar. Quería a esa otra clase de muchacha mucho más de lo que alguna vez me quiso a mí. Y tú, Hart, sé honesto ahora… ¡sabré si no me dices la verdad! ¿Preferirías una esposa como yo planeaba vivir con Phil, o preferirías una como Elnora Comstock piensa vivir con él?

—¡Edith! —exclamó el hombre—. ¡Edith!

—Claro que no puedes decirlo con palabras simples —dijo la muchacha—. Eres demasiado caballeroso para eso. No necesitas decir nada. Ya tengo mi respuesta. Si pudieras elegir, tampoco querrías una esposa de sociedad. En el fondo desearías el hogar pequeño y cómodo, el apoyo a tus ambiciones, las comidas agradables servidas regularmente y pequeños niños alrededor. Estoy cansada hasta la muerte de todo aquello en lo que crecimos, Hart. Cuando llega la hora del sufrimiento, allí no existe consuelo. Estoy cansada de todo eso. Tú descubre qué quieres hacer y ser; ese es el trabajo de un hombre en el mundo. Y yo planearé nuestro hogar pensando solo en tu comodidad. Me convertiré en esa otra clase de mujer tan rápido como pueda aprender. No puedo corregir todos mis defectos en un solo día, pero cambiaré tan rápido como me sea posible.

—Dios sabe que yo también seré diferente, Edith. No serás la única generosa. Haré que todo el resto de la vida sea digno de ti. ¡Yo también cambiaré!

—¡No te atrevas! —dijo Edith Carr, tomando la cabeza de él entre sus manos y sosteniéndola contra sus rodillas mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. ¡No te atrevas a cambiar, tú, amante espléndido y de gran corazón! Yo soy pequeña y egoísta. ¡Tú eres lo mejor que existe tal como eres!

Entonces Henderson dejó de hablar, y permanecieron sentados en un largo silencio. Al fin él oyó a Edith contener el aliento bruscamente y, levantando la cabeza, miró hacia donde ella señalaba. Por el tallo de un helecho trepaba un objeto extraño. Lo observaron sin respirar. Sujetándose con patas color lavanda, un cuerpo grande, amarillo y manchado de púrpura comenzaba a emerger. Alas amarillas y violetas empezaron a desplegarse y a llenarse de color. A cada instante su belleza se hacía más evidente. Era uno de esos raros ejemplares de doble generación que aparecen en ocasiones excepcionales; o quizá simplemente una polilla *Eacles Imperialis* que, en el húmedo y fresco bosque del norte, no había logrado salir en junio.

Edith Carr retrocedió con un largo estremecimiento. Henderson atrapó sus manos y las sostuvo con firmeza. Ella miró fijamente a sus ojos, dejando que en ellos se reflejara el pensamiento de su corazón.

—¡Por todos los cielos, no lo harás! —juró el hombre—. Ya has hecho bastante. ¡Voy a aplastar esa cosa!

—¡Oh, no lo harás! —exclamó ella, aferrándose a sus manos—. Todavía no soy lo bastante grande, Hart, pero antes de abandonar este bosque habré crecido lo suficiente en fortaleza y amplitud para llevarle esto a ella. Necesita dos de cada clase. ¡Phil solo le envió uno!

—¡Edith, no puedo soportarlo! ¡Eso no se exige de ti! ¡Déjame llevarlo yo!

—Puedes venir conmigo. Sé dónde está la cabaña de los O'More. He ido allí muchas veces.

—¡Diré que tú lo enviaste!

—¡Puedes verme entregarlo!

—Puede que Phil ya esté allí.

—¡Espero que sí! Me gustaría que me viera hacer una sola cosa decente para que me recuerde por ella.

—¡Te digo que eso no es necesario!

—¿"No es necesario"? —exclamó la muchacha, con los grandes ojos brillando —. ¿No es necesario? Entonces, ¿qué hace esta criatura aquí? Acabo de presumir que cambiaría, que sería como ella, que crecería y sería más noble. Y apenas lo digo, Dios me da la oportunidad de demostrar si hablo sinceramente. ¡Esta es mi prueba, Hart! ¿No lo ves? Si soy capaz de llevarle esto, creerás que hay algo bueno en mí. No me amarás en vano. ¡Esto es una Providencia especial, hombre! ¡Sé mi fuerza! ¡Ayúdame, como siempre lo has hecho!

Henderson se levantó y sacudió las hojas de su ropa. Ayudó a Edith Carr a ponerse de pie y quitó cuidadosamente el musgo de su falda. Luego fue hasta el agua y humedeció su pañuelo para limpiarle el rostro.

—Ahora un poco de polvo —dijo cuando las lágrimas desaparecieron.

Edith arrancó unas hojas de un pequeño cuadernillo y se las pasó por la cara.

—¡Todo desapareció! —exclamó Henderson, observándola críticamente—. ¡Te ves casi la mitad de hermosa de lo que realmente eres!

Edith Carr respiró vacilante. Extendió una mano hacia él.

—Sujeta bien, Hart —dijo—. Sé que la gente manipula estas cosas, pero preferiría tocar una serpiente.

Henderson apretó los dientes y sostuvo firme. La polilla había emergido demasiado recientemente como para ser problemática. Trepó tranquila por sus dedos y se aferró obedientemente, sin moverse. Así, tomados de la mano, avanzaron por el oscuro sendero del bosque.

Cuando llegaron a la avenida, la primera persona que encontraron se detuvo con una exclamación de asombro. La siguiente también se detuvo, y luego todos los demás. Apenas podían avanzar por culpa de la gente maravillada y curiosa. Una extraña emoción se apoderó de Edith. Empezó a sentirse orgullosa de la polilla.

—¿Sabes? —dijo a Henderson—. Esto se vuelve más fácil a cada paso. Sentirla aferrarse ya no me resulta desagradable como pensé que sería. Siento como si la estuviera salvando, protegiendo. Me enorgullece que la llevemos para una colección o un libro. Parece hacer algo que vale la pena. ¡Oh, Hart, cómo desearía que trabajáramos juntos en algo que importara a la gente tanto como esto parece importarles! ¡Escucha lo que dicen! ¡Mira cómo levantan a sus pequeños hijos para que la vean!

—Edith, si no te detienes —dijo Henderson—, voy a tomarte en brazos aquí mismo, en plena avenida. ¡Eres adorable!

—¡No te atrevas! —rió Edith Carr.

El color subió a sus mejillas y una nueva luz brilló en sus ojos.

—¡Oh, Hart! —exclamó—. ¡Trabajemos! ¡Hagamos algo! Así es como ella consigue que la gente la ame tanto. Allí está el lugar y, gracias al cielo, hay mucha gente.

—Querida mía —susurró Henderson mientras subían por el sendero. El rostro de Edith estaba rosado por la emoción y sus ojos resplandecían.

—¡Hola a todos! —exclamó al entrar en la amplia veranda—. ¡Miren nada más lo que encontramos en el bosque! Pensamos que quizá les gustaría tenerlo para alguna de sus colecciones.

Extendió la polilla mientras avanzaba directamente hacia Elnora, que se levantó para recibirla.

—¡Qué absolutamente maravilloso! —exclamó Elnora—. Ni siquiera sé cómo empezar a darte las gracias.

Elnora tomó la polilla. Edith estrechó la mano de todos y preguntó a Philip si estaba mejorando. Dijo unas pocas palabras corteses a Freckles y al Ángel, rechazó quedarse debido a un compromiso y se marchó con elegancia.

—¡Bravo por ella! —dijo la señora Comstock—. ¡Después de todo sí tiene sangre de pura raza!

—Eso fue algo inmensamente grande de su parte —dijo Freckles en voz baja.

—Si la conocieran tan bien como yo —dijo Philip Ammon—, tendrían una idea más clara de lo que eso le costó.

—¡Fue terrible! —exclamó el Ángel—. Yo jamás habría podido hacerlo.

—¿"Jamás habría podido hacerlo"? —repitió Freckles—. Pero, Ángel querida, ¡si hay una sola cosa en el mundo que tú habrías hecho, era precisamente esa!

—Tengo que ocuparme de esto —balbuceó Elnora, apresurándose hacia la puerta para ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Yo debo ayudar —dijo Philip, desapareciendo tras ella—. ¡Elnora! —la llamó, alcanzándola—. Llévame a un lugar donde yo también pueda llorar. ¿No estuvo magnífica?

—¡Sublime! —exclamó Elnora—. No tengo palabras. ¡Me siento tan humilde!

—Yo también —dijo Philip—. Creo que una acción valiente así siempre hace sentir de esa manera. Y ahora, ¿eres feliz?

—Inmensamente feliz —respondió Elnora.